

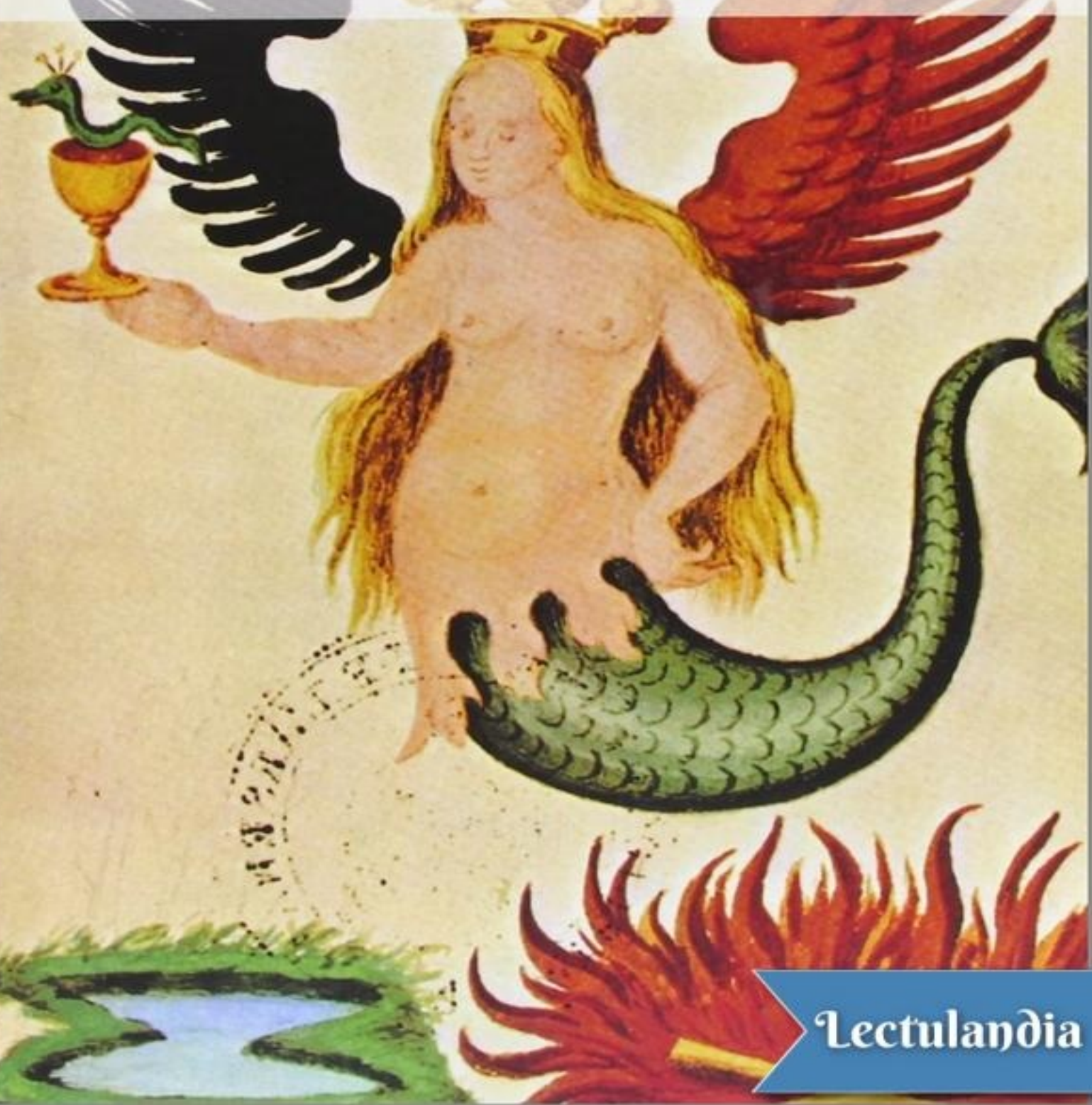
Jean d'Arras

Melusina

o la Noble Historia de Lusignan

Edición y traducción de Carlos Alvar

Biblioteca Medieval



Lectulandia

Entre 1392 y 1393 Jean d'Arras escribió *Melusina o la Noble Historia de Lusignan*. La novela se basa en una de las leyendas más atractivas de la Edad Media. Es el relato de un hada que se convierte en mujer por amor y que todos los sábados se transforma en serpiente de medio cuerpo hacia abajo. Según Jacob Grimm, la leyenda original proviene de un antiguo mito galo de origen céltico, aunque el hombre medieval veía en Melusina la fusión extraña de tres seres malditos por la Iglesia: la mujer, la serpiente y el hada. Esta versión íntegra en castellano, traducida del francés medieval, y cuyos ecos encontramos en Goethe, Andersen, Fouqué y Mujica Lainez, incluye un prólogo de su traductor, Carlos Alvar, y un amplio catálogo iconográfico.

Lectulandia

Jean d'Arras

Melusina o La Noble Historia de Lusignan

ePub r1.0

Blok 22.11.14

Título original: *Roman de Mélusine, Le Noble Hystoire de Lusignan*
Jean d'Arras, 1393
Traducción: Carlos Alvar

Editor digital: Blok
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

Melusina, domina inexorabilis
(JUAN LUIS VIVES)

Jean d'Arras, a instancias de Jean, duque de Berry, escribió el *Livre de Mélusine o Noble Histoire de Lusignan*, entre 1387 y 1392, según afirma en la primera página y repite al final de la obra. Para realizar su trabajo, el autor utilizó algunas leyendas locales, varios libros de la biblioteca del duque y de la del conde de Salisbury, y contó con el apoyo no sólo de su protector, sino también de la familia de Berry y de los descendientes de los Lusignan. Y había sólidas razones para ello.

Los últimos años del siglo XIV y gran parte del siglo XV son una época especialmente agitada y turbulenta en el panorama político y social de Francia: las continuas guerras internas y externas obligaban al rey y a los grandes señores a la incesante recaudación de impuestos especiales; el empobrecimiento de la población daba lugar a un creciente malestar y a revueltas que, generalmente, eran aplastadas de la forma más cruenta. Los choques constantes de franceses e ingleses durante un siglo, el Gran Cisma de Occidente y las luchas de Armagnacs y Borgoñones completan un panorama bastante oscuro, que recuerda demasiado a los siglos XV y XVI en España e Italia.

En este ambiente nació, el 30 de septiembre de 1340, el tercer hijo de Juan II el Bueno de Francia, que recibió el mismo nombre que su padre y que pronto se convirtió en duque de Berry y en el mayor mecenas de su tiempo. Por razones familiares, ocupó un lugar prominente en la agitada política de su época, aunque casi siempre desempeñó un papel conciliador. El protector de Jean de Arras conservaba aún algunos rasgos del príncipe ideal, pues fue de una extraordinaria generosidad y vivió con un fasto sólo comparable al de la corte del propio rey: el duque de Berry tenía un séquito formado por más de trescientos servidores, sin contar los soldados, que vivían a sus expensas. El palacio de Carlos VI no se diferenciaba mucho de la casa de su tío.

Al lado de los placeres de todo tipo, no faltaban los libros: la corte de Jean de Berry fue un centro de primer orden por lo que a los libros de horas se refiere; basta recordar los hermosísimos ejemplares de las *Belles Heures* y de las *Tres Riches Heures*, ilustrados por los hermanos Limbourg, Paul, Herman y Jean, y que constituyen sendas obras maestras de la miniatura gótica. La biblioteca del duque tenía, además, gran abundancia de textos clásicos y filosóficos, de historia y poesía, de ciencias y de magia.

El hijo de Juan II se convirtió a los veinte años en duque de Berry y, en 1369, en conde de Poitou, reuniendo bajo su dominio un territorio comparable al del rey de

Francia. Los continuos cambios de propiedad de algunas de sus posesiones por los avatares de la Guerra de los Cien Años, y sobre todo por los tratados de paz, provocaron ciertas reticencias acerca de la legitimidad de su adjudicación a la familia de Berry; así ocurrió, por ejemplo, con el castillo de Lusignan, que perteneció a Creswell desde el tratado de Brétigny (1360), como recuerda Jean de Arras al final de la obra, y a Bertrand Du Guesclin, tan conocido en la historia de Castilla. Era necesario autentificar de algún modo el derecho de Jean de Berry a tal propiedad, incorporada a su patrimonio en 1369: es entonces cuando encarga a su librero, Jean de Arras, que escriba la vida de Melusina o la historia de Lusignan, temas que se funden en un momento en que la casa de los Lusignan ha perdido casi toda su grandeza: Amaury fue rey de Chipre y sucedió (a partir de 1192) a su hermano Guy en el trono de Jerusalén y La Marche pasó a formar parte del patrimonio de los Lusignan en 1177; pero, a partir de 1308 fue incesante la decadencia y la pérdida de propiedades, sobre todo en oriente.

Jean de Arras no tuvo dificultades para encontrar en la rica biblioteca del duque los libros que necesitaba para la redacción de su Melusina: allí había historias locales y familiares en francés y en latín, y también se guardaban en la misma biblioteca obras de carácter misceláneo, como los *Otia imperialia*, de Gervais de Tilbury, que constituyeron la base de la narración.

La leyenda de Melusina es una de las más atractivas de las que surgieron en la Edad Media: es el relato de la vida de un hada, que se convierte en mujer por amor y que después es condenada a vivir como serpiente con alas al ser víctima de una promesa incumplida.

Examinado así, el tema ofrece un enorme interés desde muchos puntos de vista: por una parte, la tragedia que supone la desaparición del ser querido, drama que los escritores aderezan con las más variadas circunstancias y que llevan, invariablemente, al enfrentamiento de razón y pasión, de ley y misericordia; el arrepentimiento del hombre, que ha caído en un momento de debilidad, es aceptado, pero no por eso deja de cumplirse la pena.

Por otra parte, el hombre medieval debía ver en la figura de Melusina algo inasible, de un poder enorme y misterioso, pues no en vano era la fusión de tres seres malditos por la Iglesia: la mujer, la serpiente y el hada. Todo personaje sobrenatural se considera de origen demoníaco, mientras no se demuestre lo contrario; no quiere decir esto que sean espíritus malignos, pues no sólo reciben frecuentemente cuerpo humano, sino que además se dedican a hacer el bien en numerosas ocasiones: los ejemplos son abundantes en la literatura artúrica. Si Merlín es el profeta de la corte bretona ya desde tiempos de Geoffroy de Monmouth, y no duda en poner sus conocimientos y sabiduría al servicio del rey Arturo, es por la santa vida de su madre, que fue engañada por un demonio; pero en las mismas novelas encontramos a Morgana o, con características muy distintas, a Viviana, que unen a su condición de mujer una admirable constancia para hacer el mal, especialmente a los héroes.

Desde que Eva comió la fruta prohibida, que le ofrecía la serpiente, la Iglesia no ha dejado de considerar a la mujer y a la serpiente como las más claras representantes del mal. La abundante literatura misógina de la Edad Media y el folklore relacionado con el reptil así lo atestiguan. Recordemos un ejemplo tomado de Gautier (o Walter) Map, autor al que tendremos ocasión de referirnos más adelante; este clérigo moralista atribuye a Eva todas las calamidades posteriores, pues fue ella la que impulsó a Adán a que cometiera el primer pecado:

Prima primi uxor Ade post primam hominis creationem primo peccato solvit ieiunia contra preceptum Domini.

No menos elocuentes son los ejemplos relativos a las serpientes, símbolo de Satanás desde el Antiguo Testamento.

En tercer lugar, el personaje de Melusina se presenta con una importante carga pagana. En efecto, los tres seres reunidos bajo la figura de la protagonista simbolizan —o mejor, pueden simbolizar— fuerzas naturales vinculadas con la fertilidad del campo: es significativo que las intervenciones de Melusina estén siempre en relación con la riqueza surgida de la tierra; del mismo modo debe interpretarse la fecundidad de la protagonista, cuyos hijos, sin embargo, tienen rasgos y defectos —tanto físicos como morales— que dejan de manifiesto la condición sobrenatural de la madre. Tampoco debe carecer de intencionalidad la referencia al hecho de que la metamorfosis monstruosa de Melusina se produce el sábado, es decir, el día de Sabbat.

En realidad, la leyenda de Melusina, tal como la narra Jean de Arras, está formada por la fusión de tres núcleos distintos, ampliamente atestiguados por separado en los cuentos folklóricos: encuentro de un ser sobrenatural y un humano; beneficios que obtiene el humano mientras respeta la prohibición que le hace el súcubo y las calamidades que le ocurren al cometer la transgresión; por último, regreso del ser sobrenatural a su mundo con forma de serpiente, como consecuencia de la infracción.

Como temas folklóricos que son, es indudable su existencia en la literatura oral desde época antigua, pero no llegaron a tomar cuerpo por escrito hasta finales del siglo XII o principios del XIII; a partir de ese momento, el trasvase a la obra de Jean de Arras no fue demasiado difícil.

El encuentro del ser sobrenatural y del humano preocupó durante la Edad Media —aunque no sólo—, y no resulta extraño hallar el reflejo de tales preocupaciones en la literatura de la época; bastará recordar, otra vez más, el origen de Merlín. Pero quizás lo que más interesa es que Gervais de Tilbury (el Gervasio del comienzo de la Melusina) recogió en sus *Oria imperialia*, escritos entre 1209 y 1214, una leyenda en la que se habla de una dama que huyó volando de la capilla del castillo del Gavilán,

en el reino de Arles, donde su marido había hecho que la retuvieran a la fuerza: no debe ser coincidencia la localización meridional, el nombre del castillo y otras circunstancias, similares en la leyenda recogida por Gervais de Tilbury y en la narración de Jean de Arras.

Como se puede suponer, el autor de los *Oria imperialia*, sobrino de Enrique II Plantagenet, no es el único que habla de matrimonios de hombres con seres extraordinarios, aunque la importancia del texto de Tilbury estriba en que Jean de Arras lo conoció sin ninguna duda. Hay que decir, además, que la aventura del Castillo del Gavilán es la de más carácter artúrico de todas las que componen la Melusina: por su situación y por el débil hilo argumental que la une al resto, parece un añadido al conjunto estructural.

También son frecuentes en el folklore de todos los lugares y épocas los relatos de las riquezas que algún ser maravilloso otorga a su marido o amigo, si se mantienen secretas sus relaciones: unas veces debe de ocultarse el origen de la dama; otras, se calla algún defecto; en otras ocasiones se justifican, sin indagar demasiado, las extrañas y periódicas ausencias de la mujer. El silencio es recompensado con generosidad, hasta el día en que la promesa se rompe y se desvela el secreto: entonces el hada desaparece y las riquezas se pierden.

La abundancia de testimonios en la literatura oral no deja lugar a dudas acerca del origen del tema; sin embargo, gran cantidad de esos testimonios proceden de colecciones de cuentos galeses y celtas, y esto ya nos sitúa en un ámbito concreto.

El tercer tema es el de la metamorfosis del ser sobrenatural cuando regresa a su mundo, o cuando se ha roto la promesa (el tabú). No es difícil encontrar transformaciones en el folklore; sin embargo, no es frecuente el cambio del hada (o bruja) en serpiente voladora, y resulta curioso por el contrario, que se hallen varios ejemplos en la tradición culta anterior a Jean de Arras. En efecto, Gautier Map, Geoffroy de Auxerre y Gervais de Tilbury, el inspirador de Jean de Arras, recogen la leyenda. Map alude a *Hennus Grandes Dentes* (recordemos a Jofré el del Gran Diente), cuya esposa se escapó por una ventana después de haber sido descubierta bañándose con forma de dragón; Gervais de Tilbury, por su parte, ofrece gran cantidad de detalles: habla del Castillo de Rousset y de su castellano, llamado Raymundus, y cuenta la prohibición de que la viera desnuda que le había hecho su mujer; un día Raymundus quebrantó la promesa y la dama desapareció, volviendo por la noche a ver a sus hijos.

Han sido Gautier Map y Gervais de Tilbury, sin duda, los que más han contribuido en la formación de este episodio: la desaparición de la dama parece inspirada en el primero; el resto de los detalles proceden del segundo.

Dos de los tres temas que constituyen la leyenda narrada por Jean de Arras han salido en línea directa de los *Otia imperialia*, que han servido de inspiración, además, para otros detalles como son algunos nombres propios. El origen de la prohibición, aunque también se encuentra en Tilbury, podría proceder de la tradición oral, ya que

según el relato de Gervais el marido no podía verla desnuda, mientras que Jean de Arras ha prescindido de este aspecto. Para fijarse, exclusivamente, en la especificación del día, el Sabbat. A la tradición oral se debe, sin duda, el nombre de la protagonista, y la misma fuente lo asoció a Lusignan, si no lo hizo el librero del duque de Berry.

En 1380, pocos años antes de escribir la *Melusina*, Jean d'Arras estuvo en Barcelona y —sin duda— conoció gran parte de las tierras catalanas descritas al final de la obra: la vida eremítica de Remondín en Montserrat sitúa, así, el tema de la penitencia de los héroes en su vejez, en un marco geográfico auténtico, con lo que la narración adquiere un ritmo poco frecuente.

Jean de Arras ha utilizado, pues, unos materiales bien conocidos para formar el entramado de su obra; para la narración también ha recurrido a una técnica conocida en la historia de la novela desde el Lancelot en prosa: por una parte, presenta la narración como si se tratase de historia o de algo ocurrido realmente; pienso que así deben interpretarse las continuas alusiones a la historia o al modelo original; es un recurso utilizado desde antiguo para dar cierto aire de verosimilitud al relato: no se trata necesariamente de envíos directos a un libro determinado. Por otra parte, la narración emplea sin cesar el entrelazado, recurso que consiste en dejar en suspenso una aventura para volver con otro personaje: esta técnica fue hábilmente manejada por el autor del Lancelot del Lac, y sirvió de modelo para los autores posteriores; Jean de Arras resulta caótico en este sentido, pues unas veces el hilo narrativo se desarrolla de forma rectilínea, mientras que en otros momentos cambia la acción en sólo un par de páginas: estas alteraciones de ritmo, que resultan penosas para el lector moderno no acostumbrado a los textos medievales, se ven agravadas por prolijas enumeraciones (en los detalles de banquetes, vestidos, ejércitos, etc.), que suelen terminar con reticencias no menos abundantes («¿para qué os seguiré alargando el cuento?») e igualmente fatigosas.

Pero no siempre dormita el bueno de Jean de Arras. En ocasiones sus páginas se llenan de colorido y emoción, sobre todo cuando se hace fiel testigo de lo que ve, o cuando describe el amor naciente, y en esto sigue una larga tradición. Muchas observaciones tomadas directamente de la realidad proceden, tal vez, de la misma corte del duque de Berry; así se explican las descripciones de fiestas, con todo el fasto y el dispendio, y con abundancia de regalos. De la realidad también deben proceder algunas escaramuzas descritas en los innumerables combates, y el entusiasmo que muestra el autor por las paradas militares y por las justas, por la preparación de la batalla y por el orden cerrado: es el nuevo planteamiento de la guerra; no hay sólo caballeros que luchan contra sus iguales, se han incorporado arqueros y ballesteros y empiezan a aparecer nuevas armas y nuevas formas de combate: la infantería y la artillería desplazan poco a poco los caballeros, que aún se aferran —a pesar de las importantes derrotas sufridas— a los viejos usos: en la *Melusina* casi todas las batallas se resuelven gracias a la astucia, al hábil golpe de

mano, a la ayuda eficaz; en este sentido, la obra de Jean de Arras está más cerca de las narraciones caballerescas del siglo xv (*Tirant lo Blanch*, *El Victorial*, etc.), que de los libros de caballerías del siglo XIII; del mismo modo, a pesar de algunas desmesuradas proezas de los héroes, la guerra se ha convertido en el juego del rescate: son pocos los nobles que mueren; ante todo, se hacen prisioneros.

El caballero ha sido desplazado por el soldado de a pie, por los arqueros y ballesteros; la guerra de paladines apenas existe; han aparecido los mercenarios y los hombres de guerra, nuevo golpe contra las viejas instituciones. El feudalismo va a sufrir una profunda modificación.

La *Melusina* es, también, como gran parte de los libros medievales, un manual de comportamiento en corte y una guía para el buen gobierno: hay una continua preocupación en mostrar las características del príncipe ideal: generoso, valiente, prudente, buen cristiano, constructor de castillos, fortalezas, poblados y abadías, caballero dispuesto a defender en todo momento la justicia, protector del comercio, etc., etc.; en este sentido, las palabras que dirige la protagonista a sus hijos tienen la finalidad de resumir las enseñanzas contenidas a lo largo de toda la obra y constituyen un auténtico directorio de príncipes.

La narración de Jean de Arras es de una gran simplicidad estructural, a pesar de los esfuerzos que realiza el autor para evitar la monotonía. Quizás esa sencillez, unida a las raíces folklóricas de la leyenda, hizo que el libro tuviera un éxito extraordinario; no se debe olvidar que, en definitiva, el tema de la obra era el de *Amor y Psiquis* o el de *Lohengrin*.

Sabemos que fueron encargadas copias de la obra antes de que ésta estuviera terminada, según parece indicar la incorporación, al final de la *Melusina*, de nombres que no se hallan al comienzo. Por otra parte, la abundancia de manuscritos atestigua la rápida difusión del texto: en la Biblioteca Nacional de París se conservan cinco copias del siglo xv, y es importante el hecho de que no todas son lujosas, lo cual indica que el libro no sólo interesaba a los ricos herederos de Lusignan. Además de los manuscritos conservados en esta Biblioteca, hay otros siete en distintos lugares, uno de ellos en la Biblioteca Nacional de Madrid, copia del siglo xv también.

El éxito de la obra no desapareció al finalizar la Edad Media; al contrario, la Imprenta le dio una nueva difusión; se pueden contar numerosas ediciones antiguas: Steinschaber, Ginebra, 1478; Husz para Buyer, Lyon, entre 1478 y 1484; Husz, hacia 1480; G. le Roy, Lyon, hacia 1489; Le Caron et Petit, París, hacia 1490; Ortuin et Schenk, Lyon, antes de 1500, quizás de 1486; du Guernier para Petit, París, antes de 1500, etc. En total, se conservan una veintena de ediciones entre los siglos xv y xvi, y hay, además, traducciones de la misma época al holandés y al inglés.

El texto de Jean de Arras fue conocido en España gracias a la traducción impresa por Juan Paris y Esteban Clebat, alemanes, en Tolosa, el año 1489, con el título de *Historia de la linda Melosina, mujer de Remondín, la cual fundó a Lezinan y otras muchas villas y castillos por extraña manera: la qual ovo ocho hijos: los quales*

dellos fueron reyes y otros grandes señores por sus grandes proezas. Quizás exista alguna relación entre el tema de Melusina y el romance de la Infantina (A cagar va el caballero).

Pero el éxito fue más allá. Ya a principios del siglo xv, el librero del duque de Berry tuvo un imitador, llamado Couldrette, que versificó en octosílabos la Melusina para Guillaume de Parthenay; esta nueva versión se difundió rápidamente por las tierras de lengua alemana, gracias a la temprana traducción de Thüiring von Ringoltingen (1456), base de obras posteriores que gozaron de la misma popularidad que el original de Jean de Arras.

La leyenda de Melusina, como tantas otras, ha llegado a incorporarse a nuestra cultura; ya no extraña que autores modernos se replanteen el mito o que utilicen a la dama-serpiente como protagonista.

CARLOS ALVAR

BIBLIOGRAFÍA

- BARNIG-GOULD, S., *Curious myths of the Middle Ages*, London, 1892.
- CAMBRENSIS, GIRALDUS, *De principis instructione*, cap. xxvii.
- D'ARRAS, JEAN. *Mélusine*, román du XiVe. siècle. edic. de L. Stoff, Dijon. 1932 (Reprint. Genève, 1974).
- D'ARRAS, JEAN, *Ystoria de la linda Melosyna*. Tolosa, 1489. Facsímil, Ediciones Albatros.
- ESAIVRE, L., *Le Mythe de la Mere Lusine*. Saint-Maixent, 1883. DUMÉZIL, G., *Mythe et Epopée*, I, París, 1968. EYGUN. F., *Ce qu'on peut savoir de Mélusine et de son iconographie*, nueva edición, Poitiers. 1951.
- JNG. C. G., *Paracélsica*. Zurich, 1942.
- LECOUTEUX, C, «Zur Entstehung der Melusinensage», en *Zeitschrift für deutsche Philologie*. 98 (1979), pp. 73-84.
- LECOUTEUX, C., «La structure des légendes mélusiniennes», en *Annales. Économies-Sociétés-Civilisations*, 33 (1978), pp. 294-306.
- LECOUTEUX, C, *Mélusine et le Cheualier au Cygne*. París, 1982.
- LE GOFF, J. y Le Roy Ladurie, E., «Mélusine maternelle et défricheuse», en *Annales. Économies-Sociétés-Civilisations*, 26 (1971), pp. 587-622.
- MARX, J. *Les littératures celtiques*, París, 1967.
- MAURY. A. *Croyances et légendes du Moyen Age*, París, 1896.
- PARACELSO, *De Nymphis...* (Philosophia Sagax, 1537).
- TOUFF, L. *Essai sur Mélusine*, roman du XIVE siècle, par Jean d Arras, Dijon 1930.
- THOMPSON. S., *Motif-Index of folk-Literature*, 6 vols., Bloomington 1955-1958 (vid., especialmente. F 300, G 303.12.7, F 471.2; F 340, F 348, F 361.3; B 81.2; C 31.1.2 y G 245.1).

MELUSINA O LA NOBLE HISTORIA DE LUSIGNAN

Cuando se empieza algo se debe invocar al Creador de los seres vivos, señor de todas las cosas hechas y por hacer, de las que llegarán a la perfección y de las que resultarán de los defectos de los seres. Por eso, al comienzo de esta historia, aunque sé que no soy digno de invocarla, suplico a su Alta Dignidad que me conceda el poder acabar para alabanza y gloria suya, y para satisfacer a mi muy alto, poderoso y honrado señor, Juan, hijo del rey de Francia, duque de Berry, conde de Poitou y de Auvernia.

Escribí esta historia de acuerdo con las crónicas auténticas que me dieron el duque de Berry y el conde de Salisbury, en Inglaterra, y de acuerdo con varios libros que se han encontrado y porque la noble hermana de mi señor Juan, María, hija de Juan, rey de Francia, duquesa de Bar, marquesa de Pont, deseaba tener dicha historia y se la pidió a mi señor, su muy querido y amado hermano, el cual se ha esforzado tanto que ha llegado a saber lo más posible de la verdad y me ha encargado que escriba la historia que viene a continuación. Comenzaré sin más demora; he hecho lo mejor que he sabido con mi pobre razón y entendimiento; le pido a mi Creador que haga que mi honrado señor acepte la obra con benevolencia, y que hagan lo mismo todos cuantos la oigan leer. Empecé a escribir esta historia en prosa un miércoles, víspera de San Clemente, en invierno, el año de gracia de 1392. Suplico humildemente a todos los que la oigan leer o la lean que si les ofende en algo lo escrito, que me lo perdonen, pues he procurado hacer mi trabajo lo más riguroso posible, de acuerdo con las crónicas que creo que son verdaderas.

Dice el profeta David que los juicios y designios de Dios son como un abismo sin orillas ni fondo, y que no es sabio el que intenta abarcarlos con su mente; estoy convencido, además, de que algunos prodigios del universo y de la tierra, como —por ejemplo— los debidos a hadas, son de lo más reales; por lo tanto, el hombre no debe esforzarse en intentar entender, con malsana presunción, los designios y acciones de Dios, sino que debe limitarse a pensar en ellos y a admirarse; y al admirarse, considere cuánto debe temer y glorificar a Aquel cuyas decisiones nos resultan tan oscuras.

Cualquier criatura de Dios razonable comprenderá, como dice Aristóteles al dividir las cosas del mundo, que hay cosas invisibles, y que Dios se expresa a través del aspecto, la esencia y la naturaleza de estas cosas, tal como dice San Pablo en la Epístola a los Romanos: las cosas que Él ha hecho serán vistas y sabidas mediante las criaturas del mundo; así le ocurre a quien escucha la lectura de libros, o presta fe a los autores, o a quien cree a los ancianos o recorre tierras, provincias y reinos: encuentra tantas maravillas y tan nuevas —según apreciación general—, que el entendimiento humano se ve obligado a decir que los designios de Dios son inescrutables; y todo

esto es tan maravilloso y tan variado en sus formas y maneras, está diseminado por tantos países que —salvo juicio mejor— creo que ningún hombre, a no ser Adán, llegó nunca a tener un conocimiento perfecto de las obras invisibles de Dios y, sin embargo, el hombre aprovechó día a día su ciencia para ver y oír cosas que jamás pensaría que fueran ciertas, y lo son. Digo todo esto por las maravillas que se contienen en la historia que voy a tratar, si Dios mi Creador me lo permite, por encargo de mi noble y poderoso señor.

Dejemos estar a los autores y contemos lo que hemos oído decir y contar a nuestros antepasados y lo que aún hoy se oye decir en el Poitou y en otros sitios, para darle a nuestra historia color de verdadera, tal como la consideramos, y tal como se expresa en las crónicas auténticas.

Hemos oído contar a nuestros antepasados que en sitios distintos y a multitud de personas se les han aparecido seres a los que unos llaman duendes, otros hadas, otros buenas damas, que caminan por la noche. Un tal Gervasio dice que los duendes se aparecen por la noche y entran en las casas sin romper ni abrir la puerta, sacan de las cunas a los niños y les deforman los miembros o los queman. Y cuando se marchan, los dejan tan sanos como estaban, haciendo que algunos lleguen a ser muy felices el resto de su vida.

Añade Gervasio que por la noche se aparecen otros seres fantásticos, como mujeres de rostro arrugado, bajas y de poca estatura, que cubren generosamente las necesidades de las casas y no hacen ningún daño; y dice el mismo Gervasio que conoció a un hombre que contaba como verdaderas muchas cosas de este tipo, y decía haberlas visto; más aún, aseguraba que esas hadas tomaban forma de hermosísimas mujeres y que varios hombres se habían casado con ellas, tras jurar lo que ellas les pedían: unas, que no las verían nunca desnudas; otras, que no preguntarían por ellas el sábado; algunas que, si tenían hijos, el marido no las vería durante el parto. Mientras mantenían la promesa, reinaban con buena fama y prosperidad, pero tan pronto como faltaban a ella, perdían las mujeres y se les iba la felicidad poco a poco, y algunos llegaban a convertirse en serpientes uno o varios días a la semana. Dice el ya citado Gervasio que cree que esto se debe a algún pecado o a alguna falta secreta, que no le agrada a Dios y por eso los castiga con estas penas sin que nadie conozca el pecado, salvo Él mismo. Así, compara los ocultos designios de Dios con un abismo sin fondo ni orillas, incluso cuando estos hechos extraordinarios son conocidos no por una sola, sino por varias personas. Y aunque uno no haya salido de su propia región, puede ver cosas fantásticas muy cerca de su tierra y de su comarca, que no se las creería si se las contaran y no las hubiera visto. Por lo que a mí respecta, que no he ido demasiado lejos, he contemplado cosas que muchos no podrían creer sin verlas.

El mismo Gervasio aduce como ejemplo a un caballero, llamado Roger de Castel de Rousset, en la provincia de Aussy, que se encontró con un hada y la quiso tomar por esposa. Ella aceptó con la condición de que no la viera nunca desnuda; vivieron

juntos mucho tiempo y el caballero aumentó en riquezas. Mucho después, el hada estaba bañándose y él, por curiosidad, fue a verla; inmediatamente el hada metió la cabeza en el agua y se convirtió en serpiente. Nunca más volvió a ser vista y el caballero perdió poco a poco su prosperidad y sus bienes.

No quiero seguir contándoos más proverbios ni más ejemplos. Lo que os he dicho ha sido porque pienso explicar cómo fue fundada por un hada la noble y poderosa fortaleza de Lusignan, en Poitou, según la crónica auténtica y la historia verdadera, sin añadir nada que no sea cierto, o que no pertenezca a la materia. Me oiréis aplicar la noble estirpe que salió de allí, y que reinará hasta el fin del mundo, tal como ha reinado hasta ahora. Pero ya que he empezado ablando de hadas, querría decir de dónde procedía el hada que fundó la noble plaza y fortaleza de Lusignan.

Antaño hubo en Albión —es verdad probada— un rey muy valiente. Según cuenta la historia, tuvo de su primera mujer varios hijos, el menor de los cuales fue Matacás, que fue padre de Florimonte. El rey de Albión se llamaba Elinás y era poderoso y noble. Después de la muerte de su mujer, estaba cazando en un bosque en el que había una hermosa fuente, cerca de la orilla del mar, cuando le entró una gran sed y se dirigió hacia la fuente; ya cerca de ella, oyó una voz que cantaba tan melodiosamente que pensó que sólo podía ser voz de ángel, pero pronto se dio cuenta, por su dulzura, de que era una voz femenina. Descabalgó para no hacer demasiado ruido, ató el caballo a una rama y se acercó poco a poco a la fuente, ocultándose con las hojas y los arbustos; vio entonces a la dama más hermosa que había contemplado nunca, a su parecer; se detuvo, sorprendido por la belleza de la que cantaba con tanta suavidad que ninguna sirena, hada o ninfa cantaron con dulzura igual. El rey se ocultó lo mejor que pudo tras los matorrales, temiendo que lo viera la dama, olvidó la caza y la sed que tenía y empezó a deleitarse con su canto y con su belleza, de forma que no sabía si era de día o de noche, si estaba dormido o si velaba.

La dama cantaba con tanta dulzura que daba gusto oírla, y Elinás la contemplaba sin darse cuenta de nada más que de lo que veía y oía, y así permaneció durante mucho tiempo. De pronto, llegaron corriendo dos perros suyos que le saltaron encima haciéndole grandes muestras de alegría; él volvió en sí, como despertándose, y se acordó de la caza, y tenía tanta sed que sin pensarlo más se dirigió a la fuente, tomó el recipiente que colgaba de ella atado a una larga cadena, sacó agua y bebió. Miró entonces a la dama, que había dejado de cantar, y se dirigió a ella dispuesto a saludarla con la mayor cortesía. La dama, que era muy educada, le devolvió el saludo con amabilidad.

—Señora, no quiero ser descortés —dijo el rey Elinás—, ni quiero molestaros al preguntaros quién sois y a quién servís, pues a ello me mueve el hecho de que conozco perfectamente toda esta región y sus alrededores, y sé que a cuatro o cinco leguas a la redonda no hay ninguna fortaleza, ni ninguna torre, a excepción de aquella

de la que he salido hoy mismo, que está a unas dos leguas de aquí; por eso me pregunto admirado de dónde ha podido venir, sola y sin compañía, una criatura tan agradable como sois vos. Perdonadme, por Dios, pues cometo una grave falta al preguntaros, pero el gran deseo que tengo de saberlo me hace cometer esta falta.

—Señor caballero, no hay falta en eso, pues actuáis con cortesía y respeto. Sabed, señor caballero, que si no quisiera estar sola, no tardaría mucho en tener compañía; he enviado a mis gentes por delante porque me encontraba a gusto en este hermoso lugar, en el que me estaba deleitando ahora, como habéis oído.

Mientras hablaba así, llegó un criado, bien vestido, montado en un gran corcel y con un hermoso palafrén a la diestra, enjaezado tan ricamente que el rey Elinás se quedó perplejo y pensaba que nunca había visto nada semejante.

—Señora —dijo el criado a la dama—, venid cuando queráis, pues ya está todo preparado.

—Demos gracias a Dios —respondió ella y, dirigiéndose al rey, añadió—, Señor caballero, me voy con vuestro permiso y agradecida por vuestra cortesía.

Fue entonces hacia el palafrén para montar, pero el rey se adelantó y le ayudó a subir con dulzura. Ella le dio las gracias y se marchó. Elinás volvió a montar. En esto, llegan los hombres del rey, que lo estaban buscando y le dicen que habían conseguido cazar el ciervo; sin prestarles atención les contesta que se alegra, y comienza a pensar en la belleza de la dama, sintiéndose tan enamorado que no sabe qué hacer; entonces, se dirige a sus gentes y les dice:

—Id por delante; yo os seguiré de inmediato.

Los hombres de Elinás se alejaron, no sin darse cuenta de que el rey había encontrado alguna cosa que les quería ocultar, pero se marcharon porque no se atrevían a enfrentarse con él. Cuando ya se habían distanciado un poco, el rey tira del freno de su caballo y vuelve al galope por el camino que había visto que tomaba la dama.

Cuenta la historia que el rey Elinás consiguió encontrar a la dama en el bosque, en el que abundaban los árboles altos y rectos: era verano y hacía buen tiempo, el día era dulce y el lugar del bosque resultaba muy agradable. La dama oyó el galope del caballo del rey Elinás y dijo a su criado:

—Detente, esperemos a ese caballero que ha debido olvidarse de algo en la fuente o quiere decirnos una parte de su pensamiento, que no se atrevió a revelar antes, pues lo vimos muy pensativo.

—Señora, como queráis.

El rey galopa, sin detenerse, hasta la dama y la mira como si no la hubiera visto nunca, la saluda alterado, tan abrasado por su amor que no podía contenerse. La dama, que lo había reconocido sin dificultad y que sabía lo que deseaba, le preguntó:

—Rey Elinás, ¿qué buscas tras de mí con tanto empeño? ¿Me llevo algo tuyo?

Cuando se oyó nombrar se admiró, pues apenas conocía a la que estaba hablando con él.

—Mi querida dama —respondió—, no os lleváis nada mío, pero estáis atravesando mis tierras y me parece villanía no atenderos de forma más honrada de lo que puedo hacer aquí.

—Os excuso y os ruego, si no queréis nada más, que no os volváis a preocupar por este asunto.

—Deseo otra cosa, muy querida señora.

—¿Qué es? Hablad sin miedo.

—Pues si así me lo pedís, os lo voy a decir. Más que ninguna otra cosa querría obtener vuestro amor y vuestra gracia.

—No os equivocáis al hacerlo, pero sólo os daré mi amor si pensáis en mantener la honra, pues nadie la obtendrá desaprensivamente.

—¡Ay! Mi querida dama, no pienso en nada deshonesto.

—Entonces, si me queréis tomar por esposa, debéis jurarme que si tenemos hijos no intentaréis verme durante el parto y mientras los críe; si así lo juráis, os prometo que os obedeceré como mujer leal.

El rey lo juró tal como ella se lo había pedido, a sabiendas de que estaba profundamente enamorado. ¿Para qué me voy a extender más? Se casaron y durante mucho tiempo fueron felices, pero las gentes de Albión se preguntaban quién era aquella dama, a pesar de la sabiduría y de la habilidad que mostraba en el gobierno. Y Matacás el hijo del rey, la odiaba.

Así, quedó encinta y dio a luz tres niñas. La que nació primero se llamó Melusina, la segunda Melior y la tercera Palestina. El rey Elinás estaba ausente, pero sí estaba allí su hijo Matacás, que contempló a sus hermanas admirándose de lo hermosas que eran; después, fue a ver a su padre y le dijo:

—Mi señora, la reina Presina, vuestra mujer, os ha dado las tres niñas más bellas que se han visto jamás; señor, venid a verlas.

El rey Elinás, que no se acordaba de la promesa que hizo a Presina le contestó que así lo haría. Despreocupado, entró en la habitación en la que estaba su mujer bañando a las tres niñas, y al verlas se puso muy contento y dijo:

—¡Dios bendiga a la madre y a las hijas!

—Falso rey, has faltado a la promesa —le contestó Presina encolerizada al oírlo—, serás castigado por ello: me has perdido para siempre, aunque sé que ha sido culpa de tu hijo Matacás; me iré de inmediato, pero me vengaré de él o de sus descendientes, mediante mi hermana y compañera, la Dama de la Isla Perdida.

Después de decir esto, tomó a sus tres hijas y desapareció, sin que la hayan vuelto a ver en aquella tierra.

Cuenta la historia que cuando el rey Elinás perdió a Presina y a sus tres hijas, se quedó atónito y no sabía qué hacer; durante ocho años no cesó de llorar y de suspirar amargamente por el amor que tenía a su mujer, y así, sus súbditos empezaron a decir

que estaba loco, y entregaron el gobierno de Albión a Matacás, que obró con rectitud y mantuvo el respeto a su padre. Los nobles lo casaron con una huérfana, señora de Duras y de Florimonte, que después padeció grandes desgracias, pero nuestra historia no ha sido emprendida para hablar de él, y por lo tanto no diremos nada más del asunto y volveremos a nuestra materia.

Al dejar a Elinás, Presina se marchó con sus tres hijas a Avalón, que también se llama Isla Perdida porque nadie es capaz de dar información sobre ella, ni es capaz de llegar hasta allí si no es guiado por la aventura, aunque haya estado en la isla muchas veces. En Avalón crió a las niñas, hasta que tuvieron quince años; todas las mañanas Presina las llevaba a una montaña, que se llama —según dice la historia— Eleneos, que quiere decir «Montaña Florida», desde donde contemplaban sin dificultad la tierra de Albión. Un día que estaban allí, dijo llorando a sus hijas:

—Hijas, mirad la tierra en la que nacisteis y en la que hubierais tenido posesiones, a no ser por la falsedad de vuestro padre, que nos hundió en la miseria hasta el día del Juicio Final, en que se castigará a los malos y se premiará a los buenos.

—Señora, ¿cómo os ofendió nuestro padre? —preguntó Melusina.

Ella les cuenta todo, tal como habéis oído. Melusina le pregunta luego por las ciudades y castillos del reino de Albión, y Presina se los va describiendo mientras descienden de la montaña y regresan a Avalón. Al poco tiempo, estaban las tres hermanas juntas, cuando Melusina les dijo:

—Mis queridas hermanas, daos cuenta de la miseria que tiene nuestra madre por culpa de nuestro padre; nosotras mismas habríamos podido vivir mucho mejor y con más riqueza. Por lo que a mí respecta, pienso vengarme, pues quiero que él conozca las mismas privaciones que ha sufrido nuestra madre.

—Vos sois la mayor —le respondieron Melior y Palestina—; os seguiremos y aceptaremos lo que queráis hacer.

—Hermanas, bien veo que tenéis amor de verdaderas hijas a vuestra madre; habéis hablado muy bien. He pensado, si estáis de acuerdo, que lo encerraremos en la admirable montaña de Northumberlandia llamada Brumbloremlión, y que no salga de allí en el resto de su vida.

—Vayamos, pues ya es hora de que nuestra madre sea vengada de la deslealtad que le hizo nuestro padre.

Por su condición mágica consiguieron apresar a Elinás y lo encerraron en la montaña; después, fueron a ver a Presina y le dijeron:

—Madre, ya no te debes preocupar por la deslealtad de nuestro padre, pues ha recibido su merecido: no saldrá jamás de la montaña de Brumbloremlión, en la que lo hemos encerrado; allí pasará entre sufrimientos el resto de su vida.

—¡Ay! —exclama Presina, que se lo imaginaba—, malas y perversas, crueles y duras de corazón, habéis hecho mal al castigar así al que os engendró, pues era mi único alivio en este mundo mortal; vosotras me lo habéis quitado. Os daré la

recompensa que os merecéis. Melusina, tú eres la mayor y deberías tener más entendimiento; por tu culpa le habéis dado esta dura cárcel a vuestro padre y por eso serás la primera castigada; el poder de la semilla de Elinás os habría devuelto a su condición humana, y a partir de ahora, Melusina, te convertirás todos los sábados en serpiente del ombligo para abajo; si encuentras a un hombre que te quiera tomar por esposa, debe prometerte que no te verá ningún sábado, y si te descubre, que no lo revelará a nadie: así vivirás normalmente, como cualquier mujer y morirás de forma normal. Sea como sea, de ti descenderá un noble linaje, que realizará grandes proezas. Pero si eres abandonada por tu marido, volverás al tormento de antes hasta que llegue el día del Juicio Final; aparecerás tres días antes de que cambie de señor la fortaleza que construyas y que llevará tu nombre, y también se te verá cuando algún descendiente de tu estirpe vaya a morir.

»A ti, Melior, te concedo un castillo hermoso y rico en Gran Armenia; en él custodiarás un gavilán hasta que vuelva el Alto Dueño. Todos los caballeros que vayan allí a velar la antevíspera, la víspera y el día veinticinco de junio, si no se duermen un instante, recibirán un regalo tuyo, un regalo de cosas temporales; pero si piden tu cuerpo o tu amor, para casarse contigo o para cualquier otra unión natural, serán desgraciados hasta la novena generación, y perderán sus riquezas.

»Y tú, Palestina, tú serás encerrada en la montaña de Canigó, con el tesoro de tu padre, hasta que un caballero de tu estirpe llegue allí, obtenga el tesoro, ayude a conquistar la tierra prometida y te libere.

Las tres hermanas se quedaron muy afligidas y se alejaron de su madre. Melusina pasó bosques y setos; Melior marchó al Castillo del Gavilán, en Gran Armenia; Palestina fue al Canigó, donde muchos la han visto a partir de entonces: yo mismo lo he oído decir al rey de Aragón y a otros de su reino. No os molestéis porque os he contado esta historia, pues era necesaria para lo que viene después; ahora quiero entrar en materia, pero antes os expondré cómo murió el rey Elinás y cómo Presina lo enterró en una rica tumba, dentro de la montaña.

En efecto, el rey vivió mucho tiempo en su prisión, hasta que lo llamó la muerte, que con todo acaba; entonces acudió Presina y lo enterró en una tumba extraordinariamente rica: en la sala donde estaba había candelabros de oro y de piedras preciosas, antorchas y lámparas que ardían a todas horas, de día y de noche; a los pies de la tumba había una estatua de alabastro, de tamaño natural, que representaba a Presina, y era bellísima; la estatua sujetaba en las manos una tablilla de oro en la que estaban escritos los hechos contados más arriba; como guardián del lugar puso a un gigante fiero y horrible, que tenía dominado todo el país y le cobraba tributo, costumbre que mantuvieron varios gigantes después de éste, hasta que llegó Jofré el del Gran Diente, del que oiréis hablar más adelante.

Ya sabéis lo que ocurrió con Elinás y Presina; ahora voy a comenzar la verdadera historia de las maravillas del castillo de Lusignan, en el Poitou, y cómo fue construido.

La auténtica historia cuenta que antaño hubo en Inglaterra un noble, que luchó con el sobrino del rey y lo mató. No se atrevió a quedarse en el país, sino que tomó todos sus bienes y fue a las altas montañas que rodean el nacimiento del Ródano y de otros grandes ríos, y era una tierra deshabitada. Según cuenta la historia, un día encontró allí, junto a una fuente, a una hermosa dama que le explicó todo lo que le había ocurrido. Con el paso del tiempo, se enamoraron ambos y la dama le proporcionó gran prosperidad. Construyeron en la Tierra Desierta varias fortalezas e hicieron viviendas; el país se pobló en muy poco tiempo; pensaron cómo llamarían aquel lugar y, como lo habían encontrado lleno de bosques y florestas, lo llamaron Forez, y así se llama todavía.

La dama y el caballero discutieron, no sé a ciencia cierta por qué, pero ella lo abandonó inmediatamente, por lo que el caballero sintió un profundo pesar; no obstante, la prosperidad iba en aumento, como las riquezas. Más tarde, los nobles de su país le buscaron una alta dama, hermana del conde que había entonces en Poitiers, y tuvo varios hijos varones. Entre todos, uno, el tercero, que se llamaba Remondín, era especialmente hermoso, agraciado y elegante. Cuando debía tener catorce o quince años Remondín, el conde de Poitiers dio una fiesta por uno de sus hijos, Beltrán, al que iba a armar caballero. No tenía más hijos varones, pero sí una hija bellísima, que se llamaba Blanca. El conde Aimeric convocó a su nobleza para que asistieran a la ceremonia de armar a su hijo, y convocó también al conde de Forez, para que acudiera a la fiesta con tres de sus hijos mayores, pues los quería conocer. El conde de Forez acudió con las mayores honras que pudo, llevando a sus tres hijos. Hubo una gran fiesta, en la que varios jóvenes fueron armados caballeros en honor de Beltrán, que también fue hecho caballero aquél día, como el hijo mayor del conde de Forez. Se hicieron buenas justas y las fiestas duraron ocho días enteros, al cabo de los cuales el conde Aimeric regaló ricos presentes.

Al terminar las fiestas, el conde de Poitiers pidió al de Forez que le dejara a Remondín, que era sobrino suyo, y que no se preocupara nunca por él, pues lo dotaría bien. El conde de Forez aceptó, y Remondín se quedó en Poitiers. Así concluyeron las fiestas, con muestras de afecto y con grandes honores.

La historia deja aquí de hablar del conde de Forez, que volvió a sus tierras con los otros dos hijos y con su mesnada, y continúa con el conde Aimeric de Poitiers y con Remondín.

Asegura la historia, y también la crónica auténtica, que el conde Aimeric fue abuelo del abuelo de San Guillermo, el que dejó los bienes terrenales para servir a Dios nuestro Creador entrando en la orden y regla de los monjes blancos; pero no quiero extenderme mucho en esto, sino que voy a continuar con el conde Aimeric y con nuestra materia. Cuenta la historia que el conde Aimeric fue hombre de gran valor,

defensor de todo tipo de nobleza, y el más profundo conocedor de los astros que hubo desde tiempos de Aristóteles hasta sus días, pues en aquella época nadie dejaba que sus hijos estudiaran las siete artes, que comienzan con la noble Retórica y siguen con la Gramática, Música, Física, Filosofía, Geometría y Teología, ni estudiaban las demás ciencias nobles si no eran de buena familia; sin embargo, en aquel tiempo, las ciencias eran más estimadas y más apreciadas que ahora, y por las enseñanzas que habían recibido los altos príncipes tenían más claridad de juicio en asuntos que si fuera ignorantes, y sin dificultad se daban cuenta de los problemas que se les exponían. Así, creo que un corazón de noble origen, con conocimiento de las nobles virtudes de las Artes, se equivoca tan pronto como el que ha aprendido las Artes con intención de enriquecerse o movido por el deseo de complacer a los príncipes y no de mantener la justicia, pues la tosquedad natural no se puede comparar con la naturaleza alimentada por la Ciencia.

Pero dejaré hablar de esto y volveré al conde Aimeric y a Remondín y contaré qué les ocurrió después.

El conde Aimeric era muy sabio, y quería tanto a Remondín que más era imposible; el joven, por su parte, se esforzaba en servir a su tío y en hacer todo cuanto pudiera agradarle. El conde, además, era un apasionado cazador y tenía numerosos galgos, lebreles, perdigueros y toda clase de perros y aves de caza. Un día, según cuenta la historia, uno de sus monteros le anunció que en el bosque de Colombieres había un jabalí extraordinario, el mayor que se había visto en mucho tiempo, y que podría ser una cacería entretenida.

—Me agrada esa noticia —dijo el conde—; que los monteros y los perros estén dispuestos mañana, e iremos a cazar.

—A vuestras órdenes, señor.

El día siguiente, el conde Aimeric salió de Poitiers con gran acompañamiento de caballeros y de nobles; a su lado se mantenía siempre Remondín, que montaba un rápido corcel, ceñía espada y llevaba la pica al hombro.

Llegaron al bosque y empezó la cacería. El jabalí era fiero y bravo, acabó con varios lebreles y alanos, y huyó por el bosque que era muy abrupto; entonces empezó el acoso con los voceadores, pero el animal no temía nada y respondía de tal forma que no había perro tan atrevido que osara acercarse, ni cazador tan valiente que le atacara; llegaron los caballeros y escuderos, pero ninguno se atrevió a descabalgarse para enfrentarse con él. Entonces el conde dijo en voz alta:

—¿Cómo? ¿Este hijo de cerda nos va a asustar a todos?

Cuando Remondín oyó a su tío, se avergonzó, saltó del corcel con la pica empuñada y atacó al jabalí rápidamente, golpeándole en el pecho con toda su fuerza. El animal se revuelve y lo tira de rodillas, pero él se pone en pie con valor y decisión y se prepara para clavarle la pica otra vez; pero el jabalí se gira y emprende la huida, de forma que no hubo perro, caballero, ni nadie que no perdiera el rastro y la vista del animal, a excepción del conde y de su sobrino, que había vuelto a montar y lo

perseguía por delante de todos a tanta distancia que su tío temía que el jabalí le atacara y por eso le grita:

—¡Buen sobrino, deja estar la pieza! Maldito sea quien nos la anunció, pues si este hijo de cerda os ataca, nunca más tendré alegría.

Remondín, que estaba excitado y que no se preocupaba por su vida, ni por la suerte o desgracia que le pudiera sobrevenir, persigue al jabalí con su rápido caballo, y el conde sigue sus huellas o lo ve de lejos.

¿Para qué serviría continuar hablando? Los caballos empezaron a cansarse y a quedarse rezagados, menos los de Remondín y Aimeric, que siguieron en el acoso hasta que se hizo noche cerrada.

Entonces se detuvieron bajo un gran árbol, y le dice el conde a Remondín:

—Buen sobrino, nos quedaremos aquí hasta que salga la luna.

—Como digáis, señor.

Descabalgó, tomó su pedernal y encendió fuego. Un poco más tarde salió la luna hermosa y clara, y brillaron las estrellas. El conde, que sabía mucho de astros, contempla el cielo y ve las claras estrellas, el aire puro y la hermosa luna, sin manchas ni oscuridades. Remondín, mientras tanto se esforzaba en encender el fuego para que su señor estuviera a gusto, y Aimeric contemplaba el cielo; entonces el conde empezó a suspirar profundamente, a la vez que decía:

—Dios verdadero, qué extrañas y admirables resultarían las maravillas que has confiado a la Naturaleza para que las administre, si Tú no las cubrieras con tu gracia divina; es especialmente digna de admiración la señal que veo en el curso de las estrellas, que has establecido en el firmamento desde que el cielo existe y que puedo conocer gracias a la alta ciencia de los astros; por eso te alabo de todo corazón, a Ti y a toda tu Alta Majestad, con la que nada es comparable. ¿Cómo podría resultar inteligible a la sabiduría humana si tu oculto designio no lo hubiera decidido, el hecho de que se pueda sacar honor y provecho obrando mal? Gracias a la noble ciencia que me has concedido, veo que es así; y me admiro profundamente.

Entonces empezó a suspirar más que antes. Remondín, que había encendido una hoguera y que había oído parte de las palabras del conde Aimeric, le dijo:

—Señor, el fuego ya arde; venid a calentaros. Creo que llegarán pronto quienes nos den buenas noticias, pues pienso que la pieza ha sido cazada, porque he oído tocar cuernos para reunir los perros, según me ha parecido.

—Eso me preocupa poco. Más me inquieta lo que estoy viendo.

Entonces mira al cielo y comienza a suspirar más profundamente que antes. Remondín, que lo quería mucho, le dice:

—Señor, por Dios, dejad estar esas cosas, pues un príncipe tan alto como vos no debe preocuparse de tales artes, ni de tales asuntos; sea como sea, Dios os ha concedido una elevada y noble situación y grandes posesiones en la tierra, por lo que podéis dejar las preocupaciones —si así lo deseáis— y las tristezas que os dan asuntos que no os pueden ayudar, pero tampoco perjudicaros.

—¡Ay, loco! Si supieras la grande, rica y maravillosa aventura que estoy contemplando, te quedarías sorprendido.

Remondín, que no pensaba en nada malo, le respondió:

—Mi muy querido señor, dignaos en decírmelo, si es posible, y si es asunto que yo deba conocer.

—Por Dios, lo vas a saber; ten por cierto que yo no desearía que Dios, ni el mundo te pidiesen cuentas con respecto a esta aventura, que nos afecta a ti y a mí, pues yo ya soy viejo y tengo bastantes herederos para que me sucedan en todas mis posesiones; te quiero tanto que me gustaría que recayera sobre ti un honor tan alto como el que veo en el curso de las estrellas: si un súbdito mata en este momento a su señor, llegará a ser el más rico, el más poderoso, el más honrado de su linaje, y de él saldrá una descendencia tan noble como para que se mencione hasta el fin del mundo, tenlo por cierto.

Entonces respondió Remondín que jamás podría creer que una cosa así fuera verdad, pues iba en contra de la razón el que alguien consiguiera bienes y honra cometiendo una traición mortal.

—Sin embargo, Remondín, yo creo que es verdad, tan verdad como te lo he dicho.

—No me lo creo, pues es increíble.

Entonces se pusieron los dos a pensar en el asunto, y de pronto oyeron por todo el bosque un gran ruido de ramas y de arbustos que se rompían. Remondín tomó la pica, que estaba en el suelo, y el conde desenvainó la espada y esperaron así mucho rato para saber qué pasaba, colocándose delante del fuego, en el lado por donde habían oído el quebrar de las ramas. Al cabo de algún tiempo, vieron llegar un gran jabalí, digno de admiración, que iba contra ellos espumeando y enseñando los dientes.

—Señor —dice Remondín—, subid a este árbol para que el jabalí no os haga daño y dejadme que me enfrente a él.

—No querrá Jesucristo que te deje solo en esta situación.

Cuando Remondín lo oye, ataca al jabalí empuñando la pica, con deseos de matarlo; el animal lo esquiva y se dirige contra el conde. Así comienza el dolor y la gran tristeza de Remondín, y la gran felicidad que le llegó tras esta dolorosa tristeza, según cuenta la verdadera historia.

En esta parte dice la historia que el jabalí se dio cuenta de que Remondín iba contra él y se desvió, yendo velozmente hacia el conde, que al verlo acercarse envainó la espada y cogió una pica que había visto a su lado; sujetando la pica bajo la planta del pie, dirigió la punta hacia el pecho del animal, que venía muy deprisa, pero tenía tan dura la piel que el conde cayó de rodillas por el impulso del jabalí. Remondín acudió corriendo con otra pica, dispuesto a herir al animal en el vientre, pues el golpe del conde lo había tirado de espaldas. La pica del joven sólo rozó las cerdas del lomo, y

como iba con fuerza resbaló y alcanzó al conde atravesándolo de parte a parte por el ombligo. Remondín le saca del vientre la pica a su tío e hiere al jabalí, derribándolo muerto; después va al lado del conde e intenta levantarlo, pero era en vano, pues ya había muerto. Cuando Remondín vio la herida y la abundante sangre que manaba de ella, sintió tal dolor que ningún hombre lo ha tenido mayor en su vida, y decía:

—¡Ay! Falsa Fortuna, ¿cómo eres tan perversa que me has hecho matar al que amaba tanto, a quien me había hecho tanto bien? ¡Ay! Dulce Padre todopoderoso, ¿en dónde podrá refugiarse este desdichado pecador? Ciertamente, todos los que oigan contar esta desgracia me condenarán, con motivo, a morir de vergonzosa muerte y mediante duro tormento, pues peor traición no fue cometida nunca por un pecador. Tierra, ¿por qué no te abres? Trágame y ponme junto al más oscuro y odioso de los ángeles, el que antaño fue el más hermoso de todos, pues le he servido bien.

Durante mucho rato hizo estas lamentaciones y, después, se dirigió a sí mismo:

—Mi señor, que aquí yace muerto, me dijo, si ocurría tal cosa, que yo sería el más honrado de mi linaje, pero veo lo contrario, pues seré el más desdichado y el más deshonorado, y es justo que así sea. Sin embargo, ya que no puede ser de otra forma, me iré de esta región en busca de la aventura allí donde pueda expiar mi pecado, si Dios quiere.

Entonces se acercó a su señor, lo besó llorando y con el corazón tan entristecido que no diría una palabra por todo el oro del mundo; toma el cuerno de caza y se lo coloca sobre el pecho; después monta y se aleja a través del bosque, sin saber a dónde ir. Llevaba tal dolor que sería imposible contar la décima parte.

Dice la historia que cuando Remondín dejó a su señor muerto en el bosque, junto al fuego y al lado del jabalí, cabalgó por el tupido bosque con un dolor digno de admiración; cabalgó hasta que le envolvió la noche, y era medianoche. Llegó a una fuente conocida como Fuente de la Sed, llamada por algunos Fuente Hechizada, pues antaño ocurrieron muchas aventuras en ella, y aún ocurrían de vez en cuando. Estaba la fuente en un lugar escarpado y admirable, con grandes rocas por encima y un hermoso prado a lo largo del valle, más allá del bosque. La luna brillaba clara y el caballo de Remondín lo llevaba a su gusto, por donde quería, pues al joven le faltaba la voluntad por la tristeza que tenía, como si estuviera adormecido. Cabalgó hasta llegar muy cerca de la fuente, junto a la que se solazaban tres damas; una de ellas era la señora de las otras. De ésta vamos a hablar, de acuerdo con lo que nos dice la historia.

Ahora cuenta la historia que el caballo llevaba a Remondín, que estaba pensativo, triste y cabizbajo por lo ocurrido, por donde quería, sin que él le tirara del freno hacia la derecha o hacia la izquierda; y el joven ni oía, ni veía, ni entendía. En tal estado pasó por delante de la fuente en la que estaban las tres damas, sin verlas, y el caballo se lo llevó rápidamente; entonces, la de más dignidad dijo a las otras:

—Ese que pasa por ahí parece hombre gentil, pero no lo demuestra, sino que se comporta como tosco al pasar de tal forma ante damas o doncellas sin saludarlas.

Decía esto por disimular, para que las otras no se dieran cuenta de lo que estaba pensando, pues sabía que era un joven valeroso, tal como oiréis más adelante. Les dijo a las otras:

—Quiero ir a hablar con él.

Las deja y va hacia Remondín; sujetando el freno del caballo, lo detiene a la vez que dice:

—Vasallo, gran orgullo o gran necesidad os hacen pasar así por delante de doncellas sin saludarlas, aunque orgullo y necesidad pueden estar juntos en vos.

Y a continuación se calla.

El joven, que ni la oye, ni la escucha, no le contesta una sola palabra. Ella, como enfurecida, vuelve a dirigírsele diciendo:

—¿Cómo, estúpido señor, sois tan engreído que no os dignáis responderme?

Él no le contesta una palabra.

—A fe mía —exclama la dama—, creo que este joven está dormido encima de su caballo, o que es sordo y mudo; pero creo que voy a conseguir que hable, si es que ha hablado alguna vez.

Entonces lo coge por la mano y tira fuerte y firme diciendo:

—Señor vasallo, ¿estáis dormido?

Remondín vuelve en sí, como quien se despierta sobresaltado, empuña la espada, pensando que le atacaban las gentes del conde. Cuando la dama lo ve, se da cuenta de que hasta entonces no se había percatado de su presencia, y le dice riendo:

—Señor vasallo, ¿con quién queréis entablar batalla? Vuestros enemigos no están presentes aquí. Buen señor, yo soy de los vuestros.

Cuando Remondín oye esto, la mira y observa su gran belleza; se queda admirado y le parece que nunca vio a nadie semejante. Descabalga rápidamente y hace una reverencia con cortesía, mientras dice:

—Queridísima señora, perdonadme la injuria y la villanía que he cometido para con vos, pues me he portado muy mal: os juro por mi fe que ni os había visto, ni oído hasta que me tirasteis de la mano. Pensaba en un asunto que me ha llegado al corazón y le ruego a Dios que me ayude a salir de él.

—Señor, bien habéis hablado, pues siempre se ha de invocar a Dios para que nos ayude. Os creo en lo que habéis dicho de que no me habíais oído ni escuchado, pero ¿a dónde vais a esta hora?, si es que me lo podéis revelar; si no conocéis el camino, os ayudaré a encontrarlo, pues no hay vereda ni sendero en este bosque que yo no sepa a dónde se dirigen; confiad en mí.

—Señora, muchas gracias por vuestra cortesía. Llevo perdido mi camino la mayor parte de hoy, hasta ahora.

Cuando la dama ve que mantiene la reserva, le dice:

—Remondín, por Dios, de nada os vale guardar el secreto; sé bien qué os ha

pasado.

Al oír que la dama lo llama por su nombre, se quedó tan asombrado que no supo qué responder; ella, que se dio cuenta de que estaba avergonzado de que supiera tanto de él, le dijo:

—Por Dios, Remondín, después de Dios soy yo la que más te puede ayudar y proteger en este mundo, en tus adversidades, y convertir tu desdicha de mal en bien. De nada te vale ocultarlo. Sé cómo has matado a tu señor por mala suerte, como si lo hubieras querido, aunque en ese momento no deseabas hacerlo y sé todas las palabras que te dijo gracias a sus muchos conocimientos de los astros.

Al oír esto, Remondín se quedó más asombrado que antes, y le contestó:

—Querida señora, me decís la pura verdad, pero me pregunto admirado cómo lo sabéis o quién os ha informado tan pronto.

—Remondín, no te asombres, pues lo sé y sé que piensas que soy fantasma o que mi figura y mis palabras son obras del diablo, pero te aseguro que estoy del lado de Dios y que creo en todo cuanto debe creer una católica; ten por seguro que sin mí y sin mi consejo no podrás llevar a buen término lo que emprendas. Si me crees, todas las palabras que te dijo tu señor se cumplirán en ti, con la ayuda de Dios, y muchas más que no te dijo, pues serás el más poderoso y el mayor de tu linaje.

Cuando Remondín oyó las promesas de la dama, recordó las palabras que le había dicho su señor, y no se olvida del peligro que le acecha de ser desterrado o muerto, o expulsado de todas las tierras donde sea conocido; decidió entonces confiar en la dama, pues sólo tenía que pasar una vez el cruel paso de la muerte. Respondió con humildad:

—Querida señora, os agradezco la promesa que me hacéis. Sabed que ni por dificultad, ni por duro que sea, dejaré de hacer, en lo posible, lo que queráis, si es cosa que pueda emprender un cristiano sin faltar al honor.

—Habéis hablado bien. Os aconsejaré algo de lo que sólo recibiréis bienes y honra, pero es necesario que antes me prometáis que os casaréis conmigo. No temáis, pues estoy del lado de Dios.

Remondín juró que así lo haría.

—Ahora, Remondín —añadió ella—, es necesario que juréis otra cosa.

—¿Qué es, señora? Estoy dispuesto, si es algo que yo pueda hacer.

—Sí, no os perjudicará. Me juraréis, por todo lo que se pueda jurar, que los sábados no intentaréis verme, ni preguntaréis dónde estoy.

—Os juro por mi alma que ese día yo no hago nada que os pueda deshonar y no hago sino pensar en cómo aumentar vuestra valía y vuestro estado.

Hemondín se lo jura así, y entonces la dama vuelve a tomar la palabra:

—Yo os diré lo que tenéis que hacer. No temáis nada; id rápidamente a Poitiers; al llegar, os encontraréis con varios que habrán vuelto de la cacería y que os pedirán noticias de vuestro señor el conde. Decid: ¿cómo, no ha regresado? Contestarán que no. Responded que no lo visteis desde que la cacería comenzó a complicarse y que

entonces lo perdisteis en el bosque de Colombieres, como les pasó a los otros, y os quedaréis asombrado como los demás. Inmediatamente después llegarán los cazadores y gentes tuyas, que llevarán en unas parihuelas al conde muerto; a todos les parecerá que la herida fue causada por los colmillos del jabalí, y todos coincidirán en que el animal lo mató y que el conde mató al jabalí, y considerarán que fue muy valiente. Entonces empezará la aflicción. La condesa, su hijo Beltrán, su hija Blanca, todos, grandes y pequeños, llevarán luto. Expresad tristeza y vestid de negro como los demás. Los funerales serán muy dignos, y cuando llegue el momento, los nobles rendirán vasallaje al nuevo conde. Vendréis a verme la víspera del día en que se deba celebrar el vasallaje, y me encontraréis en este mismo lugar. Tomad, amigo, como principio de nuestro amor estos dos anillos de oro que están juntos; sus piedras tienen una gran virtud: la de uno es que a quien se le dé por amor no morirá por heridas de arma, mientras lo lleve; la del otro, que le hará vencer a sus enemigos, si tiene razón, tanto en pleitos como en pelea. Con los anillos iréis seguro, amigo mío, pues no tendréis que temer nada.

Entonces se despidió Remondín abrazándola con dulzura y besándola con amor, confiado totalmente a ella; y ya estaba tan enamorado que consideraba verdad cuanto le decía y tenía razón al obrar así, según oiréis más adelante, en la historia auténtica.

Nos cuenta la historia que Remondín volvió a montar a caballo y su dama le indicó el camino correcto para ir a Poitiers y lo dejó. Remondín, que estaba muy a gusto en su compañía, se puso triste, pues hubiera querido estar siempre con aquella que le había dado tranquilidad. Cabalga hacia Poitiers y la dama vuelve a la fuente, al lado de las otras dos. Aquí la historia deja de hablar de ellas y vuelve a hablar de Remondín, que iba a Poitiers.

Cuenta la historia que Remondín cabalgó hasta llegar a Poitiers, donde encontró a varios que habían regresado de la cacería, unos por la noche y otros por la mañana, que le preguntaron:

—Remondín, ¿dónde está mi señor?

—¿Cómo —responde—, no ha vuelto? Le contestan que no. Remondín añade:

—No lo vi desde que la cacería empezó a complicarse, cuando el jabalí se levantó con el ladrido de los perros.

Entonces comienzan a llegar los demás; con respecto a las noticias del conde, todos coinciden con Remondín. Unos dicen que nunca vieron cacería tan extraña ni tan admirable, ni a un jabalí que corriera tanto. Muchos decían que era un animal maravilloso, que se había alejado de su región. Todos se extrañaban de que el conde tardara tanto, e iban a la puerta que daba al bosque; allí esperaron mucho tiempo, y continuaba llegando gente que decía lo mismo que los otros, y todos se habían perdido en el bosque por la noche, sin poder seguir ni reconocer ningún camino o sendero, por lo que se admiraban más aún. La condesa, que estaba en la gran sala en

Poitiers, estaba muy afligida por el retraso del conde, igual que sus hijos, pero se afligirán todavía más, como vais a oír.

La historia nos cuenta que los que acompañaban a Remondín estuvieron en la puerta hasta que llegaron muchos que venían de la cacería; cuando estaban más cerca, oyeron lastimeras voces que se lamentaban con tristeza, por lo que muchos se extrañaron, y algunos empezaron a temer que le hubiera ocurrido cualquier desgracia a su señor; cuando los que se acercaban estuvieron junto a ellos, comenzaron a gritar:

—¡Llorad, llorad todos! ¡Vestís de negro! Este hijo de cerda nos ha matado a nuestro buen conde Aimeric.

Detrás de ellos venían dos cazadores que llevaban el jabalí enormemente grande sobre un rocín. Entraron en la ciudad dando muestras de un profundo dolor, y entonces llegaron los que traían las parihuelas con el conde muerto. Cuando lo vieron sus hombres, comenzaron a gritar:

—¡Ay! Maldito sea el que anunció esta cacería.

Y empezó un duelo tan grande que nadie vio uno mayor y llegaron al palacio y allí bajaron el cuerpo. No se debe describir durante mucho tiempo el dolor. La condesa y sus hijos se afligen profundamente, el pueblo y todos los nobles de la región también se afligen, y Remondín lo siente mucho más que todos y se arrepiente de su culpa, y si no hubiera sido por el consuelo que recibió de la dama, les hubiera dicho lo ocurrido, por el arrepentimiento que tenía de la muerte de su señor.

No os quiero entretener mucho en este asunto. Las exequias se hicieron con grandes honores y así fue enterrado en la iglesia de Nuestra Señora de Poitiers, según las costumbres de aquel tiempo.

Las gentes buenas de la tierra sintieron mucho la pérdida de su señor y, entristecidos, tomaron el jabalí y lo llevaron a la plaza, delante de dicha iglesia y lo quemaron en un horno hecho con montones de tierra.

Es cierto que no hay dolor, por angustioso que sea, que no se dulcifique a partir del tercer día. Los nobles reconfortaron a la dama y a sus hijos tanto como pudieron y consiguieron que se aliviara su dolor. Pero el dolor de Remondín crecía cada día más, tanto por el remordimiento de su culpa, como por el amor que le tenía a su tío el conde. El consejo convocó a los nobles para que un determinado día acudieran a prestar juramento a su joven señor ofreciéndole sus tierras y feudos. Cuando Remondín lo supo, montó a caballo, salió solo de Poitiers y entró en el bosque para cumplir lo que había prometido a la dama.

Dice la historia que Remondín cabalgó hasta llegar a Colombieres, atravesó la población y se adentró en el monte hasta que llegó a la pradera que había al pie del talud, junto a la roca que estaba sobre la Fuente de la Sed. Cuando se acercó un poco más, vio una construcción de piedra, parecida a una capilla y aunque él había estado allí varias veces, nunca la había visto. Acercándose más aún, vio ante dicho lugar a

varias damas, doncellas, caballeros y escuderos que le mostraron una gran alegría, con profundo respeto, por lo cual se admiró mucho. Uno de ellos le dijo:

—Señor, desmontad y venid hacia mi señora que os está esperando en su pabellón.

—Eso me agrada.

Descabalgó y va con ellos, que le acompañaban con tanto honor, ante su dama.

Tal como os digo, acompañaron a Remondín con mucho honor, se acercaron a un pabellón riquísimo y cuando ya estaban junto a la dama, salieron muchas damas y doncellas, vestidas con extraordinaria riqueza. La dama se separó de las demás, fue hacia Remondín y le dijo:

—Señor, sed muy bienvenido, pues sois la persona a la que más deseaba ver.

—Mi querida señora, muchas gracias, a mí me ocurría lo mismo.

La dama lo tomó por la mano, lo metió en el pabellón y se sentaron sobre una rica alfombra, y todos los demás se quedaron fuera.

Entonces la dama empezó a hablar con Remondín, diciéndole:

—Amigo mío, bien sé que habéis cumplido lo que os pedí; a partir de ahora tendré mayor confianza en vos.

—Señora, he encontrado tanta verdad desde el principio de vuestras palabras, que no habrá cosa que me pidáis —que pueda ser llevada a cabo por una persona— que yo no haga por alegraros.

—Remondín, no emprenderéis nada por mí sin llevarlo a buen término.

Llegó entonces un caballero anciano, que se arrodilló delante de ella y manifestó un gran respeto hacia Remondín, y dijo:

—Señora, todo está dispuesto; cuando queráis.

—Que empiecen a servir cuando os parezca.

Todo estaba preparado, se lavaron y sentaron. Sobre Remondín y la dama había un rico palio y dentro del pabellón habían colocado numerosas mesas a las que estaba sentada mucha gente honorable. Remondín se quedó sorprendido y preguntó a la dama:

—Señora, ¿de dónde vienen tantas gentes y tan noblemente vestidas?

—No os asombréis, pues son vasallos y seguidores vuestros, como otros muchos a los que ahora no veis.

Remondín se calla. Trajeron manjares abundantes, dignos de admiración. No quiero seguir mucho en este asunto. Luego, quitaron los manteles y se lavaron; después de dar las gracias, la dama tomó a Remondín por la mano y lo llevó a que se sentara de nuevo sobre la alfombra; los demás se retiraron.

Cuando se quedaron solos, dijo la dama a Remondín:

—Amigo, mañana los nobles de Poitou rendirán homenaje al joven conde Beltrán. Es necesario que estéis allí, y que hagáis lo que os voy a decir: esperaréis a que los nobles hayan jurado fidelidad, y entonces os adelantareis y le pediréis al joven conde un don como recompensa de los servicios que prestasteis a su padre;

decidle que no le vais a pedir castillo, ni ciudad, ni fortaleza, ni nada que le cueste mucho. Sé que os lo concederá, pues así se lo aconsejarán los nobles. Cuando os lo haya otorgado, pedidle tanta tierra en esta roca y en este talud como cabe en la piel de un ciervo, y que os la otorgue libre de vasallaje y de cargas. Pedid cartas y escrituras selladas con el gran sello del condado y con los sellos de los pares. Después, a la mañana siguiente, os encontraréis con un hombre que llevará en un saco una piel de ciervo curada en alumbre; comprádsela por el precio que os pida; mandad que os hagan con ella una correa de una sola pieza, lo más fina posible; a continuación, pedid que se os entregue vuestra tierra, que os encontraréis marcada y señalada de acuerdo con mis deseos. Si al acercar los extremos de la correa crece ésta, id hacia el valle, pues el arroyo de esta fuente irá valle abajo y dará lugar a un río bastante grande que después será útil. Id tranquilo, amigo, sin temor, pues todas vuestras necesidades serán resueltas. Volved aquí la mañana siguiente al día en que os hayan otorgado vuestro don, y traed las escrituras.

—Señora, cumpliré vuestros deseos mientras pueda.

Se besan entonces con dulzura y se despiden.

Aquí deja la historia de hablar de ella y habla de Remondín, que cabalga y galopa tan deprisa como puede, hasta que llega a Poitiers.

Cuenta la historia que Remondín cabalgó hasta Poitiers, donde encontró a muchos altos nobles del condado, que habían acudido a rendir vasallaje a Beltrán y que se alegraron al ver a Remondín. Por la mañana fueron todos juntos a San Hilario y allí se celebró el oficio divino. El joven conde iba de canónigo, como el abad, e hizo lo que tenía que hacer. Después, los nobles que debían hacerlo le rindieron vasallaje. Cuando acabaron, se adelantó Remondín y dijo:

—Escuchad, príncipes del noble condado de Poitou, la petición que voy a hacer a mi señor conde, y si os parece razonable, rogadle que me la conceda.

Los nobles le respondieron que con mucho gusto prestarían atención. Se acercaron todos al conde, y Remondín comenzó a hablar con sabiduría, diciendo:

—Querido señor, os pido como remuneración por todos los servicios que hice a mi señor vuestro padre —Dios tenga su alma— que os dignéis concederme un don, que no os costará ni el valor de una fortaleza, ni de un castillo, ni de nada que valga mucho.

—Si les place a mis nobles, a mí me place.

—Señor —dijeron los nobles—, ya que es cosa de tan poco valor, no se la debéis negar.

—Puesto que así lo queréis, yo lo concedo.

—Señor —dice Remondín—, muchas gracias. No os pediré otra cosa, señor, sino que me concedáis la extensión que abarque la piel de un ciervo, en la tierra que hay sobre la Fuente de la Sed, el talud, las escarpadas rocas y el alto bosque.

—Eso no os lo voy a negar; os lo otorgo libre y no tendréis que rendir homenaje de ello ni a mí ni a nadie.

Remondín se arrodilla, le da las gracias y le pide una escritura, que la hicieron inmediatamente en el material más duradero que se pudo y fue sellada con el gran sello del conde y corroborada por el consejo y los pares del país, que colgaron de ella sus doce sellos junto al gran sello del conde, como reconocimiento de que el don era legítimo. Salieron entonces de la iglesia de San Hilario y se dirigieron a la sala del castillo, donde se celebró una gran fiesta, se sirvieron ricos manjares, hubo música y el conde concedió valiosos regalos. Entre todos los que asistieron a la fiesta, le dieron a Remondín el premio de ser el más hermoso y el de mejor presencia; y así estuvieron hasta la noche, en que se fueron a descansar.

Al día siguiente, por la mañana, se levantaron todos y fueron a oír misa con devoción. Remondín la oyó en la abadía, y rogó a Dios que le permitiera llevar a término el asunto, para la salvación de su alma y en provecho y honor de cuerpo, y estuvo devotamente en el monasterio hasta después de la hora prima.

Cuenta ahora la historia que, después de oír misa y de rezar, salió Remondín del Monasterio Nuevo, y a la salida, por la parte del castillo vio a un hombre que llevaba un saco al hombro, que yéndole al encuentro le dijo:

—Señor, ¿queréis comprar la piel de ciervo que llevo en mi saco? Con ella se pueden hacer buenas cotas de caza para vuestros monteros.

—Sí, con mucho gusto; ¿cuánto me costará tal como está?

—Por Dios, señor, pagad cien sueldos, si os parece bien.

—Amigo, llévala a mi alojamiento y te pagaré.

—Con gusto, señor.

Y fueron al alojamiento. Remondín pagó y después hizo que fuera un guarnicionero y que cortara una correa lo más delgada y fina posible. Así lo hicieron y después la enrollaron y la metieron otra vez en el saco. Los que tenían que concederle el don salieron de Poitiers y Remondín con ellos, y caminaron hasta llegar a la montaña que hay por encima de Colombieres. Y vieron que sobre la Fuente de la Sed había grandes zanjas y árboles cortados por todas partes, lo cual les extrañó pues nunca habían visto zanjas allí. Remondín, que se dio cuenta de que era obra de su dama, se calló. Cuando bajaron al prado, sacaron la piel fuera de la bolsa y la miraron.

Cuando los quiñoneros vieron la piel cortada tan fina, se quedaron perplejos y le dijeron a Remondín que no sabían qué hacer. Llegaron entonces dos hombres, vestidos con una tela tosca, que dijeron:

—Hemos sido enviados aquí para ayudaros.

Desenrollan la piel, haciendo un ovillo y la llevan hasta el fondo del valle, lo más cerca que pudieron de la roca; clavan allí una estaca fuerte y gruesa y después atan a ella uno de los cabos de la cinta de cuero. Uno de los hombres llevaba un gran haz de palos que iba clavando alrededor de la roca, por donde estaba hecha la zanja; el otro le seguía, atando la correa a los palos. Así le dieron la vuelta a la montaña y, cuando llegaron al primer palo, aún quedaba mucha cinta y se dirigieron hacia el valle. Y

según se cuenta en aquella tierra, y lo atestigua la verdadera historia, allí brotó un arroyo, gracias al que molieron varios molinos y han molido desde entonces; y del nacimiento del arroyo se asombraron los que iban a medir el lugar, al igual que se quedaron admirados del tamaño que tenía la piel del ciervo, pues alcanzaba dos leguas de larga.

Según cuenta la historia, los encargados de entregar la tierra se quedaron sorprendidos cuando vieron que el río brotaba repentinamente, valle abajo, con grandes borbotones de agua y también se sorprendieron por la extensión que abarcaba la piel del ciervo. Entregaron a Remondín la escritura y, tan pronto como se la dieron, no supieron qué había sido de los dos hombres.

Entonces se volvieron todos juntos a Poitiers para contarle al conde y a su madre este extraordinario suceso. Entonces dice la dama:

—No me volváis a creer nunca si Remondín no ha encontrado alguna aventura en el bosque de Colombieres, pues es un bosque donde frecuentemente se producen hechos extraordinarios.

—Señora —dice el conde—, creo que decís verdad, pues he oído que en la fuente que hay debajo de la roca se han visto numerosas aventuras maravillosas. Por lo que a él respecta, ruego a Dios que pueda disfrutar de todo, para su provecho y honor.

—Amén —responde la dama.

Mientras hablaban así, llegó Remondín y se inclinó ante el conde dándole las gracias por el honor y la cortesía que le había mostrado.

—Remondín —dice el conde—, es poca cosa; pero, si Dios quiere, os daré más. Remondín, me han dicho que ha ocurrido algo digno de admiración en el sitio que os han dado de mi parte, y que yo os he concedido libre de cargas. Os ruego que me digáis la verdad.

—Mi queridísimo señor, si los que han estado conmigo no os han contado nada más que lo que han visto, es cierto; es verdad lo de la extensión que abarca la piel del ciervo, también es verdad lo de los dos hombres que han medido la tierra y el riachuelo que ha manado repentinamente; todo eso es cierto, señor.

—Eso son cosas dignas de admiración. En verdad, Remondín, tenéis que haber encontrado alguna aventura maravillosa. Os ruego que nos la contéis, para sacarnos del tedio.

—Señor, no he encontrado más que cosas buenas y honra, pero me agrada más frecuentar ese lugar que otros sitios, al menos por ahora, pues tiene fama de ser sitio donde se producen aventuras, y espero que Dios me envíe alguna buena y honrosa. No me preguntéis más, pues no podría deciros nada más.

El conde, que lo quería mucho, se calló, pues no quería enfadarle. Con esto, se despidió Remondín de él y de su madre. Ahora dejaré de hablar de ellos y diré cómo volvió Remondín junto a su dama.

En esta parte cuenta la historia que Remondín, que estaba muy enamorado de su dama, se marchó de Poitiers, solo, y cabalgó hasta llegar al alto bosque de Colombieres; allí, bajó por la montaña y llegó a la fuente, en donde encontró a su dama, que lo recibió muy contenta, diciéndole:

—Amigo mío, empezáis a guardar muy bien nuestros secretos, y si continuáis así, recibiréis un gran bien y lo veréis muy pronto.

—Señora, estoy dispuesto a cumplir vuestra voluntad con todas mis fuerzas.

—Hasta que no os hayáis casado conmigo no sabréis ni veréis nada más.

—Señora, estoy dispuesto a casarme ya.

—No, tiene que ser de otra forma. Conviene que vayáis a rogar al conde, a su madre y a todos vuestros amigos, que acudan a vuestras bodas aquí, a este prado, el próximo lunes, para que vean el noble hecho que pienso realizar para aumentar nuestra honra, y que no sospechen que os casáis por debajo de lo que os corresponde. Mientras, basta con que les digáis que os casáis con la hija de un rey, pero no les reveléis nada más, por todo lo que me amáis.

—Señora, no temáis.

—Amigo, por mucha gente que invitéis, no os preocupéis, pues serán bien recibidos y bien alojados, y tendrán bienes y alimentos en abundancia para ellos y para sus caballos. Id, amigo, y no temáis nada.

Con esto se abrazan y se besan. Remondín monta a caballo y se va. Aquí deja la historia de hablar de la dama y Remondín, que va muy deprisa a Poitiers.

Cuenta ahora la historia que Remondín, al dejar a su dama, cabalgó hasta llegar a Poitiers, donde encontró al conde, a su madre y a muchos nobles del país que le dieron una cariñosa bienvenida y le preguntaron que de dónde llegaba. Respondió que volvía de pasear; después de haber hablado un rato de varias cosas, se arrodilló ante el conde y le dijo:

—Querido señor, os ruego, por todos los servicios que os podré llegar a prestar, que me concedáis un honor tan grande como es el de acudir el lunes a mi boda en la Fuente de la Sed, y que llevéis a vuestra madre y a vuestra nobleza.

Cuando el conde lo oyó, se quedó sorprendido.

—Dios —dijo el conde— Remondín, buen primo, tenéis tan poca relación con nosotros que os casáis sin que hayamos sabido nada hasta que ha llegado el día de la boda; eso nos admira, pues pensábamos que si hubierais querido tomar esposa, que nos habríais pedido consejo primero a nosotros.

—Señor, no os lo toméis a mal, pues Amor tiene tanto poder que obliga a hacer las cosas a su antojo y yo he ido tan lejos en este asunto, que no puedo retroceder; si hubiera podido, no lo hubiera hecho.

—Por lo menos, buen señor, decidnos quién es y de qué familia.

—Me preguntáis una cosa que no sé contestar —responde Remondín riéndose—; pues nunca pregunté tanto.

—Eso sí que es maravilloso —exclama el conde—; Remondín se casa y no sabe a quién toma por mujer, ni a qué familia pertenece.

—Señor, ya que a mí me basta, a vos os debe bastar, pues no me caso por vos, que yo sepa, sino por mí mismo; yo sufriré la tristeza o la alegría, según Dios quiera.

—Decís bien. Por lo que a mí respecta, no tomaré parte en las peleas, si las hay; y ya que es así, pido a Dios que os conceda alegría y felicidad. Iremos con gusto a la boda, y llevaremos a nuestra madre, a numerosas damas y doncellas, y a nuestra nobleza.

—Señor, cien mil gracias, pues creo que cuando vayáis y veáis a la dama, os gustará mucho.

Así dejaron de hablar del asunto y hablaron de otras cosas hasta que fue hora de cenar, pero el conde seguía pensando en Remondín y en su mujer y se decía que debía ser un fantasma que había encontrado en la Fuente de la Sed. Y así estuvo pensando durante mucho tiempo, hasta que su maestresala se le acercó para decirle:

—Señor, todo está dispuesto para la cena, cuando queráis.

—Vamos, pues.

Se lavaron y se sentaron, y fueron bien servidos. Y después de cenar, hablaron de muchas cosas y se fueron a acostar. Por la mañana, el conde se levantó temprano y oyó misa, después dictó varias cartas y convocó a sus nobles de varios lugares para que le acompañaran en la boda de Remondín. Los nobles acudieron con diligencia. El conde llamó también al conde de Forez, que era el hermano de Remondín, pues su padre había muerto, y también acudió.

Mientras, la dama hizo los preparativos en la pradera, junto a la fuente, y fueron tan grandes y ricos que, a decir verdad, no faltó nada de lo necesario para tributar honor y para recibir a un rey con toda su corte; os lo explicaré con más detalles. Llegó el domingo y se dispusieron todos para ir a la boda. Pasó la noche y vino el día. El conde se puso en marcha con su madre, su hermana y toda su nobleza. Remondín iba por delante, con su hermano el conde de Forez y una noble compañía. El conde le pregunta insistentemente por su mujer, pero Remondín no le dice nada, por lo que aquél se enfada. Fueron juntos hasta que subieron a la montaña y vieron las grandes zanjas que habían hecho en poco tiempo y el riachuelo que manaba abundantemente, y asombró a todos cómo tal cosa podía ocurrir tan de repente. Después miran hacia abajo, hacia la pradera y ven en ella toldos, tiendas y pabellones grandes, ricos y hermosos, con tal abundancia que todos se admiraron. Y en la pradera ven también a muchas damas, doncellas, caballeros y escuderos, y en medio del campo ven abundantes galopadas de caballos, jumentos, palafrenes y corceles. Y al fondo se divisan las cocinas humeando y, por encima de la fuente, la capilla, bonita y graciosa, bien adornada, que nunca la habían visto. Se admiran por todo y se dicen unos a otros:

—No sé qué vendrá después, pero mirad el hermoso principio y el aspecto de gran nobleza y mucha riqueza. ¡Dios quiera que el fin sea bueno!

En esta parte cuenta la historia que cuando el conde y su cortejo bajaban la montaña, les salió al encuentro un caballero anciano: iba vestido con elegancia, llevaba un cinturón de piedras preciosas y perlas, montaba un gran palafrén gris y le acompañaban doce hombres de alto linaje y posición. En seguida vio al conde de Forez y a Remondín, su hermano, elegantes y con noble compañía. El caballero anciano reconoció a Remondín y lo saludó cortésmente, y también saludó a su hermano el conde y al resto del acompañamiento, y ellos lo recibieron contentos.

—Señor —dijo el anciano a Remondín— llevadme a donde está el conde de Poitiers, por favor.

Éste lo hizo así mediante su escudero. Cuando el caballero llegó ante el conde, le hizo una reverencia.

—Buen señor —dice el conde—, sed bien hallado. Decid, ¿qué deseáis?

—Señor, mi doncella Melusina de Albión se encomienda a vos tanto como puede y os agradece el alto honor que hacéis a vuestro primo Remondín, y a ella misma al venir a su boda.

—Señor caballero, en ese caso podéis decir a vuestra doncella que no hay necesidad de agradecimientos, pues estoy obligado a honrar a mi primo.

—Señor, habláis con cortesía, pero mi doncella es suficientemente discreta como para saber qué es lo que tiene que hacer, y por eso nos ha encargado, a mí y mis compañeros, que hagamos esto.

—Señor caballero, muchas gracias; tened por seguro que no esperaba que viviera cerca de mí una doncella de tan alta situación, ni que tuviera tantos nobles a su lado.

—Señor, cuando mi doncella lo desee, podrá tener más, pues no necesita más que ordenarlo.

Hablando así llegaron a los pabellones; el conde fue alojado en el más rico que vio jamás, y cada cual fue albergado de acuerdo con su dignidad; todos decían que en sus propios dominios no estarían mejor. Los caballos fueron reunidos en grandes tiendas y atados con tanto sitio que los criados se sorprendieron y se preguntaban de dónde procederían tantos bienes y riquezas.

Entonces llegó la condesa, la madre del conde, y Blanca, su hermana. Melusina, que era muy discreta, les envió al anciano caballero que había acompañado al conde. Varias damas y doncellas salieron con él para dar la bienvenida a las que llegaban, cumplimentándolas con honores. Las llevaron a que se alojaran en un pabellón bordado de oro y piedras preciosas, tan rico que todos se quedaron perplejos, y las recibieron con música de muchos instrumentos. Los que las acompañaban también fueron muy bien acomodados. Cuando la condesa, sus damas y doncellas habían descansado y se vistieron, acudieron a la tienda de la novia, que era, sin duda, la más

noble. La novia estaba tan hermosa, y adornada tan ricamente, que todos decían que no habían visto nunca ninguna tan bella, ni tan bien vestida y con tanta riqueza; y todos se quedaron sorprendidos por su belleza y por su vestido. La misma condesa dijo que en todo el mundo no sabía de reina, rey o emperador que pudieran pagar lo que valían las joyas que llevaba.

¿Para qué extenderme más? El conde y uno de los nobles de más categoría, el conde de Forez, acompañaron a la novia a la capilla, que estaba adornada con tanta riqueza que nadie podría expresar el valor de los adornos, que habían sido trabajados con habilidad y en los que abundaban el oro, los bordados, las perlas —nunca se vieron semejantes—, las estatuas, cruces, incensarios de oro y plata, y libros todo lo ricos que se podría desear. Un obispo los casó. Y después del oficio divino salieron de la capilla y fueron a comer en una gran tienda que había en medio del prado. Se sirvieron abundantes manjares, buenos vinos, tortas e hipocrás en tal cantidad que todos se preguntaban de dónde saldrían tantas exquisiteces; y sirvieron sin límite, de forma que si alguno quería algo distinto, se lo llevaban tan pronto que mayor rapidez era imposible, y sorprendía la diligencia de los servidores.

Después del banquete, cuando se levantaron las mesas y se dio las gracias, tras las especias, varios fueron a armarse y a montar. La novia, la condesa y su hija, y otras grandes damas subieron a un graderío adornado con ricas telas recamadas; el resto de las damas ocuparon bancos. Entonces empezó la justa. Los condes de Poitiers y de Forez y los pictavinos lo hicieron bien; pero los caballeros de la novia hacían maravillas derribando caballos y caballeros. Llegó entonces Remondín, que montaba un hermoso caballo gris, regalo de su dama, con cubiertas y arneses blancos. En el primer ataque que hizo contra las filas contrarias, derribó al conde de Forez, su hermano; se esforzó tanto que no hubo caballero, de ninguna de las dos partes, que no lo evitara. El conde de Poitiers se quedó sorprendido y se preguntaba quién sería el caballero: se puso el escudo al pecho y le atacó con la lanza enfilada; pero Remondín, que lo había reconocido, se volvió hacia otra parte, golpeó a un caballero del Poitou con tal fuerza en el cerco del escudo, que tiró al suelo caballo y caballero. Realizó tales hazañas Remondín ese día que todos coincidían en que el caballero de las armas blancas era el triunfador de la fiesta.

Se acercó la noche y terminó la justa; las damas y la novia volvieron a sus pabellones y descansaron un rato. Poco después, fue momento de cenar. Se reunieron en una gran tienda, se lavaron y se sentaron a la mesa, y fueron servidos con riqueza. Después de cenar se levantaron las mesas y se dieron gracias. Las damas marcharon a sus aposentos y se pusieron vestidos cortos para bailar. Empezó una brillante fiesta, riquísima; los que habían acudido con el conde se sorprendieron de la cantidad de luces que veían y de las riquezas en general.

Cuando llegó el momento, llevaron a acostar a la novia, a un pabellón extraordinariamente lujoso, que acababa de ser plantado junto a la fuente; allí, el conde de Poitiers y el de Forez la entregaron a las damas y entonces la condesa de

Poitiers y el resto de las damas se la llevaron adentro, dándole los consejos habituales, aunque ella era de buen juicio. La novia agradecía humildemente lo que le enseñaban para su bien y para su honra. Se acostó y las damas esperaron, junto a la cama, hablando de cosas diversas, a que llegara Remondín, que estaba con el conde y con su hermano, que le daba las gracias por haberle derribado en el primer encuentro.

—A fe mía —decía el conde de Poitiers—, buenos primos de Forez, hace mucho oísteis decir que el amor a las damas daba esfuerzo y trabajo a los enamorados y muerte a los caballos.

—Señor —contesta el conde de Forez—, Remondín me ha demostrado que es verdad.

—Buenos señores —responde Remondín avergonzado—, dejadlo estar, no me alabéis tanto, pues no soy el que pensáis. Creéis que soy el de las armas blancas, pero no lo soy. Ya quisiera yo que Dios me hubiera dado la gracia de ser tan bueno.

Mientras hablaban así llegó un caballero enviado por las damas, que les dijo:

—Señores, no lo entretengáis, pues tiene otras cosas en que pensar.

—Creo que tenéis razón —dice el conde de Poitiers.

Y el caballero añade:

—Señores, llevad a Remondín, pues las damas así lo piden. La parte que les corresponde ya está dispuesta.

Todos rieron de esto y dijeron que no necesitaba testigos que lo aseguraran, pues era cosa que se podía creer. Acompañaron a Remondín al pabellón y se acostó rápidamente; llegó entonces el obispo que los había casado y bendijo la cama; se despidieron todos y corrieron las cortinas.

La historia deja aquí de hablar de los demás, pues unos se fueron a acostar, otros a bailar y a divertirse, y habla de los recién casados, de cómo se comportaron y de lo que se dijeron en la cama.

En esta parte cuenta la historia que cuando se marcharon todos y juntaron los paños del pabellón, Melusina llamó a Remondín y le dijo:

—Mi muy querido señor, os doy las gracias por los honores que me han hecho hoy vuestros familiares y porque ocultáis muy bien lo que me prometisteis en nuestro primer encuentro. Si lo seguís manteniendo así, seréis el más poderoso y rico de vuestro linaje. Si hacéis lo contrario, vos y vuestros descendientes iréis a menos poco a poco; las posesiones que tengáis cuando cometáis la falta, si es que la cometéis —Dios no lo quiera—, no volverán a ser reunidas por ninguno de vuestros descendientes.

—Mi querida señora, no lo temáis, pues eso no sucederá, si Dios quiere.

—Amigo mío, ya que me he comprometido tanto, sólo deseo esperar la voluntad de Dios y confiarme en vuestra promesa. Procurad no faltar a lo prometido, pues vos seríais el que más perderíais después de mí.

—Señora, no debéis preocuparos: que Dios me abandone el día que yo falte voluntariamente a la promesa.

—Mi querido amigo, ahora olvidemos este asunto, pues por mí no dejaréis de ser el más afortunado de vuestro linaje, y el más poderoso.

Así dejaron de hablar de la promesa. Cuenta la historia que aquella misma noche fue engendrado el noble y valiente Urién, que sería rey de Chipre, tal como dice la historia más adelante.

Cuenta la historia en esta parte que los enamorados estuvieron en la cama hasta que salió el sol. Entonces se levantó Remondín, se vistió y salió del pabellón. Ya se habían levantado el conde de Poitiers, el conde de Forez y todos los nobles, y esperaban a Remondín para acompañarle, todos juntos, a la capilla. Oyeron misa con devoción y después volvieron al prado, dónde comenzó un gran festejo.

Ahora dejaremos de hablar de ellos y os hablaremos de la condesa y de las otras grandes damas, que embellecieron a Melusina y la llevaron, adornada con riqueza, a la capilla a oír misa: las ofrendas fueron numerosas y espléndidas. Después de que acabó el servicio divino, volvieron a su pabellón.

¿Para qué me voy a extender más? La fiesta fue grande y noble y duró quince días completos. Melusina regaló valiosas joyas a las damas, a los caballeros, a los escuderos y a las doncellas. Llegado el momento se despidieron todos. Melusina acompañó a la condesa y a su hija hasta más allá del poblado de Colombieres; Melusina regaló a la condesa un broche de oro tan rico que su valor era incalculable, y a su hija le entregó una cofia de perlas con grandes zafiros y rubíes, diamantes y otras piedras preciosas, en tanta abundancia que todos los que lo vieron se quedaron admirados de la riqueza del broche y de la cofia. Melusina hizo tantos regalos a grandes y pequeños que ninguno de los que asistieron a la fiesta dejó de alegrarse por los dones recibidos; todos se preguntaban sorprendidos de dónde procederían tantas riquezas, y todos coincidían en que Remondín se había casado poderosa y noblemente.

Melusina se despidió con toda cortesía del conde, de la condesa y de los nobles y regresó con buen acompañamiento. Remondín siguió con el conde, quien le dijo:

—Remondín, buen primo, si se puede saber, decidme a qué familia pertenece vuestra mujer. Cuando se acercó a nosotros el anciano caballero, que venía de su parte, para conducirnos a nuestro alojamiento, nos agradeció en nombre de su señora, Melusina de Albión, el honor que os hacíamos. Os rogamos, pues, si es posible, que nos digáis la verdad, porque según lo que hemos podido deducir de su condición y comportamiento, debe proceder de noble origen. La razón de nuestra curiosidad es la necesidad de no cometer afrentas y de tratarla con toda la honra que su situación merece: por eso tenemos tanto empeño en saberlo.

—Lo mismo me ocurre a mí —añade el conde de Forez.

Cuenta la historia que Remondín se entristeció en el corazón al oír lo que le pedían el conde de Poitiers, su señor, y el conde de Forez, su hermano, pues amaba y

temía tanto a su dama que odiaba todo aquello que pensaba que le podía desagradar. Sin embargo, respondió fríamente:

—Señor y vos, hermano, debíais saber que por razón natural, aunque yo guardara mi secreto a cualquiera, a vos no os lo debería ocultar, si fuera cosa que yo pudiese decir y si yo la supiera. Os diré, pues, lo que sé. Nunca me he planteado preguntas sobre mi mujer, como vos acabáis de hacer; os puedo decir que es hija de un gran rey que posee extensas tierras. Según la actitud, el comportamiento y la forma de estar que habéis visto en ella, os podéis dar cuenta sin dificultad que no fue criada en la pobreza, ni en la rusticidad, sino que ha sido acostumbrada a la abundancia, a la riqueza, a los honores y a la generosidad de bienes. Ahora os pido, como a señores y a amigos que no preguntéis nada más, pues no os diré ninguna otra cosa. Tal como es, me gusta. Debéis saber también que ella es el principio de todos mis bienes de este mundo y creo que será el principal medio para la salvación de mi alma.

El conde de Poitiers respondió:

—Buen primo, por mi parte no os pienso seguir preguntando, pues ya nos habéis llevado a conocer los extremos del alto honor, la riqueza y el noble comportamiento de mi prima, vuestra mujer; nosotros deducimos que es de origen noble y poderoso.

—Tenéis razón —añade el conde de Forez—, y por mi parte, como vos, no voy a seguir haciendo preguntas, aunque sea mi hermano; pienso que está bien situado, a mi parecer.

¡Ay! Después no cumpliría lo dicho y por ello Remondín perdió a su mujer y el conde de Forez fue muerto por Jofré el del Gran Diente, como contará más adelante la historia.

Como ya era tarde, Remondín se despidió del conde, de su hermano y de los nobles, y volvió a la Fuente de la Sed. Cada uno de ellos también se fue a sus tierras: el conde de Forez, tras despedirse de todos y agradecerles los honores que le habían hecho en la boda de su hermano, se dirigió a sus dominios; el conde de Poitou emprendió el regreso con su madre, con su hermana y con otros familiares y servidores de la casa de Poitiers; y cada noble marchó también a sus tierras. Todos pensaban en las maravillas que habían visto durante las bodas, en las zanjas y en el río, y estaban seguros de que otros hechos extraordinarios seguirían a este principio.

La historia deja ahora de hablar de ellos, y habla de Remondín y de su mujer, y de lo que hicieron después de la fiesta.

Cuando Remondín volvió con su dama, encontró una fiesta mucho mayor que la de antes, con gentes muy nobles a las que no había visto en ningún lugar, que le dijeron:

—Señor, sed bienvenido; todos os debemos obedecer.

Y esto lo decían tanto las damas como los caballeros.

—Muchas gracias por el honor que me hacéis —respondió Remondín.

En esto, llegó Melusina que hizo que le contara, palabra por palabra, todo lo que había hablado con el conde de Poitiers y con su hermano; cuando Remondín

concluyó, le dijo la dama:

—Remondín, mientras os mantengáis en ese camino, iréis sobrado de bienes. Buen amigo, mañana despediré a la mayor parte de los que han venido a la fiesta, pues hay que empezar ya con otros asuntos.

—Como os plazca.

A la mañana siguiente, Melusina dio licencia a los suyos para que se fueran si querían. Aquí deja la historia de hablar de las cosas dichas arriba y se ocupa de cómo la dama construyó la noble fortaleza de Lusignan, de la que os he hablado antes.

La historia cuenta en esta parte que después de que terminara la fiesta, cuando Melusina ya había despedido a parte de su gente, llamó a numerosos leñadores y cavadores; ordenó talar y arrancar los grandes árboles e hizo limpiar de piedras el fondo de las zanjas que antes cercó con la piel del ciervo; después hizo que acudieran albañiles y picapedreros, y empezó la construcción de los cimientos sobre roca firme. Los obreros trabajaron tanto y tan rápidamente que todos los que pasaban por allí se sorprendían. Melusina les pagaba los sábados, sin dejar nada a deber, y les daba abundante pan, vino, carne y todo cuanto deseaban; nadie sabía de dónde venían los obreros, ni dónde residían. En poco tiempo se terminó la construcción de la fortaleza, que tenía no uno, sino dos recintos amurallados antes de llegar a la torre del homenaje. Las tres construcciones estaban rodeadas de fuertes torreones con barbicanas y bóvedas ojivales; los muros eran altos y bien almenados. Había, también, poternas extraordinariamente fuertes. A un lado, en lo alto del bosque, sobre la pradera estaba el castillo, construido en una roca tan escarpada y abrupta que nadie podría vivir en ella. Alrededor del castillo había fuertes murallas talladas en la misma roca.

La fortaleza era digna de admiración por su tamaño y por lo resistente que parecía: el conde de Poitiers, los nobles y el pueblo quedaron atónitos de que una obra de tal magnitud hubiese podido realizarse en tan poco tiempo. Cuando la construcción se acabó, la dama se instaló en el interior de la fortaleza e hizo que Remondín anunciara que se iba a celebrar una gran fiesta. A la fiesta acudieron el conde de Poitiers, la condesa y su hija, muchos nobles del país y de otras tierras, y numerosas damas y doncellas; hubo bailes y justas y todos estuvieron contentos. Llegado el momento, Melusina se dirigió a los invitados para decirles con gran amabilidad:

—Mis espléndidos señores, os agradecemos el alto honor que nos habéis hecho al asistir a nuestra fiesta. Ahora me gustaría revelaros el motivo por el que os hemos rogado que vinierais. Señores, os he reunido aquí para que me aconsejéis cómo ha de llamarse esta fortaleza, para que se recuerde siempre que ha sido fundada de forma maravillosa.

—Bella prima —dice el conde de Poitiers—, en opinión de todos debéis ser vos

misma quien le dé nombre, pues en nosotros no existe la inteligencia que reside en vos, y sabed que ninguno de nosotros se atrevería a ponerse por delante de vos.

—Querido señor —responde Melusina—, habéis pensado tal respuesta para que me ruborice. Pero sea como sea, os pido que me digáis vuestra opinión.

—Bella prima —contesta el conde—, nadie hará que nos pongamos por delante de vos, pues, ya que vos habéis hecho tan bella construcción, que por ahora es la más bella y la más fuerte que yo he visto, a vos os corresponde darle el nombre que más os agrade.

—Mi señor —dijo Melusina—, ya que no puede ser de otro modo, y que así lo queréis, se llamará Lusignan.

—Este nombre —dijo el conde— le está muy bien por dos cosas pues vos os llamáis Melusina de Albión, y Albión en griego significa «nada le falta», y Melusina equivale a «cosas maravillosas».

Y de este modo se fundó la plaza, y no creo que, mientras dure, se encuentren cosas tan admirables.

—Señor —dijeron todos a la vez—, no se le habría podido dar un nombre que correspondiera mejor a su condición.

Y todos estuvieron de acuerdo. El nombre fue tan famoso en tan poco tiempo que fue conocido por todos los países, y aún hoy es renombrado. En seguida se terminó la fiesta con grandes muestras de afecto por parte de todos. Y aquí deja la historia de hablar de ellos y vuelve a Melusina y a Remondín, y cuenta cómo gobernaron luego poderosamente.

Después de terminada la fiesta, Melusina, que estaba encinta, llegó al fin del embarazo y dio a luz un varón, físicamente bien proporcionado, a excepción de la cara que era pequeña y ancha, y tenía un ojo rojo y el otro azul pálido. Fue bautizado con el nombre de Urién. Tenía las orejas más grandes que nunca tuvo un niño, y cuando creció se le hicieron tan grandes como las aspas de un molino de viento.

Entonces Melusina llamó a Remondín y le dijo:

—Remondín, no quiero que dejes perder la herencia que te corresponde por tus antecesores en Inglaterra, pues Guerrandia y Pointievre son vuestros y de vuestro hermano. Id y pedid al rey de los ingleses que os reciba justamente, y decidle que si vuestro padre mató a su sobrino fue en defensa propia, y que, por miedo al poder del rey, no osó quedarse en el país, y marchó al extranjero. Y no temáis que no os vaya a hacer justicia, antes al contrario, se alegrará mucho de poderla hacer.

—Señora mía —dijo Remondín—, no hay nada que vos me mandéis que yo no lo lleve a término según mis posibilidades, pues veo que todas vuestras obras buscan el honor y son razonables.

—Amigo mío, decid verdad. Vuestro padre heredó de sus antepasados una gran posesión en Gran Bretaña, que os corresponde en parte. Iréis directamente desde aquí a una fortaleza llamada Quemenuigap, y encontraréis a un viejo caballero que se llama Alain, que era hermano de vuestro padre, Hervy de León, hombre que en su

juventud fue muy hospitalario; no temía ni temblaba por nada que un hombrepreciado y noble, en la flor de su juventud, debiese temer, si se trataba de defender su honor. Como era muy hábil, el rey de los ingleses lo apreciaba mucho y lo nombró senescal suyo. Aquel rey tenía un sobrino, que, bajo la influencia de algunos envidiosos guardaba gran rencor a vuestro padre, pues le hicieron creer que el rey, su tío, nombraría heredero a Hervy, y los consejeros envidiosos le decían cosas como las siguientes:

—Tú eres el heredero legítimo de Gran Bretaña y de Gales. Ahora habéis sido desposeído de la noble región de Inglaterra. En verdad, si os dejáis desheredar por indolencia de vuestro corazón, todo el mundo se reirá de vos diciendo: Ved por dónde va el loco que, por fantasías de su corazón, se ha dejado arrebatar un país y una región tan noble como es el reino de Inglaterra.

Al oír estas palabras, les respondió:

—¿Cómo, quién me podría hacer tal injusticia? A no ser que Dios me quiera perjudicar, no hay hombre en el mundo, que yo sepa, que me lo pueda disputar, pues sé bien que mi señor el rey no desea tener otro heredero que yo.

—Estáis mal informado en este asunto —dijo uno—, pues vuestro tío ha nombrado heredero a Hervy de León, y ya ha dado órdenes al respecto.

Cuando el joven, que era hijo de la hermana del rey de los ingleses, oyó estas palabras, se afligió mucho y respondió:

—Sabed, en verdad que, si son ciertas estas palabras, pondré remedio a ello con tal fuerza que jamás tendrá ninguna tierra ni posesión.

Entonces le respondió un caballero que se llamaba Josse de Puente del León:

—Así es, y os lo hemos dicho porque no queremos a otro señor sino a vos cuando muera el rey de Inglaterra; vuestro tío ha hecho esto en secreto, para que vos no lo supierais, pero nosotros y muchos otros estuvimos presentes. Preguntad a mis compañeros si digo la verdad.

Él lo hizo y ellos le contestaron a una sola voz:

—De todo corazón, señor, os ha dicho la pura verdad. Ved qué vais a hacer.

—Eso es una gran humillación —dijo el joven—, más por parte de mi tío que por parte de Hervy de León, aunque será muy bien pagado. Id a vuestros asuntos y sabed que haré las diligencias necesarias para que no me arrebate mi herencia.

Se despiden y se van contentos, pues tenían tal envidia a vuestro padre por el amor que le profesaba el rey, que le creía, escuchaba y seguía su consejo en numerosos asuntos, que no deseaban recuperar los privilegios perdidos, sino destruir a Hervy.

El día siguiente, por la mañana, se armó el sobrino del rey y acechó a vuestro padre en un bosquecillo, donde acostumbraban a batirse, cerca de León. Al verlo, gritó:

—¡A muerte, malvado traidor! ¿Me quieres arrebatar mi herencia?

Mientras decía estas palabras, sacó la espada e intentó herir a vuestro padre, pero

él consiguió evitarlo, y sin saber que era el sobrino del rey, le quitó la espada de las manos. Éste le arrojó un puñal afilado y puntiagudo con la intención de clavárselo, pero vuestro padre se apartó y golpeó al joven con tanta fuerza en la sien con el pomo de la espada que le había quitado, que, como la cofia de acero que llevaba no era muy resistente, rodó muerto por el suelo. Cuando lo vio y lo reconoció, se afligió mucho; entonces, cogiendo toda su fortuna, vino a la región que ahora se llama Forez. Le ayudó mucho una dama de la que no os quiero hablar. Después de la muerte de esta dama que le ayudó al principio a construir fortalezas y ciudades y a poblar el país, tomó por esposa a la hermana de un señor que gobernaba el condado de Poitiers, y de este matrimonio tuvo varios hijos, de los que vos sois uno.

—Amigo —continuó Melusina—, ahora que os he revelado cómo vuestro padre abandonó su país y dejó las heredades que debían ser vuestras, pienso que no debéis dejar que se pierdan. Sabed que Josse de Puente del León vive todavía y tiene un hijo que gobierna ahora todo el leonés, tierra que debería ser vuestra. Iréis directamente a ver a vuestro tío Alain de Quemenuigamp, y os daréis a conocer a él, que os creará en todo lo que le digáis. Sabed, además, que tiene dos hijos, valientes e inteligentes, que son primos hermanos vuestros, y a quienes el rey de los ingleses guarda gran afecto; con la ayuda y el reconocimiento de los dos, haréis comparecer a Josse de Puente del León ante el rey y pondréis en su conocimiento la traición de que fue objeto el sobrino del rey, por la que se vio impulsado a atacar a vuestro padre. Sabed que el hijo de Josse, Olivier de Puente del León, combatirá contra vos, pero lo venceréis en seguida y padre e hijo serán condenados a la horca. El padre confesará toda la traición, y os será restituida vuestra tierra. Ahora, id rápidamente sin temor, pues Dios os ayudará en todos vuestros asuntos.

—Señora —respondió Remondín—, haré todo lo posible para cumplir vuestras órdenes.

Remondín preparó de inmediato su viaje, se despidió de Melusina y se marchó con noble compañía de caballeros y escuderos, unos doscientos en total que llevaban cota de acero y todas las protecciones de brazos y de piernas, y las armas, y llevaban en fardos las cubiertas de los caballos: los pajes llevaban las lanzas y los yelmos.

Cabalgaban todos juntos, y así llegaron a Gran Bretaña. El pueblo se asustó mucho al ver a toda aquella gente, pero como en todas partes pagaban generosamente, les pareció que no querían ningún mal, pues además, el viejo caballero, que pertenecía a la mesnada de Melusina, vigilaba los actos de Remondín.

Cuando el rey de Inglaterra supo que aquellas gentes iban armadas por su país, no supo qué pensar, pues no esperaba el ataque de nadie. Entonces, envió a dos caballeros de alta condición a Remondín, para saber qué quería, y por qué iba armado por el país de Inglaterra, y si quería algún mal a su rey o a la tierra. Se presentaron a Remondín y le preguntaron muy discretamente qué quería, y le dijeron que los enviaba el rey de los ingleses. Entonces, le respondió Remondín con humildad:

—Buenos señores, decidle al rey que no vengo aquí sino por bien, para obtener

justicia en su corte por un asunto que le voy a exponer y en el que tengo la razón, como verán el rey y su consejo. En breve me presentaré a él.

—Sed muy bienvenido, y sabed que el rey os hará justicia. Pero decidnos, si os place, ¿a dónde vais por aquí?

—Me dirijo a Quemeniguigamp —dijo Remondín.

—Señor —contestó uno—, vais por buen camino; no hay más de cinco leguas desde aquí. Allí encontraréis a Alain de León, que os acogerá amablemente, y con él encontraréis a dos caballeros, hijos suyos, que son muy respetados, gente de bien y de honor. Seguid este camino, no os podéis perder; nosotros nos retiramos, con vuestro permiso.

—Buenos señores —dijo Remondín—, id bajo la mirada de Dios, que os guíe, y encomendadme a vuestro rey muy humildemente.

Cuando los dos caballeros se habían alejado tanto de Remondín que los había perdido de vista, le dijo uno al otro:

—Que gente tan honorable. En verdad que no vienen al país por un pequeño asunto. Vayamos a Quemeniguigamp, y anunciémosle su llegada a Alain.

—No se podría hacer nada mejor —contestó el otro.

Entonces emprendieron el camino hasta que llegaron y anunciaron la llegada de Remondín y de su gente a Alain, que se quedó sorprendido. Llamó a sus dos nobles hijos, de los que el mayor se llamaba Alain, y el otro Hervy, y les dijo:

—Hijos míos, montad a caballo e id a buscar a esos extranjeros, recibidlos con grandes honores y alojadlos bien, pues me han dicho que son más de seiscientos o setecientos caballeros.

Pero hablaba en vano, pues el viejo caballero de Melusina ya había ido y había visto que no se podrían albergar todos cómodamente en la villa; entonces hizo extender en el prado cercano al río, gran cantidad de tiendas y pabellones, y envió a buscar por todo el país víveres, heno, avena y gran provisión de alimentos y de vinos, y pagaba tan generosamente que le suministraban más cantidad de la que necesitaba. Alain se admiró cuando le contaron la abundancia de preparativos y aparejos que esta gente hacía y llevaba, y no supo qué pensar.

Ahora cuenta la historia que los dos hermanos cabalgaron juntos hasta que encontraron a Remondín, y cortésmente le dieron la bienvenida, y le rogaron, de parte de su padre Alain, que se alojara en el castillo, donde tendría muy buena acogida.

—Buenos señores —dijo Remondín—, muchas gracias a vuestro padre y a vosotros por la cortesía que me hacéis; iré con algunos de mis privados ante vuestro padre para testimoniarle mi respeto, pues tengo muchas ganas de verlo, por lo bien que he oído hablar de él.

Tras hablar así, cabalgaron hasta que llegaron a la ciudad. Entonces el viejo caballero se acercó a Remondín y le dijo:

—Señor, he hecho que planten vuestro pabellón y otros muchos para alojaros, pues en la ciudad no había suficientes aposentos, y estamos bien aprovisionados,

gracias a Dios.

—Habéis hecho bien —dijo Remondín—, ahora ocuparos de vuestra gente y no me esperéis por hoy, pues voy al castillo con estos dos gentilhombres.

Dicho esto se separó del anciano y marchó al castillo. Alain, que sabía que llegaba, salió a la puerta. Cuando Remondín lo vio, supo que era el señor del castillo, descabalgó y fue a saludarlo muy amablemente.

¿Para qué os voy a contar con muchas palabras el encuentro, sin hablaros de lo que os tengo que hablar? Después de cenar y de lavarse, y tras dar gracias, el señor del castillo tomó a Remondín por la mano y lo llevó a un asiento para contemplar a los que terminaban de cenar, mientras que sus dos hijos hacían todo tipo de honores a los compañeros de Remondín.

Entonces, el señor del castillo empezó a hablar como hombre de gran inteligencia, sabiduría y honor, diciéndole:

—Señor caballero, sabed que estoy muy contento con vuestra llegada, pues os parecéis a un hermano mío que era muy ágil y bien dotado y que marchó de este país hace sesenta años por una disputa que tuvo con el sobrino del rey que por aquel entonces reinaba aquí, aunque no sé ni la causa ni el porqué. Sabed que ahora reina el cuarto monarca desde que sucedió esto de lo que os he hablado. Y ya que os parecéis tanto a mi hermano, os aprecio más.

—Señor —dijo Remondín—, os lo agradezco mucho y creo que antes de separarme de vos haré todo lo posible para esclarecer la causa y los motivos que hubo entre el sobrino del rey y vuestro hermano, pues no he venido hasta aquí con otro propósito que el de comprobar y saber la verdad.

Cuando Alain oyó estas palabras, se admiró, y empezó a observar a Remondín con gran atención, y cuando ya lo había mirado bien, le dijo:

—¿Cómo podría ser eso? Vos aún no tenéis treinta años y ¿me vais a revelar una verdad que nadie ha conocido antes en este país? Cuando la mala fortuna alcanzó a mi hermano, se marchó tan rápidamente que ni yo ni nadie volvimos a saber nada de él, y de esto hace alrededor de sesenta años.

—Señor —le contestó Remondín—, decidme, si os place, ¿hay algún hombre en estas tierras que, en el tiempo en que vivió vuestro hermano, tuviera alguna autoridad en la corte?

—Hay uno —respondió Alain—, y es el que tiene toda la herencia de mi hermano, a quien se la quitaron como castigo, y el rey se la concedió a él. Este caballero tiene un hijo, de la misma edad que mi hijo mayor.

—Ya sé quién es —dijo Remondín.

—¿Y cómo sabéis su nombre? —preguntó Alain.

—Señor, lo sé bien. Se llama Josse de Puente del León y su hijo es un caballero que se llama Olivier.

—Señor caballero —dice Alain—, así es. Pero, decidme ¿cómo lo habéis sabido?

—Señor, por ahora no sabréis nada más. Pero, si queréis, venid a acompañarme

con vuestros hijos a la corte del rey. Sabed que allí esclareceré esta querrela de forma que os alegraréis mucho, si es que alguna vez amasteis a Hervy de León, vuestro hermano.

Cuando Alain lo oye, se admira más que antes, pues pensaba que su hermano había muerto, y hacía mucho que nadie se acordaba de él. Entonces, se quedó pensativo y sin decir nada; al cabo del rato, respondió:

—Señor caballero, estoy de acuerdo con vuestra propuesta, aunque no sé ni la causa ni el por qué. Sabed que ahora reina el del rey.

—Muchas gracias —dijo Remondín—; os protegeré de cualquier peligro.

¿Para qué os voy a contar más? Alain avisó a gran número de amigos suyos, y se prepararon convenientemente para acudir a la corte del rey, y el martes antes de la vigilia de Pentecostés se pusieron en camino.

El rey, que sabía de su llegada, marchó de Senselio donde se encontraba, y se dirigió a Nantes, pues los dos caballeros a quienes había enviado al encuentro de Remondín habían vuelto y le habían contado su respuesta y la riqueza que llevaba.

Por ello, el rey se dirigió a Nantes, y mandó que toda su nobleza se dirigiera allí, pues no quería que lo encontrara sin gente. Y entre otros avisó a Josse de Puente del León para que le aconsejara en el pleito que iba a plantear Remondín, pues era muy inteligente. El anciano caballero llegó con todos los bagajes, hizo plantar tiendas y pabellones, y aparejarlos con gran riqueza. Sabed que toda la gente de la ciudad se admiraba de la abundancia de provisiones que llevaban.

Entonces, llegaron Remondín, Alain y sus dos hijos, y descabalgaron junto al pabellón principal y se ataviaron ricamente para ir a hacer la reverencia ante el rey; salieron de las tiendas con unos sesenta caballeros, a cual mejor vestido.

El rey, que sabía que iban a llegar, hizo preparar y acondicionar todo, y se acompañó de sus más altos nobles; sin embargo, cuando entraron Remondín y sus familiares, la sala se llenó de nobleza; los recién llegados se adelantaron a hacer la reverencia al rey: primero iba Remondín y le seguían Alain y sus hijos y, después, todos los demás. El rey los recibió con gran alegría. Hizo que se acercara Alain y le habló así:

—Alain, estoy admirado de este caballero extranjero que habéis conocido, ¿qué busca en nuestro país?

—Señor —respondió Alain—, estoy cien veces más maravillado de sus palabras que vos con su llegada; muy pronto se nos desvelará a vos y a mí algo que deseamos saber.

Entonces Remondín se adelanta y llama al hijo mayor de Alain, y le dice:

—Señor caballero, por vuestra cortesía, decidme si Josse de Puente del León está ahora en compañía del rey.

—Sí, señor —le responde—. Ojalá quisiera Dios que el rey no se enfadara si yo lo matara de algún modo, pues tiene la herencia de mi tío, que debería pertenecernos. Miradle allí; es aquel anciano que hay detrás del rey; es la persona más llena de

maldad que hay en diez reinos; y ved allí también a Olivier, su hijo, que no le va a la zaga en maldad a su padre.

—Señor caballero —dijo Remondín—, pronto seréis vengados, si Dios quiere.

Entonces, deja de hablar y se adelanta hacia el rey, diciendo estas palabras:

—Señor, alto y poderoso rey, es muy cierto que vuestra corte tiene fama en todos los países de ser la más noble y justa, y que no hay nadie que venga sin que vos le hagáis justicia y le deis la razón en lo que pide, según el derecho que tenga.

—Señor caballero, así es, pero ¿por qué lo decís? Nos gustaría saberlo.

—He venido a decíroslo, pero prometedme que me haréis justicia y defenderéis mi derecho. Lo que tengo que decir es, en parte, por vuestro provecho, pues rey que se acompaña de traidor nunca está bien protegido, ni debe encontrarse muy seguro.

—Tenéis razón —contestó el rey—. Ahora hablad sin miedo, pues os juro por mi amor a Dios que os daré razón y haré justicia, aunque fuera en contra de mi hermano, si lo tuviera.

—Señor, cien mil gracias. Habláis como rey noble y valiente, que para esto fue creada la realeza, para mantener la justicia y la verdad. Noble y poderoso rey —añadió Remondín—, hace mucho tiempo reinó un predecesor vuestro; fue cuando Josse de Puente del León era joven, y también lo era Alain de Quemenuigamp; ambos están ahora en vuestra presencia; y el rey del que os hablo tenía un joven sobrino. Por aquel entonces había en este país un noble llamado Hervy de León, que era hermano de Alain.

—Es verdad —dijo Josse—, y además Hervy mató a traición al sobrino del rey, huyó fuera del país y nunca se volvió a saber nada de él. Entonces, el rey me entregó todas sus tierras.

—Ya hemos oído hablar demasiado de ese asunto —interrumpió el rey—; dejad que este caballero acabe el relato que ha empezado.

—Josse tiene motivos para hablar —respondió Remondín—, pues más adelante le convendrá decir por qué ha mentado al decir que Hervy de León mató a traición al sobrino del rey: conoce muy bien la disputa que dio lugar a ello, y ya no vive nadie, excepto él mismo, de los que sabían el asunto, pues todos los que se pusieron de acuerdo en aquella ocasión han muerto; haced que lo diga.

Cuando Josse oyó estas palabras se asustó; sin embargo, respondió:

—Señor caballero, ¿habéis venido a este país para adivinar cosas sobre mí?

—Falso traidor —respondió Remondín abiertamente—, no adivina el que dice la verdad.

Y dirigiéndose al rey añadió:

—Señor, Hervy de León fue un buen caballero, cortés, inteligente, bien educado, que amó mucho al rey y a su sobrino; el rey actuó muchas veces según su consejo, y era de Hervy del que más se fiaba. Numerosos traidores que había en aquel tiempo en la corte del rey —guiados por Josse, que ahí veis, que fue la cabeza de todo el mal que por entonces llevaron a cabo—, fueron al sobrino del rey y le dijeron:

—Doncel, estamos muy apenados por vuestra desgracia y por vuestra vergonzosa pérdida, pues vais a ser desheredado de un país tan noble como es Inglaterra.

—¿Cómo puede ser? —les preguntó—. El rey no tiene otro heredero.

—En nombre de Dios —exclamó el mismo Josse, a quien veo ahora ahí— sabed que el rey ha nombrado a Hervy de León heredero suyo y creo que tiene hechizado al rey, y a los nobles, pues ya han dado cartas con los sellos de todos colgando junto al sello real.

—Esto es muy grave, si es verdad —dijo el joven.

Josse y los demás que estaban de acuerdo con él, le juraron al sobrino del rey que era cierto, por lo cual se apenó mucho, y cuando Josse vio que éste meditaba tanto, le dijo:

—Si tenéis el valor de vengaros de esta afrenta que os han hecho, os ayudaremos en todo.

Él le respondió que lo deseaba en el corazón y que ésa era su voluntad. Entonces, dijo Josse:

—Id ahora a armaros y a ataviaros de tal modo que nadie os pueda reconocer; nosotros os esperaremos fuera de la ciudad y os conduciremos a un lugar donde os podáis vengar.

Así lo hizo; cuando ya se había armado volvió con ellos. Muy noble y poderoso rey, ya no quiero ocultarme por más tiempo, pues estoy en corte de derecho y justicia y tengo a mi enemigo delante de mí. Señor, soy hijo de Hervy de León.

A estas palabras todos quedaron perplejos, pero se callaron, y Remondín tomó de nuevo la palabra diciendo:

—Señor rey, en aquellos días mi padre había pedido permiso al rey y se había ido a su tierra; tenía por costumbre ir todas las mañanas al bosque que rodea su castillo, a decir las oraciones completamente solo. Ese falso traidor y sus cómplices guiaron al sobrino del rey y se emboscaron. Mi padre, que no llevaba escolta, llegó entonces. Cuando Josse lo vio, le dijo al joven:

—Ahora es tiempo de que os venguéis, va desarmado, sin puñal ni espada; no se os puede escapar; si vemos que os hace falta, acudiremos todos en vuestra ayuda.

El sobrino del rey se separó de ellos, poco seguro, y se acercó con la espada desenvainada, cogiéndola por la empuñadura con una mano y con la otra por la hoja, y gritando: «¡A muerte, a muerte, falso y traidor!», e intentó herir a mi padre con la punta de la espada en medio del cuerpo, pero él lo esquivó; y aquél, que iba encolerizado y lleno de ira, falló su golpe; mi padre saltó y le arrebató la espada de la mano. El sobrino del rey retrocedió y le arrojó un puñal, hiriendo a mi padre en el muslo, cuando su intención era herirlo en el pecho. Entonces, mi padre le golpeó con fuerza en la sien con la empuñadura de la espada. Como era caballero fuerte, y la cofia de acero era débil y estaba mal sujeta, y la empuñadura de la espada era muy pesada, lo dejó muerto, tumbado en el suelo. Cuando mi padre lo vio y se dio cuenta de que no se movía, le descubrió la cara y lo reconoció; entonces empezó a

lamentarse amargamente y no se atrevió a quedarse, por miedo al rey o a la gente. Dejó sus posesiones y se fue a un lugar donde conquistó muchas tierras. Entonces, Josse, el falso y traidor, dijo a sus compañeros:

—Hemos llegado al fin de nuestro propósito. El sobrino del rey ha muerto y Hervy, si se le atrapa, no podrá escapar a la muerte. Ahora haremos lo que queramos con el rey. No nos movamos hasta que Hervy se haya alejado; luego, haremos unas parihuelas con palos y la cubriremos de ramas; llevaremos el cuerpo al rey, y le diremos que Hervy de León ha asesinado a traición a su sobrino.

Noble rey, así actuó ese traidor que está ahí. Y si él lo niega, os presento mi promesa para hacerle confesar por su falsa garganta. Como quiero que todos sepan que no hago esto por avaricia, sino para guardar mi derecho a la heredad y aclarar la villanía y la felona traición que los falsos y traidores hicieron a mi padre para atraparlo, que tome a su hijo Olivier y a uno de sus hombres de más confianza; combatiré contra ellos, uno tras otro, bajo la mirada del noble y justo juicio de vuestra corte.

Y diciendo esto, arroja el guante al suelo, pero no hay nadie que diga una sola palabra. Cuando Alain y sus hijos lo oyen, corren a abrazarlo y besarlo, y lloran de alegría y de gratitud.

El rey de los ingleses, al ver que nadie responde a aquel reto, dice en voz alta:

—Josse, Josse, ¿estáis sordo? Ya veo que es verdad el proverbio que dice «El viejo pecado hace nueva la vergüenza». Este caballero extranjero os trae una extrañísima medicina. Disponeos a responder, pues os hace mucha falta.

Josse le contesta:

—Señor rey, no soy yo quien debe responder a tal asunto, y creo que este caballero no hace más que presumir.

—Falso y traidor —le respondió Remondín entonces—, la presunción caerá sobre vos. Yo os apelo, noble rey, para que me tengáis con pleno derecho en vuestra corte y me hagáis verdadera justicia.

—No lo dudéis —dijo el rey—, que así lo haré. Josse, es necesario que respondáis en esta querrela.

Cuando Olivier, su hijo, oyó lo que decía el rey, contestó en voz alta:

—Señor, tiene mucho miedo el que tiembla. Creo que este caballero piensa cazar grullas al vuelo. A fe mía tendrá que pensárselo. No se pueden oír sus acusaciones sin reírse. Señor rey, os digo que miente en todo lo que ha contado, pues mi padre es noble y leal. Acepto la batalla, tal como propone: he aquí mi guante. Seré muy desafortunado si nos deja por perjuros a mí y a alguno de mi linaje a quien yo conozca.

Cuando el rey oyó estas palabras, se enfadó mucho y dijo en voz alta:

—Por Dios, Olivier, no sucederá en mi corte mientras yo viva, que un solo caballero combata contra otros dos por un reto único. Es gran vergüenza para vos haber pensado en vuestro corazón tal maldad. Sabed que no parece así que vuestro

padre tenga razón. Ahora y aquí os ordeno que combatáis por la reclamación de este caballero, el día que le plazca asignar.

—Ahora mismo —respondió Remondín—, tengo mi arnés listo. Que Dios os pague vuestro buen y leal juicio.

Entonces se oyó un gran murmullo entre los ingleses, pues se decían:

—Ved al más valiente caballero que hasta ahora hemos visto, reclamando su derecho.

Y aunque había quien tenía dolor, Alain de Quemenuigamp y sus dos hijos estaban contentos y decían a Remondín:

—Buen primo, no os asustéis en absoluto y emprended valientemente la batalla contra cinco traidores, por vos y por nosotros dos, pues por la gracia de Dios venceremos.

—Buenos señores —contestó Remondín—, que emprenda batalla para sí quien la quiera; yo tendré ésta por mi parte, y no temáis en absoluto que no la lleve a buen término con la ayuda de Dios y el derecho que tengo, y con la recta justicia que el rey me haga en su corte. Ruego a Dios que se lo recompense en el paraíso.

Mientras se oía el murmullo, el rey de los ingleses, que era inteligente y sagaz, por miedo a que entre las partes que eran de gran linaje no fuera a promoverse algún incidente, mandó cerrar las puertas y guardarlas por gente bien armada, para que nadie pudiera salir. Reunió a su consejo y expuso el pleito, y le aconsejaron lo que convenía. Entonces, el rey volvió a la sala y se ordenó de su parte, bajo pena de horca, que nadie dijera una palabra; cuando se hizo el silencio, dijo:

—Mirad ahora, buenos señores, y escuchad. Esta querrela no es pequeña, pues en ella van la vida y el deshonor perpetuo de una de las dos partes. No debo, ni quiero, rehusar a hacer justicia en mi corte. Olivier —añadió el rey—, ¿queréis defender a vuestro padre de esta acusación?

—Señor —dijo Olivier—, sí, ciertamente.

—Pues las lizas están preparadas —dijo el rey—. Os emplazo a la batalla para mañana; si sois vencido, vos y vuestro padre seréis colgados; y a vuestro adversario le ocurrirá lo mismo si es derrotado. Retiraos, quedáis bajo mi custodia.

Y entonces hace que cuatro caballeros lo conduzcan a una torre bien fortificada. Luego, dice a Remondín:

—Señor caballero, vos también quedáis bajo mi custodia. Entonces se adelantan Alain y sus dos hijos, con unos cuarenta caballeros que dijeron a la vez:

—Señor, nosotros respondemos por él.

—Eso basta —dijo el rey—. No hace falta que guardéis prisión, pues sé bien que este caballero no hubiera emprendido tal acción si no quisiera cumplirla.

Así se separaron las partes delante del rey. Remondín se fue con sus gentes, su tío y sus primos a los pabellones. Por la tarde velaron en la iglesia mayor, y allí estuvieron con devoción durante largo tiempo. Olivier marchó a su aposento con gran cantidad de gente de su linaje, e hizo que le prepararan el arnés y el caballo. Al día

siguiente, temprano, oyeron misa y luego fueron a armarse. El rey y los grandes nobles se colocaron sobre altas graderías construidas alrededor de las lizas. Se dispusieron los heraldos y reyes de armas, se colocaron los asientos, y el sol salió completamente.

Alrededor de la hora prima, llegó Remondín muy bien armado, con el escudo al cuello, la lanza en el fieltro del arzón, la cota de mallas puesta, engastada en plata y lapislázuli; entró en el campo montando un caballo gris, perfectamente armado, e hizo la reverencia al rey y a los nobles.

—Hace mucho tiempo, que no habíamos visto hombre de armas tan bello, ni de mejor porte, decían todos.

Mientras, Remondín descabalgó tan ligeramente como si estuviera desarmado, y se sentó en su silla.

Bastante tiempo después llegó Olivier, muy noblemente armado, en un caballo muy fuerte, parecía hombre de gran dignidad, y lo era. Delante de él iba Josse, sobre un palafrén gris; hicieron la reverencia al rey. Josse parecía muy asustado, por lo que algunos pensaron que no tenía razón en el pleito. Olivier descabalgó rápidamente. ¿Para qué os voy a alargar mi cuento? Llevaron los Santos Evangelios y Remondín juró que Josse había cometido traición, se arrodilló y besó las Escrituras; luego volvió a sentarse. Josse juró después, pero al bajar a besar los Santos Evangelios se puso de forma que no los podía tocar. Olivier también juró de forma vil y se volvió a sentar. Entonces el heraldo hizo saber, de parte del rey, que nadie debía atreverse a decir una palabra o a hacer señales que pudieran ser oídas o vistas por los combatientes, bajo pena de horca. A continuación abandonaron todos el sitio en el que estaban, menos los encargados de guardar el campo y Josse. Remondín montó con gran ligereza y tomó la lanza. Al otro lado, Olivier también montó rápidamente y cogió la lanza de cortante acero. Entonces un heraldo gritó por tres veces: «Dejad que los caballos corran, cumplid con vuestro deber, cumplid con vuestro deber».

Ahora cuenta la historia verdadera que, después del grito del heraldo, Remondín bajó la punta de la lanza hacia el suelo, apoyando el asta en el cuello del caballo, y se santiguó por tres veces; mientras hacía esto, su enemigo se dio cuenta, picó el caballo con las espuelas, bajó la lanza y fue a golpearle en medio del pecho, con toda su fuerza, antes de que pudiera ponerse en guardia; Remondín no pudo esquivarlo y la lanza de Olivier le alcanzó de tal modo que le dio de lleno, y por la fuerza del golpe, la lanza de Remondín cayó al suelo.

—¡Ah! traidor —dijo Remondín—, haces honor a tu falsa familia, de la que has salido, pero esto no te servirá de nada.

Entonces toma el estribo, que colgaba del arzón de la silla, y que tenía tres puntas de acero, de siete pulgadas de largo cada una de ellas, y cuando Olivier vuelve, le da un golpe con el estribo en el yelmo, que era fuerte y bien templado; una de las puntas

penetró hacia abajo por la ranura que hay entre el yelmo y la visera; le da el golpe con tal rabia y con toda la fuerza de su brazo, de forma que le rompe uno de los remaches del yelmo; Remondín tira fuerte, y la visera se suelta de un lado, de tal manera que la cara de Olivier queda al descubierto; éste se asusta, pero desenvaina la espada y resiste como caballero que teme poco a su enemigo.

Así combatieron durante largo tiempo, intercambiando gran cantidad de horribles golpes. Al fin, Remondín descabalgó y tomó su lanza que estaba en el suelo; después volvió a montar y fue velozmente hacia su enemigo que huía de él, y le obligaba a perseguirle por todo el campo, pues tenía un caballo tan bueno que no podía darle alcance. Olivier pensaba mantener así a Remondín hasta que acabara el día; pero éste se dio cuenta y tomando el estribo en una mano y en otra la lanza, va contra su enemigo, que al verlo llegar no sabía cómo protegerse, pues veía claro por dónde le iba a atacar; entonces espolea rápidamente el caballo y al mismo tiempo intenta golpear a Remondín en medio del pecho, pero éste le arroja el estribo, golpeando al caballo en la frente con tanta fuerza que le hunde la protección de acero, y hace que el caballo se siente sobre sus cuartos traseros. Olivier le suelta el freno y pica espuelas; cuando el caballo se incorporaba, Remondín golpeó a Olivier en el costado con la lanza, de forma que lo derribó al otro lado del animal, con medio pie del hierro de la lanza dentro del cuerpo; antes de que se pudiera incorporar, Remondín empezó a darle golpes, sin dejar que se moviera; le arrancó a la fuerza el yelmo de la cabeza, y le puso la rodilla en el hombro y la mano izquierda en el cuello, con tanta destreza que lo inmovilizó.

En esta parte que estáis oyendo, Remondín mantuvo así a Olivier durante mucho tiempo; cuando vio que lo tenía completamente dominado, desenvainó el corto puñal que le colgaba del lado derecho y le dijo:

—Falso, traidor, ríndete o date por muerto.

—Prefiero que me mates —respondió—, pues rindiéndome no voy a lograr nada. Ya que así ha de ser, prefiero morir a manos de un caballero valiente, como vos, que a manos de otro.

Entonces Remondín sintió una gran compasión por él y le preguntó, por la salvación de su alma, si sabía algo de la traición que había cometido su padre. Olivier contestó que no, que él aún no había nacido en aquel tiempo, y que, aunque ahora había querido Dios que la fortuna fuera adversa, tenía a su padre por noble y leal, e inocente en ese asunto. Cuando Remondín, que estaba seguro de lo contrario lo oyó, se disgustó tanto que le golpeó en las sienes con el guantelete, con tanta fuerza que lo aturdió de manera que ni veía, ni oía, ni entendía, ni sentía nada que se le hiciera.

Se levantó Remondín, lo tomó por los pies y lo llevó fuera del campo; luego, dirigiéndose a la tribuna del rey, con la visera levantada, dice:

—Señor, ¿he cumplido ya con mi deber? Si tengo que hacer alguna cosa más, estoy dispuesto a hacerla, bajo la mirada de vuestra noble corte.

—Señor caballero —dijo el rey—, bien os habéis desquitado.

Entonces, el rey manda que Josse y su hijo sean colgados. Aquéllos a quienes se lo mandó, cogieron en seguida a Josse, que pedía merced muy piadosamente. El rey le dijo que confesara la verdad y, quizás, así podría obtener perdón. Josse empezó a hablar diciendo:

—Señor, esconderlo no sirve de nada; tened piedad de mí, pues, verdaderamente sucedió tal como lo ha contado el caballero; tened presente que Olivier, mi hijo, aún no había nacido.

—Cometisteis gran maldad; si no hubiera querido que recibierais castigo en este mundo, Dios no os habría dejado vivir tanto; no escaparéis a la pena dictada.

Ordena en voz alta que padre e hijo sean ahorcados; pero Remondín se adelantó y le dijo al rey:

—Señor rey, os agradezco vuestra recta justicia y el derecho que me habéis hecho en vuestra corte, pero ruego, por piedad y misericordia, que aceptéis otorgarme la vida de Olivier, pues en vista de su valentía, y ya que no tiene culpa en la traición, su muerte sería una gran desgracia, pues aún podría hacer mucho bien. En cuanto al padre, como lo veo viejo y débil, señor rey, os pido que lo perdonéis, pues yo ya he recuperado su heredad. Que se construya un priorato con la riqueza y los frutos que ha obtenido de mis posesiones; que en él se instalen tantos monjes como puedan vivir con sus bienes, y que canten perpetuamente por el alma del sobrino del rey.

Entonces el rey dijo a sus nobles:

—Señores, ved la gran generosidad de este caballero que ruega que se salve de la muerte a sus enemigos; pero, por la fe que debo al alma de mi padre, ni Josse ni su hijo volverán a hacer traición, ni perseguirán a ningún noble de mí país.

Los hizo ahorcar y devolvió a Remondín su tierra, y le dio la de Josse, además. Remondín se lo agradeció y rindió homenaje.

Allí empezó una gran fiesta; el rey tenía una corte grande y noble, y estaba muy alegre de haber recuperado un hombre tan digno de honra. Pero en vano se alegra, pues Remondín no tiene intención de quedarse en Inglaterra, porque tenía muchas ganas de volver a ver a Melusina...

En esta parte la historia cuenta que Remondín fue muy bien festejado por el afecto que le tenía el rey; todos se alegraron mucho, y especialmente su tío Alain y sus dos hijos y los de su linaje.

Entonces fue Remondín al rey y le dijo:

—Señor, os suplico que me concedáis el poder dar la baronía de León, que perteneció a mi padre Hervy, que Dios lo tenga en su gracia, a mi primo Hervy, y así la tierra recuperará el nombre de su verdadero señor y vos el nombre de vuestro vasallo, pues él es del linaje legítimo.

—Ya que vos lo queréis, nosotros también —contestó el rey.

Entonces, llamó a Hervy, pues lo estimaba mucho, y le dijo:

—Hervy, recibid la baronía de León, que os concede vuestro primo; rendidme homenaje.

Así lo hizo, y dio las gracias al rey y a Remondín; éste llamó a su primo Alain y le dijo:

—Buen primo, os doy la tierra que el rey me ha dado, que perteneció a Josse del Puente del León; rendid homenaje al rey.

Éste le dio las gracias de rodillas, y rindió homenaje al rey, que lo recibió como vasallo.

Los nobles empezaron a hablar entre ellos, diciéndose:

—En verdad, que este caballero no ha venido movido por avaricia. Ha puesto su vida en peligro para conquistar su heredad; si se desprende de ella tan deprisa es porque debe tener gran riqueza en otra parte.

El anciano caballero se acercó a Remondín, y cuando éste lo vio, le dijo que se dispusiera a hacer lo que su dama le había encomendado. Y él respondió:

—Mi señor, a eso he venido.

Entonces le presenta al rey, de parte de su dama, una copa de oro muy rica, que tenía muchas piedras preciosas, y regala a todos los nobles gran cantidad de joyas; cada cual se preguntaba maravillado de dónde podría venir tanta riqueza y todos coincidían en que, sin duda, Remondín debía ser muy poderoso y extraordinariamente rico. Recomenzó la fiesta; Alain de Quemenuigamp y sus dos hijos estaban tan contentos como nadie podía pensar; pero frente a su alegría hubo duelo por parte de los del linaje de Josse de Puente del León, pues no olvidaron en ningún momento la muerte de su primo y su hijo, tal como oiréis más adelante. Y aquí se calla la historia en cuanto a la fiesta, y empieza a hablar de Melusina, y cómo gobernaba mientras Remondín estuvo de viaje.

La historia dice que en el tiempo en que Remondín estuvo en Inglaterra, Melusina hizo construir la villa de Lusignan, levantar los muros sobre la roca viva y fortificar el recinto con torres resistentes; ordenó hacer muros con barbacanas y voladizos cubiertos dentro de la muralla para que los arqueros pudieran defender la fortaleza tan bien por fuera como por dentro, y mandó cavar profundos fosos.

Entre el burgo y el castillo hizo levantar una fuerte torre, grande, con tejado sarraceno y grandes cimientos. Los muros de la torre tenían de dieciséis a veinte pies de grosor, y era tan alta que los vigías podían ver desde cualquier lado a quien fuera del castillo a la villa. Mandó que se colocaran trompeteros que hacían sonar sus trompas cuando alguien se aproximaba. Las zanjas de alrededor del burgo fueron cegadas donde hizo falta, como aún hoy es evidente. Y la dama hizo llamar a aquella torre Torre de las Trompas. Ahora vuelve la historia a hablar del rey y de Remondín, y la fiesta que le hicieron.

En esta parte cuenta la historia que la fiesta fue muy grande en Nantes, y que el rey honró mucho a Remondín, y hubo allí justas y torneos en los que éste se comportó con gran valentía; asistieron a la fiesta las damas más nobles del país, que apreciaron

mucho su conducta, y decían que era muy digno de tener un gran país, a la vez que admiraban su riqueza.

Pero así como hubo quien festejó a Remondín, el castellano de Derval, sobrino de Josse de Puente del León, hizo todo lo contrario, pues envió recado a toda prisa a sus parientes y a los de Josse, con noticias de lo sucedido a su tío, para que acudieran un día determinado a un refugio que tenía en el bosque de Guerrandia —la mayor parte del país de Guerrandia era suya—, pues sabía que, cuando Remondín regresara, pasaría cerca de allí; cuando oyeron las noticias, se apenaron mucho, y se reunieron unos doscientos hombres completamente armados, y acudieron al refugio que el castellano les había indicado. El castellano se marchó de la corte sin despedirse del rey, ni de ninguno de los nobles, pero dejó en ella a tres escuderos para saber el camino que tomaría Remondín, y para que se lo hicieran saber en el refugio del que antes hemos hablado. Ellos le prometieron que así lo harían.

El castellano se marchó y cabalgó hasta que llegó al refugio donde encontró a los de su linaje que había mandado buscar, y les contó todos los hechos, y cómo Josse y su hijo habían sido ahorcados; después les preguntó qué habían pensado hacer, si vengarse de Remondín que le había causado tal desgracia, y a ellos tal afrenta y tan gran desgracia, o dejarle vivir allí. Entonces, respondió un insensato caballero, hijo de un primo hermano de Josse:

—Castellano, sabed que nuestra voluntad es que esto no quede así, pues estamos dispuestos a matar al que nos ha insultado de tal manera.

—A fe mía —dijo el castellano—, ahora tengo por bien empleado el honor y el bien que Josse, mi tío, os hizo antaño. Pronto os indicaré el lugar en el que podremos llevar a cabo nuestras intenciones contra el que nos ha infringido tal vergüenza, pues, dondequiera que esté de Inglaterra, no se nos puede escapar, porque tenemos buenos espías que nos avisarán cuando sea la hora.

—Bendito seáis —le respondieron todos a la vez—, y sabed que, al precio que sea, esta empresa se llevará a cabo, y mataremos al falso caballero que nos ha hecho tal daño y vergüenza.

Aquí deja la historia de hablar de ellos, y empieza de nuevo a hablar del rey y de Remondín, cómo se despidió del rey y de la nobleza, y se fue a León, al castillo que fue de Hervy de León, su padre, y que él había entregado a su primo Hervy.

La historia dice que la fiesta duró en Nantes quince días o más; yo no os sabría contar todo el honor que el rey inglés y toda su nobleza hicieron a Remondín. Me callaré por razones de brevedad. Remondín se despidió del rey y de sus nobles, agradeciendo repetidamente la justicia que había hecho en su corte; muchos se apenaron por su partida. Así se fue Remondín, con su tío Alain y sus dos hijos, y con los de su linaje, y cabalgaron hacia León; el anciano caballero se había adelantado y había hecho plantar las tiendas y los pabellones, e hizo preparar todo como era preciso.

Remondín, su tío y sus hijos, y los más allegados de su linaje se alojaron en el castillo, y los demás en el burgo.

La fiesta fue muy grande, y Remondín dio gran cantidad de ricos regalos a todos los nobles que acudieron. Cuando la gente del país supo que había llegado el hijo de su verdadero señor, se pusieron muy contentos, y le hicieron muchos presentes, según era costumbre del país: vino, animales, peces, pollos, heno y avena, y gran cantidad de cosas. Todos estaban muy contentos —aunque Remondín no quería quedarse, ni tener la tierra— porque volvían a la legítima línea de su señorío, y salían de la línea de Josse. Remondín les agradeció sus presentes, y les rogó y encomendó que fuesen súbditos buenos y leales con Hervy, al que había dado la tierra. Y ellos le respondieron que así lo harían.

Aquí deja la historia de hablar de ellos y vuelve a los espías que estaban allí mismo, uno de los cuales se marchó y fue hacia el refugio en el que estaban el castellano y la familia de Josse; los otros se quedaron para saber qué camino tomaría Remondín.

En esta parte cuenta la historia que Remondín se marchó con los de su linaje de León, y se dirigió a Quemeniguigamp, donde empezó de nuevo una gran fiesta. Y allí se despidió de su familia, pero le pusieron tantos impedimentos como pudieron para que se quedara aún, y consiguieron retenerlo contra su voluntad durante ocho días; él lo hacía lo mejor que podía para complacerlos. Por aquel entonces llegó un vagabundo que iba de paso, que venía de Guerrandia, y había pasado por el refugio en el que estaba el castellano y había oído decir a algunos criados que esperaban gente a la que no querían bien, pero no había podido descubrir a quién esperaban. Y le contó este asunto a Hervy. Cuando Hervy lo oyó, tomó rápidamente a uno de sus escuderos y lo envió hacia dicho lugar para saber quiénes eran. El criado, que era diligente, consiguió reconocer a la mayoría de los que estaban allí, y saber cuántos eran; después volvió con Hervy y le contó lo que había visto y que había de quinientos a seiscientos combatientes. Cuando Hervy lo oyó le prohibió que se lo dijera a nadie; llamó a su hermano Alain y a alguno de los más notables de su linaje y les contó el asunto.

—No sabemos qué pensar de sus intenciones —dijeron aquéllos—, a no ser que se quieran vengar de Remondín, nuestro primo, o que quieran hacernos la guerra por el pleito. Sea lo que sea, bueno será que veamos cómo remediarlo. Mandemos allí amigos nuestros y mantengámonos ocultos; así veremos qué decisión toman, y si quieren atacarnos, no nos encontrarán desprevenidos; si Remondín se va, no será sorprendido por ellos, pues si tienen intención de hacerle daño, pretenderán arrebatárle la vida.

—Ésa es la verdad —dijo otro—. Ahora dispongámonos a cumplir nuestros planes tan breve y secretamente como podamos; que lo sepa el menor número de

gente posible.

Y así lo hicieron, y consiguieron al segundo día hasta cuatrocientos hombres de armas, de su linaje y aliados; los alojaron en el bosque y lo sabía muy poca gente.

Remondín no quiso demorarse más, y se despidió de Alain, su tío, que se quedó en Quemenuigamp, muy afligido por su partida. Sus dos hijos y gran cantidad de los de su linaje le acompañaron, y aunque él no hubiese querido, no lo habrían dejado solo; mientras tanto, hacían avanzar a la escolta por los lados, hasta que se aproximaron a una legua del bosque donde estaba el refugio del castellano, que por sus espías sabía que llegaban, y les dijo a sus parientes:

—Ahora verá el que nunca estimó a Josse, mi tío, ni a su hijo Olivier. Tendrá que esforzarse aquí para evitar su muerte. A la vez vamos a tener a todo el linaje, y al que nos ha causado tal vergüenza.

Los otros dos responden que los matarán a todos, pero como dice el proverbio, «tal piensa vengar su vergüenza, y la acrecienta», así sucedió al castellano y a sus parientes.

En esto, el anciano caballero se acercó a Remondín y le dijo:

—Señor, es necesario que cabalgéis por el bosque completamente armado, vos y vuestra gente, en orden, pues los del linaje de Josse a quienes habéis vencido, no os aman; pronto os pueden hacer daño si os encuentran desprevenido; el corazón me dice que nos lo encontraremos en breve.

Hervy, Alain y los de su linaje ya iban armados, y habían mandado a su gente por delante en emboscada, a menos de media legua del refugio. Cuando Remondín vio que sus primos estaban armados no supo qué pensar, y ellos tampoco se explicaban por qué Remondín y su gente se habían armado y llevaban el pendón al viento; entonces se acercaron a su primo y le contaron la verdad del asunto, y cómo ya habían enviado por delante a cuatrocientos hombres de armas para que los protegieran de sus enemigos.

—Esta cortesía —dijo Remondín— no la olvidaré, si alguna vez me necesitáis.

Así, entraron en el bosque: resultaba hermoso ver a Remondín cabalgando delante con el bastón en la mano y ordenando a su gente. Aquí deja la historia de hablar de él, y cuenta lo que hicieron el castellano y sus parientes.

El espía volvió al refugio cuando vio que ya se acercaban los hombres de Remondín, y dijo al castellano:

—Señor, ya vienen hacia aquí.

Cuando el castellano lo oyó, gritó en voz alta:

—¡A caballo, a caballo! El que alguna vez amó a Josse de Puente del León o a Olivier, que me siga.

Montaron a caballo confiados, porque eran más de ochocientos, y se pusieron en marcha por el bosque, yendo al encuentro de Remondín; pasaron por delante del

lugar en el que estaban emboscados los hombres que Hervy y sus parientes habían mandado por delante, y después los siguieron de cerca.

Cuando vieron a Remondín y a su compañía que iban bien armados y que cabalgaban en orden, se quedaron sorprendidos, aunque en aquel primer grupo no había más que criados y alrededor de cien hombres de armas. Entonces gritaron:

—¡A muerte! ¡En mala hora conocisteis al que nos ha causado tanta vergüenza y tanto daño, con la muerte de nuestro primo Josse!

Al oírlos, se separaron un poco e hicieron sonar la trompeta; pero los enemigos no pierden el tiempo, caen sobre ellos y les producen numerosas bajas antes de que pudieran llegar los demás; cuando Remondín oye la trompeta, acude a galope tendido y ataca a los enemigos con la lanza bajada, derribando al primero que encuentra; luego, desenvaina la espada y golpea a diestro y siniestro, causando mucho daño. Al verlo el castellano, se lo muestra afligido a tres primos hermanos suyos, diciéndoles:

—Ése es el caballero por el que la vergüenza ha llegado a nuestro linaje. Si nos libramos de él, los demás no resistirán mucho.

Entonces, pican espuelas los tres, bajan las lanzas y se dirigen contra él: dos le golpean en el cerco superior del escudo, y el otro en lo alto del yelmo. Todos ellos le alcanzan con tanta fuerza que el caballo y él mismo caen juntos al suelo, y los otros pasan de largo. Remondín aguija a su animal, que era resistente y veloz, se pone de rodillas primero y luego salta sobre las cuatro patas; su dueño no perdió en ningún momento ni la espada ni los estribos; rápidamente se vuelve contra el castellano y le asesta un duro golpe sobre el yelmo —su brazo era fuerte y la espada pesada—, que lo deja aturdido, se le salen ambos estribos y le vuela de la mano el arma; al pasar junto a él, le empuja y lo derriba al suelo. Había tantos combatientes que fue pisoteado por los caballos.

Ahí empezó la gran batalla, en la que abundaron las pérdidas por ambas partes; entonces llegaron el anciano caballero, Hervy y Alain: el choque fue duro y decisivo. Pero el castellano consiguió salir de entre la muchedumbre, le dieron un buen caballo y volvió a montar, y se reavivó la batalla, pues cuando lo vieron los suyos, recobraron el coraje y combatieron sin descanso. Los muertos y heridos fueron incontables. Remondín y su gente lucharon con valor, pues sus adversarios eran fuertes y hábiles con las armas.

Los hombres que se habían emboscado por orden de Hervy, llegaron por detrás y sorprendieron a los parientes de Josse, que no sabían qué hacer, pues ni podían defenderse, ni huir. Allí apresaron al castellano y se lo entregaron a Remondín, que mandó que lo custodiaran el anciano caballero y otros cuatro hombres. Hicieron prisioneros a los demás, y los condenaron a muerte; terminado el combate, fueron al refugio y Remondín se dirigió a sus familiares:

—Señores, bien he de agradeceros el noble auxilio que me habéis prestado en el día de hoy, pues de no haber sido por vosotros, y por la ayuda de Dios, estos traidores me habrían matado vilmente. Veamos ahora qué es lo mejor que se puede hacer.

—Señor —dijo Hervy—, haced vuestra voluntad.

—Os diré qué vamos a hacer. Colgaremos alrededor del refugio a todos los del linaje de Josse; al castellano y demás familiares los enviaremos al rey de Inglaterra como prueba de la traición que nos han movido. Que él los castigue a su gusto.

—Nos parece bien, contestaron todos.

Encerraron a los prisioneros; colgaron en las puertas y ventanas a los del linaje de Josse; ataron al castellano y a los demás, y Alain se los llevó escoltado por trescientos hombres de armas a Vennes, en donde estaba el rey, a quien se los presentó explicándole lo ocurrido; después, le dijo que Remondín se encomendaba a su gracia y que no pretendía ofenderle al tomar venganza de los traidores que habían querido asesinarle vilmente; que por eso le enviaba el castellano y los demás, para que supiera la verdad de lo ocurrido y para que les impusiera el castigo que considerara oportuno.

—¿Cómo —dijo el rey—, señor castellano, cómo fuisteis tan audaz para cometer un ultraje y una traición semejantes por la justicia que nosotros hicimos en nuestro reino teniendo presente la traición reconocida de vuestro tío Josse? Por Dios, habéis sido muy osado, y es justo que caigáis en desgracia.

—Noble rey —respondió el castellano—, tened piedad de mí, pues me impulsó a obrar así la gran cólera que yo tenía por la deshonra que Remondín ha producido a nuestro linaje.

—¡Por mi cabeza! —exclamó el rey—, no hay peor compañía que la de los traidores. Es mejor cerrar la cuadra antes de perder el caballo; nunca más volveréis a tener oportunidad de matar a traición a ningún hombre noble, pues no he de comer hasta que seáis colgado, con los demás, junto a vuestro tío.

El rey hizo que ahorcaran a todos, menos al castellano, que lo envió a Nantes, y ordenó que lo colgaran junto a Josse y a Olivier. Así mantenía el rey de los ingleses la justicia en aquel tiempo. Aquí deja la historia de hablar de él y vuelve a Remondín y a sus parientes.

Ahora cuenta la historia que cuando Alain volvió al refugio y contó a Remondín y a los otros lo que el rey de Inglaterra había hecho respondieron que había actuado como valeroso rey y leal justiciero. Entonces, Remondín llamó a Hervy, a Alain y a los de su linaje, y les dijo:

—Buenos primos, os pido que fundéis y dotéis un priorato bajo la advocación de la Trinidad, con ocho monjas, para que canten todos los días por el alma de mi padre, por el sobrino del rey y por todos aquellos que han muerto en esta loca empresa.

Le respondieron que así lo harían; y Remondín les rogó que saludaran de su parte al rey, a los nobles y a su tío Alain; después, se despidió a pesar de que sus primos intentaron seguir un trecho con él, y sintieron mucho la separación; así, tuvieron que marcharse y fueron hacia Quemenigamp; Remondín tomó el camino de Guerrandia, donde fue muy bien recibido. Y aquí deja la historia de hablar de él y

vuelve a contar cómo Hervy y Alain se despidieron de su linaje y regresaron junto a su padre.

La historia dice que Hervy y Alain le contaron a su padre todos los hechos del castellano, cómo se habían despedido de su primo y cómo les había encargado dotar un priorato.

—Bien se ha librado Inglaterra —dijo Alain— de la familia de Josse. Que Dios tenga piedad de sus almas, aunque ellos no nos amaron nunca. Buenos hijos, os diré lo que debéis hacer: id al rey y pedidle un lugar para edificar el priorato, tal como vuestro primo os ha encargado; estoy seguro de que os dará una buena respuesta.

Le respondieron que así lo harían. Entonces, se despidieron de su padre y cabalgaron hasta llegar a Vennes, pero el rey se había marchado a cazar a Senselio; montaron de nuevo a caballo y llegaron al puerto, lo pasaron y entraron en el bosque, por el que caminaron hasta llegar al castillo, donde les dijeron que el rey había ido a cazar al parque. Los dos hermanos dieron al fin con el rey, que estaba bajo un árbol, junto a un estanque, esperando al ciervo al que seguían los perros; se quedaron un poco alejados, pues no querían molestar al rey al ver su delectación; éste se dio cuenta y se lo agradeció. Mientras, llegó el ciervo, que se precipitó al estanque, y allí fue acosado y sacado fuera del agua por los perros; lo desollaron y se dio su parte a los animales.

Entonces, Hervy y Alain se adelantaron, saludaron al rey y le dieron el mensaje que su primo Remondín les había encargado. El rey les dio la bienvenida y les preguntó por él, a lo que respondieron lo que habían visto, y cómo les había encomendado hacer un priorato para cantar por el alma del sobrino de su antepasado, por la de Hervy, y por todos los que habían muerto en esta querella; y que les había pedido que rogasen al rey de su parte que les diera un lugar para fundar dicho priorato.

—La petición es razonable —dijo el rey—, y ahora mismo os llevaré al lugar donde quiero que sea construido.

Entonces, salieron del vado y siguiendo el muro llegaron al final del recinto, y les dijo el rey:

—Buenos señores, haced que se funde aquí vuestro priorato; tomad todo el terreno que queráis. Os cedo el bosque para que se coja madera para la carpintería y, cuando los monjes ya estén instalados, les concedo la madera para que se calienten ellos, sus servidores y sus huéspedes. Les cedo también la pesca del mar que hay cerca de aquí, a un cuarto de legua, y les doy permiso para disparar en el bosque a los pájaros y a todo animal silvestre para su despensa.

Mandó que se redactaran documentos legales; los dos hermanos se lo agradecieron y pronto reunieron albañiles, cavadores y carpinteros; en poco tiempo la iglesia y el priorato estuvieron acabados, y en él se instalaron siete monjes blancos,

de los que llevan sobre el hábito una cruz azul; les dieron rentas para que pudieran vivir cómodamente, y el priorato aún existe. Ahora la historia deja de hablar del rey de los ingleses y de los dos hermanos y vuelve a hablar de Remondín y cómo gobernó luego.

En esta parte la historia nos da testimonio de que Remondín estuvo tanto tiempo en la tierra de Guerrandia que reconcilió entre sí a algunos ingleses que estaban en discordia y consiguió que el país quedara en paz. Llegado el momento, se despidió de los nobles y del pueblo, y todos se afligieron mucho por su partida. Luego cabalgó hasta que entró en la tierra del Poitou, donde encontró gran cantidad de espesos bosques sin habitar, y abundantes animales salvajes en algunos lugares: ciervos, corzos, gamos, cabras, jabalíes y otras bestias silvestres; en muchos otros lugares encontró bellas llanuras, hermosos prados y claros nos.

—Es una gran lástima —exclamó Remondín— que este país no esté ni habitado, ni poblado, pues es tierra muy rica.

En muchos sitios, cerca del mar, ve buenos emplazamientos no habitados, que a su parecer, sería de gran provecho que fueran poblados.

Cabalgó hasta una antigua abadía, grande y muy poderosa, que se llamaba Maillezais, y tenía cien monjes sin contar a los novicios. Allí se albergó Remondín, y por la complacencia que le produjo el lugar, estuvo tres días y tres noches, e hizo regalos de ricas joyas; luego, se marchó a Lusignan; cuando ya estaba cerca, vio la Torre de las Trompas y el burgo; entonces no pensó que fuera el lugar que él gobernaba, pues no lo reconocía porque la torre y el burgo fueron construidos después de su marcha. Se sorprendió cuando oyó que el vigía de la torre tocaba la trompa.

En esta parte dice la historia que cuando Remondín estaba cerca de Lusignan vio el burgo, rodeado de altos muros, con grandes torres, fortificaciones y fosos profundos, hechos todos de piedra tallada, y vio la torre alta y grande entre el burgo y las fortificaciones, que sobrepasaba en altura más de un largo de lanza, y oyó a los trompeteros que tocaban más y más según veían la aglomeración de gente que venía con Remondín.

—¿Cómo? —preguntó Remondín al anciano caballero—, ¿qué es esto? Creía que estábamos muy cerca de Lusignan, pero me parece que me equivoco mucho.

Entonces, el anciano caballero empezó a reír.

—¿Cómo, señor caballero —dijo Remondín—, os burláis de mí? Os digo de veras que si no fuese por la torre y el burgo que veo, pensaría que estoy en Lusignan.

—Pronto os encontraréis ahí —respondió el anciano caballero—, con gran alegría, si Dios quiere.

Ahora os hablaré de los cocineros y de los criados encargados de las acémilas, que habían ido por delante y habían anunciado la llegada de Remondín; aunque Melusina ya lo sabía, disimuló y, apenas llegaron los servidores, hizo embellecer todo el pueblo, e ir al encuentro de su señor, y ella misma acudió con gran número de damas, doncellas, caballeros y escuderos montados y vestidos con riqueza. Remondín los vio aparecer al fondo del valle, que venían en orden, de dos en dos, y se admira mucho; cuando ya estaban cerca, gritaron todos a la vez:

—Sed bienvenido, señor.

Entonces, Remondín reconoció a algunos de los que le daban la bienvenida y les preguntó:

—Buenos señores, ¿de dónde venís?

—Señor, venimos de Lusignan —le respondieron.

—¿De Lusignan? —preguntó Remondín— ¿queda mucho desde aquí?

—Señor —le contestaron, dándose cuenta de que no reconocía la ciudad— ésa es Lusignan. Nuestra señora hizo construir el burgo y la bella torre después de que vos os marcharais; miradla allí, que viene a vuestro encuentro.

Remondín se quedó muy sorprendido, y no dijo lo que pensaba, pero recordando cómo había construido Melusina la fortaleza de Lusignan y el castillo en tan poco tiempo, dejó de maravillarse.

Mientras, llegó la dama, que le dio la bienvenida con gran dulzura y lo recibió muy amablemente diciendo:

—Mi señor, estoy muy contenta de que hayáis actuado tan bien en vuestro viaje. Me lo han contado y dicho todo con detalle.

—Gracias a Dios y a vos —contesta Remondín.

Con estas palabras, llegaron a la ciudad y descabalaron. Hubo una fiesta muy grande, que duró ocho días, y a la que acudió el conde de Forez. Después, marcharon de Lusignan y fueron a Poitou a ver al conde, que les acogió muy bien; le preguntó a Remondín dónde había estado. Él les contó toda su aventura. A poco de hablar, el conde Beltrán se puso muy contento, y acabada la narración, los hermanos se despidieron de él: uno, se fue a Forez; el otro a Lusignan, donde Melusina lo recibió muy alegre.

La dama por aquel entonces estaba encinta, y una vez cumplido el tiempo, dio a luz su segundo hijo, que fue un niño al que le pusieron el nombre de Eudes; tenía una oreja incomparablemente más grande que la otra, pero en todos sus miembros era bello, proporcionado y bien formado. Tomó con el tiempo por esposa a la hija del conde de la Marche y más tarde, él mismo fue conde. Y ahora la historia deja de hablar del niño y habla de Remondín y Melusina.

La historia asegura que, después de que la dama descansara el debido tiempo, se levantó y hubo una fiesta muy grande, con muchos nobles. El mismo año la dama

hizo construir el castillo y el burgo de Ainelle, y mandó hacer Vouvant y Mrvent; y, luego, el burgo y la torre de San Magencio, y se comenzó la abadía, e hizo mucho bien a los pobres.

Dos años más tarde, tuvo un hijo que fue llamado Guyón; era un niño bellísimo, pero tenía un ojo más alto que otro.

Melusina tenía tres buenas nodrizas, pero estaba tan pendiente de sus hijos que éstos crecieron tanto que todo el que los veía quedaba maravillado.

En este tiempo hizo fundar por el país muchos nobles lugares, en las posesiones que tenía en el condado de Poitou y en el ducado de Guyena. Hizo construir el castillo y el burgo de Partenay, que eran tan fuertes y hermosos que no tenían posible comparación. Luego, fundó en La Rochelle los torreones de vigilancia del mar y del castillo y empezó una parte de la ciudad, en donde aún se conservaba a unas tres leguas una gran torre que mandó construir Julio César, y que en aquel entonces se llamaba Torre del Águila, por el águila que Julio César llevaba en el estandarte como emperador. La dama hizo que rodearan aquella torre con fuertes construcciones y muros, y la llamó Castillo del Aguilucho. Luego, edificó Pors en Poitou, y Saintes, que entonces fue llamado Ligne. Después, hizo Talmont en Tallemoiz, y muchas otras villas y fortalezas. Remondín prosperó tanto que no había ningún príncipe que rivalizara con él ni en Inglaterra, ni en Guyena, ni en Gascuña.

La historia da noticias de que al quinto año, Melusina tuvo un hijo que se llamó Antonio. Fue grande y bien formado en todos sus miembros, pero en la mejilla izquierda tenía una pata de león, y antes de que el niño tuviera ocho años, la pata ya era velluda y de cortantes uñas; con el paso del tiempo, Antonio fue temido, y llegó a ser conde de Luxemburgo, tal como más adelante oiréis en la historia. Melusina hizo fundar muchas iglesias, con buenas rentas y con otros bienes que no merecen caer en el olvido.

Aquí nos dice la historia que el séptimo año, Melusina dio a luz a su debido tiempo, un niño que se llamó Reinaldo. No se podía ver niño más bello, pero vino al mundo con un solo ojo, aunque veía con tanta claridad que divisaba las naves en el mar, y otras cosas en la tierra a una distancia de unas veinte leguas. Era hermoso, dulce y cortés, tal como oiréis más adelante en la historia.

El octavo año, Melusina tuvo su sexto hijo, que se llamó Jofré. Vino a este mundo con un diente que le salía de la boca más de una pulgada, por lo que fue conocido como Jofré el del Gran Diente; era alto y fornido, fuerte, valiente y cruel. Todo el que le oía hablar, le temía. E hizo tantas maravillas como oiréis en la historia.

El año siguiente, nació otro hijo, el séptimo, que recibió el nombre de Fromonte; era bastante hermoso, pero tenía sobre la nariz una mancha velluda, como la piel de un topo o de una comadreja. Fue muy devoto y, con autorización de sus padres, fue monje de Maillezais; más adelante oiréis una aventura que le ocurrió, digna de compasión.

Melusina estuvo después cerca de diez años sin tener hijos, pero en el onceavo

tuvo el octavo, extraordinariamente grande. Vino al mundo con tres ojos, uno de los cuales estaba en la frente; y fue tan cruel y tan malvado que antes de llegar a los cuatro años mató a dos de sus nodrizas. Ya veréis más adelante cómo murió; lo enterraron en Poitiers, en el Monasterio Nuevo.

Ahora nos cuenta la verdadera historia que Melusina crió a sus hijos hasta que Urién, el mayor, tuvo diecisiete años y ya era grande y fuerte y realizaba extraordinarias hazañas. Eudes tenía dieciséis años, y Guyón quince y era tan hábil, tan rápido y tan despierto que todo el mundo se quedaba sorprendido. Urién y Guyón se querían mucho y se entretenían siempre juntos; los nobles jóvenes los apreciaban, igual que ellos a los nobles y combatían muy a menudo en justas, torneos y en otros encuentros con lanza.

Por aquel tiempo, dos caballeros pictavinos acababan de regresar de Jerusalén y contaban que el sultán de Damasco había asediado al rey de Chipre en la ciudad de Famagusta y que lo tenía en grave aprieto, pero el rey no podía esperar auxilios, pues sólo tenía una hija, que, por cierto, era muy bella. Tanto corrió la noticia por el país, que Urién se enteró, y entonces le dijo a Guyón:

—Buen hermano, sería una gran obra de caridad socorrer a ese rey contra los sarracenos. Nosotros somos ocho hijos varones, la tierra de nuestro padre no quedará sin herederos, suponiendo que faltemos; por eso nos debemos esforzar en viajar para adquirir honor.

—Decís verdad —respondió Guyón—, pero ¿por qué lo decís? Estoy dispuesto a hacer lo que os plazca.

—Hermano mío —contestó Urién— decís bien. Enviemos ahora por los dos caballeros que han llegado del santo viaje de Ultramar, y les pediremos más noticias sobre ese asunto.

Entonces llamaron a los dos caballeros, que acudieron muy alegres. Cuando llegaron, los muchachos les dieron amablemente la bienvenida y les empezaron a preguntar por su viaje, y sobre las costumbres y modos del país en el que habían estado; ellos les dijeron la verdad.

—Hemos oído —dijo Urién—, que habéis pasado por una isla en la que hay un rey cristiano oprimido por un sultán sarraceno. Nos maravillamos de que no permanecierais en la guerra al lado del rey cristiano, vosotros que tenéis fama de ser dos caballeros tan valientes, ayudándole y reconfortándole, como nos parece que deberían hacer los buenos cristianos, y también creemos que habría sido una gran obra de caridad auxiliarle en esa situación.

A esto respondieron los dos caballeros:

—Muchachos, queremos que sepáis que, si hubiésemos visto el modo de entrar en la ciudad sin morir o ser hechos prisioneros, habríamos ido de buen grado y hubiéramos esperado la ventura que Dios nos hubiese querido enviar, al lado del rey

de Chipre. Y sabed que el esfuerzo de dos caballeros no puede cambiar los hechos de sesenta u ochenta mil sarracenos; y ésta fue la causa que nos impidió ir; es muy loco el que sopla contra el viento para oponerse a él o para vencerlo.

—Vuestra excusa —dijo Urién— es buena y justa, pero decidme si alguien que pudiera llevar dos mil o dos mil quinientos hombres de armas podría llegar a tiempo de socorrer a aquel rey.

Entonces respondió uno de los dos caballeros:

—A fe mía que sí, teniendo en cuenta que la ciudad es fuerte y el rey es valiente y es hombre de guerra, y tiene gran cantidad de víveres y muy buenas gentes para guardar la ciudad; y que hay numerosas fortalezas a las que van a menudo de refresco los de Rodas y los armenios, con lo que el rey de Chipre y los de la ciudad tienen gran consuelo. Habéis de saber que tanto mi compañero como yo hubiésemos querido encontrar a alguien que fuera allí para ir con él, como vos decís, y nosotros mismos hubiéramos emprendido la aventura con él.

—Mi hermano y yo —dijo Urién— os retendremos y os llevaremos sin tardar mucho.

Cuando aquéllos lo oyeron, se alegraron y dijeron que, si iban, sería señal de gran nobleza y valentía. Ahora deja la historia de hablar de los dos caballeros y cuenta cómo Urién y Guyón pidieron permiso a sus padres y la ayuda que Melusina les prestó.

Urién y Guyón se presentaron a Melusina y le dijeron muy inteligentemente:

—Señora, ya es hora de que viajemos para conocer tierras y países, y para adquirir honor y buen nombre en lugares extraños, e instrucción para hablar con los buenos de las cosas que hay en otras marcas y que son poco comunes por aquí. Y también, si la fortuna y la buena ventura nos son amigas, tenemos intención de conquistar tierras, pues hemos visto que somos ya ocho hermanos, y estamos convencidos de que aún seremos más, y si vuestra tierra es dividida en tantas partes, el que fuera señor de todo apenas tendría una pequeña porción de los dominios que mi señor padre y vos tenéis; mi hermano Guyón y yo —continuó Urién— renunciamos a la parte que nos pudiera corresponder de lo vuestro, a excepción de lo que nos queráis dar ahora como ayuda para nuestro viaje.

—Hijos —respondió Melusina—, esta petición os honra y no os debe ser negada. Debo hablar con vuestro padre, pues sin su consejo no os debo otorgar lo que pedís.

Entonces Melusina se va de allí y se dirige a Remondín, al que le cuenta la petición de sus dos hijos.

—Señora —le contestó— si os parece que eso es bueno, hacedlo según vuestra voluntad.

—Decís bien —responde Melusina—; sabed que no harán nada en este viaje que no les sea de gran provecho y de muy gran honor.

Entonces volvió junto a sus hijos para decirles:

—Buenos hijos, pensad en actuar correctamente; vuestro padre está de acuerdo

con lo que pedís, y yo también lo apruebo. No os preocupéis, pues en breve lo habré dispuesto todo de tal forma que sea de vuestro agrado; ahora, decidme a dónde queréis ir, para preveer lo que os hará falta.

—Señora —respondió Urién—, hemos oído decir que el rey de Chipre ha sido asediado por el sultán de Damasco en la ciudad de Famagusta y es ahí donde tenemos intención de ir para socorrerlo de los malvados sarracenos.

—Hijos míos —contestó Melusina—, hay que preparar las cosas tanto para el trayecto por mar como para cuando estéis en tierra; lo haré de modo que os guste, y será de inmediato.

Entonces, los dos muchachos se arrodillan y se lo agradecen humildemente. La madre los levantó y los besó en la boca mientras lloraba, pues sentía gran dolor en el corazón por su partida, porque los amaba con amor de madre, no con cariño de falsa nodriza. La historia cuenta que Melusina se esforzó en preparar las cosas para sus hijos; hizo llegar al puerto de La Rochelle una gran flota, con galeras grandes y pequeñas, y grandes navíos: la menor tenía dos cubiertas, y las demás, tres; era una flota tan grande que podía transportar tres mil combatientes. Mientras, los dos muchachos mandaron buscar a los caballeros que les habían hablado del viaje, y les dijeron que se dispusieran a ponerse en camino, tal como habían prometido.

—Señores —respondieron—, estamos dispuestos; hemos contado el asunto a muchos nobles que se preparan a ir en vuestra compañía, y todos están deseando serviros.

—Muchas gracias —dijo Urién—; nosotros se lo agradecemos y aceptamos, si le place a Dios y a vosotros también.

Melusina, que lo había preparado todo, buscó cuatro nobles, unos de Poitou y los otros de Guyena, a los que encomendó la tutela de sus hijos. Acudieron gran cantidad de caballeros, escuderos y nobles, en total unos dos mil quinientos hombres de armas y quinientos ballesteros. Embarcaron los víveres, la artillería, los arneses y los caballos y después entró la gente en los navíos: allí veríais banderas, pendones y estandartes al viento sobre los barcos, oiríais sonar las trompetas y los instrumentos, y también oiríais relinchar y gritar a los caballos. Entonces los dos jóvenes se despidieron de sus padres y de la gente que lloraba entristecida. Melusina y Remondín acompañaron a sus hijos hasta la orilla; cuando llegaron al mar, Melusina los cogió aparte y les dijo:

—Hijos, escuchad lo que os voy a decir y a encomendar. Mirad estos dos anillos que os doy, cuyas piedras poseen un mismo poder: mientras seáis leales, sin pensar ni cometer desatinos o maldad, y los llevéis puestos, no seréis derrotados por las armas, sino que venceréis; no os podrán perjudicar ni hechizos, ni encantamientos de arte de magia, pues os protegerán sus joyas.

Entonces da un anillo a cada uno y ellos, de rodillas en el suelo, le dan las gracias. Seguidamente Melusina vuelve a tomar la palabra diciendo así:

—Hijos, dondequiera que estéis os recomiendo que todos los días oigáis el

servicio divino antes de hacer ninguna otra cosa; y en todos vuestros asuntos pedid la ayuda de vuestro Creador, y servidle diligentemente: amad y actuad como hizo vuestro Dios y Creador. Defended a nuestra santa Madre Iglesia, y sed verdaderos combatientes contra todos sus enemigos. Ayudad a las viudas y a los huérfanos, honrad a todas las damas, auxiliad a las doncellas a las que se quiera desheredar injustamente. Amad a los hombres gentiles y estad en su compañía. Sed humildes y humanos tanto con el grande como con el pequeño, y si veis a un buen hombre de armas que sea pobre y se encuentre en estado de necesidad de ropa o de montura, dadle de lo vuestro según su mérito. Sed generosos con los buenos. Y cuando otorguéis algo, no hagáis esperar mucho, pero mirad cuánto dais, cómo, por qué, y si la persona lo merece; si es para su señor, mirad si su señor lo merece. Si dais por placer, guardaos de que el necio despilfarro no os sorprenda hasta el punto de que se puedan burlar de vos, pues los que habrían deseado que les hicierais bien, estarían descontentos, y los extranjeros os insultarían a vuestra espalda. Guardaos de prometer lo que no podáis mantener, y si prometéis alguna cosa, no la hagáis esperar mucho, pues una larga espera atenúa la virtud del don.

Guardaos de codiciar la mujer de nadie del que queráis ser amado. No escuchéis el consejo de ningún muchacho, ni tengáis como hombre de confianza a nadie del que no conozcáis con certeza sus costumbres y condición. No creáis a ningún hombre que sea avaricioso, ni lo pongáis a vuestro servicio, pues os podría deshonar en una hora lo que no os podría aprovechar en toda su vida. Guardaos de tomar a crédito lo que buenamente podáis pagar, si por necesidad tenéis que dejar a deber, tan pronto como tengáis suficiente, satisfacedlo. Así podréis estar sin peligro y vivir honorablemente.

Si Dios os otorga la ventura de que conquistéis algún país, gobernad según su naturaleza. Si son rebeldes, no os enseñoreéis, pero no abandonéis vuestro derecho. Estad siempre en guardia, mientras el poder sea vuestro, pues si os dejáis avasallar, tendréis que gobernar a su voluntad; guardaos siempre, sean como sean, rudos o gentiles, de imponerles un nuevo tributo, si no es razonable. Cobrad lo que sea justo, sin aumentar vuestros derechos, y no les carguéis con impuestos irracionales, porque si el pueblo es pobre, el señor será un mendigo, y si le hiciera falta para la guerra u otra necesidad, no sabría con quién ayudarse, por lo que podría caer en gran servidumbre y no se compadecerían de él ni amigos ni extraños, pues vale más una esquilada grande por años que tres pequeñas.

Hijos, además, os recomiendo que no creáis ni confiéis en juglar ni en adulador, ni en hombre que hable mal de otro a sus espaldas; no prestéis atención al consejo del desterrado, ni al del fugitivo de su país, pues os puede incitar a dañar a los que lo han exiliado, aunque tenga razón y vos una causa justa para ayudarle, porque ello os podría perjudicar mucho haciéndoos descender en honor.

Sobre todas las cosas os prevengo del orgullo. Os recomiendo que hagáis justicia y que actuéis razonablemente tanto con el grande como con el pequeño. No queráis vengar todas las afrentas de que hayáis sido objeto, pero exigid reparación. No

despreciéis a ninguno de vuestros enemigos, aunque sea pequeño; estad en guardia a todas horas y procurad, mientras estéis en guerra, que vuestros compañeros, tanto grandes como pequeños, os consideren como señores; hablad y estad en compañía de cada uno según su calidad, pues esto hace inflamar de amor los corazones de los hombres que así se comportan. Y si Dios os otorga el bien, repartidlo con vuestros compañeros según la dignidad de cada uno.

En cuanto a la guerra, seguid el consejo de los valientes que han ejercido el oficio de las armas con honra. No hagáis tratados de paz para mucho tiempo con vuestros enemigos, pues en los tratados largos reside a veces un gran engaño y una gran pérdida para la parte más poderosa, pues los inteligentes retroceden para avanzar más tarde; y así, también el sabio, cuando ve que no es capaz de resistir la fuerza de su adversario, busca tratados largos para disimular, hasta que se encuentra con poder suficiente para hacer frente a su enemigo, y entonces en poco tiempo halla alguna excusa para que el tratado sea nulo. Por esto os recomiendo que llevéis a vuestro enemigo a donde lo podáis someter con honor; si lo hacéis cortésmente, él lo devolverá con gran honra; pero si vos le castigáis poco con el tratado, en caso de que se hubiese decidido por un bando u otro sin engaño, alguien podría decir o pensar que teníais miedo. Esto no quiere decir que se deba rehusar a un buen tratado, que puede haberlo, pero que sea por poco tiempo, o tan largo que sea para siempre, que desaparezca en la memoria de los vivos, y en provecho y honor del que crea tener el derecho mayor, y el que lo tenga por común acuerdo.

Melusina les dio a sus hijos estos consejos que habéis oído y ellos se lo agradecieron mucho. Luego añadió:

—Hijos, he enviado a vuestro barco suficiente oro y plata en moneda para mantener vuestra situación, y para pagar a la gente durante cuatro años. Tenéis suficiente galleta, agua dulce, vinagre, carne salada, salazón de pescado y buen vino para mucho tiempo. Id bajo la protección de Nuestro Señor, y que Él os conduzca; actuad correctamente y cumplid lo que yo os he recomendado.

Así se despidieron de su padre y de su madre, y entraron en el barco; las naves levaron anclas e izaron las velas. Los patrones, según su costumbre, se encomendaron a Dios para que les dejara hacer un buen viaje. Luego, se adentraron en el mar; el viento hinchaba las velas, e iban tan deprisa que en poco tiempo se perdieron de vista. Remondín, Melusina y su gente se volvieron al Castillo del Aguilucho.

La historia deja aquí de hablar de ellos, y vuelve a Urién, a su hermano Guyón, y a su gente, que se van navegando por el mar, y mantienen su camino lo más recto posible hacia Chipre.

La historia dice que después de salir de La Rochelle, navegaron por el mar durante mucho tiempo, pasaron por delante de muchas islas, y se detuvieron en muchos lugares; hasta que un día vieron por el mar que una gran cantidad de barcos

perseguían de cerca a dos galeras; inmediatamente fue el patrón a los dos hermanos y se lo dijo. Ellos le respondieron, preguntándole, qué había que hacer.

—Hay que enviar —dijo el patrón— una galera para saber a quién sirven. Mientras, haremos que nuestra gente se arme, por lo que pueda suceder.

—Nos parece bien —respondió Urién. Y así lo hicieron.

La galera va al encuentro de las otras dos y sus tripulantes gritan:

—¿A quién servís?

A lo que los de las otras respondieron:

—Somos dos galeras de Rodas, que nos hemos encontrado a los sarracenos, que ahora nos están persiguiendo. Hemos visto que sois cristianos, ¿lo son todos aquellos que os siguen?

—Por mi fe que sí —responden ellos.

—Por mi cabeza —dice uno de los patrones de Rodas—, id ahora a perseguirlos, pues habéis encontrado una buena aventura, pues son gente del sultán de Damasco que van al asedio de Famagusta. El que los hunda habrá prestado gran ayuda al rey de Chipre, y habrá provocado una gran desgracia al sultán.

Cuando los de la galera pictavina lo oyeron, viraron en redondo y fueron a anunciarlo a los dos hermanos y a su gente. ¡Quién viera entonces subir refuerzos a los mástiles, con lanzas y jabalinas en las manos, proteger las naves y las galeras con grandes escudos, arrimar a la borda cañones y ballestas, tocar trompas y cuernos sarracenos, y hacer que las naves se movieran a fuerza de gente y de remos! Esto era muy hermoso de contemplar.

Cuando los sarracenos se dieron cuenta de que una flota tan grande iba hacia ellos, no supieron qué pensar, pues no se podían imaginar que tal poderío de cristianos estuviese tan cerca de allí. Inmediatamente viran, retrocediendo; pero nuestras galeras los rodean y empiezan a disparar sus cañones por todos los lados. Al ver que todo estaba perdido y que no podían huir, los sarracenos tomaron un barco que habían apresado a los de Rodas, arrojaron a la gente por la borda, lo llenaron de madera, aceite, grasa y azufre, y, cuando vieron que nuestra gente se aproximaba le prendieron fuego y lo dirigieron contra los nuestros, que se supieron proteger bien, pues saltaron por el otro lado y consiguieron meterse entre sus naves. Allí empezaron con gran violencia los tiros de ballestas y cañones. La gran flota de nuestra gente llegó a ellos, y las olas llevaron a la nave que ardía entre las embarcaciones sarracenas; los árabes no supieron defenderse, de modo que ardieron tres de sus naves, y los tripulantes se ahogaron o perecieron hundiéndose en el mar con todo lo que había dentro. Al final, los paganos fueron derrotados, todos resultaron muertos o presos, y los cristianos ganaron una gran fortuna, que los hermanos de Lusignan repartieron entre todos sus compañeros y con los de las dos galeras de Rodas. Después fueron a descansar a la isla de Rodas, donde dieron a los caballeros de la Orden las naves que habían capturado. Allí estuvieron cuatro días, durante los cuales repostaron agua fresca. El Maestre de Rodas rogó a los dos hermanos y a sus nobles

que fueran a la ciudad; así lo hicieron, y fueron recibidos con muchos honores. El Maestre les preguntó el objeto de su viaje, y ellos le dijeron que iban a socorrer al rey de Chipre contra el sultán que lo había asediado; luego, les preguntó muy dulcemente quiénes eran, y ellos le dijeron la verdad. Entonces, el Maestre, que se puso muy contento, les dijo que reuniría a los caballeros de la orden y que iría con ellos a Chipre.

Ahora dice la historia que estuvieron tanto tiempo los hermanos en la isla de Rodas que el Maestre reunió cerca de seis galeras, armadas y con vituallas, en las que había mucha gente valerosa y gran cantidad de ballesteros. Navegaron por el mar hasta que se aproximaron a la isla de Coicos, en la que vieron una gran humareda. Entonces, el gran Maestre de Rodas, que estaba en la galera de Urién, le dijo:

—Señor, sería bueno que se enviaran a aquella isla una o dos galeras pequeñas para saber de forma cierta si hay gente. Si no hay nadie, no hará mucho tiempo que habrán marchado.

—Me parece bien —contestó Urién.

Entonces, enviaron una galera pequeña; al llegar a tierra desembarcaron casi todos los tripulantes y encontraron muchos restos de fuego y de acampada; por las apariencias, debían haberse refugiado allí unos treinta mil hombres, que debieron estar más de cuatro o cinco días, pues a alguna distancia había gran cantidad de pieles de animales muertos. Volvieron a embarcar y fueron al encuentro de nuestra gente, diciéndoles lo que habían encontrado.

—Creo que son los sarracenos —dijo el Maestre—, que van en apoyo del sultán; los que habéis derrotado, cuyas naves nos habéis dado, estaban en su compañía y los esperaban en la isla.

Entonces dejan de hablar y navegan por el mar a vela tendida hasta que ven una abadía que estaba en una montaña, junto al mar, y en la que se adoraba a San Andrés. Se dice que es ahí donde está la horca de la que fue colgado el buen ladrón, cuando Nuestro Señor, por su santa gracia, fue puesto en la santísima cruz para nuestra redención.

—Señor —dijo el Maestre de Rodas—, sería conveniente anclar en este pequeño puerto y, mientras, enviaremos por noticias a Limasol, para saber si nos recibirán y aceptarán poner nuestra flota a salvo en su puerto.

—Maestro —dijo Urién—, que se haga así, en nombre de Dios.

Entonces anclaron en el puerto y mandaron recado a la abadía, diciendo que no temieran, pues eran amigos y estaba con ellos el Maestre de Rodas.

Cuando los de la abadía supieron las noticias se alegraron mucho, y bajaron las reliquias de la cabeza de San Andrés, mostrando gran gozo por la llegada de nuestra gente; a la vez, enviaron a Limasol a uno de los monjes para que anunciara la llegada de los refuerzos que venían en socorro del rey y de su país.

Al oír la noticia un caballero muy valiente, que era el alcaide del lugar, hizo que armaran de inmediato una galera, embarcó y se presentó en poco tiempo ante nuestras gentes; preguntó por el señor de aquella flota y le llevaron a un rico pabellón que habían, hecho plantar a la orilla del puerto en el que estaban Urién, su hermano Guyón, el Maestre de Rodas y otros muchos nobles; le mostraron a Urién, que estaba sentado en una cama con su hermano y el Maestre de Rodas. Cuando el caballero lo vio se admiró mucho por la gallardía que vio en él; se acercó a saludarle amablemente y Urién lo recibió muy complacido.

—Señor —dijo el caballero—, sed bienvenido a este país.

—Buen señor —respondió Urién—, muchísimas gracias.

—Señor, se me ha dado a entender que habéis partido de vuestro país con la intención de ayudar al rey de Chipre.

—Es verdad.

—Pues es justo que os abra todos los lugares del reino de Chipre por los que paséis, todas las ciudades, castillos y fortalezas; por lo que respecta a Limasol, que está a mi cargo gracias a mi señor, el rey de Chipre, os será abierta y puesta a vuestra disposición cuando os plazca, igual que los muelles del puerto para poner vuestros barcos en lugar seguro.

—Caballero —dijo Urién—, muchas gracias. Ya es hora de que nos pongamos en marcha, pues tanto mi hermano como yo tenemos ganas de encontrarnos con los sarracenos, no para su provecho, sino para perjudicarles, si Dios quiere que lo podamos hacer.

—Señor, estaría bien, pues, que hicierais sacar de los barcos tantos caballeros como os parezca, y que toméis a vuestra gente, pues iremos por tierra.

—Decís bien —contestó Urién.

Y así se hizo; Urién mandó que se armaran cuatrocientos hombres de sus más altos nobles, caballeros y escuderos. Él mismo se armó, y su hermano también. Montaron a caballo y se fueron, con la bandera desplegada, bordada en plata y azur, con la figura de un león rampante. El Maestre de Rodas y los demás se equiparon para la navegación y se dirigieron al puerto. Urién, su gente y el caballero que les guiaba, cabalgan hasta llegar a la ciudad, en la que fueron muy bien alojados. La flota entró en el puerto, desembarcaron los caballos y todo lo que necesitaban y se alojaron en los campos de alrededor de la ciudad, en tiendas y pabellones; y los que no tenían donde dormir se instalaron y se construyeron alojamientos del mejor modo que pudieron. Era de gran belleza ver al ejército asentado; los más altos nobles se alojaron en la ciudad. Entonces hicieron conducir la flota a cubierto y pusieron buenos hombres de armas y buenos ballesteros para defender el lugar, por si los sarracenos iban dispuestos a hacer algún daño.

Ahora os dejaré de hablar de Urién y de su compañía, y os hablaré del alcaide de la ciudad, que está contemplando el ejército y las armas de aquella gente, y lo apreciaba mucho en su corazón, y se decía a sí mismo que eran gente decidida y de

gran valor, pues a pesar de ser pocos se disponían a contrarrestar el poder del sultán que tenía más de cien mil sarracenos; en total, contando la gente del Maestre de Rodas, Urién no tenía más de cuatro mil combatientes.

—Esta gente es digna de conquistar todo el mundo, se exclamaba y no cesaba de repetirse que los había enviado Dios por su benigna misericordia, para socorrer al rey y para ensalzar la Santa Cristiandad, y que él mismo se lo iba a decir al rey de Chipre mediante un mensaje.

La historia cuenta que el caballero mandó escribir una carta en la que puso todo lo referente a la llegada de Urién, de Guyón y de su gente, el nombre de los dos hermanos y el país de donde eran. Luego llamó a su sobrino y le dijo:

—Es necesario que llevéis esta carta a Famagusta, al rey, suceda lo que suceda.

—Me impulsáis a una gran aventura, pues, si me apresan los sarracenos mi vida no valdrá nada. Pero por amor a vos y al rey, y para animarle y darle la esperanza de ser librado del peligro en que está me arriesgaré. Que Dios me otorgue regresar sano y salvo.

—Buen sobrino, esto es hablar con valentía, y, si Dios quiere, os será bien recompensado.

Aquél toma la carta, monta en un pequeño corcel de Berbería y se pone en camino. Aquí dejaré de hablar de él, pues ya habrá tiempo, y hablaré de Urién, de cómo se comportó mientras tanto, pues no sabía nada de esto.

La historia cuenta que Urién llamó al Maestre de Rodas y al alcaide del lugar y les preguntó:

—Buenos señores, ¿el sultán es hombre joven y de gran valor?

—Por cierto que sí, señor —le respondieron.

—Y ¿ha venido a hacer la guerra sin haber estado antes por aquí?

—Así es —respondieron—; no estuvo antes.

—¿Quién le ha impulsado ahora a pasar el mar? —preguntó Urién—. Me admira que se haya abstenido hasta ahora siendo él tan poderoso y estando vosotros tan cerca, tal como me han informado.

—Os lo diré —dijo el alcaide—. Nuestro rey tiene una hija muy bella, de veinticinco o veintiséis años de edad, a la que el sultán quiere tomar por esposa, pero nuestro rey no ha querido acceder si él no se bautizaba. Sabed que antes el sultán y nosotros siempre tuvimos tratados de paz, y sus antepasados con los nuestros, desde hace tanto tiempo que nadie se acuerda. Pero cuando el sultán vio que nuestro rey no le quería otorgar a su hija rompió las treguas con un desafío, y ya estaba listo con más de cuarenta mil sarracenos embarcados y fue a desembarcar en el puerto e hizo llevar todas sus armas a tierra firme, asediando súbitamente Famagusta, donde encontró al rey sin sus nobles. Pero después, a pesar suyo ha ido entrando mucha gente que ha mantenido la ciudad. De continuo se producen numerosas escaramuzas, con grandes

pérdidas tanto por un bando como por el otro; los sarracenos han renovado a su gente por dos veces aunque son unos cien mil, pero esta última vez han perdido una parte de la flota y de la gente, a la que estaban esperando en la isla de Coicos: una galera nuestra, la de la Montaña Negra, que los perseguía, nos ha dicho que atraparon a dos galeras de la Orden del Hospital, pero no sabían qué pasó después, pues los esperaron durante seis días y como no llegaban, los nuestros levaron anclas y marcharon al asedio.

—Es fácil saber lo que ocurrió —dijo el Maestre—, mi señor Urién y su hermano os podrían responder adecuadamente, pues han acabado con ellos, y nos han dado los navíos que capturaron.

—Esto me agrada —dijo el caballero—; loado sea Dios.

—Mi señor —dijo el alcaide—, ahora ya os he contado cómo empezó la guerra y por qué el sultán ha pasado el mar.

—En nombre de Dios —dijo Urién—, el amor tiene fuerza suficiente para hacer que se inicie tal empresa. Si el sultán ha empezado esta guerra por amor, es aún más temible, pues el amor es tan poderoso que hace emprender a los cobardes grandes empresas, tales que no osarían ni imaginar. Así, es evidente que el sultán, que — normalmente y sin la fuerza del amor— es valiente y emprendedor, es ahora más temible, si cabe; pero, que se cumpla la voluntad de Dios, pues marcharemos de aquí mañana, después del servicio divino e iremos a visitar al sultán.

Entonces hace que toquen la trompeta, para que cada cual prepare sus armas, y ordena que salgan en orden por la mañana, al primer toque, cada uno bajo su estandarte, y detrás de la vanguardia. Y así lo hicieron. Allí podíais oír un gran martilleo al reclavar las distintas partes las placas, las lorigas, las grebas, afilar las lanzas de hierro, herrar los caballos, enrollar las armaduras de acero y las cotas de mallas, y todas las demás cosas necesarias. Aquella noche Urién mandó que montara guardia uno de sus nobles con quinientos hombres y cien ballesteros.

Ahora os dejaré de hablar de él, y me referiré al sobrino del alcaide que va rápidamente hacia Famagusta. Justo a medianoche llega a un bosque que hay sobre una colina; mira el valle y ve al ejército de los sarracenos, gracias a la claridad de las hogueras que hay en el campamento, y contempla la ciudad, tan rodeada de sarracenos que no sabe qué parte escoger para entrar en ella; y estuvo mucho tiempo pensándolo.

Al despuntar el día, salieron en completo silencio por una poterna unos ochenta hombres armados, extranjeros de varias naciones; la guardia se había retirado y casi todos estaban ya en sus alojamientos. Los de la ciudad entraron entre los enemigos sin que ningún guardia se diera cuenta, y llegaron casi hasta la tienda del sultán. Entonces empezaron a golpear con lanzas y espadas en todo lo que encontraron, cortaron las cuerdas de pabellones, de tiendas y de palios, e hicieron una gran matanza de paganos, a pesar del número que eran. Entonces, el ejército despertó y empezaron todos a gritar: «¡A las armas!». Empiezan a moverse y a armarse, y

cuando los cristianos ven el grueso del ejército sarraceno, se van poco a poco hacia la ciudad, matando y tirando todo cuanto encuentran en su camino.

Cuando el mensajero oyó el ruido se lanzó a la ventura, espoleó al caballo para que corriera lo más posible, pasó por fuera del campamento y llegó al otro lado del ejército. No había corrido mucho cuando se encontró entre la ciudad y los que habían atacado al ejército pagano; conocía a bastantes de ellos que pertenecían a la guarnición de la ciudad, y les grita en voz alta:

—Señores, actuad con cuidado, os traigo buenas noticias. La flor de la cristiandad viene en vuestra ayuda. Son los dos jóvenes de Lusignan y traen consigo unos cuatro mil combatientes.

Cuando aquéllos lo oyeron, se alegraron mucho, y entraron en la ciudad sin perder tiempo, por lo que el sultán se enojó mucho y mandó que comenzara el contraataque junto a las defensas; hubo gran cantidad de muertos y heridos, tanto por una parte como por otra, y los cristianos hicieron que los sarracenos se retiraran a la fuerza. Cuando vio el sultán que no podía hacer nada más mandó tocar a retirada.

El mensajero llegó hasta el rey y le hizo la reverencia de parte de su tío. El rey le dio, alegre, la bienvenida; entonces el mensajero le presentó la carta. El rey rompió la cera y leyó la carta en la que el alcaide le escribía que nobles fuerzas iban en su ayuda; entonces, tiende sus manos hacia el cielo diciendo:

—Glorioso Padre Jesucristo, te agradeceré humildemente el que no te hayas olvidado de mí, que soy tu pobre criatura, ni de tu pobre pueblo, que tanto tiempo ha vivido aquí dentro con miedo y miseria.

Entonces ordena que todas las iglesias hagan sonar las campanas y hagan procesiones con cruces y banderas, loando y dando gracias al Creador de las criaturas y rogando que les dé fuerzas en su lucha contra los sarracenos. Allí comenzó la música y hubo una gran alegría cuando la noticia se extendió por la ciudad. Cuando los sarracenos oyeron el ruido y el tumulto que había en la ciudad quedaron perplejos de que los otros hicieran tan gran fiesta.

—O tienen alguna noticia que nosotros no sabemos, o lo hacen para que sepamos que tienen gente y víveres para defenderse contra nosotros —dijo el sultán.

Ahora deja la historia de hablar del sultán y empieza a hablar de Herminia, la hija del rey de Chipre, a la que han contado en su habitación las nuevas de la ayuda que traían los donceles de Lusignan: tuvo gran deseo de saber la verdad, y por eso ordenó que se le presentara el mensajero que fue a su habitación y la saludó con respeto.

—Amigo —dijo Herminia—, sed bienvenido. Contadme vuestras noticias.

Y éste le dijo lo que había.

—Amigo —dijo la doncella—, ¿habéis visto a la gente que nos viene a socorrer?

—A fe mía que sí, doncella.

—¿Quiénes son? —preguntó Herminia.

—Doncella mía, son la gente más hábil que conozco en las armas, los más bellos hombres que nunca vinieron a este país, y los mejor ataviados.

—Ahora decidme de qué país son y quién los guía.

—Doncella, son pictavinos, y los guían dos jóvenes que se llaman, el mayor Urién, y el menor Guyón, y aún no tienen barba ni bigote.

—Amigo, ¿son bellos estos jóvenes?

—El mayor es grande, robusto y alto, y enormemente fuerte, pero tiene la cara pequeña y ancha, un ojo rojo y otro azul, y las orejas demasiado grandes; de cuerpo y extremidades es uno de los donceles más bellos que conozco. El menor no es tan grande, pero es muy bello en todo, y tiene un hermoso rostro aunque tiene un ojo un poco más alto que el otro, pero esto no le sienta demasiado mal. Todos los que los ven dicen que son dignos de conquistar el mundo entero.

—Amigo, ¿volveréis inmediatamente a su lado?

—Señora, tan pronto como pueda salir de la ciudad y vea que puedo escapar de los sarracenos.

—Amigo, salud de mi parte a los donceles, y dadle al mayor de mi parte este broche, diciéndole que lo lleve por mi amor. Este alfiler con este diamante se lo daréis al menor; saludadlos afectuosamente de mi parte.

—Doncella mía, lo haré de buen grado.

Entonces se despide de ella y va al rey, que había escrito la respuesta, y había hecho que se armara mucha gente para que salieran en secreto de la ciudad, y se enfrentaran al ejército enemigo, al que le causaron numerosas pérdidas aunque estaban alerta. He aquí a los sarracenos en gran desorden perseguidos hasta sus mismas defensas. Hubo allí un cruel encuentro, con muchos muertos y numerosos heridos, tanto por una parte como por otra. Todo el ejército acudió al lugar del combate y el mensajero salió por otra puerta, y pasó por detrás del ejército, a la distancia de un tiro de arco, de tal modo que nadie pudo verlo, y cabalgó veloz hacia su tío, pues le apremiaba mucho poder llegar para contar las noticias. El sultán mandó que abandonaran el combate, pues veía que podía perder más que ganar.

Ahora dejaré de hablar de ellos y os hablaré de lo que dispusieron Urién y su hermano.

En esta parte cuenta la historia que Urién mandó que tocaran la trompeta al alba, al clarear el día, cuando amanece. Luego, hizo que tocaran para cargar los caballos y ensillarlos. Después los dos hermanos oyeron misa, y con ellos los altos príncipes y nobles. Más tarde Urién ordenó que quien quisiera beber que bebiera y diese avena a los caballos, y que al toque de la trompeta se pusieran en marcha, tras la vanguardia; inmediatamente, empezaron a desayunar todos. Mientras, llegó el sobrino del alcaide, que entregó a su tío la carta que le había dado el rey. El alcaide rompe la cera, y ve que el rey le dice que pone toda la ciudad a disposición de los dos hermanos, y que

manda a todas las fortalezas, villas, burgos, castillos, puentes y puertos, que dejen pasar a los dos hermanos y a su gente, y que les obedezcan en todo.

Cuando el alcaide ve todo esto, muestra la carta a Urién y a su hermano Guyón para que la lean; después de leerla, llamaron al alcaide, al Maestre de Rodas y a los dos caballeros que les contaron la aventura del asedio y les leyeron la carta en voz alta. Entonces, dice Urién:

—Agradecemos el honor que el rey nos ha hecho, pero no tenemos ninguna intención de entrar en fuerte, villa o castillo, mientras podamos pasar por cualquier otra parte; nuestra idea es —si Dios quiere— atravesar los campos, y hacer la guerra a nuestros enemigos. Pero decidnos, ¿cuánta gente podría salir de vuestras guarniciones, manteniéndolas protegidas? Tenemos que saberlo, necesitamos estar seguros de si son gente de la que nos podamos fiar, pues —si Dios quiere— tenemos intención de combatir al sultán y poner fin a esta guerra, porque a eso hemos venido.

—Señor —dijo el alcaide—, será muy difícil vencer, pues los sarracenos son más de cien mil.

—No os importe —dijo Urién—, nosotros tenemos la razón en todo y ellos han venido a provocarnos sin causa justa; aunque los persiguiéramos en su país, lo haríamos porque son enemigos de Dios. No temáis, Dios nos ayudará. Si son muchos y nosotros pocos, más hiere un grano de pimienta que diez medidas de trigo. La victoria no depende de la cantidad de gente sino del buen gobierno. Alejandro, que conquistó tantas tierras, nunca llevó más de diez mil hombres en sus campañas.

Cuando el alcaide lo oye hablar con tanta valentía, lo aprecia mucho, y piensa que Urién llegará a conquistar muchos países; entonces le responde:

—Yo os encontraré más de cuatro mil combatientes, y dos mil más entre arqueros y ballesteros.

—Con éstos me basta —dijo Urién—. Ahora procurad que se nos reúnan a media jornada de los enemigos. Y él le responde que lo hará sin falta.

Mientras, el sobrino del alcaide ha vuelto a ellos, se arrodilla delante de Urién y Guyón, y les dice:

—Nobles donceles, la más bella y noble joven de este reino os saluda y os envía dos de sus joyas.

Entonces toma el broche de oro engastado con ricas piedras preciosas y se lo entrega a Urién, diciéndole:

—Tomad, señor, recibid este broche de parte de Herminia, hija de nuestro rey, que os ruega que lo llevéis por su amor.

Urién lo coge muy contento, hace que lo coloquen en su cota de mallas y le responde:

—Amigo mío, dadle muchas gracias a la doncella que me ha hecho tanto honor. Sabed que lo tendré en mucha estima por amor a ella. Muchas gracias a vos también, mensajero.

Entonces el mensajero presenta el otro regalo de parte de la doncella, y le dice a

Guyón que le ruega que lo lleve por su amor. Él contesta que así lo hará y se lo pone en el dedo, dando muchas gracias a la doncella y al mensajero, al que los dos hermanos le hicieron muy ricos dones.

En esto, sonó la trompeta y todo el mundo se pone en marcha. Allí se veía muy noble compañía. El alcaide envió a buscar por todas las plazas fuertes e hizo que se reunieran los hombres de armas, y acudieron quinientos más de los prometidos por el alcaide a los dos hermanos. La hueste de Urién acampó al lado de un riachuelo, y al día siguiente por la mañana levantaron el campamento y caminaron hasta mediodía, llegando a una pradera muy bella, con un gran río y abundancia de árboles; a un cuarto de legua —más o menos— había un gran puente por donde había que pasar, y desde el puente hasta Famagusta no había más de siete leguas. Allí hizo Urién que acampara su gente, y dijo que en aquel lugar esperarían al alcaide y a la gente que éste iba a reunir.

En esta pradera pasaron la noche y el día siguiente hasta la hora de tercia. Y durante aquel tiempo, algunos caballeros y escuderos del ejército se habían ido al puente a distraerse, y vieron alrededor de quince hombres que habían bajado allí con lanzas en las manos, armados al modo del país; por otro lado vieron unos cuatrocientos hombres que se esforzaban en pasar a la otra parte para atacar al grupo de los quince. Entonces fue uno de nuestros caballeros hacia ellos y les gritó:

—¿Quiénes sois?

Y uno responde:

—Somos cristianos, gente del rey de Chipre; aquellos de allí son sarracenos; les siguen más de seiscientos que vienen de devastar el país; nos han encontrado y han matado a cien de los nuestros.

—Buenos señores —dijo el caballero—, si los podéis contener un poco os socorreremos a tiempo.

—Nos haría mucha falta —respondió aquél—. Id, nosotros los mantendremos a raya hasta que podamos.

Entonces el caballero espolea el caballo y se dirige hacia sus compañeros y les cuenta la aventura; se apresuran a reunirse con el ejército, encuentran alrededor de veinte ballesteros, y les ordenan que vayan a ayudar a guardar el puente junto a los quince combatientes de Chipre contra los sarracenos. Al oírlo los soldados, van rápidamente al puente; cuando ya estaban cerca, vieron que sobre el puente había tres cristianos abatidos por golpes de lanza.

—Adelante —dice uno—, nos hemos entretenido mucho. Esos mastines se están aproximando demasiado.

Tensan las ballestas, colocan en ellas buenos cuadrillos y los disparan todos a la vez: con esta carga mataron a doce que estaban sobre el puente; cuando los sarracenos los vieron, se asustaron mucho y se retiraron del puente; los cristianos fueron a buscar a sus tres compañeros, que ponen mejor cara y se animan. Los ballesteros tiran con tanta fuerza que no hubo ningún sarraceno, por valiente que

fuera, que osara poner el pie en el puente. Pero los enemigos hicieron venir pronto a sus arqueros, y el encuentro empezó de nuevo: mejor hubiese sido para los sarracenos la retirada, pues los caballeros fueron al ejército y contaron las nuevas.

Se armó Urién y mandó que se prepararan mil hombres y cien ballesteros, y ordenó que otros tantos estuvieran dispuestos para seguirle si hacía falta más ayuda, y los encomendó a las órdenes de un noble pictavino; dispuso, además, que toda la hueste se armara para luchar en batalla, bajo el mando de Guyón, su hermano, y del Maestre de Rodas. Entonces hace que se coloque en cabeza el estandarte, y cabalga en orden de batalla. Urién iba delante, con la lanza en la mano, y van todos tan juntos que entre uno y otro no había ni una pulgada; pero antes de que llegaran al puente aparecieron cinco mil sarracenos que estaban demasiado cerca de nuestra gente y les obligaban a retirarse del puente. Urién echa pie a tierra con la lanza en la mano; los ballesteros se ponen a un lado y a otro del puente y empiezan a disparar contra los sarracenos haciéndoles retroceder. Entonces Urién grita en voz alta: «¡Lusignan!», y sube al puente, con la lanza en la mano, y el estandarte ante él; y su gente los sigue frente a los sarracenos, que permanecen al otro lado.

Allí empieza una fuerte batalla de lanzas. Urién embiste a un sarraceno con la lanza de tal modo que le perfora el pecho y el pulmón. Allí podíais ver gran confusión de golpes, pero al fin los sarracenos perdieron el puente y muchos cayeron al río. Entonces, los cristianos pasaron al otro lado muy deprisa y volvió a empezar la dura batalla en la que hubo gran cantidad de muertos y heridos; los sarracenos retrocedieron y perdieron terreno rápidamente. Urién mandó que pasaran los caballos, pues los enemigos se retiraban y volvían a montar. Mientras, la retaguardia empieza a pasar el puente; cuando los sarracenos se dieron cuenta, montan todos a la vez y emprenden la huida detrás de los que llevaban el botín de bueyes, vacas, corderos y mucha impedimenta. Entonces Urién monta y manda montar a su gente, y ordena a la retaguardia que pase el puente y que los sigan en buen orden de batalla, y así lo hicieron; persiguen a los paganos, que iban en desorden y deprisa a lo largo de cinco leguas, y matan a los que son alcanzados.

Los sarracenos repliegan a su gente y les hacen abandonar todo el botín, para refugiarse en una gran montaña al lado de Famagusta, y allí se pusieron en orden de batalla. Mientras, llegan Urién y su gente con las lanzas bajadas. En el encontronazo muchos paganos murieron y hubo heridos tanto de una parte como de la otra. Los sarracenos se mantuvieron firmes, pues eran muchos, pero Urién los atacó con fuerza y combatió tanto que todos quedaron perplejos. En esto, llegó la retaguardia con mil hombres armados y cien ballesteros: los sarracenos perdieron terreno y volvieron a huir, y hubo en el lugar más de cuatro mil muertos, sin contar los que habían muerto en el puente, y la persecución llegó hasta el mismo campamento de los sarracenos. Urién ordenó retirada, y, volviendo al trote, hace recoger el botín delante de él, y en poco tiempo están muy lejos de allí.

Los que huían llegaron al ejército sarraceno gritando: «¡A las armas!». Allí

podíais ver a los sarracenos armarse fuera de los alojamientos y disponerse a combatir. Uno de los que huían le contó al sultán lo que había ocurrido, por lo que éste se disgustó mucho y se admiró de que aquella gente le hubiera perjudicado tanto. Fue grande el ruido de trompetas e instrumentos, por lo que los de la ciudad se preguntaban qué podía haber sucedido en la hueste sarracena. Entonces se armaron y se pusieron en guardia, pero en aquel momento llegó uno de los caballeros perseguidos por los sarracenos, testigo de los hechos que había conseguido pasar el ejército enemigo, y gritó en voz alta: «¡Abrid la puerta, pues os traigo buenas noticias!».

—¿Quién sois vos?

—Soy uno de los caballeros de la fortaleza de la Montaña Negra.

Entonces le abrieron la puerta y él entró. Los otros lo condujeron ante el rey, que lo conocía bien, pues lo había visto en otras ocasiones. El caballero se dirigió al rey y le hizo la reverencia. El rey le dio la bienvenida y le pidió noticias; él se lo contó todo, palabra por palabra: cómo Urién había rescatado el botín, la aventura del puente, y la intención de Urién de entablar combate con el sultán en breve.

—Este hombre —dijo el rey— me lo ha debido enviar Dios para socorrer a mi país de los felones sarracenos, y para mantener y ensalzar la santa cristiandad. Por Dios, mañana haré que el sultán sepa que el socorro está cerca y que no le temo nada. Amigo mío —dijo al caballero—, id a contar vuestras buenas noticias a mi hija.

—Señor —le contestó—, de muy buen grado.

Entonces el caballero va a la habitación de la doncella, la saluda muy humildemente y le cuenta todo lo ocurrido.

—¿Cómo —preguntó Herminia—, señor caballero, estuvisteis vos en la batalla?

—A fe mía que sí, doncella.

—El doncel que tiene tan extraña fisonomía, ¿es tan valiente como se dice?

—Doncella, cien veces más; sabed que, sea quien sea el que os lo ha dicho, es uno de los hombres más nobles que conozco.

—Si os ha pagado para que lo alabéis y le deis mérito, ha empleado bien su dinero.

—Doncella, nunca he hablado de parte suya; vale más de lo que yo digo.

—Amigo, bondad vale más que belleza.

Ahora dejaré de hablar de ellos y hablaré de Urién, que volvió al puente, donde ya había tomado posiciones todo el ejército. Allí encontró al alcaide con la gente que había podido reunir; eran valientes e iban bien armados; había unos cuatro mil quinientos hombres de armas y unos dos mil quinientos entre ballesteros y soldados de a pie. La hueste acampó a lo largo del río; Urién encontró su pabellón plantado, y los demás que habían ido con él en la persecución también encontraron sus alojamientos listos; se acomodaron lo mejor que pudieron aquella noche y dispusieron una buena guardia.

Aquí deja la historia de hablar de ellos y habla del rey de Chipre, que estaba muy

contento con la ayuda que le había venido inesperadamente y daba gracias a Nuestro Señor. Así pasó la noche; pero la que no descansó fue Herminia, pues no se podía sacar de la cabeza a Urién, y deseaba tanto verlo, por lo bien que le habían hablado de él, que se dice a sí misma que, aunque tuviera la cara cien veces más contrahecha de lo que la tiene, o si estuviera tullido, por su bondad y su valor sería digno de tener como amiga a la hija del rey más grande del mundo. Y así piensa la doncella durante toda la noche en Urién, pues el Amor por su gran poder le hace pensar en él. Y aquí deja la historia de hablar de ella y cuenta lo que hizo el rey el día siguiente.

La historia dice que el día siguiente, al amanecer, el rey dispuso a su gente, y salió de la ciudad con unos mil hombres de armas, y unos mil soldados de a pie y ballesteros, que le esperaban escondidos a los dos lados de las defensas para protegerle si era demasiado hostigado por los sarracenos. El rey atacó al ejército enemigo y causó numerosas pérdidas, pues había ordenado a su gente, bajo pena de horca, que no hicieran prisioneros y que lucharan a muerte. Lo hizo para que éstos no combatieran por avaricia y con el fin de tenerlos a todos juntos para poder retirarse sin pérdida de tiempo. El ejército sarraceno empezó a recuperarse, y acudieron a la batalla los paganos en gran número. Cuando el rey se dio cuenta de que llegaban refuerzos, reagrupó a su gente e hizo que se retiraran poco a poco, y él se colocó detrás de todos con la espada en la mano: cuando ve que algún enemigo se aproxima, le ataca y hace que vuelva junto a los sarracenos, y, si resisten, los castiga de tal modo que consigue que abandonen la persecución; al rato nadie se atrevía a entablar combate con ellos.

Mientras, llegó el sultán en un gran caballo, con abundante compañía, completamente armado y con un venablo envenenado. Cuando vio al rey y el gran daño que causaba a su gente le lanza el venablo por el aire, hiriéndole en el costado izquierdo con tanta fuerza que lo atraviesa; la armadura que llevaba le sirvió de muy poco, y el rey sintió una gran angustia; se arrancó el venablo e intentó lanzarlo contra el sultán, pero éste hizo que su caballo diera la vuelta tan hábilmente que lo esquivó, aunque hirió a un sarraceno en medio del cuerpo, de forma que cayó muerto a tierra, pues no iba bien armado. Y antes de que el sultán, que estaba demasiado adelantado, se pudiera retirar, el rey le golpeó con la espada en la cabeza y lo derribó sin sentido. Entonces, atacaron los paganos con tal fuerza que fue necesario, para evitar un mal mayor, que el rey se refugiara entre su gente; levantaron al sultán y lo volvieron a montar en un alto caballo. La batalla fue dura, y los paganos eran tan fuertes que obligaron al rey y a su gente a replegarse al otro lado de las defensas; entonces, los chipriotas que guardaban el paso empezaron a tirar y a disparar de tal manera que hubo gran cantidad de sarracenos muertos y heridos.

El rey se debilitó mucho, pues había perdido mucha sangre, y esto asustó a su gente; sin embargo, y aunque sufría gran dolor reanimó a los suyos, para que los sarracenos no pudieran avanzar más y que ellos, a su vez, no siguieran perdiendo

terreno. El encuentro fue muy fiero y peligroso; el rey se mantenía a caballo a duras penas, pues sabía que estaba herido de muerte, y por el veneno del venablo pereció al poco tiempo, pues murió de aquella herida; pero tenía un corazón tan valeroso que no se le mostró a su gente hasta que uno de sus nobles se dio cuenta de que el rey estaba completamente ensangrentado en el lado izquierdo, desde la cadera hasta el talón, de forma que, cuando se tumbó, el lugar quedó teñido de rojo por la sangre de su cuerpo. Entonces le dijo un caballero:

—Señor, habéis resistido demasiado tiempo; venid y haced que se retire vuestra gente al interior de la ciudad antes de que sea demasiado tarde, para que los sarracenos no se lancen al combate contra nosotros.

Y el rey, que sentía gran dolor, le respondió:

—Haced como queráis.

Entonces, el caballero mandó que cien hombres de refresco se situaran delante de las defensas y que combatieran con fuerza, junto a cien ballesteros. Obligaron a los sarracenos a retroceder, por lo que el sultán se disgustó, y gritaba:

—¡Adelante, mis nobles! ¡Preocupaos dé hacerlo bien! ¡Esta noche la ciudad será nuestra!

El combate tomó nuevo vigor. Allí podíais ver asaltar y defender con valor, tanto por una parte como por otra; cuando el rey de Chipre vio que los sarracenos se esforzaban de tal manera, se reanimó y les atacó de nuevo, pero sufrió tantos golpes que se rompieron muchas venas de su cuerpo, por lo que algunos creen que su vida se abrevió. Los paganos se retiraron en este contraataque, y hubo gran cantidad de muertos y heridos. Llegó la noche y se contaron numerosas pérdidas en ambos bandos. De todos modos, los sarracenos se retiraron porque el rey de Chipre había animado tanto a su gente que ya no temían los golpes.

Al marcharse los sarracenos, el rey y su gente regresaron a la ciudad; cuando los habitantes de Chipre se enteraron de la herida del rey mostraron un gran dolor.

—Mi buena gente —decía el rey— no sufráis tanto, pensad en defenderos del sultán, pues, si Dios quiere, pronto me curaré.

Entonces, el pueblo se calmó un poco, aunque el rey, que decía estas palabras para animar a su pueblo, sentía que no podría escapar de la muerte. Mandó a sus hombres que organizaran una buena guardia, y se despidió de ellos; llegó al palacio, descabalgó y se fue a su habitación. Entonces acudió Herminia a desarmarlo, pero al ver que su arnés estaba rojo de sangre cayó desmayada al suelo; su padre ordenó que la llevaran a la habitación, y así lo hicieron. Los médicos curaron al rey, lo acostaron y le dijeron que no había por qué preocuparse.

—Bien sé qué es lo que tengo. Que se haga la voluntad de Dios.

Pronto se supo en la ciudad que el rey estaba herido, y entonces empezó un duelo muy grande.

Aquí deja la historia de hablar del rey y del asedio y empieza a hablar de Urién y de su hermano, contando lo que hicieron al llegar al campamento que había junto al puente. Urién estaba muy contento por la gente que le había llevado el alcaide; el día siguiente por la mañana, envió a buscar a todos los capitanes que tenían gente bajo su mando, para pasar revista.

Urién se puso delante de su tienda, e hizo que vinieran, uno tras otro, todos los capitanes, con los pendones y los estandartes al viento, y con los hombres armados con todas las armas; pasó revista, vio si faltaba alguna pieza del arnés, y calculó cuántos hombres eran. Después, hizo que formaran en la pradera para verlos a todos, tanto a los extranjeros como a los suyos; así pudo contemplar el porte de aquellos que parecían ser los más aguerridos, y guardó su imagen en la memoria; luego, hizo que contaran a su gente y a la de los demás, a la del Maestre de Rodas y a la del alcaide, encontrando que entre todos podían ser de nueve a diez mil combatientes. Entonces, Urién les dijo para que lo oyeran todos:

—Bellos señores, estamos aquí reunidos para mantener la fe de Jesucristo con la que nos ha regenerado. Él sufrió primero muerte cruel para liberarnos de las penas del infierno; así, ya que Él nos hizo esta gracia, nosotros no debemos temer la muerte o la aventura que le plazca mandarnos, si con ello perpetuamos los santos sacramentos que se nos han administrado para la salvación de nuestras almas; obremos bien, pues por cada uno de nosotros hay diez enemigos, aunque no importa, porque llevamos la razón y son ellos los que han venido a asediarnos, sin motivo, a nuestra justa heredad, y por eso no debemos temer, pues Jesucristo luchó solo por nuestra salvación, con su digna muerte; todos los cristianos que respeten sus mandamientos se salvarán. Así, debéis saber que todos los que tengan que morir se salvarán y alcanzarán la gloria y el paraíso; por tanto, os digo que tengo la intención de ponerme ahora mismo en camino para aproximarme a nuestros enemigos y combatirles lo antes posible; por eso os ruego que, si aquí hay alguien que no se sienta con coraje suficiente para emprender la aventura, a Jesucristo le plazca enviarnos que se retire ahora, pues a veces un solo cobarde es el responsable de la pérdida de una causa. A todos aquellos que vengan de buena voluntad, tanto de los míos como de los otros, les daré suficiente oro y plata y navíos avituallados para pasar el mar.

Entonces, hace levantar su bandera la medida de un arco, y se la entregó a su hermano para que la llevara; luego, dijo en voz alta:

—Los que tengan intención de vengar la muerte de Nuestro Creador y de ensalzar su ley y ayudar al rey de Chipre que se coloquen bajo mi bandera, y los que no la tengan que pasen al otro lado del puente.

Cuando aquellos nobles corazones oyeron sus palabras, consideraron a Urién como hombre audaz y con gran valentía, y fueron todos en masa a rendirse bajo su bandera, llorando de gozo y de piedad por las palabras que Urién había pronunciado,

y no hubo nadie que pasara al otro lado del puente.

Urién se puso muy contento, y mandó que tocaran las trompetas; cargaron todo y emprendieron la marcha. El Maestre de Rodas, el alcaide de Limasol y su gente se pusieron juntos, y cabalgaron en orden de batalla, comentando que contra Urién y su ejército no habrá ningún hombre, ni ningún pueblo que resista. Así caminaron hasta llegar, un poco después del mediodía, a la montaña en la que había tenido lugar el combate del día anterior.

—Este lugar es adecuado —dijo Urién— para que acampemos y descansemos; entretanto, miraremos el modo mejor y más seguro para acabar con nuestros enemigos.

Los otros le responden que están de acuerdo. Entonces, se instalan todos juntos para que no los puedan sorprender. Aquí la historia deja de hablar un poco de ellos, y habla de lo que hizo el sultán.

La historia cuenta que el sultán tenía espías en la ciudad, por los que sabía que habían llegado tropas en auxilio del rey, y que la gente se sentía muy aliviada, y también sabía que el rey estaba herido, por lo que la ciudad tenía cierta inquietud. Entonces, el sultán pensó en asaltar la ciudad, y cuando el sol estuvo alto mandó que tocaran las trompetas y que sus combatientes, ballesteros y paveseros se pusieran en orden de combate, y que fueran a los fosos y a las defensas. Se inició una gran maniobra; los catapulteros empezaron a lanzar grandes bolas de plomo, a la vez que el sultán gritaba en voz alta:

—¡Adelante, señores caballeros! ¡Intentad tomar la ciudad antes de que lleguen las tropas de auxilio! ¡Al primero que entre, le daré su peso en plata, por Mahoma!

Entonces, se vio a los sarracenos pasar los fosos llevando picas y mazas, escaleras y arietes; pero los de arriba les tiran fardos llenos de piedras, vigas, palos afilados, aceite hirviendo, plomo fundido, recipientes llenos de cal viva, y toneles repletos de estopa con grasa y azufre ardiendo; y aunque no quieren, les hacen abandonar el lugar y les obligan a intentar el asalto por otra parte. Allí hubo muchos quemados, numerosos muertos y gran número de heridos, por lo que el sultán hace reforzar el ataque con nuevas gentes; pero los de dentro se defendían como valientes, y confiando en el auxilio que estaba cerca.

Aquí dejaré de hablaros del asalto y os hablaré de los espías que Urién y los suyos habían enviado al ejército enemigo, que al volver dijeron que el sultán había dado orden de asaltar la ciudad, y que estaban a punto de tomarla, si no era socorrida de inmediato, y que el rey estaba herido. Cuando Urién y Guyón oyeron estas noticias se inquietaron mucho. Urién mandó que tocaran las trompetas y que se armara el ejército, lo dispuso en cuatro cuerpos de los que él mandó el primero; su hermano Guyón, el segundo; el Maestre de Rodas, el tercero; y el alcaide, el cuarto. Ordenó que toda la impedimenta se quedara en la cima de la montaña, y que fuera vigilada

por cien hombres de armas y cincuenta ballesteros. Luego, suben la montaña y ven el ejército de los sarracenos y la ciudad que estaban asaltando.

—Nobles señores —dijo Urién—, son muchos, pero con la ayuda de Dios los venceremos. Vamos, pues, a cercar el ejército enemigo sin que se den cuenta, y atacaremos a los que están asaltando la ciudad; creo que, si Dios nos ayuda, no podrán con nosotros.

Los otros le responden que les parece bien hacerlo así.

Entonces, bajaron de la montaña y pasaron por detrás del ejército; pero al pasar, un vigía sarraceno los avistó, dándose cuenta que no eran de los suyos, y empezó a gritar: «¡A las armas!». Cuando Urién lo oye, manda al alcaide que vuelva su gente contra la guardia y que luche con ella, y así lo hizo, en un encuentro en el que hubo grandes pérdidas. Mientras, Urién y los otros tres cuerpos del ejército se colocaron entre la guardia y los asaltantes de la ciudad; todos los que guardaban el campamento fueron muertos y derrotados.

Dejaron gente vigilando el lugar, y se dirigieron hacia el recinto amurallado, pero en ese momento hubo un sarraceno que fue a decirle al sultán:

—Señor, todas tus tiendas y tus pabellones han sido tomados; tus guardias han muerto, y viene al galope contra ti la gente más malvada que he visto jamás.

El sultán se vuelve y ve avanzar banderas y pendones, y ve llegar un grupo de gente tan junta que no parece que sean la mitad de los que son en realidad: el sarraceno se inquietó mucho e hizo tocar retirada, y puso a su gente en orden; pero antes de que hubiera reunido y ordenado a la mitad, llegaron Urién y los suyos y les atacaron violentamente. Allí empezó una gran matanza y una gran pérdida, pero la peor parte cayó sobre los paganos, pues no tuvieron tiempo de ordenarse, estaban agotados por el asalto, y no llegaron a reunirse bajo su bandera; fueron atacados por gente valerosa, hábil en el manejo de armas, y que en poco tiempo consiguieron ponerlos en fuga.

El sultán, lleno de coraje y valentía, reagrupó a su gente, y atajó a los nuestros con furia: allí hubo muchos hombres muertos y heridos. El sarraceno se hace temer, lleva un hacha en las manos y golpea a diestro y siniestro, produciendo una gran matanza entre nuestra gente, pues en mala hora nació el que no se desvía del camino del sultán. Cuando Urién lo ve se aflige mucho, y se dice a sí mismo:

—Por mi fe, es una lástima que este turco no crea en Dios, pues es muy valiente. Pero por el mal que veo que ha hecho a mi gente no tengo ninguna razón para compadecerme de él y no estamos aquí para intercambiar muchas palabras.

Empuña la espada y espolea el caballo, dirigiéndose rápidamente hacia el sultán; cuando éste lo ve venir, no lo esquiva, blande el hacha e intenta herir a Urién en la cabeza, pero éste evita el golpe. El hacha era pesada y, al bajar, le vuela de las manos; Urién aprovecha para asestarle un tajo con la espada encima del yelmo, con todas sus fuerzas; el sultán recibió tal golpe que quedó aturdido, no veía ni oía, y soltó el freno y los estribos, de forma que el caballo se lo llevó por donde quiso. Urién vuelve a

golpearle con su buena espada entre la cabeza y los hombros: el sultán estaba inclinado, y el yelmo era corto por detrás; el filo encontró el cuello desnudo, cubierto sólo por el gámbax acolchado; la espada se lo cortó a la vez que las dos venas principales y los tendones, hasta la garganta; el sultán cayó al suelo, y como había cantidad de caballos por ambas partes y el combate era encarnizado, ninguno de los suyos pudo ayudarle y sangró hasta morir. Cuando los sarracenos se dieron cuenta de que el sultán había muerto se asustaron y ya no pudieron combatir con buen coraje.

Urién y Guyón se esforzaban tanto que nadie que los viera podía dejar de apreciarlos. Los pictavinos y todos los demás nobles combatieron valientemente, y en poco tiempo los sarracenos fueron muertos; y pobre del que huía, porque pronto era muerto o apresado. Los nuestros se instalaron en el campamento sarraceno y enviaron a buscar la impedimenta; los guardianes se alegraron con la victoria, se unieron contentos al resto del ejército cristiano, y se alojaron cómodamente. Los dos hermanos hicieron repartir el botín, y todos se tuvieron por bien pagados. Aquí deja la historia de hablar de Urién y habla del alcaide de Limasol, que se dirigió a Famagusta.

En esta parte cuenta la historia que después de la batalla en que fue derrotado el sultán, el alcaide se separó de los dos hermanos con veinticinco caballeros de noble condición, y llegó a la ciudad, donde le abrieron las puertas muy contentos, entró y encontró gente por la calle: unos mostraban alegría porque se habían liberado de los sarracenos, y bendecían la hora en que nacieron los muchachos de Lusignan y el momento en que llegaron al país; otros mostraban gran dolor por la herida del rey, ya que decían que no había ningún remedio para que no perdiera la vida. El alcaide no sabía qué pensar, pues ignoraba que el rey estuviera herido; se apresuró en llegar al palacio, descabalgó, y encontró al pueblo muy afligido. Entonces, preguntó qué sucedía.

—Nos lamentamos con razón —dijo uno—, pues vamos a perder al rey mejor y más noble que ha habido en este reino.

—¿Cómo —preguntó el alcaide—, qué decís, está enfermo el rey?

—¿No lo sabéis? —replicó un caballero.

—A fe mía que no.

—Por Dios —le contestó el caballero—. Ayer, cuando salimos contra nuestros enemigos, el rey fue herido por un venablo envenenado del sultán; no hay ningún remedio para curarle. Todos hubiéramos preferido que estos nobles hubiesen llegado dos días antes. La hija del rey está tan afligida que da pena verla; hace dos días que no quiere beber ni comer. Gran desgracia será para nosotros el perder al rey y a su hija. El país quedará huérfano de señor que lo gobierne.

—Buen señor —dijo el alcaide—, aún no está todo perdido, aunque yazca en peligro de muerte; tened confianza en Jesucristo y Él os protegerá. Llevadme junto al rey.

—Está en aquella habitación —le dijeron—; todo aquel que quiera verlo puede ir; aunque tiene daño y dolor, no se lamenta. Ya ha hecho testamento y ha repartido tanto entre sus servidores que se tienen por bien pagados; también se ha confesado, ha comulgado y ha recibido todos los sacramentos.

—Más vale así —dijo el alcaide—, ha actuado como debía.

Entonces, entra en la habitación y se inclina ante el rey, haciéndole una reverencia.

—Alcaide —dice el rey—, sed bienvenido; os agradezco vuestra diligencia al acompañar a estos dos nobles por los que la tierra se ha librado de la opresión de los sarracenos, pues yo no hubiese podido gobernar a mi gente ni a mi país. Os ruego que les digáis, de mi parte, que acepten venir a verme antes de que yo muera, pues tengo intención de agradecerles, según mis posibilidades, el honor y la cortesía que me han hecho y quiero exponerles un asunto.

—Señor, voy a buscarlos con vuestro permiso.

—Id, pues. Haced que vengan mañana a la hora de prima.

El alcaide sale de la ciudad y se dirige al campamento. Mientras, el rey ordena engalanar la calle mayor, desde la puerta por donde los hermanos debían pasar, hasta el palacio, y lo hace preparar lo más ricamente que puede para su llegada. Aquí deja la historia de hablar de él y habla del alcaide.

La historia cuenta que el alcaide no se detuvo hasta que llegó al ejército; fue a la tienda en la que estaban los dos hermanos, que le dieron la bienvenida. Entonces, les contó que el rey estaba malherido, y que les rogaba humildemente que aceptaran ir a Verlo, para poderles agradecer el noble auxilio que le habían prestado, para satisfacerles en sus dificultades y gastos, según sus posibilidades, y también para hablarles de otro asunto.

—No hemos venido aquí como mercenarios —dijo Urién—, sino para ensalzar la fe católica, y ser soldados de Jesucristo, y queremos que todos sepan que tenemos suficientes haberes para pagar a nuestra gente; pero ¡qué más da!, mañana iremos de buen grado ante él. Por lo que a mí respecta, pienso ir ante el rey del mismo modo que salí de la batalla, pues quiero recibir la orden de caballería de su mano, por el valor y el honor que todos cuentan de él. Podéis ir a decirle que mañana, a la hora que él disponga, yo, mi hermano y el Maestre de Rodas, iremos ante él, y con nosotros irán un centenar de los más altos nobles.

El alcaide se retira, se despide y se dirige a la ciudad donde lo reciben amablemente. Fue al palacio y encontró al rey tal como lo había dejado; con él estaba Herminia, su hija, que estaba muy preocupada por la herida de su padre, pero se sentía aliviada con la noticia de que los donceles habían de presentarse al día siguiente. Tenía muchas ganas de ver a Urién. Entonces, el alcalde saludó al rey y a su hija, y a todos los demás.

—Amigo —dijo el rey—, sed bienvenido. ¿Qué noticias hay de vuestro mensaje? ¿Vendrán los donceles?

—Sí, señor, con cien de los suyos. No quieren nada de vos, pues, tal como dicen, no son mercenarios, sino soldados de Cristo. Y también me ha dicho Urién que vendrá a vos tal como salió de la batalla, pues quiere recibir la orden de caballería de vuestra mano.

—Alabo a Jesucristo ya que le place que yo tenga el honor de nombrar caballero a tan valiente príncipe antes de mi muerte. Sabed que así moriré más reconfortado.

Cuando Herminia oyó esta noticia, se alegró mucho en su corazón y no sabía qué hacer; sin embargo, no lo reflejó en su cara, sino que mostraba el gran dolor de su corazón; se despidió de su padre y le besó, dulcemente, llorando. Después, se fue a su habitación, lamentándose por el dolor que siente por su padre, y sintiendo a la vez grandes deseos de ver a Urién, ya que la espera se le hace muy larga; estuvo toda la noche sumida en este pensamiento y no durmió, .y así llegó al día siguiente.

En esta parte cuenta la historia que, al día siguiente, el rey ordenó que todos, nobles o

no, salieran a las calles a festejar a los dos hermanos y a su gente, y que en cada cruce hubiera músicos, juglares tocando la trompa, tambores y toda clase de instrumentos que pudieran encontrarse en la ciudad, y que cantasen todo tipo de melodías para festejar a los donceles. Y el pueblo hizo aún más de lo que el rey les había mandado.

¿Para qué os voy a alargar el relato? Los dos hermanos llegaron montados en hermosos caballos. Urién iba completamente armado, tal como había salido de la batalla, con la espada desenvainada en la mano, y Guyón estaba vestido con un rico manto de damasco bien forrado. Los precedían treinta caballeros, de los más nobles, en digna disposición; y delante de ellos, un poco más cerca, iban el gran Maestre de Rodas y el alcaide. Detrás de los dos hermanos venían setenta caballeros, con sus escuderos y sus pajes. Al entrar en la ciudad empezó una gran fiesta; los que tocan la trompeta y los ministriles cumplen cada cual con su oficio, y otros cantan con tonos melodiosos. Por la calle se ve gente honorable que grita en voz alta:

—¡Bienvenidos sean los príncipes de la victoria, los que nos han liberado de la cruel esclavitud de los enemigos de Jesucristo!

Allí se podían ver damas y doncellas en las ventanas, ancianos gentilhombres y burgueses que se admiraban del fiero porte de Urién, que iba completamente armado, con la cara descubierta y un sombrero verde sobre la cabeza, y la espada desenvainada en la mano. Delante, el alcaide le llevaba el yelmo en la punta de una lanza. Y cuando las gentes se daban cuenta del valor que reflejaba su rostro decían:

—Este hombre es digno de someter a todo el mundo.

—Por nuestra fe —decían otros—, bien lo demuestra, pues entra en esta ciudad como si la hubiera conquistado.

—En nombre de Dios —decían otros—, el peligro del que nos ha salvado bien vale una conquista.

—Aunque su hermano no tenga una fisonomía tan fiera —decía otro—, bien parece un hombre de mucho valor.

Y diciendo estas palabras los acompañaron hasta el palacio, donde descabalaron. Y aquí la historia deja de hablar del pueblo y cuenta cómo fueron ante el rey.

Cuenta la historia que los hermanos fueron a hacer la reverencia al rey, que los recibió con gran alegría y les agradeció su ayuda diciéndoles que, después de Dios, eran ellos los que habían liberado a su pueblo de infortunio más cruel que la muerte, pues de no haber sido por ellos, los sarracenos los hubieran destruido o convertido a su ley, y hubiese sido peor que la muerte corporal, pues los que hubiesen consentido en ello se hubiesen condenado para la eternidad.

—Por esta razón —añadió el rey—, os lo agradezco según mis posibilidades, pues no tengo otra intención que la de cumplir con mi deber; y ya que no podré devolveros el alto honor que me habéis hecho, os suplico humildemente que aceptéis de buen grado mi pequeña fortuna.

—Por esto no habéis de temer —dijo Urién—; pues ño hemos venido aquí por vuestra riqueza, ni por vuestro oro y plata, ni por vuestras ciudades o castillos, ni en busca de tierras o de dinero, sino a adquirir honor y a destruir a los enemigos de Dios, ensalzando la fe católica. Quiero que sepáis, señor rey, que tendremos nuestros sufrimientos por bien empleados si os place hacerme el honor de nombrarme caballero por vuestra mano.

—Nobles jóvenes —dijo el rey—, aunque no sea digno de llevar a cabo esta petición, os la concedo. Pero antes, que digan la misa.

—Señor —dijo Urién—, esto me place mucho.

El capellán ya estaba preparado. Urién, su hermano y todos los demás, oyeron muy devotamente el servicio divino; después, Urién fue ante el rey, desenvainó la espada, se arrodilló junto a la cama en la que yacía el rey y le dijo:

—Señor rey, os pido como recompensa por todo lo que pueda hacer por vos que me nombréis caballero con esta espada; con eso me habréis pagado con creces todo lo que mi hermano y yo hemos hecho por vos; no podría recibir la orden de caballería de manos de hombre más valiente que vos.

—Señor doncel —dijo el rey—, vos me hacéis más honor del que me atribuí, porque no valgo ni la centésima parte de lo que decís; os otorgo lo que me habéis pedido, pues no se puede rehusar; pero después, vos me concederéis un don, que no irá en vuestro perjuicio, sino en gran provecho y honor vuestro.

—Acepto.

Entonces, el rey se puso muy contento; se incorporó, sentándose, tomó la espada que Urién le tendía por el pomo y le dio un espaldarazo, diciendo:

—En nombre de Dios, os nombro caballero, que sea para satisfacción vuestra.

Luego, le devuelve la espada, y al hacer esto sus heridas reventaron, y salió mucha sangre entre las vendas, por lo que Urién y todos los que lo vieron se afligieron. Entonces, el rey volvió a tumbarse y dijo que se sentía muy mal, mandó a unos caballeros que fueran a buscar a Herminia, su hija; ella acudió a la orden de su padre, que al verla le dijo:

—Hija mía, agradeced a estos nobles el auxilio que nos han prestado, a mí, a vos y a vuestro reino, pues si no fuera por la gracia de Dios y por su valor, ya estaríamos completamente destruidos, o como poco, habríamos sido desterrados de nuestro país.

Herminia se arrodilla delante de los dos hermanos, agradeciéndoselo humildemente. Y sabed que ella estaba turbada tanto por el dolor por la enfermedad de su padre, como por sus pensamientos por Urién, y parecía que despertara de un sueño. Urién, que se dio cuenta de que estaba turbada, la tomó dulcemente del brazo, e hizo que se levantara inclinándose hacia ella; al obrar así, se hicieron gran honor.

—Dios verdadero —decían los nobles del país—, si este hombre valiente tomara a nuestra doncella por esposa, sería muy beneficioso para nosotros, pues ya no habría que temer a los paganos, ni a nadie que nos quisiera mal.

En esto, el rey llama a su hija y le dice:

—Hija mía, acercaos a mí, porque me parece que ya no estaré mucho tiempo en compañía vuestra.

Ella se sienta a su lado llorando, y todos los que estaban allí comenzaron a llorar, compadeciéndose del dolor que veían en la doncella. Entonces el rey, apesadumbrado por el dolor de su hija, comenzó a hablar con ternura:

—Hija mía, dejad ese llanto y deponed vuestro dolor, pues en lo inevitable es locura abandonarse a la aflicción, aunque es natural que las criaturas sufran al perder a sus amigos o parientes; pero, si Dios quiere, os haré un regalo con el que os tendréis por contenta, igual que los nobles de mi reino.

La doncella empieza a llorar más que antes, y todos los presentes tenían tal dolor que daba pena verlos. El mismo Urién y Guyón se afligieron mucho.

—No —dijo el rey—, no hace falta que se muestre todo ese dolor; os ordeno que dejéis de lamentaros, si queréis que permanezca aún con vida entre vosotros un poco más de tiempo, pues vuestro dolor me oprime más el corazón que la angustia de la herida que tengo.

Ellos dejaron el llanto lo más deprisa que pudieron. Entonces dijo el rey a Urién:

—Señor caballero, por vuestra gracia me habéis otorgado un don; en verdad que no os pediré nada vuestro o de vuestra hacienda.

—Señor —dijo Urién—, pedid sin temor, pues aunque en ello arriesgue la vida, lo cumpliré.

—Muchas gracias, señor. Sabed qué es lo que os voy a pedir, pues os voy a dar algo noble. Os ruego que aceptéis tomar a mi hija por esposa, y que recibáis todo mi reino; yo abandono el poder en este momento.

El rey había hecho que llevaran la corona a la habitación en secreto; la tomó y dijo:

—Tomad, Urién, no rechazéis la petición que os hago.

Los nobles de Chipre se pusieron tan contentos que lloraban de alegría. Cuando Urién oyó estas palabras, meditó un poco, sintiendo la petición que le hacía el rey, pues tenía muchas ganas de ir por el mundo y adquirir honor; sin embargo, ya que había concedido el don al rey, no se quiso echar atrás; cuando los nobles del país vieron que pensaba tanto rato, le gritaron todos a la vez con voz lastimosa:

—Noble señor, no rechazéis la petición del rey.

—No la rechazaré.

Se inclina delante de la cama del rey, toma la corona y la coloca encima de la falda de Herminia, diciendo:

—Señora, es vuestra, y ya que la habéis recibido os ayudaré a guardarla contra todos aquellos que intenten someterla, si Dios quiere.

Entonces, el rey se alegró mucho, e hizo que viniera el arzobispo de la ciudad para casarlos, pero Herminia dijo que antes de ver en qué terminaba la enfermedad de su padre, no haría nada.

—Doncella —dijo Urién—, ya que vos lo queréis, a mí me parece bien.

—Herminia, bella hija —dijo el rey muy afligido—, demostráis así que no me amáis, pues lo que más deseo ver en este mundo antes de mi muerte, vos no lo queréis cumplir.

Cuando lo oyó la doncella se entristeció y, de rodillas, lloraba diciendo:

—Mi muy querido señor y padre, no hay nada en este mundo que yo os niegue justo antes de morir; disponed a vuestro placer.

—Contestáis como una verdadera hija debe a su padre —dijo el rey—, y ahora os ordeno a todos que dejéis de lamentaros, que dispongáis y preparéis esta sala, y que os alegréis; que digan misa y después, haced que pongan la mesa; al acabar de comer haced aquí, en mi presencia la fiesta, como si yo estuviese levantado; sabed que todo esto aliviará mucho mi mal.

Hicieron lo que el rey mandaba; oyeron misa, luego, comieron; la novia se sentó en una mesa cercana al lecho de su padre, con Urién al lado; Guyón servía a Herminia muy contento, y todos fueron muy ricamente atendidos. El rey estaba muy alegre, pero en realidad mostraba mejor aspecto del que tenía su corazón, pues sufría gran dolor porque el veneno que había en la herida le estaba quemando todo el cuerpo, aunque para alegrar a los nobles hacía como si no sintiera daño. Después de comer empezó la fiesta que duró toda la tarde; entonces, el rey llamó a Urién y le dijo:

—Buen hijo, deseo que os caséis mañana con Herminia, y os coronaré como rey, pues ya no voy a vivir mucho; por ello quiero disponer que todos los nobles os rindan homenaje antes de mi muerte.

—Señor —contestó Urién—, ya que así lo deseáis, vuestra voluntad es la mía.

Herminia, que estaba presente, no se opuso a los deseos de su padre. ¿Para qué os voy a hacer más larga la historia? El día siguiente, a la hora de tercia, la novia se atavió muy noblemente, y engalanaron la capilla con riqueza; acudió el arzobispo de Famagusta que los casó, y, después, Urién fue al rey, arrodillándose delante del lecho; el rey tomó la corona y se la colocó encima de la cabeza al joven, que le dio las gracias. Entonces, el anciano llamó a todos los nobles, ordenándoles que rindieran homenaje al nuevo rey, y ellos lo hicieron muy contentos. Empezó la misa y luego se pusieron a comer; después, hubo una fiesta que duró toda la tarde y se prolongó hasta la entrada de la noche; a su debido tiempo se acostó la esposa, y luego se acostó Urién; el arzobispo bendijo la cama. Tras hacerlo, salieron todos de la habitación, y se fueron unos a dormir y otros a bailar y a divertirse. Urién estuvo con su mujer muy dulcemente. Al día siguiente fueron ante el rey y oyeron misa.

En esta parte cuenta la historia que a la hora de tercia llegó Urién ante el rey con la nobleza de Poitou y de Chipre, e inclinándose lo saludó muy dulcemente.

—Buen hijo —dijo el rey—, sed bienvenido. Estoy muy contento de que hayáis vuelto; haced que venga mi hija, y oiremos el servicio divino.

Entonces, llegó Herminia con noble acompañamiento de damas y doncellas; se inclinó ante su padre y lo saludó con afecto; él se dirigió a su hija diciéndole:

—Hija mía, sed muy bienvenida. Estoy muy contento de que Dios me haya otorgado tanta gracia en mi vida como para veros situada en lugar tan alto. Moriré más contento al estar seguro de que vos y mi reino quedáis fuera del peligro sarraceno, pues feríeis a un buen garante, a un príncipe joven y muy valiente, que os protegerá de los enemigos.

Con estas palabras empezó la misa, y fue ensalzado Nuestro Señor. Al acabar, el rey hizo que se le acercaran Urién y su hija, y les dijo:

—Hijos míos, amaos y honraos, y tened confianza el uno en el otro. Ya no puedo estar por más tiempo en vuestra compañía. Os encomiendo al verdadero rey de la gloria, y le pido que os otorgue paz, buena y larga vida, y que os dé fuerza para vencer a sus enemigos.

Y con estas palabras se fue tan dulcemente que parecía que se hubiese dormido. Pero cuando se dieron cuenta de que había muerto, empezó un gran dolor. Herminia fue conducida a su habitación, con tal aflicción que daba pena verla. El rey fue enterrado con las mayores honras que se pudo, se dijeron las vigiliass y la misa, y se hicieron las exequias; fue enterrado muy ricamente, según las costumbres del país. El pueblo estaba triste, pero se les aliviaba el dolor al pensar en el nuevo rey, que era muy valeroso.

Urién fue por sus tierras, visitando los lugares y las plazas fuertes; dejó una parte de su gente con su hermano Guyón y con el Maestre de Rodas, que embarcaron para enterarse si los sarracenos estaban reuniendo una flota para atacar el país.

—No pensamos —dijo Urién— esperar a que vengan a atacarnos, sino que iremos a visitarlos cuando hayamos visto la disposición de nuestra gente.

Entonces, se marcharon Guyón, el Maestre de Rodas y el alcaide de Limasol; embarcaron los dos primeros con tres mil combatientes.

La historia cuenta que el rey Urién y la reina Herminia fueron por la isla visitando fortificaciones y ciudades, recibiendo grandes regalos y siendo acogidos con alegría. Los habitantes de las ciudades salían a su encuentro en grandes comitivas; los burgueses llevaban música de muchos instrumentos, y el rey se alegraba con su pueblo. Urién proveyó a sus fuertes de todas las cosas necesarias para la guerra, no cambió a ningún oficial; lo que estaba en buenas manos lo dejaba, y cuando veía que era necesario, ponía remedio según el consejo de sus nobles, ordenando a todos que actuaran con buen sentido y rectamente, tanto con los grandes como con los pequeños, sin favorecer ni perjudicar, de acuerdo con la justicia y la verdad; si actuaban de otro modo los castigaría tan cruelmente que todos los demás tomarían ejemplo. Luego, volvieron a Famagusta, y por aquel tiempo, la reina quedó encinta. Aquí deja la historia de hablar de ellos y se ocupa de Guyón y del Maestre de Rodas,

que bogaban por el mar, cerca de Siria y Damasco, de Beirut, Trípoli y Damietta, para ver si oían noticias de los sarracenos.

Ahora cuenta la historia que nuestros cristianos navegaron tanto por el mar que vieron aproximarse a lo lejos unos cuantos navíos, que a simple vista no podían ser muchos; enviaron una galera para saber qué gentes eran; al aproximarse vieron que eran sarracenos; los de la galera viraron en redondo, yendo hacia nuestra gente, que ya estaba en orden, y les contaron las noticias; en seguida despliegan las velas y se dirigen hacia ellos, hasta que la flota de los sarracenos los identificó; los paganos se asustaron mucho e intentaron protegerse en el puerto de Beirut, pero nuestras galeras fueron más rápidas y los alcanzaron por un flanco, con tiros de cañones y ballestas; cuando llegó toda nuestra flota, los rodearon: allí hubo una gran matanza y, en poco tiempo, los sarracenos fueron derrotados, sus navíos tomados, y ellos arrojados por la borda. Las naves estaban llenas de riqueza.

Después, nuestros nobles embarcan de nuevo para volver a Chipre, pero el viento y una pequeña tormenta los llevaron a Gorhigos, en Armenia. Cuando lo supo el rey de esta tierra, que era hermano del rey de Chipre, envió a ver quien era aquella gente; el Maestre de Rodas les contestó a los emisarios:

—Señores, decidle al rey que es el hermano de Urién de Lusignan, rey de Chipre, que viene de recorrer el mar para que los sarracenos no se armen contra los chipriotas en venganza del sultán que ha sido muerto y derrotado junto a todos sus hombres, en una gran batalla ante Famagusta.

—¿Cómo —preguntaron—, hay otro rey en Chipre que el hermano de nuestro rey?

—Sí —contestó el Maestre—, pues el rey fue herido por el sultán, con un venablo envenenado, de tal modo que murió; cuando aún vivía, casó a su hija con el valiente Urién de Lusignan, que mató al sultán en la gran batalla y derrotó a toda su gente.

Cuando éstos lo oyeron, se lo fueron a anunciar al rey de Armenia, que se afligió mucho por la muerte de su hermano; fue al mar con gran compañía de gente, y entró en el navío donde estaban Guyón de Lusignan y el Maestre. Y cuando Guyón se enteró de que llegaba, salió a su encuentro. Entonces, dijo el rey al gran prior de Rodas:

—Maestre, ya que este joven es hermano del marido de mi sobrina, sería descortés que no le hiciéramos el agasajo que le corresponde. Os pido que le roguéis que acceda a venir, y nosotros le daremos la mejor acogida que podamos.

—Con mucho gusto —dijo el Maestre.

Habló con Guyón y éste le respondió muy afable:

—Acepto de buen grado la invitación del rey, pues es justa.

Marchan todos juntos; Guyón lleva una hermosa comitiva de caballeros pictavinos, armados con cota de acero, y con los caballos bien enjaezados, como correspondía a gente de oficio de armas; entran en una pequeña embarcación y llegan a tierra, donde montan a caballo para ir a Gorhigos. Aquí deja la historia de hablar de

ellos y habla de Florida, hija del rey de Armenia, que por aquel entonces se encontraba en la ciudad con su padre.

Florida era la única hija que tenía el rey, se la había dado su mujer, que murió cuando la niña aún no había cumplido diez años. Tanto el rey de Armenia como su hermano, el rey de Chipre, se habían casado con dos hermanas, hijas de un rey de Mallorca, y ambos tuvieron sendas hijas; Urién desposó una, Herminia; de la otra, Florida, es de la que os he empezado a hablar. En Gorhigos se enteró la doncella de las noticias de los navíos y de la gente que eran, que habían ido con su padre a la ciudad.

La doncella se puso muy contenta, pues deseaba mucho ver a los extranjeros; se vistió y arregló muy ricamente, e hizo que sus damas y doncellas se engalanaran. Mientras, llegaron al castillo, descabalgaron y subieron a la sala. Florida, que estaba esperando su llegada, les salió al encuentro, comportándose humildemente ante su padre.

—Hija mía —dijo el rey—, festejad a esta noble gente, y dadles la bienvenida, especialmente al hermano del marido de vuestra prima de Chipre.

Cuando la muchacha lo oyó, se puso muy contenta; se dirigió hacia Guyón y, cogiéndolo por la mano, le dijo:

—Señor, sed bienvenido al reino de mi padre.

—Doncella, muchas gracias.

Así empezó la fiesta, en la que fueron servidos en abundancia. Los dos jóvenes se distraían con muchas palabras agradables, y si Guyón hubiera podido hacerlo le hubiera revelado su pensamiento.

Mientras ellos estaban en gran solaz, llegó al puerto una galera que venía de Rodas. Los tripulantes se alegraron mucho al encontrar allí a su gente.

—¿Dónde está vuestro Maestre? —preguntaron.

Les contestaron que estaba con el hermano del rey de Chipre y que habían sido invitados por el rey de Armenia.

—Vamos, deprisa —dijo uno—, id a decirle que ha pasado ante nuestra isla una gran flota sarracena; no sabemos a dónde han ido, pero llevaban viento para ir a Chipre; parece que es el califa de Bagdad con toda su fuerza.

Entonces, un caballero de la orden va al castillo y le dice al Maestre:

—Nos han llegado estas noticias, ¿qué hacemos?

Cuando el Maestre lo oye va a Guyón:

—Señor —le dice—, es hora de marchar, pues han llegado noticias y conviene que volvamos a Chipre.

—¿Por qué? —preguntó Guyón—. ¿Sabéis algo nuevo para que haya necesidad de marchar tan precipitadamente?

—Sí, el califa de Bagdad ha pasado por delante de la isla de Rodas, con una gran flota y muchos sarracenos, y va camino de Chipre.

Cuando Guyón oyó esta noticia, le dijo a la doncella, a la que tenía cogida por la

mano:

—Señora, perdonadme, pero es necesario que me vaya; soy vuestro vasallo para lo que me queráis ordenar.

—Buen señor —dijo la doncella—, muchas gracias.

Entonces, Guyón fue al rey y le pidió licencia para irse. Cuando el rey supo la noticia por la que marchaban tan precipitadamente, lo sintió y los acompañó hasta el puerto. Embarcaron y desplegaron las velas, y fueron lo más rápido posible a Chipre. Florida había subido a las ventanas de una alta torre y no marchó de allí hasta que los perdió de vista.

Cuenta ahora la historia que el califa de Bagdad y el rey Bradimón de Tarso, que era tío del sultán de Damasco, habían oído noticias de la muerte del sultán y de la derrota de su gente en la isla de Chipre; también se habían enterado de que el rey cristiano había muerto: entonces, reunieron a su gente y embarcaron unos nueve mil paganos para destruir la isla y a sus habitantes; como pensaban que los chipriotas no tenían rey, creían que no les costaría mucho. Querían llegar sin ser vistos, para llevar a cabo mejor sus intenciones, pero los de Rodas ya le habían avisado al rey Urién, que había reunido a toda su gente y los había dispuesto en orden de batalla, estableciendo guardias en los puertos, para que tan pronto los vieses llegar hiciesen señales de fuego, de forma que en menos de una noche lo podría saber todo el país, y así el que pudiera llevar armas se dirigiría hacia su puesto, bajo pena de horca. El rey tenía campamentos hasta en medio de los puertos de su reino, para poder estar más rápidamente en el lugar que desembarcaran los sarracenos, y animaba a sus gentes, de modo que se hubieran atrevido a combatir a cien mil paganos, siendo ellos diez mil de a pie y caballo.

Por la gracia de Dios se levantó una tempestad en el mar; la tormenta dispersó a los sarracenos, que en poco tiempo perdieron ocho navíos. Al día siguiente, alrededor de la hora de prima, el aire se volvió puro, el viento disminuyó y brilló el sol. La gran flota de los paganos se reunió dirigiéndose a Limasol.

En los navíos que se perdieron a causa de la tormenta iba toda la artillería de los sarracenos: cañones, venablos, escaleras de asalto y escudos; se dirigieron a Candelor y por ese camino volvían Guyón, el Maestre de Rodas y su gente, que eran unos cuatro mil. No tardaron en divisarse y, cuando los cristianos se dieron cuenta de que eran sarracenos, y los otros que eran cristianos, comenzó un gran alboroto por ambas partes; empezaron a disparar cañones y ballestas, se lanzaban dardos con tanta abundancia que parecía que estaba granizando. La batalla fue muy dura, pero ante el ímpetu de los nuestros los sarracenos no sabían hacia donde volverse, ya que los cristianos atacaban con gran valor; constantemente se podía oír a los sarracenos que invocaban a sus dioses, a pesar de lo cual fueron muertos y derrotados.

Cuando el emir vio la derrota de los paganos, escapó de la nave mayor y fue a una

pequeña galera de ocho remos, en la que entró junto con sus privados que eran unos veinte, huyendo a la ventura, a merced del viento, y se alejaron tan deprisa que los nuestros se quedaron admirados, y no quisieron seguirlos, sino que abordaron los navíos, entraron en ellos y arrojaron fuera a gran cantidad de sarracenos, quedándose con unos doscientos, de los que Guyón entregó cien al Maestre de Rodas para que los cambiara por algunos cristianos y por caballeros de la orden que habían sido apresados por los turcos en una batalla que hubo en alta mar contra el Gran Caramán; le dio también al Maestre dos de las naves conquistadas, que éste envió inmediatamente a Rodas, agradeciéndoselo de corazón. Guyón se quedó con los otros cien sarracenos y con las dos naves más ricas que había tomado, y se las entregó a un caballero de Rodas diciéndole:

—Llevad estas dos naves de mi parte y estos cien sarracenos a Gorhigos, y saludad al rey y a su hija; entregad a la doncella los navíos y la riqueza que en ellos hay, y a su padre los cien paganos.

El caballero cumplió las órdenes y contó en Armenia la destrucción de la flota enemiga gracias al valiente mando de Guyón.

—Sed bienvenido —dijo el rey—. Dadle las gracias al joven de Lusignan.

La doncella estaba tan contenta con las noticias, que nunca tuvo alegría semejante, pues amaba todo lo posible a Guyón. En agradecimiento, el rey y su hija dieron al caballero de la orden gran cantidad de ricas joyas; él se despidió y volvió a Rodas.

El rey de Armenia interrogó a los paganos sobre el lugar en el que iba a desembarcar la armada del califa de Bagdad y del rey Bradimón.

—En Chipre —le contestaron—, para vengar la muerte del sultán de Damasco y de toda su gente, a quienes mataron los chipriotas.

—Sois culpables —dijo el rey armenio— de desear ahora el mal a mi sobrino el rey Urién.

Entonces les hace colocar argollas y grilletes, y luego los echa al fondo de una fosa; a continuación manda vaciar todas las riquezas de los navíos y llevarlas a la fortaleza.

Ya es tiempo de que os hable de Guyón y del Maestre de Rodas, que habían preguntado a los sarracenos que tenían prisioneros dónde pensaba desembarcar el grueso de la flota, a lo que les respondieron que en Chipre. Se reunieron en consejo los nobles, ya que tenían muchos navíos y poca gente y decidieron que pondrían en las naves toda la artillería que les habían ganado a los sarracenos, y otras cosas necesarias; Guyón le regaló las naves sobrantes al Maestre que las envió a la isla de Rodas, repartiendo la riqueza con generosidad, pues no retuvo nada para sí. Luego, izaron las velas y marcharon rápidamente a Chipre.

La historia cuenta que el emir de Bagdad se preocupó mucho porque su nave se había

alejado de todas las demás. Erró por el mar sin rumbo fijo hasta que distinguió el puerto de Limasol en el que había grandes embarcaciones delante de la ciudad; al acercarse un poco más oyó tocar trompetas y disparar cañones con un estruendo horrible: pronto se dio cuenta de que eran el califa y el rey Bradimón de Tarso que atacaban con violencia para poder tomar tierra; pero en el puerto estaba el alcaide con buenos guerreros, ballesteros y servidores, que lo defendían con tanto valor que los sarracenos no conseguían avanzar. El califa y el rey Bradimón lamentaban la pérdida de la galera del emir y de las demás naves que se dispersaron durante la tormenta, y en las que iban la mayor parte de los ingenios de asalto. Entonces, llegó el emir, gritando:

—Califa, mal os va. Habéis perdido gran parte de vuestra flota y de vuestras armas; los cristianos nos han encontrado en alta mar y nos han vencido; debemos ser pocos los que hemos conseguido salvarnos, además de los que estamos aquí; en una palabra, se ha perdido todo.

—Ésas son malas noticias —dice el califa afligido—. Fortuna duerme para nosotros desde hace tiempo y vela para los cristianos; ahora quiere perdernos como perdió a nuestro primo el sultán con toda su gente, que murieron al ser derrotados en esta isla. ¡Arda con mal fuego!

—Señor —dijo el emir—, si vuestra gente ve que estáis asustado pronto serán vencidos. Creo que los del puerto no tienen ninguna intención de dejarnos desembarcar sin lucha, pues no parece que tengan mucho miedo; por ello, pienso que deberíamos adentrarnos en el mar, dejando que se enfríen; al despuntar el día, atracaremos en un pequeño puerto, no muy lejos de aquí, que se llama cabo de San Andrés; allí no tendremos quién se oponga a nuestro desembarco.

Y así lo hicieron.

Cuando los nuestros los vieron marchar, botaron una nave rápida, bien artillada, que los siguió, viendo, al atardecer, que anclaban cerca del puerto de San Andrés. Entonces, volvió a Limasol y contó las noticias. El alcaide hizo que la guardia encendiera fuego en un faro y que hiciera una señal intermitente hacia el mar; cuando el guardia más cercano la vio, hizo, a su vez, el fuego y la señal; y así lo hicieron de guardia en guardia, y rápidamente se supo en todo el reino. Cada cual se colocó en su puesto, se retiraron a las fortificaciones; otros, se pusieron en camino, a pie o a caballo, y se dirigieron al lugar donde estaba el rey Urién, que ya había enviado a sus espías para que se enteraran de dónde iban a desembarcar, y había ordenado que todos se mantuvieran en las fortalezas dejándoles desembarcar apaciblemente, pero que no se dejaran sorprender, no fueran a conquistar los sarracenos algún castillo; con la ayuda de Dios no avanzarían más de un pie en la orilla del mar.

Los sarracenos, que habían anclado en el mar, levaron anclas tan pronto como apareció el alba del día, llevaron la flota al puerto y desembarcaron. Los de la abadía,

en cuanto los vieron, enviaron recado a Limasol; el alcaide transmitió el mensaje al rey Urién, que se puso muy contento, y se preparó para la batalla. Mientras, el califa hace que lo desembarquen todo, y acampa a media legua del puerto, a orillas de un río de agua dulce que desembocaba en el mar, junto a un bosquecillo, en un lugar bueno para refrescarse; deja unos tres mil paganos guardando la flota.

Entretanto, Guyón, el Maestre de Rodas y su gente, llegaron a Limasol, con gran alegría para el alcaide, que les contó el desembarco de los sarracenos en el puerto del cabo de San Andrés.

—Iremos a visitarle —dijo Guyón—; hay que vencer a los sarracenos de forma que ninguno pueda volver a Siria o a Tarso.

Con estas palabras, se embarcan y navegan hasta que divisan el puerto del cabo y ven la flota extraordinariamente grande. Entonces, se ponen en orden y caen, como una tormenta, sobre las embarcaciones enemigas, con abundantes disparos y de forma tan horrible que en mala hora se defendían los sarracenos, pues el que podía saltar a tierra y correr hacia el campamento de su ejército, se daba por satisfecho. Toda la flota fue apresada, y todos los paganos que permanecieron allí fueron muertos. Enviaron gran cantidad de bienes a la abadía y sacaron todo lo que pudieron de los barcos. Después prendieron fuego y toda la flota ardió.

Los que pudieron escapar de los navíos fueron corriendo al ejército, dieron la alarma en voz alta, y explicaron cómo los cristianos habían asaltado las naves. El campamento se estremeció; algunos fueron al puerto, donde encontraron muertos a muchos de los suyos y vieron a otros escondidos entre los matorrales.

Cuando estuvieron seguros de que los nuestros se marchaban entraron mar adentro y rescataron seis naves del fuego; el califa tuvo gran dolor de corazón con la pérdida.

—¡Por Mahoma! —dijo al rey Bradimón de Tarso—, estos cristianos que han venido de Francia son fuertes y valerosos con las armas. Si duran mucho nos causarán grandes males.

—No me iré de este país hasta que todos estén destruidos —le contestó Bradimón.

—Ni yo tampoco —replicó el califa.

Entonces, embarcaron una buena guarnición en los seis navíos que habían quedado, y volvieron a su campamento.

El rey Urién se asentó en una hermosa pradera junto a un río, en el mismo lugar en el que fueron derrotados los soldados del sultán, al lado del puente. El rey había enviado espías para saber dónde acamparían los sarracenos; mientras, llegó el Maestre de Rodas que descabalgó ante la tienda de Urién, y lo saludó con mucho respeto; el rey, que se alegró al verlo llegar, le dio la bienvenida, preguntándole:

—¿Qué tal le va a Guyón, mi hermano?

—Mi señor —contestó el Maestre—, muy bien, es uno de los hombres más experimentados que he visto; se encomienda a vos tanto como puede.

—Eso me satisface —contestó el rey—, pero, decidme, ¿qué habéis hecho desde que os separasteis de nosotros?

El Maestre le cuenta, palabra por palabra, todas las aventuras que les habían sucedido, incluyendo la última con la flota del califa, al que habían derrotado en el cabo de San Andrés y cuyas naves habían quemado.

—¡Por Dios! —dijo el rey Urién—, habéis viajado valiente y felizmente; alabo a mi Creador. Y en cuanto a mi tío, el rey de Armenia, estoy muy contento de que le hayáis dejado con bien; ahora es necesario atender a otro asunto: cómo derrotar a los sarracenos. Yo y mi gente desalojaremos el campamento para aproximarnos a ellos, pues ya han estado demasiado tiempo en nuestro país sin tener noticias mías. Id vos a mi hermano y decídselo.

El Maestre se despide del rey y va rápidamente a Limasol; mientras, Urién hace que la hueste se ponga en marcha y se sitúe a una legua escasa del califa, sin que los sarracenos tengan noticias de ellos ni de su llegada. El Maestre informa a Guyón de que su hermano había levantado el campamento para ir a combatir a los enemigos; entonces hace tocar las trompetas y se ponen en movimiento, y van a acampar junto a un riachuelo que desembocaba en el mar; a orillas de aquel mismo río habían acampado los sarracenos, y no había entre ambos ejércitos más que una colina que tenía alrededor de una legua de base.

El rey Urién tenía muchas ganas de saber dónde acampaban los sarracenos, de conocer su fuerza y de tener información de otros aspectos; por eso llamó a un caballero chipriota que conocía muy bien el territorio, y le dijo:

—Armaos y montad el caballo más rápido que tengáis; cuando estéis dispuesto, venid a mi tienda completamente solo, no digáis nada a nadie. Me vais a acompañar.

Éste cumple inmediatamente la orden y vuelve al poco tiempo armado con todas las armas y montado en un rápido corcel; se encontró con que el rey ya estaba esperándole. Antes de ponerse en marcha, Urién dijo a muchos de sus privados:

—No os mováis de aquí hasta que tengáis noticias mías; si no vuelvo, haced lo que os ordene por medio de este caballero.

—Así lo haremos —le respondieron—, pero, por Dios, mirad por dónde vais.

—No tengáis miedo —contestó el rey.

Entonces, se marchan. Cuando estuvieron fuera del campamento, Urién le dijo al caballero:

—Llevadme por el camino más corto a un lugar desde el que pueda ver el puerto en el que han desembarcado los sarracenos.

El caballero lo conduce a una alta montaña, a una media legua, y le dice:

—Señor, mirad el puerto y, sobre él, la abadía.

—¿Cómo —exclamó el rey—, se me había informado que la flota sarracena había ardido, y veo aún dos navíos en el puerto? ¿De dónde pueden haber venido?

Mira hacia la izquierda y ve al fondo de un valle un ejército que se había instalado junto al río; por otra parte, a la derecha distingue la hueste de los sarracenos

que eran una gran muchedumbre.

—Mirad qué cantidad de sarracenos —le dijo Urién al caballero—; a éstos los conozco bien; pero a éstos de la izquierda, no. Esperadme aquí, voy a averiguar quiénes son.

—Id, y que Dios os acompañe —le responde el caballero.

Urién caminó hasta que llegó cerca del campamento; entonces se encontró a un caballero que estaba paseando, y al que conocía; llamándolo por su nombre, le dijo:

—¿Está mi hermano en este ejército?

Al oírle hablar, el caballero también lo conoció, y se arrodilló contestándole:

—Sí, mi señor.

—Entonces, id a decirle que venga a hablar conmigo a este lugar.

Vuelve al ejército e informa a Guyón, que inmediatamente monta a caballo con el Maestre de Rodas. El rey vuelve junto a su caballero y le dice:

—Amigo, todo va bien. Es mi hermano el que está acampado ahí abajo.

Mientras, Guyón y el Maestre llegaron y lo saludaron con gran alegría; el rey les muestra la hueste de los enemigos y ellos, al verla, exclaman sorprendidos:

—¡Por nuestra fe! No sabíamos que estaban tan cerca de nosotros.

—Ahora —dijo el rey—, ya no se os pueden escapar si no es mediante esos navíos que están en el puerto.

Cuando Guyón vio las naves se quedó perplejo.

—¿Cómo —dijo—, es que los malvados sarracenos han traído más naves? No hace más de tres días que se las quemamos todas.

Entonces dijo el Maestre de Rodas:

—Me imagino qué ha pasado; quizás algunos de los navíos que se dispersaron llegaron más tarde y por eso se han salvado.

—Puede que haya sido así —dijo el rey—; de todas formas, es conveniente vigilarlos, pues podríamos perder a los mejores de los nuestros y luego nos podrían perjudicar.

—¿Cómo? —dijo el Maestre de Rodas—. A cualquiera que os oyera le parecería que ya los habéis vencido incluyendo al califa y al rey Bradimón.

—Según os he oído decir —respondió Urién—, no hay que temer demasiado a esos dos; no será necesario movilizar a toda la gente que Dios nos ha enviado, pues mi hermano Guyón podrá derrotarlos y se deshará pronto de ellos.

—Señor —dijo Guyón—, os queréis reír una vez más de mí, pero alabo a Jesucristo por la fuerza que me ha dado, aunque no se puede comparar a la vuestra y que Dios os la conserve.

—Hermano mío, no quiero reírme de vos; pues ojalá hubiéramos acabado con estos dos; confío tanto en Dios como en vos, y así espero la ventura que Dios os quiera otorgar.

—Sin duda alguna, señor hermano —dijo Guyón—, si no hubiera más que dos, habría que esperar la ventura, pero es mejor dejar de hablar y mirar el modo de

destruir a nuestros enemigos.

—Habláis razonablemente —dijo el rey.

Entonces dijo a su caballero:

—Id a nuestra hueste y mandad que se armen, y que desalojen en silencio el campamento, ordenadamente; haced que vengan al pie de esta montaña.

El caballero se pone en marcha y cumple la orden del rey; los de la hueste obedecieron y fueron en orden al pie de la montaña. Entonces Urién le dijo a Guyón que mandase armar a su gente, que pasara el río y que se colocara entre la flota y los sarracenos, que se acercara al ejército para ver su número y las fuerzas que tenía, y comprobar así lo que fuera necesario, por si hacía falta disponer algo.

—Y vos, Maestre de Rodas, embarcad a vuestra gente y dirigios a la entrada del puerto, para que los sarracenos no puedan ir a sus navíos y para que no puedan escapar. Mientras, yo voy a ordenar a mi gente para combatir a los sarracenos.

Y así abandonaron la montaña e hicieron todo lo que el rey les había ordenado.

Urién fue a donde estaba su gente, y los puso en orden de batalla, con los arqueros y los ballesteros en las alas; llegaron a campo abierto y allí pudieron ver la hueste de los paganos. Avanzaron al paso, sin desorden, hasta que estuvieron a un tiro de arco de la hueste enemiga, antes de que los paganos se dieran cuenta; pero cuando se percataron, empezaron a gritar: «¡A las armas!». La hueste se armó inmediatamente; el rey envió entonces a toda prisa una fuerza de caballería de unos mil hombres contra los sarracenos, causándoles grandes daños, y los hostigaron para que no se pudieran organizar según su voluntad; pero a pesar de todo se colocaron lo mejor que pudieron. Nuestras gentes se enzarzaron con ellos; y allí hubo una gran matanza de sarracenos por los disparos. Entonces, llegó el rey con su cuerpo de ejército, y empezó una gran batalla. Urién se esforzaba en matar a sus enemigos, y hacía tantas proezas de armas que no hubo sarraceno tan atrevido que osara esperarle, sino que le huían como alondra a gavián. Cuando el califa de Bagdad se dio cuenta se lo mostró al rey Bradimón:

—¿Cómo? —dijo Bradimón—. Si nos asustamos por esto, los demás no nos apreciarán y nos temerán muy poco.

Entonces espolea con tanta fuerza que al caballo le saltó a borbotones la sangre de los ijares; en verdad éste era uno de los más fieros y poderosos sarracenos de su cuerpo. Se pone el escudo a la espalda y empuña la espada con las dos manos, y va a golpear a Urién con toda su fuerza sobre la punta del yelmo, que era muy resistente: la espada resbaló, y descendió hasta el cuello del caballo, cortándole los dos nervios principales de la cabeza; el animal se inclinó, pues no podía sostenerse, y Urién, al ver que su caballo iba a caerse, soltó la espada y se agarró al sarraceno, tirándolo al suelo; al caer le rompió los estribos y arrastró al rey Bradimón debajo de él. Allí podíais ver el gran esfuerzo, tanto de los chipriotas como de los sarracenos, para rescatar a sus respectivos señores; se produjo un fiero y horrible combate, y hubo gran cantidad de muertos y heridos. Entonces el rey Urién sacó un puñal que llevaba

colgado del cinto, a la derecha, y se lo clavó a Bradimón en la garganta, matándolo. Luego, se puso en pie y gritó: «¡Lusignan!».

Los pictavinos se precipitan a la lucha con tanta fuerza que los sarracenos pierden terreno; el rey Urién toma el caballo del rey Bradimón. Entonces acude el califa, que reanima la batalla, y vuelven a producirse muchas bajas en ambos bandos, pero los sarracenos quedaron muy mermados con la muerte del rey Bradimón y con la pérdida de su gente. En ese momento llegó Guyón de Lusignan, que se incorporó a la batalla con dos mil hombres frescos. La carga fue muy dura. El califa, que se sintió sorprendido, se alejó de la batalla con otros nueve, lo más disimuladamente posible, y fueron al mar. Ahí estaba el emir de Damasco que lo hizo entrar en la pequeña galera con la que había escapado, tal como os he dicho anteriormente, e hizo que marchara la flota que había quedado en el puerto. Aquí deja la historia de hablar de él y vuelve a la batalla.

En esta parte cuenta la historia que el combate fue muy cruel y hubo una gran matanza; cuando los sarracenos se dieron cuenta de que el rey Bradimón de Tarso estaba muerto y que el califa de Bagdad los había dejado en tal peligro, se acobardaron y empezaron a desanimarse, a perder terreno y a huir hacia el mar, pero no les sirvió de mucho, pues toda la flota se había marchado con el califa y el emir de Bagdad. ¿Para qué os voy a hacer una larga enumeración? Todos los paganos murieron y la mayoría perecieron ahogados en el mar. Nuestros nobles fueron al campamento de los paganos y hallaron numerosas riquezas.

Pero ahora la historia deja de hablar del rey Urién y habla del califa que marcha muy afligido por el mar, y jura a sus dioses que si puede llegar a salvo a Damasco causará muchos males a los chipriotas. Mientras, navegaba por el mar pensando que había escapado del peligro de caer en manos de los cristianos, pero «lo que se piensa en momentos de locura, se cumple tarde o temprano», pues el Maestre de Rodas estaba al acecho en alta mar, con su gente y sus galeras; cuando vio venir a los sarracenos, pensó que la batalla les había sido adversa y alabó a Jesucristo. Después gritó:

—¡Adelante señores, soldados de Cristo! ¿Han de escapar así nuestros enemigos? Si se van, será culpa nuestra.

¡Quién los viera entonces tomar posiciones, correr contra los sarracenos y tirar con los cañones y las ballestas! Era horrible de ver.

Cuando el emir de Damasco se dio cuenta de la desgracia que caía sobre ellos, izó las velas y avanzó, alejándose del alcance de nuestras naves, aunque intentaron llegar a él. La galera del emir se alejó tan rápidamente que pronto la perdieron de vista, y se dieron cuenta de que seguirla les podía perjudicar ya que no le dañan alcance. Entonces lo dejan y en poco tiempo toman los otros seis navíos, arrojan a los paganos al mar, y se llevan las embarcaciones con ellos al cabo de San Andrés. Luego, desembarcó el Maestre de Rodas con cien caballeros de su Orden y fue al campamento donde contó los sucesos al rey, asu hermano y a los nobles, y cómo

murieron los paganos, cómo fueron conducidos los navíos al puerto y cómo el califa y el emir de Bagdad habían escapado en una galera, lo cual molestó mucho al rey y a sus nobles; Urién repartió entre sus compañeros el botín que había conseguido, de modo que no retuvo nada para sí, excepto algunas tiendas y la artillería. Después se marchó de allí y licenció a gran parte de su gente, agradeciéndoles la ayuda. Todo el que se fue de allí marchó muy rico, diciendo que Urién era el rey más valiente de los que había por aquel entonces. Volvieron a Famagusta, donde los recibió la reina Herminia con gran alegría, y acogió a su marido, a Guyón, al Maestro de Rodas y a todos los nobles, y dio gracias a Nuestro Señor Jesucristo por la victoria que les había dado.

Ahora cuenta la historia que la reina estaba en avanzado estado de gestación, y que el rey había hecho anunciar una fiesta muy noble con la que quería festejar en paz y tranquilidad a los nobles del Poitou, y a todos sus amigos y extraños; ocho días antes de la fecha en que tenía que celebrarse la fiesta, empezó a llegar mucha gente a la ciudad, con gran alegría por parte de Urién, que hizo anunciar, bajo pena de perder el cuerpo y el haber, que nadie subiera los precios de ningún producto. Tres días antes de la fiesta, por la gracia del Espíritu Santo, la reina dio a luz un hijo muy bello, que fue bautizado con el nombre de Hervy, por el amor a su tío que tenía el mismo nombre; la fiesta fue muy grande y el rey hizo muchos regalos. Algunos nobles de Poitou se despidieron y recibieron ricos presentes; eran seis caballeros con todo su séquito que embarcaron al punto, con cartas de Urién para sus padres, Remondín y Melusina.

Ahora quiero dejar de hablar de estos que se van por el mar y os voy a hablar de la fiesta, que al poco tiempo fue turbada por la muerte del rey de Armenia, de la que llegaron noticias a la corte.

La historia cuenta que cuando la fiesta estaba en su mejor momento, llegaron dieciséis de los más altos nobles del reino de Armenia, vestidos de negro, y por su aspecto bien parecía gente muy afligida en su corazón. Cuando se presentaron ante el rey, lo saludaron con gran dulzura y él les dio la bienvenida y les atendió con respeto. Los nobles comenzaron a hablar, diciendo:

—Señor, el rey de Armenia, vuestro tío, ha muerto. Dios lo tenga en su gracia. Nos ha dejado una hermosa y buena doncella, que es su hija, y no tenía ningún otro heredero. Sabed, noble rey, que cuando aún gozaba de salud mandó hacer esta carta para que os la trajéramos, y nos dijo que os rogáramos, por Dios, que no le negarais lo que os pide en ella; sabemos que la petición es en provecho y honor vuestro.

—Buenos señores —dijo Urién—, si es algo que pueda hacer, lo haré con gusto.

Entonces tomó la carta, rompió el sello y la leyó. El contenido era éste:

«Muy querido y estimado sobrino, me encomiendo a vos y a mi sobrina tanto como puedo. Os escribo ahora para pedir os una cosa, y es la primera y última

petición que os voy a hacer, pues ciertamente, cuando escribo esta carta, me siento en tal estado que ya no me queda ninguna esperanza de vida. No tengo más herederos que una hija, a la que Guyón, vuestro hermano, ya conoce. Os suplico, pues, que le roguéis que la tome por esposa, y acepte el reino de Armenia. Si os parece que ella no es digna de este matrimonio, asignadle un noble que sepa gobernar el país y defenderlo de los enemigos de Nuestro Señor. Ahora poned remedio, pues, si os place, os nombro heredero de mi reino, pero, por Dios, tened piedad de mi pobre hija, huérfana, que quedará desprovista de todo consejo y consuelo si vos le falláis».

Cuando Urién oyó estas piadosas palabras, se afligió mucho por la muerte del rey, y tuvo mucha lástima en el corazón por el contenido de la carta. Entonces respondió a los armenios:

—Nobles señores, no os he de fallar en esta necesidad, pues, si mi hermano no estuviera de acuerdo, yo os daría todo el consuelo que pudiera.

—Señor —respondieron los armenios—, Jesucristo os lo agradezca y os otorgue una buena y larga vida.

Entonces el rey Urién llamó a Guyón, su hermano, que ya sabía la noticia de la muerte del rey y estaba muy apenado.

—Guyón, buen hermano —dijo el rey Urién—, os quiero hacer heredero del reino de Armenia y de la más bella doncella que hay en todo el país. Es Florida, mi prima, hija del rey de Armenia, que ha pasado a la otra vida. No rechazéis este ofrecimiento, pues no merece ser desechado.

—Buen hermano y señor mío —dijo Guyón—, os lo agradezco humildemente y lo recibo gustoso.

Entonces los armenios se alegraron lo más que pudieron, se arrodillaron delante de él y le besaron la mano, según la costumbre del país; la alegría fue aún más grande que antes. Mientras, el rey ordenó que se aparejara la flota en Limasol, y mandó que embarcaran abundantes riquezas; después ordenó a muchos altos nobles, tanto del Poitou como de Chipre, y al Maestre de Rodas, que acompañaran a Guyón a Armenia, que lo hicieran coronar rey y que tomara posesión del país y se le rindiera vasallaje. Y sabed que habrían marchado de inmediato, pero esperaron ocho días a que la reina se recuperara; a la semana ya se levantaba con gran alegría para todos; entonces hubo una gran fiesta durante la cual el rey hizo ricos regalos a los armenios.

Después de la fiesta Guyón se despidió de su hermana la reina, que se apenó mucho por su partida; Urién lo acompañó hasta Limasol y cuando iba a embarcar, se abrazaron los dos hermanos. Entonces izaron las velas, levaron anclas y entraron en el mar con muy noble compañía, dispuestos a combatir si aparecían los paganos, y navegaron hasta que divisaron Gorhigos, donde estaban muy deseosos de la llegada de los nobles del país.

En Gorhigos ya se conocían las noticias de la llegada de su señor, pues los que habían ido a Chipre a llevar las cartas enviaron orden para que los recibieran con todos los honores: los altos señores, las damas y las doncellas, acudieron a

testimoniarle su afecto.

Florida estaba en la torre mayor, donde lloraba la muerte de su padre, y temía que el rey Urién no le quisiera conceder a su hermano: este miedo acrecentaba más aún su dolor, pero una doncella fue hasta ella y le dijo:

—Doncella, se dice que los que han ido a Chipre llegarán de un momento a otro al puerto.

Entonces, Florida se puso muy contenta, fue a la ventana a mirar el mar y vio numerosas galeras y grandes navíos que arribaban al puerto, y oyó la música de trompetas y de instrumentos de diversos sonidos. Florida se alegró mucho.

Los nobles acudieron al puerto y dieron la bienvenida a toda la comitiva, recibieron a Guyón con grandes honores y lo acompañaron ante la doncella, que salió a su encuentro. Él, que ya la había visto en otra ocasión, fue a saludarla, diciéndole:

—Doncella mía, ¿cómo os ha ido desde que me marché de aquí?

—Señor, no me puede ir muy bien, pues mi señor padre ha abandonado este mundo. Jesucristo, por su santa gracia, le dé perdón a su alma; como pobre huérfana os agradezco los navíos que me enviasteis y la riqueza que había en ellos.

Entonces uno de los nobles de Armenia habló en voz alta:

—Señor —dijo—, hemos ido a buscaros para que seáis nuestro rey, por lo tanto es conveniente que os entreguemos todo lo que os tengamos que entregar. Ved aquí a nuestra doncella, dispuesta a cumplir lo que prometimos al rey, vuestro hermano.

—Por mi parte —dijo Guyón— no se ha de retrasar.

Entonces fueron prometidos, y al día siguiente se casaron con gran solemnidad; la fiesta fue grande y duró quince días, y antes de que finalizara todos los nobles rindieron homenaje al rey Guyón.

Se despidieron los pictavinos y los chipriotas y marcharon con el gran Maestre de Rodas y con los caballeros de su orden, que los condujeron a la isla y les hicieron una gran acogida. Al cabo de los cinco días los nobles se embarcaron, y en poco tiempo llegaron a Chipre, y le contaron al rey Urién cómo había sido el recibimiento que su hermano había tenido en Armenia y cómo había sido nombrado rey pacíficamente, por lo que Urién alabó a Jesucristo. Al poco tiempo se despidieron la mayoría de los nobles del Poitou, y el rey les dio valiosos regalos y cartas para su padre Remondín y para Melusina, su madre, en las que contaba su situación y la de su hermano. Los nobles se despidieron de él y fueron al mar, donde encontraron los navíos completamente listos, bien avituallados, con todo lo necesario; embarcaron y navegaron hacia alta mar; los pilotos tomaron el camino más recto hacia La Rochelle. Aquí deja la historia de hablar de Urién y de Guyón, y de los últimos que se marcharon, y habla de los que se habían vuelto antes.

Los nobles que fueron del Poitou, cuando se acababa de levantar Herminia, mujer de Urién, navegaron por el mar, hasta que avistaron el puerto de La Rochelle, al que

llegaron felizmente, gracias a Nuestro Señor; desembarcaron sus bienes en la ciudad, y descansaron durante tres días; luego, se pusieron en marcha y fueron a Lusignan, donde encontraron a Remondín, a Melusina y a sus hijos, que los recibieron con gran alegría. Los nobles les entregaron las cartas del rey Urién y de Guyón; después de oír su contenido, alabaron a Jesucristo, contentos, por el honor y la buena ventura que había otorgado a sus dos hijos; como agradecimiento a los que les habían llevado las misivas, les hicieron ricos regalos.

En aquel tiempo, Melusina fundó Nuestra Señora de Lusignan y numerosas abadías por la tierra del Poitou, a las que dio buenas rentas.

Se concertó entonces la boda de Eudes con la hija del conde de La Marche; y hubo una brillante fiesta en la pradera de Lusignan, durante la cual llegaron a La Rochelle los nobles que habían salido de Chipre los últimos; cuando supieron que había una fiesta, cabalgaron sin descansar, y llegaron a Lusignan tres días antes de que acabara. Saludaron a Remondín y Melusina y les presentaron las cartas, por las que supieron que Guyón era rey de Armenia, y conocieron las otras victorias que habían obtenido sobre los paganos. Alabaron a Nuestro Señor Jesucristo y recompensaron con generosidad a los mensajeros. La fiesta se reanudó y duró más de ocho días enteros, por las buenas nuevas.

La historia cuenta que Antonio y Reinaldo se pusieron muy contentos con las noticias que oyeron de sus hermanos, y del honor que habían conseguido en tan poco tiempo, pues habían conseguido sendos reinos. Entonces, se dijeron:

—Mi querido hermano, ya es hora de que vayamos a buscar aventuras por el mundo, pues si nos quedamos aquí no podremos alcanzar mucha fama ni mérito.

Entonces, fueron ante sus padres y les dijeron muy humildemente:

—Señor, y vos, señora, ya es hora de que vayamos en busca de aventuras para adquirir la orden de caballería, pues no es intención de ninguno de los dos tenerla, si no somos dignos de poseerla, como hicieron Urién y Guyón; y aunque no somos dignos de tenerla tan noblemente y en tan nobles lugares como ellos, esperamos obtenerla muy pronto, si Dios quiere.

Entonces respondió Melusina:

—Hijos míos, si vuestro padre lo aprueba, yo también.

—Señora —dijo Remondín—, haced vuestra voluntad, pues a mí me parece bien.

—Señor, es bueno que, a partir de ahora, empiecen a viajar para conocer el mundo y las tierras lejanas, y también para que sean conocidos y conozcan a los extranjeros. Yo los proveeré tan bien, con la ayuda de Dios, que tendrán con qué pagar sus gastos.

Los dos jóvenes se arrodillan ante sus padres, y les agradecen la alta bondad y honor que les habían prometido.

En esta parte cuenta la historia que en los territorios de Alemania, entre Austria y las

Ardenas, había una tierra muy noble, el condado de Luxemburgo, que ahora es ducado, y por tanto en toda la narración lo denominaré así. Por aquel tiempo, del que yo hablo, acababa de morir un príncipe muy valiente, Assellin, que fue señor del país sin dejar más herederos que una hija, que se llamaba Cristina: era una doncella muy hermosa y muy buena. En la tierra de Luxemburgo había muchos nobles y gran cantidad de caballeros y escuderos que le rindieron homenaje como legítima heredera de aquellas tierras.

Por aquel entonces reinaba en Alsacia un rey muy poderoso, que estaba viudo de hacía poco, y que no le había quedado de su mujer más que una hija, llamada Melida, y de cuyo parto murió; el rey hizo que la criaran con todos los honores que se merecía.

Algún tiempo después, el rey de Alsacia tuvo noticias de Luxemburgo, y supo que el señor había muerto, y no había dejado más que una hija, muy buena y tan bella que era muy admirada; la pidió por esposa, pero la doncella no aceptó, por lo cual el rey se irritó y juró por Dios que, si podía, la conseguiría como fuera.

Se dispuso, pues, a cumplir sus deseos y desafió a la condesa y a todos sus aliados. Cuando lo supieron en Luxemburgo, juraron que le demostrarían que se había equivocado con respecto a la doncella y a ellos. Hicieron reforzar las fortificaciones y guardar los pasos. Los nobles más poderosos, fueron al lado de su dama. Pero, a pesar de todo, no eran suficientemente fuertes para resistir al rey, que venía con gran fuerza y devastó al país, llegando a asediar a Luxemburgo con arrogancia. Hubo muchos combates y grandes pérdidas, tanto por un lado como por el otro.

Había entre los asediados un gentilhombre que había estado con el rey Urién en la conquista de Chipre y conocía sus victorias sobre los sarracenos, y que había vuelto a Lusignan con los primeros pictavinos, como ya habéis oído. Remondín y Melusina le habían tratado con generosidad, y había conocido a Reinaldo y a Antonio, que ya eran grandes, fuertes y de temible aspecto. Le pareció que debería ir a buscar a los hermanos de los que habían realizado tan grandes proezas; era hombre muy valiente con las armas.

El caballero se reunió con los nobles de Luxemburgo y les dijo:

—Señores, podéis comprobar que, a medida que pasa el tiempo, no podemos contrarrestar el poderío del rey de Alsacia, por lo que me parece que sería bueno intentar remediar la situación antes de que sea demasiado tarde, pues conviene cerrar el establo antes de perder el caballo.

—Es verdad —le respondieron—, pero no sabemos quién puede poner remedio, si no es Dios.

—No —dijo—, sin la gracia de Dios no se puede hacer mucho, pero, además, puede ayudar quien sepa y quien tenga valor.

—Así es —le contestaron—, si sabéis de algún capitán bueno, por el amor y la honra de nuestra doncella y por nuestro provecho, decidlo. Haréis bien y cumpliréis

con vuestro deber, pues estáis obligado a ello; Cristina es tan soberana y dama vuestra como nuestra.

El gentilhombre les cuenta entonces, de principio a fin, cómo Urién y Guyón habían marchado de Lusignan, y toda la historia de sus viajes y sus nobles conquistas, la condición de sus padres, la conducta de Reinaldo y de Antonio, y que estaba seguro de que, si les pedía socorro, éstos acudirían con gran poder.

—Por nuestra fe —dijeron los nobles—, habláis razonablemente. Llamaron a Cristina y le contaron el asunto.

—Buenos señores —les contestó—, os encomiendo mi tierra y la vuestra, haced lo que os parezca mejor para mi honra y para la vuestra; pero sabed que no aceptaré al rey de Alsacia como marido ni aunque me amenace con la muerte o con quitarme mis posesiones, no porque él valga más de lo que me corresponde, sino porque me quiere tener por la fuerza.

—No temáis —le respondieron—, pues no lo hará sin pasar por encima de nuestros cuerpos y sin acabar con nuestras vidas. —Muchas gracias.

Cristina se marcha entonces. Uno de los nobles vuelve a tomar la palabra, diciendo al gentilhombre:

—Vos, que nos habéis informado, decidnos qué hay que hacer. —Con mucho gusto os lo voy a decir. Si os parece bien, iré con dos de vosotros a Lusignan a ver si podemos encontrar algo que nos sea de provecho.

Le respondieron que aceptaban gustosos. Escogieron a continuación a dos de los más notables para que le acompañaran. Partieron a la hora del primer sueño, con su mesnada y con caballos de refresco; salieron por una poterna, atravesaron el campamento enemigo por uno de los extremos, sin que se dieran cuenta, y cabalgaron hasta el amanecer, alejándose ocho leguas de los alsacianos; después, trotaron tranquilos tanto tiempo como pudieron.

Mientras, en Lusignan la fiesta continuaba con gran alegría; en las justas y torneos que se celebraron, Reinaldo y Antonio sobresalieron muy por encima de los demás jóvenes, al decir de las damas y heraldos.

Melusina, por su parte, no dejaba de pensar en el futuro de sus dos hijos y había ordenado que les hicieran ricas y abundantes ropas, y buscó hombres nobles e inteligentes para que les aconsejaran de forma honrada.

En esto, llegaron los embajadores de Luxemburgo, que saludaron a Remondín, a Melusina y a toda la compañía; los acogieron con gran alegría en la corte, y el gozo aumentó casi de inmediato, cuando reconocieron al gentilhombre, que había estado en la conquista de Chipre con muchos de los que allí estaban. Antonio le preguntó, por lo bien que había oído hablar de él, si quería acompañarles a él y a su hermano Reinaldo a un viaje que tenían intención de emprender; si iba con ellos —le dijo— sería bien recompensado.

—Señores —les preguntó, a su vez— ¿a dónde vais a ir?

—A la ventura de Nuestro Señor —le contestó Antonio—, en busca de honra y de

méritos para ser caballeros.

—Yo os mostraré la aventura más bella y la más honorable que han visto en su vida jóvenes como vosotros; y la empresa es justa, además.

Cuando ambos lo oyeron, corrieron a rodearle, diciendo:

—Noble hombre, decidnos de qué se trata.

—Señores, con gusto os lo voy a decir, pues me gustaría que tomarais parte en ello para mantener el derecho, aumentar el bien y alentar a todos los que quieren tener el honor de seguir el buen camino. Señores, todos cuantos aman el honor y la orden de caballería deben ayudar a mantener en su derecho a las viudas, damas y huérfanos. Mis queridos señores, entre la Marca de Austria y las Ardenas hay un rico territorio, el ducado de Luxemburgo, que ha sido gobernado durante mucho tiempo, como dominio propio y heredado, por un hombre noble y muy valiente; hace poco, se ha ido de esta vida y no ha dejado más sucesor que una hermosa doncella a la que todos los nobles del país y todas las ciudades han rendido homenaje. Pero, queridos señores, el rey de Alsacia la ha pedido como esposa; ella no ha consentido porque él ya había estado casado; el rey se ha enfadado tanto que ha desafiado a la doncella y a su país, entrando por la fuerza, con la bandera desplegada, a sangre y fuego, sin causa y sin razón, los ha asediado en la ciudad y en el castillo de Luxemburgo, y ha jurado que no se irá sin tomarla.

Además, afirma que conseguirá a la doncella por la fuerza o por amor.

Mis queridos señores, creo que no hay en el mundo un viaje más honorable, ni más justo que éste; todos los que estiman el honor y la gentileza deben ir allí.

—Tenéis razón —dijo Antonio—; hablaré con mi señora y madre para saber la ayuda que ella y mi señor nos pueden prestar; con la ayuda de Dios iremos a socorrer a la doncella que el rey de Alsacia quiere tener por la fuerza, pues me parece que está mal aconsejado.

—Que así sea; pero si os place emprender el viaje, yo mismo y estos dos caballeros os acompañaremos y os ayudaremos en lo que podamos.

—Muchas gracias —le respondieron los dos hermanos—, iremos con la gracia de Dios.

Entonces van a su madre, y él vuelve al lado de sus compañeros, a los que les cuenta cómo le ha ido, y que sin ninguna dificultad tendrán los socorros y que acompañarán a los dos hermanos. Les cuenta cómo lo había planteado diciendo que sería una gran obra de caridad ayudar a la doncella, sin que los dos hermanos supieran que él tenía nada que ver con Cristina.

—Verdaderamente —dijeron los nobles—, lo habéis hecho con gran inteligencia. Que Dios sea loado.

Reinaldo y Antonio fueron a sus padres y les contaron este asunto, añadiendo que ellos querían ir a ayudar.

—Señora —dijo Remondín—, es justo; es un buen principio para las armas. Os ruego, señora, que les preparéis el equipo, y que sea tan rico que tengamos provecho

y honor por ello.

—Señor —dijo Melusina—, me esforzaré en cumplir vuestra voluntad cuando haya terminado esta fiesta, para que estéis contento.

Entonces hizo anunciar a toque de trompeta que todo aquel que quisiera ir con Antonio y Reinaldo de Lusignan, que se dirigiera el día acordado a esta ciudad, donde se les pagaría la soldada de un año. Y así lo difundió por todo el Poitou y por todas las marcas de alrededor. La fiesta finalizó con alegría y cada uno volvió a su lugar de origen.

En el día señalado por Melusina, se reunió en la pradera de Lusignan gran multitud de hombres, tanto del Poitou como de las regiones vecinas, y fueron contados hasta cuatro mil yelmos y mil quinientos arqueros y ballesteros. No había pajes, sino que todos eran grandes criados, armados con resistentes cotas y capelinas. Se alojaron en pabellones y tiendas ordenados de tal modo que era digno de alabanza. Melusina dispuso que les pagaran por un año.

Y mientras lo preparaba todo, los dos hermanos conversaban con el escudero y los nobles, preguntando por la situación de la doncella y de Luxemburgo. Les contestaban la verdad, muy contentos en su corazón por la rápida preparación de los socorros, pues ellos hubieran tardado medio año en conseguir algo parecido, por lo que alababan devotamente a Jesucristo y a su dulce y querida madre. Enviaron en secreto un mensaje anunciando a los nobles de Luxemburgo el auxilio que Dios les prestaba, por lo que se pusieron muy contentos y se lo dijeron a la doncella que se tranquilizó mucho, y alabó y dio gracias a su Creador. En cuanto la noticia se extendió por la ciudad, hubo una enorme alegría, tocaron las trompetas y otros instrumentos, e hicieron fuego por la villa mostrando alegría, como si ya hubieran obtenido la victoria, por lo que los de fuera se quedaron admirados y se lo anunciaron a su rey que se quedó pensativo. Entonces llegó un espía que le dijo:

—Señor, manteneos en guardia, pues los de la ciudad esperan recibir auxilio en breve.

—Por mi cabeza —exclamó el rey—, no sé ni puedo adivinar el lugar del que les puede llegar la ayuda; sigo estando seguro de vencerlos por fuerza o por hambre.

Así se quedó confiado el rey de Alsacia, aunque estaba algo preocupado.

Melusina, entretanto, hizo que Remondín armara caballeros a los dos jóvenes, y hubo un buen torneo en la pradera de Lusignan; al mismo tiempo recibieron la orden de caballería trescientos donceles, por amor a los dos hermanos: todos ellos recibieron ropa, caballo, arnés y riquezas en gran cantidad. Y se preparó todo para la marcha.

Melusina llamó a sus hijos para decirles:

—Hijos míos, os separáis de la compañía de vuestro padre y de mí, y posiblemente no os volveré a ver más; por tanto, os quiero enseñar e instruir por vuestro bien y provecho, pues os hará falta. Ante todo, amad, temed y servid a Dios,

vuestro Creador. Mantened los mandamientos de nuestra Santa Madre Iglesia, y todas las obligaciones y preceptos de nuestra fe católica. Sed humildes y dulces con los buenos. Tened respuestas agradables tanto para el grande como para el pequeño. Cumplid vuestra palabra cuando y donde sea. No prometáis nada que no podáis realizar según vuestras posibilidades. No llevéis charlatanes a vuestro lado, y no los creáis a la ligera, pues algunas veces son motivo de gran enfado. No creáis a los envidiosos, ni os querelléis con felones. No os juntéis con mujer de otro. Repartid lealmente con vuestros compañeros lo que Dios os dé. Sed dulces y amables con vuestros siervos, severos y crueles con vuestros enemigos, para que se sometan a vuestra obediencia, si hay que hacerlo por la fuerza. Si los sometéis con un tratado, que sea justo, pero no hagáis tratados que duren mucho tiempo, pues por esta razón algunos príncipes han sido derrotados. Guardaos de amenazar o de ser presuntuosos, pero llevad a cabo vuestras intenciones con el menor número posible de palabras. No humilléis a ninguno de vuestros enemigos por pequeño que sea, y estad siempre en guardia. No os comportéis entre vuestros compañeros como señor, sino como uno más; honradlos según su condición y dadles de lo vuestro en la medida que podáis y de acuerdo con lo que merezca la persona. Dadles a los buenos hombres de armas caballos, cotas de acero, hachas, yelmos de parada y dinero. Si veis a alguien que se os acerca mal vestido y mal montado, honradle humildemente y dadle ropas, caballo y arnés, según el valor de su persona, y según vuestras posibilidades en aquel momento. Hijos míos, ya no sé qué más deciros, excepto que mantengáis siempre la verdad en vuestros asuntos. Tomad, os doy a cada uno un anillo de oro, cuyas piedras tienen una misma virtud: que no seréis derrotados en batalla.

Entonces los besa a los dos amorosamente, como madre. Ellos se despidieron contentos de su padre, que se afligió con su marcha.

Hicieron tocar las trompetas y el ejército se puso en camino. La vanguardia desalojó el campo, seguida por toda la impedimenta y el grueso de las tropas; la retaguardia iba al final tan ordenada que era muy hermoso de ver. La hueste de la vanguardia llevaba a la cabeza a un caballero muy valiente de Poitou; los dos embajadores de Luxemburgo y los dos hermanos iban en el grueso del ejército; en la retaguardia formaban los dos caballeros pictavinos que llevaron a Urién y a Guyón a Chipre: Remondín y Melusina habían encomendado a estos dos el gobierno y la custodia de los muchachos.

La primera noche se alojaron al pie de una ciudad fortificada, al lado de un río pequeño; la villa se llamaba Mirabel, y la había fundado Melusina. Aquella noche, los hermanos ordenaron que se hiciera una buena guardia, como si estuvieran en tierra enemiga, por lo que muchos se sorprendieron, pero no osaron protestar, pues Antonio era tan severo que todos le temían.

Al día siguiente por la mañana, después de oír misa, los dos hermanos mandaron, bajo pena de perder el caballo, el arnés o ser expulsado de la compañía, que todos cabalgasen armados bajo las respectivas banderas en orden de combate; nadie se

atrevió a protestar, y así lo hicieron, aunque alguno se extrañó mucho. Así cabalgaron durante diez días, hasta que entraron en Champaña. La mayoría estaban cansados de llevar el arnés, pues les parecía que no hacía ninguna falta, y empezaron las murmuraciones aunque algunos caballeros todavía no se habían acostumbrado a las armas.

Se acercó entonces un caballero de la vanguardia a los dos hermanos y les dijo:

—Señores, muchos de vuestros hombres se consideran mal pagados porque les obligáis a llevar el arnés, cuando parece que no hay ninguna necesidad mientras no nos aproximemos a la tierra de vuestros enemigos.

—¿Cómo, señor caballero —preguntó Antonio—, no os parece que es mejor acostumbrarse con anticipación? Se conoce mejor lo que se practica que lo que se emprende por primera vez.

—A fe mía que sí, señor, le contestó el caballero.

—Pues más vale que aprendan el esfuerzo que cuesta soportar las armas con tiempo, ahora que lo pueden hacer cómodamente y refrescarse seguros, que soportarlas cuando no quede más remedio, entre los enemigos, con miedo y dureza; entonces se les doblarían las penas, pues el que no aprende el oficio de joven es difícil que llegue a dominarlo.

—Señor —dijo el caballero—, habláis valientemente y con toda la razón.

Entonces vuelve con los suyos y transmite las palabras de Antonio, de forma que se conocieron en toda la hueste; a partir de entonces se tuvieron por bien pagados y estaban seguros de que los muchachos adquirirían gran perfección en el bien y muy alto honor, si Dios les daba vida.

Aquella noche el ejército acampó al lado de un río que se llama Aisne; cuando llegó la hora del primer sueño, los dos hermanos mandaron tocar a las armas, con gran ruido. Hubo gran alboroto; todos se armaron completamente y se colocaron en orden de combate bajo las respectivas banderas; los dos hermanos estaban bajo la suya, delante de la tienda, muy bien acompañados de noble gente, con gran cantidad de antorchas y de teas encendidas que daban tal claridad que parecía de día. Todas las banderas se aproximaron a la suya en perfecta organización: esto era muy hermoso de ver, por el orden de la gente de armas y por los dos hermanos, que iban de un cuerpo del ejército a otro, y donde había que poner orden lo ponían. Los tres embajadores de Luxemburgo advirtieron bien su actitud y se dijeron:

—Estos muchachos son capaces de conquistar una gran parte del mundo. Ahora se puede decir con certeza que el rey de Alsacia pagará cara su loca empresa y el perjuicio que ha causado a nuestra doncella y a su país.

Así estuvieron largo tiempo, hasta que los exploradores examinaron todo y volvieron al campamento diciendo que no habían visto ni oído nada, por lo que todos se preguntaban admirados que quién podía haber hecho tal ruido. Al final, se supo que los dos hermanos habían ordenado hacerlo; entonces se acercaron los caballeros de la retaguardia y de la vanguardia para decirle a los dos hermanos:

—Señores, es gran simpleza por vuestra parte obligarnos a hacer todo esto por nada.

—¿Cómo —dijo Antonio—, cuando aprendéis algo nuevo no lo practicáis para saber si hay que enmendar algo?

—Sí, mi señor —le responde—, tenéis razón.

—Así —dijo Antonio—, yo tengo el derecho de ejercitar a mis compañeros para saber si estarán dispuestos cuando llegue la necesidad, pues ya nos acercamos a nuestros enemigos. Si hubiese habido alguna falta, la hubiéramos podido corregir con menos problemas que si nos hubiéramos encontrado en un momento de necesidad. Ahora ya saben bien lo que hay que hacer si se presenta la ocasión.

Cuando oyeron estas palabras, respondieron:

—Señor, tenéis razón.

Y se quedaron admirados por las dotes de mando y el buen sentido de los jóvenes. El día apareció, se cantó misa, tocaron las trompetas, y la vanguardia se puso en camino seguida por la impedimenta y los carros; caminaron durante unos días, hasta que una tarde llegaron a orillas de un río llamado Mosa, al pie del castillo de Dun; de allí hasta el sitio de Luxemburgo no había más de dos jornadas.

Entonces, fueron los embajadores a los dos hermanos y les dijeron:

—Señores, no hay más que doce leguas de aquí al asedio; sería bueno que hicierais que vuestra gente se refrescara en el río, pues el lugar y la pradera son agradables; será conveniente también ver cuáles son vuestros planes.

—Nuestra intención —respondió Antonio decidido— es la misma desde que marchamos de Lusignan; llamaremos al rey de Alsacia y si no acepta nuestras condiciones, tendrá batalla, y Dios dará la victoria a quien le plazca. Creo que nosotros llevamos la razón, y por tanto tenemos esperanza de que Dios nos ayude sin duda alguna; no obstante, le pediremos que explique sus motivos antes de combatir. Hay que ver, ahora, quién llevará el mensaje.

—Señor —dijo un caballero de la vanguardia—, si queréis lo llevaremos este gentilhombre, que conoce el camino y el país, y yo mismo.

—En nombre de Dios, estoy de acuerdo, pero no lo haréis hasta que no estemos a dos o tres leguas, para que, si hay batalla, no tardemos mucho, y si viene que nos encuentre pronto.

Así lo dejaron hasta la mañana siguiente después de misa. Entonces, la hueste levantó el campamento; pasaron el río por un puente junto a Dun, cabalgaron y al atardecer se detuvieron entre Verton y Luxemburgo. Al día siguiente por la mañana, Antonio envió al caballero de la vanguardia y al gentilhombre a que le dijeran al rey de Alsacia lo que oiremos más abajo. Cuando llegaron, los condujeron como mensajeros ante el rey, al que saludaron e hicieron la reverencia tal como debían hacer, y tomando la palabra el caballero le dijo:

—Señor, venimos de parte de Antonio y Reinaldo de Lusignan para mostraros la injuria y el ultraje que hacéis y habéis hecho a mi doncella de Luxemburgo, por lo

que os ordenan que le restituyáis sus posesiones y que enmendéis razonablemente la injuria y la villanía que habéis cometido contra ella, contra su gente y contra su país. Responedme qué pensáis hacer; luego os diré lo que me han encargado que os diga.

—¿Cómo, señor caballero —dijo el rey—, habéis venido aquí a condenarme? Poco podréis conquistar, pues ni por vos ni por vuestro señor dejaré mi empresa, y podéis condenarme todo lo que os plazca, pues eso me divierte. Además, creo que lo hacéis por presunción.

—Por mi cabeza, señor rey, si no hacéis lo que mis señores os ordenan, la presunción será mostrada con hierro y acero dentro de tres días.

—Señor caballero, podéis amenazar todo cuanto queráis, pues no me preocupan nada vuestras palabras; vuestros señores y vuestras amenazas no valen una brizna.

—Señor rey, os desafío en nombre de los donceles de Lusignan y de todos sus ayudantes.

—Bien —dijo el rey—, me guardaré mucho de posibles males y pérdidas.

—Por mi cabeza, os será necesario.

Entonces se van los mensajeros sin decir nada más. Cuando llegaron a las afueras del campamento alsaciano el gentilhombre se despidió del caballero y marchó a Luxemburgo, para contar la llegada de los dos hermanos; los guardianes de la puerta lo reconocieron, bajaron el puente y le franquearon el paso; luego, le pidieron noticias.

—Poned buena cara —dijo—, pues en poco tiempo tendréis el más noble auxilio que se ha visto. Al rey de Alsacia y a toda su gente no les espera otra cosa que la muerte o la prisión.

Comenzó entonces tal alegría en la ciudad que los del ejército enemigo se preguntaban admirados qué podía haber ocurrido de nuevo.

—Por mi cabeza —les dijo el rey—, se alegran por la esperanza que tienen en el socorro de los dos muchachos, en cuyo nombre nos ha desafiado el caballero. Creo que han debido oír las noticias y por eso tienen gran alegría.

—En nombre de Dios, señor —dijo un caballero anciano—, todo puede ser posible, y sería mejor estar en guardia, aunque sea un enemigo pequeño.

—No temáis —dijo el rey—, yo ya los conozco, y antes de que hayan podido llegar de Poitou habremos acabado parte de nuestra empresa.

Aquí os dejaré de hablar del rey y os hablaré del escudero que fue a Luxemburgo. Le cuenta la pura verdad a la doncella, que le pregunta reiteradamente por los hermanos y su condición; él le explica que Antonio tiene una garra de león en la mejilla; y le habla de su valentía y poder, y de su hermano Reinaldo, que no tenía más que un ojo; le describe la belleza de sus cuerpos y de sus miembros, y dice que es una pena que haya defectos en el cuerpo de tan nobles hombres; mientras tanto, Cristina escucha maravillada.

El caballero volvió al campamento de los dos hermanos —según cuenta la historia— y explicó cómo había llevado a cabo el mensaje, y la soberbia respuesta del rey, y cómo lo había desafiado de su parte; contó también que el escudero se había separado de él yendo a Luxemburgo a dar la noticia de su llegada. Cuando los hermanos lo oyeron hicieron saber a toda la hueste que los que no tuvieran deseos de entrar en batalla, que se separasen y que los autorizaban a regresar a su país; entonces, gritaron todos a la vez:

—Noble señor, que toquen las trompetas y poneos en camino, pues hemos venido con vosotros a buscar la aventura que Dios nos quisiera enviar. Atacad a vuestros enemigos que se verán derrotados por completo con la ayuda de Dios.

Cuando los hermanos oyeron la respuesta de su gente, se alegraron mucho, mandaron levantar el campamento y fueron a alojarse a menos de una legua del asedio, junto a un pequeño río, tan apretados que más no se podía; cenaron y luego fueron a reposar; se dio orden de que estuvieran preparados al alba, perfectamente dispuestos para entrar en combate; quedaron cien ballesteros y doscientos hombres de armas custodiando el campamento. Al amanecer, la hueste se puso en marcha con banderas y pendones al viento: allí podíais ver la flor de la caballería; gente noble, cascos brillantes, arneses ruidosos. Cabalgaban tan juntos que entre uno y otro no pasaba el ancho de un dedo. Antonio y Reinaldo iban en primera línea, sobre fuertes caballos, armados con todas las piezas. Así llegaron, cuando el sol estaba alto, a la cima de una colina y contemplaron en el valle la ciudad y el castillo de Luxemburgo, y el estrecho asedio que había a su alrededor. Los de fuera aún no se habían dado cuenta de la llegada de la hueste de los dos hermanos, y estaban completamente confiados. Entonces, Antonio envió a cuatrocientos combatientes para que hostigaran al ejército del enemigo; él iba después en perfecto orden de batalla, poco a poco; colocó en las alas a los arqueros y ballesteros, en el sitio adecuado.

Los cuatrocientos combatientes entraron en el campamento enemigo corriendo con los caballos y gritando: «¡Lusignan!»; mataban y derribaban a todos los que encontraban en su camino hacia la tienda del rey; huyen ante ellos; pero los imaginarias, que aún no se habían desarmado y se mantenían delante de la tienda del rey, cuando oyeron los gritos se dirigieron hacia allí: hubo una gran lucha y cuantiosas pérdidas para los asediados. El rey se armó rápidamente y se puso bajo su bandera ante la tienda, y en poco tiempo se armó el resto del ejército, acudiendo a la bandera del rey.

—Buenos señores —preguntó el rey—, ¿qué es este ruido?

—Son combatientes —contestó un caballero— que han caído sobre vuestra hueste al grito de «¡Lusignan!»; y os han causado grandes pérdidas; si no hubiese sido por los centinelas nocturnos y Tos imaginarias, el daño sería mayor, pero éstos han combatido con fuerza y valor ante vuestra tienda, rechazando a los atacantes.

—Por mi cabeza —exclamó el rey—, estos muchachos que me han desafiado no pierden el tiempo. No han esperado mucho para causarme desgracias, pero pienso

vengarme.

En esto, llegó Antonio con su batallón, y mandó que las trompetas sonaran claramente. Cuando el rey lo oyó se metió en medio de sus hombres que se habían ordenado en círculo alrededor del campamento. Los ejércitos se aproximaron; arqueros y ballesteros comenzaron a disparar, produciendo gran cantidad de muertos y de heridos entre los alsacianos. Entonces, chocaron los ejércitos en fiero combate. Antonio picó con las espuelas a su caballo con la lanza bajada golpeó a un caballero con tanta fuerza que ni el escudo ni la cota de mallas pudieron impedir que cayera muerto al suelo. Luego, desenvaina la espada y golpea a diestro y siniestro, dando grandes tajos y mandobles. Y en poco tiempo fue tan conocido en el campo de batalla que el más valiente no se atrevía a esperarlo.

Mientras, llegó Reinaldo gritando «¡Lusignan!», y realizaba tantas proezas con las armas que todos sus enemigos lo temían. Valientemente se atacan por ambas partes: la batalla se mantuvo muy equilibrada, fue horrible, pero la mayoría de las veces la peor parte tocaba al rey de Alsacia y su gente que a pesar de los esfuerzos no consiguieron vencer a los pictavinos que eran fuertes, valientes y fieros como el león, y sus dos señores eran tan poderosos que nadie se atrevía a presentarles batalla. A medida que pasaba el tiempo, el rey se iba dando cuenta de que no podía resistir el ataque, y a pesar de todo grita en voz alta:

—¡Alsacia!, adelante, nobles señores, no os atemoriceis, el día está con vosotros. Ataquémosles manteniéndonos unidos; pronto los veréis derrotados, si podemos contenerlos un poco.

Se reagruparon en torno y se dispusieron a hacer una nueva embestida contra los pictavinos. Allí hubo muchos muertos con gran dolor. La mañana era bella y clara, y el sol brillaba sobre los yelmos y hacía resplandecer el oro, la plata y el azur, y los colores de las banderas y pendones. Los caballos relinchaban, muchos iban por el campo sin dueño arrastrando las riendas. El ruido era ensordecedor por los mandobles de las espadas y de las hachas, por los golpes y por los gritos de los derribados y de los heridos, y por el sonido de las trompetas.

Cuando los de la ciudad oyeron el estruendo, corrieron a las armas ocupando cada uno su puesto de guardia, pues temían que hubiese habido traición. El escudero que había anunciado la llegada de los socorros estaba en la torre principal con la doncella y sus servidores; al oír el ruido, sacó la cabeza por una ventana y vio la cruel batalla; sin dificultad pudo distinguir a Antonio y a Reinaldo, que combatían contra el rey y su gente. Entonces grita en voz alta:

—Doncella, venid a ver la flor de la caballería, la proeza y el valor; venid a ver la honra en su asiento natural y en su alta majestad; venid a ver al dios de las armas en su propia imagen.

—Amigo —le dice la doncella—, ¿de qué me habláis?

—Mirad —dijo el escudero—, mirad la flor de la nobleza y de la cortesía, que ha venido de un lejano país a combatir para guardar vuestro honor, vuestra tierra y

vuestra gente. Éstos son los dos muchachos de Lusignan que han venido a socorreros y protegeros frente al rey de Alsacia, y que arriesgan su honor y su vida por vos.

Entonces, va la doncella a la ventana, contempla el encarnizado combate y dice:

—Dios verdadero, ¿por qué este dolor? Mejor hubiera sido que me hubiera ahogado o que hubiera muerto de forma cruel, o que hubiese nacido muerta antes de que tantas nobles criaturas perecieran y murieran por mi pecado.

La doncella se afligió mucho en su corazón por las grandes calamidades que se sucedían en la lucha. La matanza fue abundante por ambas partes, pues el rey de Alsacia animaba a su gente, que se enardecía produciendo mucho daño a los pictavinos cuando atacaban. Antonio se da cuenta y ello le place muy poco.

—Señor rey —dijo—, vuestra vida será corta, o si no la mía, con lo que la guerra se acabará. Prefiero morir a sufrir el martirio de mi gente.

Entonces, espolea al caballo y se dirige contra el rey con la espada en la mano, golpeándole sobre el yelmo de tal modo y con tanta fuerza, que hace que se incline sobre el cuello del caballo, tan aturdido que no sabe si es de noche o de día, sin poder sujetarse ni mantenerse. Antonio envaina la espada, lo agarra por el cuerpo y lo tira del caballo al suelo con tanta violencia que por poco no le reventó el corazón o el vientre. Luego, lo entrega a cuatro caballeros, encargándoles su protección bajo pena de muerte. Lo levantan y lo llevan fuera del campo de batalla bajo un árbol; llaman a veinticinco hombres para que les ayuden a custodiarlo.

Antonio entra de nuevo en el combate gritando:

—¡Lusignan!, adelante, nobles, golpead, el día es nuestro, gracias a Dios. He hecho prisionero al rey que tanto ha ofendido a la doncella.

Allí se podía ver una dura batalla. Los dos hermanos realizaron tantas hazañas que cualquiera que los viera diría que nunca había visto nada semejante. Cuando los de Alsacia supieron que su rey había sido hecho prisionero no se defendieron más y salieron huyendo, pero fueron todos muertos o apresados; los pictavinos ganaron un rico botín y se alejaron en los pabellones de los enemigos.

El rey fue conducido a la tienda de Antonio, que antes era la suya, y no pudo por menos que decirle:

—A fe mía, joven, es cierto el refrán que afirma que Dios trabaja en poco tiempo. Esta mañana no hubiese dado nada por vos.

—Señor rey —le contestó Antonio—, por vuestra necedad y vuestro pecado habéis declarado la guerra a la doncella, sin motivo, y la queríais tener por la fuerza; sabed que vais a ser pagado con la misma moneda, pues os entregaré a la voluntad de aquella que vos queríais forzar.

Cuando el rey lo oyó, se sintió muy desgraciado y le respondió muy tristemente:

—Ya que me ha sucedido tal infortunio, prefiero morir a seguir viviendo.

—De ningún modo —dijo Antonio—, no vais a morir sino que os entregaré a

merced de la doncella, sin dudarle.

Entonces, llama a los dos caballeros que habían ido en embajada a Lusignan con el gentilhombre, y a doce caballeros más de Poitou y les dice:

—Llevad de mi parte a este rey a la ciudad de Luxemburgo, presentádselo a la doncella, y decidle que le envió a su enemigo para que haga con él lo que mejor le parezca.

Se van con el rey a la ciudad, donde son muy bien recibidos, pues ya sabían lo ocurrido y conocían la victoria.

—Doncella —dijeron los mensajeros—, los dos jóvenes de Lusignan se encomiendan a vos y os envían prisionero al rey, vuestro enemigo, para que hagáis con él vuestra voluntad.

—Buenos señores —respondió—, esto es una gran recompensa, pero yo no soy capaz de darle su merecido, que Dios lo castigue por su Santa Gracia; os ruego que les digáis a mis dos señores que acepten venir a alojarse aquí y que traigan a tanta nobleza como les plazca. Inmediatamente haremos enterrar a los muertos y quemar a los caballos sin vida; mis consejeros intentarán satisfacerles en sus gastos del mejor modo posible. Y vos, señor rey, jurad por vuestra lealtad que no marcharéis de aquí sin el permiso de los nobles donceles que os han enviado; yo actuaría villanamente si os encerrara en prisión, no por vuestro honor, sino por el honor de los que os han enviado aquí.

Cuando el rey oyó estas palabras, respondió avergonzado:

—Señora, os lo juro por mi fe, ponedme donde queráis, no me iré sin vuestro permiso o sin la autorización de los donceles, pues he visto tanto honor, valentía y esfuerzo en ellos, que deseo mucho estar a bien con sus personas; no podría ser mejor para mí, aunque me hayan matado a tanta gente, pues la riqueza no me preocupa.

Entonces la doncella hizo que lo llevaran a una habitación muy rica, con damas, doncellas, caballeros y escuderos, para hacerle olvidar su derrota y su melancolía.

Los mensajeros vuelven a las tiendas y cuentan la invitación de la doncella a los dos jóvenes, que aceptaron ir, dejando al mariscal al mando de la hueste hasta que volvieran y encargándole que enterraran a los muertos y limpiaran el lugar de la batalla. Entretanto, llegaron unos cien gentilhombres y nobles de Luxemburgo que saludaron a los hermanos, rogándoles de parte de la doncella, que fueran a alojarse a la ciudad; les respondieron que lo harían gustosamente, montaron a caballo con doscientos jinetes bien ataviados y se dirigieron a la ciudad. Antonio iba en un alto corcel gris, con túnica de terciopelo carmesí, bordada con perlas y rica pedrería, con la espada ceñida al costado, con un sombrero de perlas en la cabeza, y un gran bastón en la mano; su hermano iba a su lado vestido de forma semejante. Cuando los nobles los vieron se quedaron sorprendidos por su fiero porte, su grandiosidad y su presencia, y decían que no había ningún hombre con quien se pudiera comparar su aspecto, pero más aún se admiraban por la garra de león que veían en la mejilla de Antonio, y se decían que si no fuese por esto no habría hombre más bello en el

mundo; a la vez, se compadecían de Reinaldo porque no tenía más que un ojo, pues era tan bello que nadie sabía qué destacaba más, la armonía de su cuerpo o la de sus miembros.

Delante de los dos hermanos entraron en la ciudad gran cantidad de heraldos y ministriles tocando las trompetas; los burgueses habían hecho engalanar todas las calles hasta el castillo con ricas telas, y estaban en las ventanas noblemente vestidos.

Al llegar a Luxemburgo, los dos hermanos fueron objeto de todas las miradas:

—Dios —decía uno a otro—, ved la fiereza de estos dos hombres, son dignos de ser temidos. No es inteligente el que discute o pelea con ellos.

Así, van hacia la torre mayor. Las damas y las doncellas los miran desde las ventanas de las habitaciones superiores, y dicen que nunca antes habían visto dos jóvenes de condición más noble. Entretanto, llegaron al castillo y descabalgaron ante la sala. Cristina, acompañada de damas y de doncellas, de caballeros y de escuderos, les salió al encuentro al pie de la escalera, les hizo los honores y los recibió con humildad; los tomó a ambos por la mano, colocándose en medio y de este modo subieron a la gran sala que estaba alfombrada con rica tapicería, según la costumbre del país en aquel tiempo. De la sala pasaron a una rica habitación, en la que la doncella comenzó a hablarles diciendo:

—Mis queridos señores, os agradezco tanto como puedo, el noble y rico socorro que me habéis prestado; en verdad, no tengo nada suficientemente valioso para poder pagarlo, pero haré todo lo posible para empeñar mi tierra por diez años. Queridos señores, gracias también porque me habéis enviado, por vuestra gracia y generosidad al rey de Alsacia, mi enemigo; habéis de saber que no soy yo quien debe ni quiere castigarlo o retenerlo prisionero, sino que os pertenece; haced con él lo que os parezca, ya que habéis realizado el esfuerzo y pasado el peligro de apresarlo; es justo que os lo entregue: os lo agradezco humildemente, y os lo devuelvo para que lo tengáis. Ahora está en vuestra mano su vida o su muerte, lo que os plazca, pues no quiero pasar por encima de vosotros.

—Doncella —le contesta Antonio—, ya que vos lo queréis, ordenaremos que hagan con él algo que vaya en honor vuestro y en vituperio suyo; no lo dudéis. Sabed que ni yo, ni mi hermano hemos venido a auxiliaros como mercenarios por dinero, sino para ayudar y sostener la razón, tal como deben hacer todos los caballeros con las viudas, los huérfanos y las doncellas, defendiendo su derecho. Se nos informó que el rey os había declarado la guerra injustamente y por ello vinimos; no temáis, pues de vuestro haber no queremos un dinero, sólo deseamos vuestro buen amor sin villanía.

Cuando la doncella oyó estas palabras quedó admirada por el honor que le hacían los hermanos; no obstante, respondió:

—Buenos señores, no sería justo; al menos, dejad que pague a vuestra gente, que os han acompañado por un sueldo.

—Doncella —dijo Antonio—, dejadlo estar, pues mis padres les pagaron un año

completo antes de que saliéramos de nuestro país, y no hace aún un mes de esto. Y, por otra parte, tenemos dinero suficiente. No gastéis más palabras, pues, en verdad, doncella mía, no se puede hacer otra cosa.

Ella se lo agradeció humildemente. Entonces, llegó uno de los criados principales de la casa, se arrodilló ante la doncella y le dijo:

—Doncella, ya está todo dispuesto; cuando queráis, podéis lavaros.

—Cuando quieran mis señores que están aquí.

—Estamos listos. Cuando os plazca —respondió Antonio.

Se cogieron de la mano y fueron a lavarse. Antonio mandó que trajeran al rey de Alsacia e hizo que se sentara el primero. Luego, tomaron asiento la doncella y Reinaldo, y, a continuación, se sentaron cuatro altos nobles del país; todos los demás se fueron acomodando en la sala según su categoría. No hace falta que os diga que los platos fueron servidos con tanta abundancia y variedad que no faltó nada. Cuando terminaron, volvieron a lavarse y se levantaron las mesas.

Entonces, el rey de Alsacia tomó la palabra y dijo:

—Señores donceles, escuchadme. Dios ha querido que la fortuna me haya puesto en esta situación, y que por vuestro gran valor haya sido derrotado y hecho prisionero. Verdaderamente, no me siento humillado, ni mucho menos, sea cual sea el castigo que deba sufrir, pues hay en vos tanto bien, honor, valentía y esfuerzo, que al veros nada se os puede reprochar. Ahora quiero que sepáis que teniéndome prisionero no vais a ganar mucho, por lo que os ruego humildemente que pongáis alguna condición razonable para que yo no sea privado de mis dominios y os suplico además que tengáis piedad de mí al juzgar mi loca empresa, pues reconozco que tengo bien merecido ser castigado con severidad.

—Por mi cabeza —dijo Antonio—, señor rey, os tendríamos que castigar, pues debéis enmendar la injuria que habéis cometido a esta doncella; pero ya que reconocéis la verdad, tendréis una penitencia más llevadera. Quiero que sepáis que ni mi hermano ni yo hemos venido de nuestro país confiando en ganar dinero de vos ni de otro, sino con el deseo y con la esperanza de adquirir honor y buen nombre, sin avaricia. En cuanto a esto, nosotros dos os dejamos libre mientras os comprometáis en restituirle a la doncella todos los daños, tanto por robos como por pillaje de bienes, de animales o de cualquier otra cosa, bajo la vigilancia de nobles dignos de crédito, que serán elegidos para ello; vos liberaréis rehenes y juraréis por vuestra fe, sobre los Santos Evangelios y sobre vuestro sello, que cumpliréis lo anteriormente dicho. Y, además, os comprometeréis a no volver a hacer daño, ni a permitirlo, a mi doncella y la auxiliaréis, a ella, a su país y a todos sus servidores, contra todos los que pretendan perjudicarles o injuriarles. Si no queréis cumplir con todo esto, os enviaré a un lugar del que no saldréis en toda vuestra vida.

Cuando el rey oyó estas palabras respondió sinceramente:

—Señor, acepto vuestra proposición si la doncella está de acuerdo.

—A fe mía que sí, ya que les place a mis donceles.

Entonces, Antonio volvió a hablar diciendo:

—Señor rey, aún no he dicho todo lo que quiero que hagáis. Es necesario que fundéis un priorato con quince monjes y un prior en el lugar que dispongan mi doncella y su consejo, para rogar por el alma de los que han muerto, de vuestro país, de éste y del nuestro; tendréis que hacer cartas válidas para esta fundación.

—Estoy de acuerdo —respondió el rey.

Entonces, juró por su fe y sobre los Santos Evangelios todo lo dicho anteriormente, y libró buenos rehenes; hicieron cartas, que sellaron con su sello y con el de todos los nobles del país.

—Os deajo libres y sin ningún cargo —dijo entonces Antonio—, a vos y a todos los prisioneros que tenemos, y os devolvemos vuestras tiendas y vuestros pabellones, pero no os puedo entregar el botín que se ha repartido entre nuestros hombres.

Hizo que pusieran en libertad a cuatro mil prisioneros, todos ellos nobles. ¿Para qué os voy a alargar más el cuento? Hubo una fiesta en la ciudad y en el castillo, durante la cual el rey convocó a los nobles de Luxemburgo en consejo y les dijo:

—Buenos señores, hay que templar el hierro mientras está caliente; aunque me he portado mal con vos y con vuestra doncella, ahora deseo su provecho, su honor y el vuestro. Señores, Dios os ha enviado una buena oportunidad si la sabéis emplear bien.

—Señor rey —le respondieron—, ya que habéis hablado hasta ahora, continuad.

—Con mucho gusto —respondió el rey—. Es necesario que hagáis todo lo posible para que Antonio de Lusignan se case con vuestra doncella, y se convierta así en vuestro señor; entonces, podréis decir con toda seguridad, que no tendréis vecino que se atreva a tomar un pollo de vuestro país sin vuestro permiso.

—Señor rey —le respondieron—, si Antonio se quisiera casar con ella estaríamos muy contentos.

—Pues ahora dejadme que lo convenga —dijo el rey—: si Dios quiere, lo conseguiré. Esperadme un poco aquí, que voy a ir a hablar con él.

Entonces, fue a Antonio y le dijo:

—Señor, los nobles de este país os ruegan que traigáis a vuestro hermano y a vuestro consejo a esta sala, pues tienen grandes deseos de hablar con vos, para provecho y en honor vuestro.

—Lo haré con gusto —dijo Antonio.

Llama a todos los suyos y entran en la habitación; los nobles de Luxemburgo se inclinan ante los dos hermanos y les hacen una gran reverencia. El rey de Alsacia toma la palabra y dice:

—Buenos señores, estos nobles donceles han venido aquí a petición vuestra. Decidles, pues, por qué habéis enviado a buscarlos.

—Señor rey, os rogamos que lo digáis vos —le dijeron—, pues lo sabéis hacer mejor que ninguno de nosotros.

—Por mi cabeza —contestó el rey—, con mucho gusto.

—Antonio, franco y noble caballero —empezó el rey—, los nobles de Luxemburgo han visto el gran honor que les habéis hecho a su dama, a su país y a ellos mismos, y han considerado que no deseáis tener nada suyo, por lo tanto, os suplican que aceptéis concederles el don que os van a pedir, que no os producirá ningún tipo de dispendio.

—Señores —dijo Antonio—, si lo puedo hacer con honra, os lo concedo.

—No buscan más que vuestro provecho y vuestro honor, dijo el rey.

—¿Qué es?

—Os quieren entregar el ducado de Luxemburgo con su dama; es uno de los territorios más bellos de esta parte, no lo rehuséis.

Cuando Antonio lo oyó, lo pensó mucho, y al cabo de un rato respondió:

—Señores, no vine a estas tierras pensando en tal asunto, pero ya que os lo he otorgado, no me volveré atrás. Ahora, id por la doncella, y si ella acepta, yo también.

Entonces, cuatro altos nobles fueron a buscar a la doncella, que mientras volvían, le explicaron todo, por lo que se alegró mucho, aunque no lo exteriorizaba. Cuando llegó a la sala, se inclinó ante Antonio y los demás y, mirando al joven, enrojeció más que una rosa. Los nobles le dieron la bienvenida y le volvieron a explicar el asunto. Cuando la doncella lo oyó, contestó:

—Buenos señores, en primer lugar, doy las gracias a Dios y, a vosotros después, por el honor que me hacéis, pues una pobre huérfana como yo no merece ser asignada a tan alto señor como es Antonio, flor de la caballería y de la nobleza de toda la cristiandad. Y por otra parte, sé y reconozco que vosotros, que sois vasallos míos y que conocéis mejor que yo misma mis necesidades, no me aconsejaríais algo que no fuera en provecho mío, por lo cual no os quiero contradecir, sino que estoy dispuesta a obedeceros en todo.

—Por Dios, doncella, decís bien.

Fueron prometidos con gran alegría y al día siguiente se casaron. Muchos se pusieron muy contentos con la noticia.

El duque Antonio por la noche se acostó con su mujer, engendraron un heredero muy valiente, que luego realizó grand proezas, que se llamó Beltrán. Finalizada la fiesta, al cabo de quince días, los duques despidieron generosamente a sus invitados. Antonio tomó homenaje a sus vasallos y a sus nobles, y dio permiso al rey de Alsacia para que se marchara a sus tierras con sus hombres; en Luxemburgo quedó una pequeña mesnada para cumplir lo acordado en el tratado de paz. Antonio recorrió con su hermano y con el rey Luxemburgo, y al regreso, su esposa, Cristina, y los nobles le aconsejaron que pusiera sobre sus armas la figura de un león de gules por el ducado. Llevaban dos meses en aquella tierra, cuando llegó un mensajero procedente de Bohemia, con una misiva del rey Federico, que era hermano del rey de Alsacia, en la que decía que los sarracenos lo tenían asediado en la ciudad de Praga.

Como el rey Federico no tenía bastantes fuerzas, tuvo que refugiarse en Praga con sus nobles y con Aiglantina, su única hija y heredera; fue entonces cuando envió el mensajero, que primero se dirigió a Alsacia, donde le dijeron que el rey estaba en Luxemburgo; por fin lo encontró y le entregó la carta de su hermano. El alsaciano rompió la cera y la leyó; cuando vio la desgraciada situación en que se encontraba el rey de Bohemia, dijo en voz tan alta que todos pudieron oírlo y entenderlo:

—¡Ay, ay! Fortuna, qué voluble y qué poco fiable eres. ¡Desgraciado del hombre que confía en tus dones! De la parte más alta de tu rueda me has hecho caer a la más baja; y no te ha bastado conmigo, sino que quieres destruir también a mi hermano, que es uno de los hombres más nobles y valientes del mundo; así le quieres quitar su reino, si Dios, por su gracia, no pone remedio inmediatamente. Entonces se vuelve hacia Antonio y le dice:

—¡Oh tú, muy noble y valeroso señor! Ahora me va de mal en peor. Vuestra alta y poderosa virtud de caballero no sólo ha aniquilado y destruido mi honor, sino que ha arrastrado conmigo al hombre más noble que ha habido en las tierras de lengua alemana, y al que con más rigor ha defendido nuestra fe católica contra los enemigos de Dios. Ahora es tal mi situación que no puedo prestarle ayuda contra sus enemigos; así, hemos sido vencidos los dos por vuestro valor, no por vuestra culpa, aunque Dios me ha castigado con ello menos de lo que me merecía.

Entonces empieza una aflicción tan grande que daba pena verlo. El duque Antonio se entristeció al oír las piadosas lamentaciones del rey de Alsacia, y dijo:

—Señor rey, decidme, ¿por qué os lamentáis?

—Tengo una buena razón. Mirad esta carta y veréis el dolor y la desgracia en la que se encuentra mi hermano, al que ni puedo ayudar, ni auxiliar, pues vos habéis acabado con mi poder.

Entonces, Antonio tomó la carta y la leyó de arriba abajo, dándose cuenta del aprieto en el que el rey Selodus de Cracovia tenía al rey Federico de Bohemia, que no tenía en Praga más que para subsistir tres o cuatro meses. Al ver la opresión que sufría el rey cristiano, sintió gran lástima y juró en su corazón que no se quedaría mucho en Luxemburgo sin que los sarracenos pagaran las penas que habían causado a los cristianos.

—Señor —dijo al rey—, si os ayudara a socorrer a vuestro hermano, ¿iríais?

Al oír estas palabras, el rey se arrodilla diciendo:

—Señor, si me concedierais esa gracia, os juro por mi fe que haría a Reinaldo rey de Bohemia cuando muriera mi hermano, que es casi veinte años mayor que yo, y no tiene más herederos que una bella hija que se llama Aiglantina, de unos quince años; yo se la daré como esposa si estáis de acuerdo.

—Acepto —dijo el duque—. Id a Alsacia y preparaos. Estad de regreso dentro de tres semanas; nos reuniremos en vuestras tiendas, que aún están plantadas. Mientras,

yo enviaré a buscar a mi gente, que han ido en ayuda de un vasallo mío a Leuwe, donde se le había cometido una injusticia.

—Señor duque, Aquel que sufrió la muerte en la cruz para liberarnos de infernal servidumbre os lo agradecerá.

Luego, se despide, monta a caballo y galopa con su mesnada lo más rápidamente posible, hasta que llega a Alsacia, triste por su derrota y contento por los socorros que el duque le ha prometido para auxiliar al rey Federico. Al llegar a su país fue muy bien recibido por la nobleza, que se alegró de tener otra vez a su rey. Después fue a ver a su hija Melida, que aún no había cumplido dos años; luego, volvió con sus nobles, a los que les contó su intención de ir a socorrer al rey de Bohemia con el apoyo de Antonio y Reinaldo, y de todo su poder.

—Señor —dijeron los nobles—, no saldrá mal, pues los paganos no van a poder con la fuerza de los dos jóvenes. Decidnos cuáles son vuestros deseos, pues iremos todos con vos.

El rey convocó a la hueste, envió a buscar a sus amigos y aliados y reunió en poco tiempo seis o siete mil hombres, saliendo del país tras haber dejado un buen gobernador. Al cabo de tres semanas llegó a las tiendas que habían dejado en la pradera de Luxemburgo. La gente del duque Antonio ya estaban esperando: eran unos cinco mil con yelmo y unos mil quinientos entre ballesteros y arqueros, sin contar los que quedaron guardando el ducado, pues Antonio no quiso disponer nada más que de la mitad de ellos, es decir, de unos mil soldados. Luxemburgo quedó a cargo de un noble de Poitou, señor de Argentón.

Cuando el duque se despidió de Cristina, ésta estaba muy afligida, pero no se atrevía a mostrarlo, aunque le rogó que volviera lo antes posible; él le respondió que así lo haría y añadió:

—Duquesa, pensad en vos y en vuestro fruto y si Dios por su gracia dispone que sea niño, bautizadlo; quiero que se llame Beltrán. La dama le contesta:

—Mi señor, haré lo que deseáis.

Entonces se besan; el duque se va con su gente y hace tocar las trompetas. La hueste levanta el campamento y se pone en camino. Allí se podía escuchar un gran ruido. La vanguardia cabalga a toda prisa, conducida por el rey de Alsacia y Reinaldo de Lusignan, que montaba un alto caballo gris, y estaba armado con todas las piezas, excepto el yelmo, y llevaba un gran bastón en la mano; conducía su gente en perfecto orden y parecía un príncipe de gran corazón y mucho valor. Después, iba la impedimenta y el grueso del ejército y, detrás, la retaguardia, mandada por el duque Antonio, pues le habían dicho que en aquel país había muchos ladrones, por eso, hizo saber que si alguien se atrevía a coger algo suyo o de su gente, que lo castigaría de tal modo que sirviera de escarmiento para los demás. Y así pasaron Leuwe, y nadie se atrevió a cometer un robo, aunque fuera tan pequeño como una malla.

Una noche la hueste acampó delante de Aquisgrán, y los burgueses le hicieron muy ricos presentes, por lo que Antonio se lo agradeció mucho y les ofreció sus

servicios si les hacían falta. Al día siguiente, después de misa, la hueste levantó el campamento y caminó hasta llegar a orillas del Rin, que es un río grande. Los habitantes de Colonia no querían dejar pasar al ejército por el puente que hay en la ciudad, lo que causó el enfado de Antonio, que les comunicó que iba a levantar el asedio en que el rey de Cracovia con sesenta mil sarracenos tenía al rey de Bohemia en la ciudad de Praga: que decidieran si estaban de parte de los sarracenos y así él iría sobre aviso; y también que, a pesar de los de dentro, encontraría el modo de pasar, aunque no tan rápido como por la ciudad, y que si le hacían perder una jornada, sabía el modo de cobrarles cuatro.

Cuando los de Colonia oyeron esto, se atemorizaron y enviaron al duque Antonio cuatro de los más notables burgueses de la ciudad, que lo saludaron con humildad, quedando admirados de su fiero aspecto.

—Muy noble y poderoso señor —le dijeron—, los burgueses de la ciudad de Colonia nos han enviado a vos; os dejarán pasar por medio de la ciudad a condición de que les aseguréis que ni vos ni vuestra gente les haréis ningún mal.

—Si hubiese querido hacerlo —dijo Antonio—, ya os lo hubiera hecho saber; no tengo ninguna razón para dañaros, pues no he recibido noticias de que me hayáis hecho nada malo, ni a los míos, aunque desconfían de mí sin que yo les haya atacado nunca. Id y decidles que si no han sido atacados desde hace tiempo por mí o por los duques que me han precedido, de los que quizás tienen algún tratado, que me dejen pasar con toda confianza; si no, que me lo hagan saber.

Cuando oyeron sus palabras, se despidieron y anunciaron a los burgueses el recado del duque. Reunieron el consejo, y por los ancianos supieron que nunca había habido enfrentamientos con los duques de Luxemburgo, ni con sus aliados, y que, ya que él era un hombre tan valiente y tan noble, lo dejarían pasar. Luego, le enviaron mensajeros que llevaron estas palabras y gran cantidad de ricos presentes, avena, pan, mucho vino, carne, aves y abundantes y grandes salmones. Cuando el duque Antonio oyó la respuesta y vio los grandes regalos, se los agradeció mucho, y les dijo que estaba muy contento de que los habitantes de una ciudad tan buena quisieran ser amigos suyos, y que supieran que si tenían necesidad de él estaría a su disposición. A continuación, hizo que recompensaran a los mensajeros dándoles ricos regalos, que valían tanto o más que los que ellos habían llevado, pues no quería que los de la ciudad pensaran que pretendía obtener nada de ellos.

Aquella noche la pasó la hueste delante de Colonia, y se alegraron mucho con los regalos de la ciudad, pues el duque los repartió de modo que cada uno tuviera de sobra; al día siguiente por la mañana, el duque entró en la ciudad con doscientos hombres de armas e hizo saber a los suyos, bajo pena de horca, que nadie debía atreverse a tomar nada de la ciudad sin pagar. Entonces pasó la vanguardia en perfecto orden, y luego la impedimenta, y acamparon al otro lado del río, a lo largo de la ribera; antes de que hubiera pasado toda la impedimenta ya era hora de vísperas. Aquella noche el duque se alojó con los nobles de la retaguardia en la ciudad, donde

le testimoniaron gran respeto y le hicieron muchos honores; Antonio ofreció una cena a las damas, a los burgueses y a caballeros y escuderos de la ciudad. Después de cenar comenzó una gran fiesta, al final de la cual el duque regaló joyas a todas las damas y doncellas, según la categoría de cada una; hizo lo mismo con algunos burgueses y especialmente con los gentilhombres, y se ganó tanto afecto que todos deseaban tenerlo por señor.

Al día siguiente por la mañana, pasó el grueso del ejército, y luego, la retaguardia; acamparon al otro lado del Rin mientras que Antonio se despedía de los de la ciudad, agradeciéndoles lo que habían hecho por él y por todos los suyos.

—Noble duque —le responden—, Colonia y nosotros estamos a vuestras órdenes, más que a las de nuestro marqués; no dejéis de pedirnos lo que podamos hacer por vos, pues estamos dispuestos a hacerlo, ahora y siempre.

Antonio les agradece mucho estas palabras y se despide de ellos, retirándose a su tienda. Al día siguiente por la mañana, al salir de misa, el duque hizo tocar las trompetas para levantar el campamento y para que la vanguardia se pusiera en camino; pero entonces llegaron cuatro caballeros de la ciudad, armados y montados como San Jorge, pero sin yelmo, y descabalaron ante el alojamiento del duque de Luxemburgo; los seguían cuatrocientos hombres de armas y cien ballesteros.

Tras saludar a Antonio, los caballeros le dijeron:

—Muy noble y poderoso señor, la noble y buena ciudad de Colonia se os encomienda, desean ser vuestros amigos y que vos los consideréis como vasallos; os envían estos soldados, que han recibido paga para ocho meses y están debidamente provisionados, para que vayan con vos por donde os plazca.

—Muchas gracias —dijo el duque—, buenos señores, sed muy bienvenidos. Esta cortesía no debe ser rechazada; no lo olvidaré nunca, ni en ningún lugar.

—Señor —contestó uno de los caballeros—, nosotros cuatro conocemos todos los caminos de aquí a Prusia, Esclavonia y Cracovia; si es necesario os guiaremos por los desfiladeros, pasos y ríos sin que tengáis problemas.

—Por ahora no hace falta, pero no renuncio a ello para cuando convenga.

Entonces, los hace formar y los integra en su bandera.

Entretanto, la vanguardia, el grueso del ejército y la retaguardia desalojan el campamento y empiezan una marcha que dura días hasta Baviera.

El duque Augusto de Baviera estaba en Munich con muchos hombres, pues temía que, si el rey Solodus de Cracovia vencía a Federico, le atacara a continuación. Fue entonces cuando llegó un viejo escudero que le dijo:

—Señor, vengo de las marcas de Mellunge, donde he visto pasar a la gente de armas más hermosa y mejor formada; no sé hacia dónde se dirigen, pero vienen en línea recta hacia aquí.

—Tus noticias me sorprenden —le respondió el duque—, y estoy deseoso de saber quiénes son. Si el rey de Alsacia no hubiese sido derrotado en Luxemburgo, pensaría que es él que va a ayudar a su hermano Federico; por mi cabeza, si fuese él

lo acompañaría.

—Señor —contestó el escudero— sería bueno enviar a alguien para que se enterara de quiénes son y de si os quieren bien o no.

—Id vos y averiguarlo; es justo que así sea, ya que vos habéis sido el primero en verlos.

—Estoy dispuesto para ir, os encomiendo a Dios.

El escudero se puso en marcha y caminó hasta divisar a la hueste al fondo de un valle, al lado de un río; vio el humo de las cocinas, las galopadas de caballos y corceles por medio de la pradera y los grupos de hombres: unos saltan; otros luchan; otros tiran la piedra a la barra de hierro, arrojan lanzas o venablos; unos prueban sus espadas cortas, las piedras o los yelmos de combate con otras espadas y ven de formas variadas la resistencia de sus armas. Aquella gente parece temible. Mira a su derecha y ve la guardia en una colina: eran unos quinientos hombres. Más allá apreció a los exploradores, que examinaban los alrededores del campamento.

—Éstos son auténticos soldados —se dijo el escudero, que había visto muchos ejércitos en su tiempo.

Entonces, entra en el campamento y pregunta por el jefe de aquella hueste; lo llevan en seguida ante Antonio, y se quedó admirado por su fiero aspecto; lo saludó cortésmente y luego le dijo:

—Señor, el duque Augusto de Baviera me envía a vos para saber con certeza qué buscáis en su país, y si vais con deseos de paz o no; también desea saber quién sois, pues lleváis una noble compañía: está seguro que no os hubieseis puesto en marcha sin una razón importante.

—Amigo —le contestó Antonio—, decidle a vuestro señor que no le haremos daño; somos el rey de Alsacia, Antonio, duque de Luxemburgo, Reinaldo y muchos otros nobles y barones, caballeros y escuderos que vamos en auxilio del rey Federico de Bohemia.

—Señor, que Dios os dé un buen viaje; a Él os encomiendo, voy a decírselo a mi señor.

—Id bajo la protección de Dios.

El escudero marchó, llegó a la ciudad y explicó al duque todo lo que habéis oído, el modo de gobierno y comportamiento de la hueste, y añadió:

—Señor, verdaderamente son la gente más digna de temer que he visto en mi vida.

—Por mi cabeza —dijo el duque—, les mueve gran honor y valentía a estos dos hermanos al venir de tan lejano país para buscar aventuras y socorrer al rey Federico contra los enemigos de Jesucristo; prometo a Dios que yo también iré, pues sería una gran vergüenza el que yo no fuera siendo primo mío el rey de Bohemia, y estando mi tierra tan cerca de su reino; si los extranjeros vienen a socorrerlo de tan lejanas marcas, yo también iré.

El duque Augusto hizo una leva y reunió de tres a cuatro mil combatientes.

Cuando el ejército pasó por delante de Munich, el duque salió muy bien acompañado y fue a presentarse con su gente al rey de Alsacia y a Antonio, que lo recibió muy contento, y lo acogió con afecto. Así cabalaron durante seis días.

Aquí deja la historia de hablar de ellos y habla del rey Federico, de su gente y del asedio.

El poder de Selodus de Cracovia era tan grande que el rey de Bohemia no se atrevía a salir de Praga. No obstante, todas las veces que salió al encuentro de los sarracenos les causó grandes daños y casi todos los días había escaramuzas, en las que participaban cien caballeros de Hungría, que se habían refugiado en la ciudad y que causaban abundantes pérdidas a los enemigos cuando los hostigaban.

Un día los sarracenos iniciaron una escaramuza por la mañana; los de la ciudad bajaron el puente, abrieron las puertas y dejaron libre el paso de las defensas para que salieran el rey y sus hombres; realizaron una gran matanza de paganos, obligando a que se retiraran al campamento. El rey de Cracovia estaba armado y montaba un fuerte caballo, llevaba la bandera al viento y lo acompañaban quince mil sarracenos; cuando vio que los suyos se replegaban, entró en el combate. Allí se dieron y se recibieron muchos golpes, y el rey de Bohemia tuvo que retroceder hasta sus propias defensas. Al ver el rey Federico que Selodus causaba tantos males a su gente, espoleó al caballo, empuñó la espada y se dispuso a golpear al rey sarraceno sobre el yelmo, alcanzándolo con tanta fuerza que hizo que se inclinara sobre el cuello del caballo, y casi se cayó al suelo, pues había perdido los estribos; pero los sarracenos se dieron cuenta y lo incorporaron. El rey Federico golpeó entonces a un pagano con tal fuerza que lo derribó muerto al suelo; Selodus se volvió hacia él con una azagaya de hierro puntiagudo y largo, se le acercó, levantó el arma y se la arrojó con tanta fuerza que atravesó al rey de Bohemia de parte a parte: el cristiano sintió la angustia de la muerte; no pudo sostenerse por más tiempo en el caballo, cayó muerto de cabeza al suelo. Los de Bohemia se afligieron mucho, entraron en la ciudad y cerraron la puerta; comenzaron un gran duelo. El rey de Cracovia mandó tomar el cuerpo de su enemigo y lo hizo quemar delante de Praga, para asustar aún más a los de la ciudad.

La doncella Aiglantina fue la que más sufrió con la muerte del rey y tenía tal tristeza que daba pena verla.

—Verdadero Dios —decían sus lamentos—, ¿quién me podrá confortar ahora que he visto la muerte de mi padre y la destrucción mía y de mi pueblo? No veo de dónde me puede llegar ayuda, pues he oído decir que mi tío, el rey de Alsacia, en el que yo confiaba, ha sido derrotado en Luxemburgo. Dios verdadero, no sé que puedo esperar, a no ser vuestra santa y benigna gracia. Nobilísima y excelente Virgen, reina y madre del Salvador de todo el mundo, reconfortad a esta pobre huérfana y protegedla, por vuestra santa misericordia y por vuestra piedad, para que estos pérfidos sarracenos no puedan hacerle nada más a su cuerpo.

La doncella se retorció de dolor y se tiraba de los cabellos por la angustia que sentía, sin que nadie por muy duro que tuviera el corazón, pudiera dejar de sentir gran compasión por ella. Sus damas y doncellas la reconfortaban lo mejor que sabían, pero su duelo se hacía eterno. Los de la ciudad también estaban entristecidos y preocupados, tanto por la muerte de su rey como por miedo a los sarracenos y no sabían qué hacer: dudaban si rendirse para salvar sus vidas, pues el rey Selodus lo había requerido insistentemente y se esforzaba en mostrarles que no podían resistir, y que si los capturaba por la fuerza arderían hasta ser cenizas, por lo que la ciudad estaba decidida a rendirse. Pero había muchos caballeros nobles que habían amado mucho al rey y a su hija, que decían:

—Falsa gente, ¿qué queréis hacer? Aún no ha vuelto el mensajero que fue a pedir auxilio al rey de Alsacia. Tened valor, pues pronto oiréis buenas noticias.

Cuando los oyeron hablar así, respondieron al consejo de los sarracenos que no se rendirían por nada y que se sentían fuertes frente a su poder. Selodus se encolerizó y juró por sus dioses que los quemaría a todos, pero Dios trabaja en poco tiempo y así a veces se jura por una intención que se abandona más tarde.

Al oír el mensaje de los habitantes de Praga, el rey Selodus mandó que se reanudaran los ataques y los asaltos a la ciudad: se abren brechas y arremeten contra ellos cuanto pueden, pero los de la ciudad se defienden con calma.

Entretanto, el duque Antonio, Reinaldo, el rey de Alsacia y Augusto de Baviera conducían rápidamente al ejército, pues conocían las calamidades que estaban pasando los de la ciudad, aunque ignoraban la muerte del rey Federico. Un jueves por la tarde acamparon a orillas de un río, a media legua larga de Praga. Aquella tarde, encargaron a un caballero del país que estaba con ellos, que fuera al día siguiente a anunciar su llegada a la ciudad. Éste montó a caballo a primera hora de la mañana y se dirigió a Praga, pero el rey Selodus había ordenado a su gente que se armara y que intentaran por todos los medios asaltar la ciudad, pues ya estaba ansioso de tomarla; los de dentro se defendían a duras penas, con lo cual aumentó el coraje de los sarracenos. Ya estaba la situación casi perdida cuando llegó el caballero, que se dio cuenta de la violencia del ataque y de la débil defensa de los de dentro.

El emisario consiguió esquivar el asalto y llegó a una poterna. Los de la guardia lo reconocieron y lo dejaron entrar; entonces corrió por las defensas gritando:

—Señores, defendeos; tened valor. La flor de la caballería viene a socorrernos con el rey de Alsacia, pronto entrarán en combate; los sarracenos morirán o caerán prisioneros.

Cuando los defensores lo oyen, se lanzan todos a la vez gritando mucho, y empiezan a defenderse de tal manera que no había ningún pagano tan atrevido que se quedara al pie de la muralla: en el fondo de los fosos había gran cantidad de sarracenos muertos y heridos. Cuando el rey Selodus se dio cuenta de que habían recobrado tan gran coraje, se admiró, aunque no supo qué pensar; mientras tanto, los sarracenos iban retrocediendo.

El duque Antonio cabalgaba con la bandera desplegada en perfecto orden de batalla. Había mandado dejar el campamento dispuesto, custodiado por quinientos hombres. El rey de Alsacia y el duque de Baviera iban a la retaguardia, Antonio y Reinaldo mandaban el primer cuerpo del ejército. Allí se podían ver banderas al viento, yelmos y grebas, oro y azur y colores que brillaban y relucían al sol.

Fueron en orden de batalla hasta que vieron la ciudad que los sarracenos estaban asolando y vieron las tiendas, los pabellones y las carpas, en las que había muchos sarracenos. Antonio mandó que su gente se detuviera hasta que la retaguardia hubiese llegado; ordenó que, mientras, los arqueros y los ballesteros fuesen a las alas. Entonces los sarracenos se dieron cuenta de su llegada y corrieron a decírselo al rey:

—Dejad el asalto, en mala hora lo empezamos. Vienen hacia aquí tantos cristianos que los campos están llenos.

Al oír estas noticias, el rey se preocupó mucho e hizo que abandonaran el asalto. Salió de su pabellón y dispuso a la gente en orden de batalla, lo mejor que pudo. En esto, Antonio y Reinaldo hicieron tocar las trompetas y el ejército empezó a moverse poco a poco.

Cuando los dos bandos se encontraron hubo un gran ruido, y al chocar el griterío fue enorme. Hubo allí quien deseó estar en aquel momento en el lugar de donde había salido; al bajar las lanzas hubo muchos caídos, tanto de un lado como del otro, y gran cantidad de muertos y heridos. Desenvainaron las espadas y se golpearon sin piedad. El rey Selodus gritó su contraseña en voz alta, juntó el escudo al pecho, empuñó la lanza y aguijó el caballo; detrás le seguían diez mil sarracenos. Baja la lanza y golpea a un cristiano con tanta fuerza que le introduce en el cuerpo hierro, asta y pendón, y lo derriba muerto. Sus gentes le siguen y se comportan con gran valentía, causando mucho daño a los cristianos, y obligándoles a retirarse a un tiro de lanza. Entonces el rey Selodus vuelve a gritar su contraseña diciendo:

—Golpead, nobles señores, el día es nuestro, no se nos pueden escapar.

Los pictavinos los reciben muy duramente, produciéndoles numerosas bajas. Llegó entonces el duque Antonio con la espada en la mano; al ver que su gente retrocedía, casi perdió la razón del dolor, y gritó: «¡Lusignan!». Se metió entre los sarracenos con más fuerza que un rayo que cae del cielo; golpea a diestro y siniestro, rompe y abate todo lo que encuentra a su paso; su gente le sigue y se siente admirada de lo que le ven hacer. Los sarracenos huyen hacia las tiendas.

—Adelante, nobles señores —les grita el rey de Cracovia a sus gentes—, defendeos. Si huís por un solo hombre, será gran vergüenza.

Allí se reagrupa la gente y se enfrentan con gran valor a Antonio y a los pictavinos. En ese momento, se incorpora a la batalla un emir con diez mil paganos, recrudesciendo el horrible combate. Hubo muchos sarracenos muertos, tantos que no se podían contar, y muchos cristianos fueron heridos.

Entonces llegó la retaguardia, guiada por el rey de Alsacia y el duque Augusto de Baviera, que entraron en combate de inmediato. El dolor y la mortandad fueron

grandes, la crueldad de la batalla aumentó con nuevas hazañas. Luego, Reinaldo y Antonio, se enfrentaron juntos contra los sarracenos, y, al fin los paganos huían de sus ataques, aunque el rey Selodus intentaba valientemente mantenerlos juntos, causando gran perjuicio a los cristianos, pues les daba vigor a los suyos y hacía que se defendieran con valentía.

Cuando Reinaldo se dio cuenta de que el rey de Cracovia se comportaba así, juró por Jesucristo que o moriría, o vencería al sarraceno; se coloca el escudo a la espalda, espolea el caballo y va derecho contra el rey, que al verlo venir, alza la espada y le asesta un gran golpe sobre el yelmo con toda su fuerza, pero la espada resbala, dándole en el muslo izquierdo e hiriéndole un poco, de forma que la sangre le caía hasta el talón; Reinaldo, encolerizado, levantó la espada con las dos manos, y alcanzó al sarraceno en el yelmo, con un golpe tan fuerte que lo dejó aturdido, de forma que la espada le voló de las manos y él se inclinó sobre el cuello del caballo, rompiéndosele la correa del yelmo. Reinaldo vuelve a atacarle y le da tantos golpes que le hace caer al suelo; entonces acudió una gran muchedumbre a socorrer al rey de Cracovia, que, sin embargo, murió entre las patas de los caballos. Cuando los sarracenos lo supieron se dieron a la fuga, nuestra gente los persiguió, matándolos por los campos y los matorrales; fueron muy pocos los que lograron escapar. Y así terminó la batalla.

Los dos hermanos volvieron a las tiendas de los sarracenos y se alojaron allí. El rey de Alsacia y el duque de Baviera marcharon con cien caballeros a la ciudad, donde fueron recibidos con gran alegría, pues todos estaban contentos con la victoria. Descabalgaron en el palacio y subieron las escaleras de la sala; allí les salió al encuentro Aiglantina, muy contenta por la derrota de los sarracenos, y alegre con la llegada y la victoria de su tío; pero en el corazón estaba muy afligida por la muerte de su padre, al que no podía olvidar. Se inclinó ante su tío y le dio muy dulcemente la bienvenida diciendo:

—Mi querido tío, sed muy bienvenido; si Dios hubiera querido que hubieseis llegado dos días antes, mi señor padre estaría con vida, pues el rey Selodus lo ha matado y ha quemado su cuerpo para injuriar a la fe católica.

Cuando el rey de Alsacia lo oyó, se enfadó mucho y juró por Dios y por los santos que haría otro tanto con el de Cracovia y con todos los sarracenos que encontrara, muertos o vivos; así, anunció en la ciudad que fuera un hombre de cada casa al campo de batalla para reunir en una colina los cuerpos de los sarracenos muertos, y que llevaran mucha leña; ordenó que colocaran al rey Selodus encima de todos, que los cubrieran con la leña y que encendieran fuego para que ardiera y se quemaran; luego, mandó que los cristianos fueran enterrados en tierra santa. El rey de Alsacia hizo que lo prepararan todo para que las exequias del rey Federico, que debían ser lo más dignas posibles, tal como oiréis a continuación.

Cuando ya estuvo todo dispuesto, montó a caballo, con el duque de Baviera y con la mayoría de los nobles de Bohemia y fueron, vestidos de negro, a las tiendas que

habían sido de los sarracenos, en las que estaban los dos hermanos alojados, que mientras tanto habían hecho que trajeran la impedimenta y que se expusiera el botín a uno de los lados de la hueste, vigilado por los guardianes del campamento; los dos hermanos repartieron las riquezas conseguidas, y no hubo nadie que no se tuviera por bien pagado.

En esto llegaron el rey de Alsacia, el duque Augusto y los nobles, y saludaron muy cortésmente a los dos hermanos, que los recibieron con gran amabilidad. Entonces, el rey de Alsacia les contó cómo había muerto el rey Federico en la batalla, y cómo el rey de Cracovia había hecho quemar su cuerpo para humillación de toda la cristiandad; y que por esto había ordenado que quemaran al rey y a los sarracenos.

—Señor rey —dijo Antonio—, habéis hecho muy bien. Selodus ha cometido un gran desprecio y una gran crueldad, pues cuando el hombre está muerto es vergonzoso para su enemigo el tocarlo.

—Señor —le contesta el duque Augusto—, decís verdad. El rey de Alsacia ha venido a rogaros a vos y a Reinaldo que acudáis al funeral del rey Federico, que empezará en seguida; los salmos y las vigilias los dijeron ayer.

Los hermanos respondieron que irían de buen grado. Montaron a caballo y fueron a la ciudad donde damas, doncellas, caballeros y escuderos, burgueses y gentes de la calle los miraban maravillados, atónitos por la garra de león que tenía Antonio en la mejilla, pero apreciando su bello cuerpo y los hermosos miembros que tenía.

—Estos dos príncipes —se decían refiriéndose a Reinaldo y a Antonio— son capaces de conquistar y mantener muchas tierras.

Así, llegaron a la iglesia y descabalgaron; allí estaba Aiglantina, esperando en la puerta; saludó a los dos hermanos y les agradeció con humildad y respeto el noble socorro que le habían prestado, pues después de Dios, ellos habían sido los salvadores de su honor, su vida y su país.

—Doncella —contestó Antonio—, no hemos hecho más que lo que debíamos, pues todo buen cristiano está obligado a destruir a los enemigos de Nuestro Señor.

Entonces, los dos jóvenes se pusieron a ambos lados de la doncella y la acompañaron a su asiento. Se celebró el funeral y se enlutaron los caballos, tal como corresponde a un rey tan noble como era el de Bohemia. Después, volvieron a montar con la mesnada; el rey de Alsacia y el duque Augusto de Baviera llevaron a la doncella al palacio, y subieron con ella a la sala. La comida ya estaba dispuesta; se lavaron, se sentaron y fueron servidos; al acabar de comer, quitaron los manteles y dieron gracias a Dios. La doncella se retiró a su habitación, pues estaba muy triste por la muerte de su padre.

En esto, el rey de Alsacia convocó a los nobles de Bohemia y les dijo estas palabras:

—Nobles señores, es necesario que busquéis entre vosotros a un hombre valiente que gobierne el reino de mi sobrino, pues tierra que es gobernada por mujer no vale mucho. Ahora mirad quién es el adecuado para provecho y honor de todos.

—Señor rey —respondió uno en nombre de todos—, no conocemos a nadie que se deba anteponer a vos, pues si vuestra sobrina hubiera muerto, la tierra y el reino de Bohemia os hubieran correspondido. Por tanto, haced lo que os parezca, pues es justo y razonable.

—Por mi cabeza —contestó el rey—, acabemos ya; hay que casar a mi sobrina. Buscadle un marido que sea digno de gobernar el reino, pues yo ya tengo país suficiente y no quiero tener el gobierno de éste.

—Señor rey —le responden los nobles—, si queréis que se case vuestra sobrina, buscadle un marido, pues nadie debe hacerlo sino vos.

—Buenos señores —contesta—, me ocuparé de su provecho, de su honor y del vuestro. Ahora me voy a hablar con ella de este mismo asunto.

—Señor —contestaron los nobles—, Jesucristo os lo agradezca.

Entonces, el rey va a la habitación de su sobrina, que lo recibió con grandes muestras de cordialidad.

—Mi bella sobrina —comenzó el rey—, gracias a Dios, vuestros asuntos están en buenas manos y vuestro país se ha liberado de la amenaza de los sarracenos por el poder de Dios y de los dos hermanos de Lusignan. Ahora hay que preocuparse por el gobierno de vuestra tierra en el futuro, para vuestro honor y en beneficio de vuestra gente.

—Muy querido tío —respondió la sobrina—, yo no tengo otro consuelo ni bienestar que el vuestro; os pido, por Dios y por su Misericordia, que pongáis remedio, pues en verdad os debo obedecer más que a nadie en el mundo, y así lo quiero hacer.

—Nosotros ya hemos pensado en ello, buena sobrina —le contestó el rey sintiendo una gran lástima por ella—; os tenéis que casar con un hombre que sea digno de gobernaros, a vos y a vuestro país, que sea conocido y que no esté muy lejos de aquí, bello y bueno, noble, inteligente y valiente.

—Buen tío, son muchas cualidades buenas y sé que no me aconsejaríais algo que no conviniera a mi honor; pero, mi querido tío, casarme inmediatamente después del entierro de mi padre, ¿no mostraría demasiado poco dolor por su muerte? Me parece que yo sería menospreciada e injuriada a mis espaldas, mientras que me pondrían buena cara por delante.

—Buena sobrina —le contestó el rey—, es necesario hacerlo, y de dos males hay que escoger el más pequeño, cuando hay que elegir. Es verdad que por vuestro honor sería mejor esperar aún un poco, pero yo vivo muy lejos y no me puedo quedar con vos mucho tiempo sin perjuicio vuestro y mío. Del mismo modo, para satisfacer a los dos hermanos por el noble auxilio que os han prestado, no bastaría con la mitad de vuestro reino, por las penalidades y el gasto que han tenido. Por otra parte, bella sobrina, sabed que no estáis en muy buena situación para conseguir por marido a un hombre tan noble como Reinaldo de Lusignan, que es merecedor de la más alta dama tanto por su linaje, como por sus muchas cualidades.

Cuando la doncella oyó a su tío, se avergonzó; veía que estaba en peligro, junto con su pueblo y muchas otras cosas, y no sabía qué responder, pero dijo llorando:

—Muy querido señor, no tengo otro consuelo que Dios y vos; haced conmigo y con mi reino lo que os plazca.

—Habláis razonablemente; os juro por mi fe que no haré nada que no sea por vuestro bien. Ahora, no lloréis más, pues quiero que acabéis ya con este asunto porque cuanto más tiempo esté en vuestro país esta nobleza, que son unos doce mil combatientes, más dolor tendréis vos.

—Querido tío —le contestó ella que sabía que tenía razón—, haced vuestra voluntad.

Entonces, el rey fue a la sala donde estaban los dos hermanos con otros muchos nobles; tomó la palabra y dijo a Antonio:

—Señor duque, venid conmigo. Los nobles de este país os suplican, y así también lo hago yo, que aceptéis que Reinaldo sea rey de Bohemia, y que tome por esposa a Aiglantina; querido señor, rogadle que no rehúse, pues los nobles de este país anhelan tenerlo como señor.

—Esta petición —contestó Antonio—, merece ser otorgada, y así será. Mandad que venga la doncella.

El mismo rey y el duque Augusto fueron a buscarla e hicieron que se vistiera sus mejores galas, con las más valiosas joyas, esmaltes, gargantilla de oro con pedrería, cinturón y sombrero, e hicieron que vistiera de negro; sus damas y doncellas se arreglaron noblemente: la mayoría tenían cubierta la cabeza y adornada con perlas muy bien colocadas. El rey y el duque condujeron a la doncella seguidos por todos los demás. Cuando la comitiva entró en la sala, ésta se iluminó por la riqueza y la belleza que se desprendía.

—Señor duque de Luxemburgo —dijo el rey—, escuchad nuestras peticiones, ya que deseamos mantenerlas.

—Así lo haré —dijo el duque Antonio—, es justo. Reinaldo, buen hermano, tomad a esta doncella y aceptad el noble reino de Bohemia.

—Buen hermano —dice Reinaldo en voz alta avanzando—, en primer lugar le doy las gracias a Dios, a vos, al rey y a todos los nobles de este país por el alto honor que me hacen, pues aunque sólo fuera la doncella, sin el reino, no rehusaría, pues con la ayuda de Dios esperarí­a conquistar muchos países para ella y para mí; ahora lo acepto todo con gusto.

—Buen hermano —contestó Antonio—, tenéis razón; ahora habéis conseguido el reino también; Dios, por su gracia, os otorgue la conquista de otros países a los enemigos de Dios.

Llamaron a un obispo que los esposó con gran alegría de todos. Cuando se supo la noticia en la ciudad, se engalanaron las calles con ricas telas y se dispusieron a celebrarlo con grandes fiestas. Se decidió que las bodas tendrían lugar en el gran pabellón que había en el campo.

Así pasaron tres días; se hicieron muchos vestidos para la esposa, para sus damas y doncellas, para ambos hermanos, para los nobles y para los extranjeros. La noche de la víspera de la boda, la pasaron en el gran pabellón la doncella, sus damas y sus servidoras; se plantaron ricas tiendas alrededor para las damas y para Antonio y Reinaldo. Aquella noche comenzó una gran fiesta; después de cenar, llegada la hora, cada uno fue a descansar hasta la mañana del día siguiente.

Amaneció el alba del día, y la mañana era bella y clara, con un sol brillante. La esposa fue muy bien vestida y se dirigió al lugar donde se tenía que decir la misa. Se casaron y hubo misa solemne; luego, fueron al gran pabellón. La comida ya estaba lista, se lavaron y se sentaron a la mesa: abundaron los manjares y los platos más variados; cuando terminaron de comer, las damas se retiraron a sus aposentos, y los caballeros fueron a armarse; el mismo Antonio tomó las armas para honrar a su hermano. Al cabo de un rato, las damas subieron a las gradas, y los caballeros se pusieron en fila, empezando muy bellas justas; y no había caballero que pudiera con Antonio y con Reinaldo, quienes al ver que las justas decaían por ellos se salieron de la fila y fueron a desarmarse; así, duró el torneo bastante tiempo y poco después de que acabara se hizo la hora de cenar. Los ministriles empezaron a tocar las cornamusas y se bailó durante mucho tiempo. Llegada la hora, llevaron a la esposa a que se acostara en una cama muy rica; no tardó Reinaldo en acostarse con la doncella; la cama fue bendecida y salieron todos de la habitación. Unos danzan, cantan y festejan; otros cuentan bellos cuentos y se solazan para pasar el tiempo; otros, se van a dormir.

Reinaldo y Aiglantina se acostaron uno junto a otro, y entonces la doncella le dijo con humildad:

—Mi buen amigo, si no fuera por la gracia de Nuestro Señor y por vuestro poder y el de Antonio, esta pobre huérfana estaría desolada, y con ella su país, y habría caído en gran adversidad en manos de los sarracenos; pero con la ayuda de Dios y vuestra, me he liberado, por lo que os agradezco que os hayáis dignado en tomarme por esposa a pesar de lo inferior que soy.

Cuando Reinaldo oyó que su mujer se humillaba de aquel modo le respondió:

—Dulce amor, vos habéis hecho mucho más por mí que yo por vos, porque me habéis ofrecido vuestro noble cuerpo y vuestro noble reino; yo sólo he aportado mi cuerpo.

—Señor —respondió la doncella—, vuestro cuerpo vale más que diez reinos y se hace preciar aún más, según me parece.

De lo que dijeron ya no quiero contar más, ni hacer mención; pero aquella noche fue engendrado un hijo valiente y poderoso que se llamó Ollifarte, que de mayor tuvo gran poder, les declaró la guerra a los frisonos y los sometió, y a toda la Tierra Baja de Holanda y Zelanda, y conquistó Estonia, Dinamarca y Noruega.

Al día siguiente por la mañana se levantaron. La dama fue a misa y luego volvieron al pabellón, donde se lavaron para comer. En esto, llegaron dos caballeros

del ducado de Luxemburgo, que traían cartas a Antonio de parte de su mujer, Cristina; se le presentaron y lo saludaron diciéndole:

—Mi señor, albricias, nuestra dama os ha dado el varón más bello que se ha visto jamás.

—Loado sea Dios —exclamó Antonio—, sed bienvenidos.

Luego, tomó las cartas y las leyó. Antonio y su hermano se pusieron muy contentos al comprobar que las noticias eran ciertas: acogieron a los caballeros con gran alegría y los trataron con generosidad. Después de comer, volvió a empezar la fiesta, que duró ocho días, al cabo de los cuales, volvieron a la ciudad y se despidieron todos de Reinaldo y de Aiglantina, que estaban muy tristes por su marcha. Antonio acordó con su hermano que si los paganos le atacaban se lo haría saber y que acudirían a socorrerle. Se besaron y se despidieron.

Las huestes cabalgaron juntas hasta que llegaron a Munich y acamparon en la pradera de delante de la ciudad; el duque de Baviera los festejó durante tres días, y al cuarto marcharon, despidiéndose de él. Cabalgaron hasta quedarse a un día de camino de Colonia; entonces, los cuatro caballeros que conducían a los soldados que los de esta ciudad habían enviado a Antonio, le dijeron:

—Señor, estaría bien que nos adelantáramos y fuéramos a la ciudad a preparar vuestro paso.

—Me parece muy bien —dijo Antonio.

Marcharon los cuatro caballeros con su mesnada y fueron recibidos con mucha alegría en Colonia. Los burgueses y los artesanos de la ciudad les preguntaron por su viaje a lo que ellos contestaron contando todo lo ocurrido y cómo Reinaldo había sido hecho rey de Bohemia. Cuando los de Colonia oyeron estas palabras les dijeron que estaban muy contentos por haber conseguido el amor de los dos príncipes. Lo preparan todo para recibir al duque Antonio, al rey de Alsacia y a su gente, acogidos con grandes muestras de júbilo y respeto. El duque de Luxemburgo ofreció una cena a las damas, a los burgueses y a los gentilhombres de la ciudad y al día siguiente dio una comida. La mañana del otro día, Antonio se despidió de los habitantes de Colonia y les agradeció lo que habían hecho, diciéndoles que si necesitaban algo de él, les ayudaría en lo posible. Luego, la hueste levantó el campo y caminaron hasta llegar una tarde al prado de Luxemburgo.

La duquesa Cristina se puso muy contenta cuando se enteró de la llegada de su marido; salió de la ciudad con muy bella compañía de damas, de doncellas y de nobles. Toda la burguesía iba a pie a su encuentro; el clero llevaba cruces, estandartes y agua bendita; lo encontraron a media legua de la ciudad, con gran alegría para todos. El pueblo daba gritos, alabando a Jesucristo por el retorno de su señor. Antonio, el rey de Alsacia y los más altos nobles, se alojaron en la ciudad, mientras que el ejército se quedó a las afueras.

La fiesta duró seis días, durante los cuales permaneció el rey de Alsacia en Luxemburgo, siendo tratado con gran generosidad: el duque le redimió de todas sus

obligaciones y le liberó de todo excepto de fundar el priorato por los muertos. Pasada la semana, el rey se fue a Alsacia, donde fue recibido con mucha alegría. El duque Antonio se quedó en Luxemburgo; tuvo aquel año otro hijo que se llamó Lohier, que fue el que limpió las Ardenas de ladrones, fundó Yvois y Saint Vy, hizo construir el puente de Mezieres, sobre el Mosa, fundó Warcq, construyó el castillo de Donchery, hizo numerosas fortalezas y liberó el país hasta Gueldre y las Tierras Bajas de Holanda. Él y Ollifarte de Bohemia, que era primo hermano suyo, hicieron numerosas hazañas. Tiempo después, el rey de Alsacia luchó contra el conde de Friburgo y el duque de Austria, y pidió a Antonio que fuera a ayudarlo; éste lo hizo así, apresó al conde, pasó a Austria y derrotó en batalla al duque, obligándole a firmar la paz con el rey de Alsacia; Beltrán, el hijo del duque Antonio, se casó con Melida, hija del rey de Alsacia, al morir su padre; el ducado de Luxemburgo pasó a Lohier. Pero de esto ya no tengo intención de hablaros por ahora, y volveré a Remondín, a Melusina y a sus otros hijos.

En los dos años siguientes, Melusina tuvo dos hijos; el primero se llamó Fromonte: le gustaba mucho la Iglesia, y al fin se hizo monje en Maillezais, donde le ocurrió una horrible desgracia, como oiréis más adelante. Y el otro hijo que tuvo, al año siguiente, se llamó Thierry: fue un gran bachiller.

En cuanto a Jofré, el del Gran Diente, dice la verdadera historia y crónica que combatió contra un caballero encantado por un malvado espíritu en los prados que había junto a Lusignan, tal como vais a oír. En aquel entonces, Jofré era grande y fuerte, y había oído decir que en Irlanda había un pueblo en el que no querían obedecer las leyes de su padre; juró que los haría entrar en razón: se despidió de Remondín, que quedó triste, y con quinientos hombres de armas y cien ballesteros se dirigió a Irlanda. Preguntó por los rebeldes y los fieles a su padre le indicaron las fortalezas, se armaron y se presentaron a Jofré, diciéndole que le ayudarían a acabar con sus enemigos.

—Señores —dijo Jofré—, sois buenos y leales, y os agradezco vuestra buena voluntad, pero por ahora no es necesario, pues tengo gente suficiente para concluir con este asunto, si Dios quiere.

—Señor, vais a tener más trabajo del que pensáis, pues vuestros enemigos son fuertes y de extraordinario valor; todos ellos están emparentados y pertenecen al linaje más alto de este país.

—No os preocupéis, venceré. Sabed que a quien no quiere obedecer mis órdenes, lo mato con mala muerte, aunque sea de muy noble origen. De todas formas, si veo que hace falta, os pediré ayuda.

—Estaremos completamente dispuestos para cuando os plazca. —Os lo agradezco.

Se despide de ellos, encaminándose hacia una fortaleza que se llamaba Sión, que era de tres hermanos, valientes, orgullosos y crueles, que querían dominar sobre todos sus vecinos y ser señores de ellos. Jofré envió un mensaje diciéndoles que fueran a

rendir obediencia a Remondín. Le respondieron que ni por su padre, ni por nadie que viniera de su parte lo harían y que no volviese, pues actuaría como loco.

—Os prometo —les dijo el mensajero— que no volveré a no ser que traiga un médico para que os aplaque con una buena medicina, de forma que acabéis colgados por el cuello.

Los hermanos se enfadaron mucho, pero el mensajero saltó rápidamente sobre su caballo y los otros no lo pudieron matar. El emisario volvió a Jofré y le contó el orgullo y la necedad de los tres hermanos, que no creían en Dios ni en ningún hombre.

—Por mi cabeza —exclamó—, mucho viento es para tan poca lluvia. Les haré pagar caras sus fanfarronadas.

Y, sin decir más, fue a acampar a media legua de la fortaleza. Cuando su gente ya estaba instalada y en orden, se armó con todas las piezas, tomó a un escudero que conocía aquella tierra, hizo que montara un rápido corcel y le dijo a su gente que no se movieran hasta que no tuvieran noticias, a lo que contestaron que así lo harían. Entonces, Jofré se marchó con el escudero.

Había allí un caballero que había criado y adiestrado a Jofré, que conocía su valor y sabía que no temía a nada del mundo; este caballero se llamaba Filiberto de Montmoret, era valiente y había participado en numerosas acciones militares. Al ver que Jofré se alejaba, se puso en marcha con diez caballeros armados, siguiéndolo de lejos pero sin perderlo de vista. Jofré llegó al castillo de Sión, que se asentaba, por la parte por donde él estaba, en una alta roca.

—Si el castillo es tan fuerte por el otro lado —dijo Jofré—, me costará gran trabajo tomarlo; eso tengo que averiguarlo.

Entonces empezó a dar la vuelta en torno a la fortaleza, acompañado por su escudero, a cubierto de un bosque; llegaron a la montaña y bajaron por una pradera muy amplia. Filiberto les seguía escondido, sin perderlos de vista, y mandó a sus hombres que se ocultaran en el bosque. Jofré y su escudero cabalgaron hasta que dieron la vuelta completa a la fortaleza; vio que por detrás podía ser tomada al asalto, pues los muros eran bajos y no había torreones, aunque sobre la puerta había una torre bastante alta, bien almenada y con buenas defensas. Esto no le preocupaba a Jofré, pues su ejército llevaba protecciones por si les tiraban piedras.

Mientras se distraía pensando en ello, tomó un estrecho camino que subía por la montaña y le daba la vuelta a la fortaleza, conduciendo hacia el campamento. Filiberto se dio cuenta de que pensaba volver, fue a sus gentes y los llevó al camino por el que habían venido e hizo que se escondieran en el bosque pues quería dejar que pasara y volverían al campamento después de él. Estaba atento a que Jofré saliera del camino, cuando vio una fila de gente a caballo que entraba en el sendero por el que iba Jofré. El camino era tan estrecho que apenas se podían encontrar dos hombres de frente y, algunas veces, si los caballos eran grandes, uno tenía que volver hacia atrás. Filiberto dudó mucho tiempo, pues no sabía si seguir adelante, por miedo a su señor.

Jofré se encontró a la fila de gente a caballo en medio de la montaña: eran dieciséis o dieciocho de los que catorce iban muy bien armados. Si alguien me pregunta que quién era aquella gente, yo le contestaré que era uno de los hermanos de Glaudes de Sión, que iba al castillo porque había sido llamado para consultarle sobre la petición de Jofré. Cuando Jofré se encontró al primero de la hilera, le dijo que diera la vuelta y que hiciera volver a sus compañeros, hasta que él hubiera pasado.

—Señor estúpido —le contestó aquél, que era fiero y rápido—, antes habrá que saber quién sois, para que nos volvamos por vos.

—Lo vais a saber, y luego os volveréis a vuestro pesar. Soy Jofré de Lusignan. Volveos, por el diente de Dios, u os haré volver a la fuerza.

Cuando Girón, el hermano de Glaudes de Sión, oyó que era Jofré, el del Gran Diente, les gritó:

—¡Adelante, nobles señores! Si se nos escapa, será una gran vergüenza para todos nosotros. Mala cosa ha sido pedir servidumbre de nuestro país.

Al oír estas palabras, desenvaina la espada sin decir nada, y golpea al primero sobre la cabeza, de tal modo que lo hace caer al suelo completamente aturdido; luego pasa al lado del caballo del que yacía en el sendero de forma que el animal lo pisotea; golpea con gran ruido al siguiente, en medio del pecho, y éste cae muerto bajo el caballo. Después, Jofré les grita:

—Falsos traidores, no podéis escapar. Volved a vuestra mala tierra.

Pasa junto al caballo del otro que yacía muerto y ataca al tercero que era grande y fuerte: al verlo venir, desenvaina la espada y golpea a Jofré sobre el yelmo con todas sus fuerzas, pero el yelmo era resistente y la espada resbaló. Jofré no se debilitó, ni se estropeó su arnés; empuñó la espada con las dos manos y alcanzó a su enemigo encima de la cofia de acero con un tajo tan grande que le hundió la espada en el cerebro, sin que pudiera detener el golpe. Cuando Girón se da cuenta del desastre, se irrita, pues no pueden atacar a Jofré más que de uno en uno, y ve que sólo quedan dos caballeros delante de él: entonces empezó a entrarle mucho miedo, porque apreció su fuerza y su valor; por eso, se volvió hacia los de detrás y les gritó:

—Volved y subid la montaña; vamos adonde nos podamos desplegar, pues aquí va a acabar este diablo con todos nosotros.

Dan la vuelta rápidamente y suben la montaña; Jofré los sigue con la espada en la mano, mientras que su escudero reúne los caballos de los tres que habían sido derribados, dos de los cuales estaban muertos.

Filiberto de Montmoret se había aproximado, entretanto, al camino, pues había oído el ruido; llamó a los suyos, que acudieron de inmediato, dispuestos a tomar parte en el combate si era necesario. Girón y su gente salieron de la montaña y atacaron a Jofré en cuanto salió a campo libre.

Ahora os quiero hablar de aquél a quien Jofré derribó en primer lugar: cuando se dio cuenta de que Girón había tenido que retirarse por el acoso de Jofré, y que sus dos compañeros estaban muertos a su lado, se afligió mucho; vio el caballo cerca, montó

con gran esfuerzo y se fue espoleando como podía hacia Sión; allí se encontró en la puerta a Glaudes y a su gente, que lo reconocieron de inmediato y le preguntaron qué le había sucedido, pues estaba ensangrentado y herido. Él les cuenta cómo habían encontrado a Jofré, que iba solo, y el daño que les había causado, obligando a Girón a remontar el camino a la fuerza, y que aún duraba la batalla. Al oír estas palabras, Glaudes se armó y montó a caballo con ciento cuarenta hombres, dejando a Clarimbaldo, que era hermano suyo, en el interior de la fortaleza, con sesenta combatientes para defenderla; Glaudes se apresura para llegar a tiempo a la batalla, pero se esfuerza en vano, pues Filiberto y sus diez caballeros ya habían llegado y habían dado muerte a todos los hombres de Girón, apresando a éste, porque Jofré había jurado hacerlo prisionero.

Mientras, el escudero de Jofré, que había vuelto al camino a recoger una espada muy bella que había visto que se le caía a uno de los caballeros derribados por Jofré, oyó el rumor y el ruido de los caballos y de la gente de armas que iban con Glaudes. Volvió corriendo a Jofré y le dijo:

—Señor, he oído gran ruido de gente que viene hacia aquí. Jofré hizo que ataran a Girón a un árbol del bosque, y le encargó a un caballero que lo guardara; él se fue con todos sus hombres a la entrada del camino a esperar; Filiberto corrió a la cima de la montaña y observó el fondo del sendero: allí vio a Glaudes y a los suyos que llegaban con malas intenciones. Volvió al lado de su gente y le dijo a Jofré:

—Señor, no se puede mantener esta posición, vienen vuestros enemigos.

—No temáis, nos defenderemos bien. Corred a la hueste —le dice a continuación al escudero— y haced que vengan mis compañeros lo más rápido posible.

Aquél se va, espolea el caballo y galopa sin detenerse hasta que llega al ejército; allí se presenta a los nobles.

—Buenos señores —les dice—, deprisa, montad a caballo. Jofré está combatiendo contra sus enemigos y le hace falta ayuda.

Se arman, montan y van tras el escudero que les guía lo más directo que puede al lugar donde cree que está Jofré.

Cuenta la historia ahora que el joven de Lusignan, Filiberto y sus caballeros aguardaban a la entrada del sendero, mientras que Glaudes y su acompañamiento galopaban por el camino dispuestos a subir a la montaña. Dos de los caballeros de Jofré habían descabalgado e impedían el paso por el sendero con la lanza en la mano, a ambos lados de su señor; así recibieron a la gente de Glaudes, produciéndoles muchos muertos. Filiberto, por su parte, fue con cuatro hombres a la hondonada que había sobre el sendero, donde reunieron piedras que arrojaban con tal fuerza que derribaban a todo aquel que era alcanzado de lleno; de este modo, hubo más de veinte muertos.

Entretanto llega el escudero que traía a la hueste; Jofré envía trescientos hombres por el camino que habían tomado por la mañana hasta el paso, para que Glaudes y su gente no pudiesen regresar a la fortaleza. El escudero marcha muy deprisa, baja a la

pradera y pasa ante el castillo. Cuando Clarimbardo los ve, piensa que son refuerzos que llegan a Sión, pues no pensaba que hubiera en el país tantos enemigos; los nuestros avanzan a buen paso, sin aparentar si eran amigos o no. Clarimbardo, que pensaba que eran de los suyos, hizo bajar el puente y abrir la puerta, y salió a su encuentro con doce hombres armados. El escudero y su acompañamiento, al ver el puente bajado y la puerta abierta, salieron del camino y se acercaron lo más posible a la fortaleza; cuando iban a pasar ante la entrada, Clarimbardo les gritó:

—¿Quiénes sois?

—Somos buena gente.

Poco a poco se acercaron unos veinte al puente y preguntaron:

—¿Dónde está Glaudes de Sión? Queremos hablar con él.

—Vendrá dentro de poco —les contesta Clarimbardo acercándose a ellos—. Ha ido a combatir a Jofré, el del Gran Diente, al que tienen rodeado en aquella montaña de allí; no se les puede escapar, aunque Jofré hubiera sido templado de puro acero: morirá o será herido.

—Son buenas noticias —exclamó el escudero, y aproximándose añadió—, ¿tiene consigo mucha gente? ¿Podríamos ayudarle?

—Muchas gracias —dijo Clarimbardo—, pero me parece que no le hace falta.

El escudero se fue aproximando con buenas palabras, y llegó cerca del puente. Entonces, gritó a su gente:

—¡Adelante, señores! ¡La fortaleza está ganada!

Cuando Clarimbardo oyó estas palabras, intentó retroceder para levantar el puente, pero el escudero y sus veinte hombres atacaron a los defensores con tal ímpetu que los derribaron, pasaron la puerta y pusieron dos lanzas en las cadenas del rastrillo. Entonces, descabalgaron más de cien, entraron en la fortaleza y la recorrieron, apresando a Clarimbardo y a todos los demás y encerrándolos en una hermosa habitación bajo la custodia de cuarenta hombres. Decidieron que le dañan a Jofré noticia de ello y se mantendrían ocultos en el castillo por si Glaudes volvía. El escudero se ofreció personalmente para ir a anunciar la nueva: picó espuelas y no tardó en estar en presencia de Jofré, que se puso muy contento al saber la victoria obtenida; lo nombró caballero y le dio cien hombres para que volviera al paso y cuidara de que Glaudes no pudiera tomar otro camino que el del castillo de Sión, pues si se escapaba, podría causar mucho daño antes de que se le pudiera atrapar.

—Señor —dijo el caballero novel—, no temáis ahora, pues sólo podrá escapar si sabe volar, os respondo de ello con mi cabeza.

Dichas estas palabras, marcha con los cien hombres y desciende de la montaña. Jofré se queda en el cruce, donde combate a golpe de espada contra sus enemigos. Habían descabalgado unos cuarenta caballeros que arrojaban piedras con tanta fuerza que obligaron a que retrocedieran Glaudes y su gente; entonces, empezó la persecución, con muchas dificultades por la abundancia de muertos que había por las pedradas.

Mientras, el caballero novel y su acompañamiento habían llegado a la entrada del camino; al oír el ruido del combate, pensó que Glaudes no tardaría en llegar: se escondió y dejó libre el camino de la fortaleza. En efecto, el señor de Sión no tardó mucho en salir del sendero, sin esperar a nadie se dirigió hacia el castillo a galope tendido. Cuando llegó a los prados, gritó en voz alta: «¡Abrid la puerta!» y los de dentro lo hicieron así. Pasó el puente y llegó al interior, fue a descabalgarse en el sitio acostumbrado, antes de darse cuenta de que había perdido la fortaleza. Apenas había dejado el caballo, lo rodearon por todas partes y lo ataron: se quedó atónito, pues no veía alrededor de sí a ningún conocido.

—¿Qué es esto —preguntó sorprendido—, qué diablos ha pasado con mi gente?

—Glaudes —le dijo un caballero que lo conocía bien—, en seguida estaréis con ellos.

Lo llevaron a la habitación en la que estaban Clarimbaldo y los demás prisioneros. Cuando los vio atados, sintió gran desazón.

—Glaudes —le dijo su hermano al verlo—, por vuestro orgullo hemos caído en gran cautividad, y mucho me temo que no escaparemos sin pérdidas de vidas, pues Jofré es muy cruel.

—Ya que la fortuna nos ha traído hasta aquí —respondió Glaudes—, conviene esperar.

Mientras, llegó Jofré a la fortaleza; llevaron a Girón con todos los demás. El del Gran Diente entró en la habitación y le dijo a Glaudes:

—Falso, traidor, ¿cómo habéis sido tan atrevido que habéis causado daño y molestias al país y a las gentes de mi padre, vos, que deberíais ser vasallo suyo? Por mi cabeza, os lo pagaré bien, pues os haré colgar en Valruidoso, para que lo vea vuestro primo Garnier, que también ha traicionado a mi padre.

Cuando Glaudes oyó este saludo, no se tuvo por contento. Y al enterarse la gente de allí que Sión había sido tomada y que Glaudes y sus dos hermanos habían sido hechos prisioneros, empezaron a presentar quejas de robos y de muchas otras maldades que habían causado: había en la fortaleza más de cien prisioneros, gente buena del país y comerciantes que habían sido despojados de sus mercancías, y por los que pensaban pedir recompensa; todos los que pasaban por Sión eran robados. Cuando Jofré oyó estas noticias hizo levantar horcas en las que hizo colgar a toda la gente de Glaudes, menos a éste y a sus dos hermanos. Encomendó el castillo a un noble caballero de aquella región, insistiéndole en que gobernara lealmente y que mantuviera la justicia. Aquél se lo prometió y así lo hizo.

Por la mañana marcharon de allí y se dirigieron a Valruidoso, llevando a Glaudes y a sus dos hermanos, que tenían mucho miedo de morir, y no les faltaba razón.

Al llegar ante el castillo de Garnier, plantaron las tiendas y se acomodaron todos; a continuación, Jofré ordenó que levantaran unas horcas frente a la puerta de la fortaleza, y mandó que colgaran a Glaudes y a sus dos hermanos, haciendo saber a los de dentro que, si no se rendían a su voluntad y le obligaban a tomar el castillo por la

fuerza, los ahorcaría a todos.

Cuando Garnier de Valruidoso oyó estas palabras, le dijo a su dama:

—Señora, no me puedo enfrentar a la fuerza de este diablo. Me iré de aquí y marcharé a Montfrín, con mi sobrino Girart y mis otros amigos, para ver qué podemos hacer, o si firmamos un tratado de paz con Jofré.

—Id con Dios —le dijo la dama, que era sensata y discreta—, y cuidado de no caer preso. No marchéis de Montfrín hasta que tengáis noticias mías, pues, con la ayuda de Dios, creo que os podré conseguir un buen tratado de paz; si me hubierais hecho caso no hubierais prestado atención a las peticiones de Glaudes y de sus hermanos, aunque aún no habéis hecho nada que haya enfrentado vuestra fe a vuestro legítimo señor Remondín de Lusignan.

—Hacedlo lo mejor que podáis, me fío de vos y os obedeceré en todo.

Sale por una poterna falsa, monta un rápido corcel y marcha a cubierto de los fosos, pasa junto al campamento sin ser reconocido, pues pensaban que era uno de sus caballeros que se iba a pasear, porque iba a trote corto. Cuando se había alejado un poco, pica al caballo con las espuelas y galopa veloz. Tenía tanto miedo de ser visto, que corría sin saber por donde iba; cuando se encontró a la entrada del bosque, que tenía unas dos leguas, alabó a Jesucristo y tomó el camino de Montfrín.

Asegura la historia que Garnier de Valruidoso cabalgó sin detenerse hasta que llegó al castillo, donde encontró a su sobrino Girart, al que puso al corriente de todo lo ocurrido.

—Buen tío —le dijo Girart—, habéis actuado inteligentemente, pues, según me han dicho, Jofré es un caballero de enorme valentía y tremenda crueldad. En mala hora nos aliamos con Glaudes, pues sabíamos que él y sus hermanos eran gente de mala vida y que el que pasaba por su tierra era despojado de todo. Que Jesucristo salve nuestro honor. Hay que tomar una decisión. Enviaremos a buscar a nuestros amigos, parientes y a todos los que han participado en esta loca alianza.

—Está bien —contesta Garnier.

Enviaron aviso a todos, que no tardaron en prepararse para ir a Montfrín donde decidirían qué se podía hacer en esta situación o donde buscarían alguna excusa.

Aquí la historia deja de hablar un poco de ellos y hablará de la dama de Valruidoso, que siempre había reprochado a su marido el que consintiera muchas cosas a Glaudes y a sus hermanos. Esta dama tenía una hija de unos ocho o nueve años, que era muy bella y graciosa, y un hijo de unos diez años, hermoso y bien educado. La dama montó un rico palafrén en compañía de sus dos hijos, e hizo que los condujeran por las riendas dos ancianos gentilhombres. Ordenó que seis doncellas fueran con ella a caballo, y que abrieran la puerta; allí se encontró con el caballero novel que llevaba la orden de Jofré, al que la dama le preguntó con gran discreción:

—Señor caballero, mi marido no está aquí, ¿puedo acudir yo misma a Jofré para saber lo que desea? Me parece que ha venido en actitud de guerra, y me extraña — que sea contra mi señor o contra alguien de esta fortaleza; no quiera Dios que nadie

de aquí haya cometido algo contra Jofré o su padre; si por ventura alguien, rencoroso y con deseos de venganza con respecto a Garnier, hubiera informado a Jofré de algo distinto de la verdad, le suplicaría humildemente que escuchara las explicaciones de mi señor.

Cuando el caballero novel la oyó hablar tan juiciosamente, le respondió:

—Dama mía, vuestra petición es razonable y yo mismo os conduciré a mi señor; creo que llegaréis a un buen acuerdo con él, aunque le han dado informes graves y duros contra Garnier. Supongo que accederá a una parte de vuestra solicitud.

Se dirigen al campamento y descabalgan ante la tienda de Jofré; al enterarse éste de que había llegado la dama, salió a su encuentro; ella, que había sido muy bien educada, cogió a sus dos hijos de la mano y se arrodilló haciéndole la reverencia a Jofré, que la levantó diciéndole:

—Señora, sed muy bienvenida.

—Señor, sed bien hallado.

Los dos niños también lo saludan con respeto; Jofré los incorpora y les devuelve el saludo. Entonces, la dama toma la palabra y hace como si no supiera que él había ido de mal talante:

—Mi muy querido señor —le dice—, mi marido no está ahora en esta tierra, por esto he venido a rogaros que nos honréis, a mi señor y a mí, alojándoos en nuestra fortaleza: llevad tanta gente como queráis, pues es normal que os instaléis cómodamente; en el castillo, todos os recibiremos con gusto, como debemos hacer con el hijo de nuestro señor legítimo y natural.

Jofré se quedó atónito al oír estas palabras, pues no eran ésas las noticias que tenía de Garnier de Valruidoso; no obstante, respondió:

—Por mi cabeza, bella dama, os agradezco la gran cortesía que me hacéis, pero no puedo aceptar vuestra invitación, pues se me ha dado a entender que vuestro marido ha conspirado contra mi padre y contra mí; sin embargo, quiero que sepáis que no he venido aquí para guerrear contra damas ni doncellas, Dios me guarde. Estad segura de que no permitiré que sufráis ningún daño, ni vos ni vuestra gente, ni vuestra fortaleza, en el caso de que vuestro marido no esté.

—Mi señor —responde ella—, muchas gracias. Os ruego que me digáis la causa de vuestra indignación con mi marido, pues estoy segura de que él nunca ha hecho nada, sabiéndolo él y yo, que pudiera disgustaros. Creo que si le escucháis en sus razones, comprobaréis que los que os han informado en contra de él no han dicho la verdad; señor, respondo con mi vida de ello.

Cuando Jofré oyó a la dama, que hablaba así, pensó un poco y luego respondió:

—Señora, si puede demostrar que no ha faltado al juramento, ni ha traicionado o roto el homenaje al que se debe, estaré muy contento y aceptaré sus excusas y las de sus compañeros. Que vengan tranquilos, les otorgo permiso para ir y venir durante ocho días, y a Garnier durante nueve. Lo hago por vos y por vuestros hijos.

—Señor, que Dios os lo recompense.

La dama se despidió y volvió a Valruidoso, donde dejó a sus hijos; ordenó que montaran diez caballeros y escuderos y tres doncellas; cabalgó con ellos hasta Montfrín, donde fue recibida con gran alegría. Para entonces, ya estaban reunidos todos los aliados de Glaudes, que eran unos cuarenta. La esposa de Garnier los puso al corriente de las noticias.

—Podemos conseguir un buen tratado con él —dijo un caballero anciano—, pues nadie puede decir que le hemos faltado en nada. Si Glaudes nos pidió ayuda, porque tenía necesidad de ella y nosotros acordamos ayudarle, no hicimos nada malo, pues ni Jofré ni nadie pueden decir que nos hayamos puesto el yelmo en la cabeza, ni que hayamos dado un paso para ayudar a Glaudes en contra de nuestro señor; vayamos tranquilos, y dejadme hablar.

Todos los que estaban allí aceptaron el consejo del anciano y acordaron acudir tres días más tarde. La dama volvió a Valruidoso, mandó que cargaran pan y vino, gallina, heno y avena para enviarlos a Jofré, que no se quedó con nada, aunque permitió que lo hiciera quien quisiera. Del mismo modo, le dijo a Jofré qué día irían a verle Garnier y los suyos.

Se reunieron todos los del linaje de Glaudes en Montfrín, y se dirigieron a Valruidoso, donde fueron bien recibidos. Al día siguiente, comunicaron a Jofré que estaban ya dispuestos para ir a presentarle las excusas, a lo que él respondió que los oiría.

Salieron del castillo y descabalaron ante la tienda de Jofré, a quien saludaron con grandes muestras de respeto. Entonces, tomó palabra el caballero anciano y le dijo a Jofré:

—Muy querido señor, hemos venido aquí porque nos han dado a entender que os habían informado en contra de nosotros y os habían referido que estábamos de acuerdo con la maldad que nuestro primo Glaudes de Sión había comenzado contra nuestro legítimo señor natural. Es cierto que antes de emprender esta alocada empresa, nos reunió y nos dijo:

—Buenos señores, vosotros sois de mi linaje y yo del vuestro; es justo que nos aliemos como primos y amigos.

—Así es —contestamos nosotros—, pero ¿por qué lo decís?

—Os lo voy a decir —respondió con gran sigilo—; temo que va a haber en breve una gran guerra y quiero saber si vosotros me ayudaréis o no.

Le preguntamos que contra quién. Y nos respondió que lo sabríamos a su tiempo, y que no actuaba como amigo quien faltaba a su pariente en la necesidad; a lo que nosotros le contestamos:

—Glaudes, sabed que no hay en este país nadie, noble o mercader, por alto que sea, contra el que no nos enfrentemos para ayudaros a mantener vuestro derecho.

Poco después empezaron algunas riñas en las que él tenía poca razón, y en las que algunos de nosotros le ayudamos a mantener su honor, pero cuando empezó a desobedecer a vuestro padre, que era su señor natural y el nuestro, estábamos

completamente seguros de que ninguno de nosotros se armaría o saldría de casa en defensa de tal asunto. No se nos puede acusar de haberle apoyado; si se comprueba lo contrario hacednos castigar justamente, pues no pedimos gracia sino justicia; si alguien nos ha acusado por envidia u odio, no por eso vos debéis querernos mal, pues somos vuestros vasallos, súbditos verdaderos y obedientes; si alguno nos pretende molestar o injuriar, vos nos debéis proteger. Y de este asunto ya no sé qué más decir, pues no acertamos a adivinar algo que os pudiera ofender.

Cuando Jofré oyó la disculpa presentada por el anciano, se reunió con su consejo y les dijo:

—Buenos señores, ¿qué os parece? Creo que esta gente se excusa sinceramente.

—Señor —dijeron todos de común acuerdo—, es verdad; preguntadles bajo juramento por los Santos Evangelios que si se hubiese realizado el asedio de Sión, si hubieran ayudado o apoyado a Glaudes o a sus hermanos contra vos; si juran que sí, son enemigos vuestros; y si no, no les debéis guardar ningún rencor. Luego hacedles jurar que si les hubieseis mandado asediar Sión, si hubieran ido a serviros contra vuestros enemigos.

En esto estuvieron de acuerdo todos los del consejo. Informaron de lo acordado a Garnier y a los demás, y ellos respondieron que lo jurarían de muy buen grado. Así lo hicieron y obtuvieron la paz de Jofré, que a partir de entonces viajó por el país visitando las fortificaciones y las ciudades durante dos meses; luego, se despidió de los nobles, dejando buenos gobernantes, y marchó a Lusignan, donde fue muy bien recibido por Remondín, por Melusina y por toda la nobleza que ya conocían sus hazañas en Irlanda y cómo había sometido a los enemigos.

Por aquel entonces había llegado de Chipre un caballero del Poitou, que era del linaje de Tors, con noticias de que el califa de Bagdad y el gran Caramán habían atacado Armenia, causando graves perjuicios al rey Guyón, y que el rey Urién tenía intención de ir a guerrear, para lo que estaba reuniendo gente y navíos para combatir en el mar, o en su propio país si no los encontraba en alta mar, pues no deseaba dejarles llegar a sus tierras. Cuando Jofré se enteró de esta noticia, juró por Dios que participaría, pues había permanecido demasiado tiempo en casa. Les pidió a Remondín y a Melusina que le dieran medios suficientes para ir en ayuda de sus hermanos; se lo otorgaron con la condición de que estuviera de regreso al cabo de un año.

Jofré se alegró al saber que sus padres aceptaban que fuera a prestar auxilio a los de oriente; entonces, le rogó al caballero que había venido de Chipre que volviera con él, que se lo agradecería bien.

—Me han dicho que vuestro valor no se puede comparar con el de ningún caballero —le dijo el que había traído las noticias—; iré con vos para comprobar si sois capaz de hacer más que vuestros hermanos Urién y Guyón, pues los conozco bastante bien a ambos.

—Señor caballero —le contestó Jofré—, poco es mi valor comparado con el

poder de mis dos señores y hermanos, pero os agradezco que hayáis accedido a venir conmigo, y, si Dios quiere, os recompensaré bien.

Entonces dio las órdenes necesarias y consiguió hasta mil cuatrocientos hombres con yelmo y unos cuatrocientos ballesteros, y les mandó que se dirigieran a La Rochelle, donde estaban Remondín y Melusina, que habían reunido una buena flota y ya estaba provista y avituallada para zarpar. Entonces, Jofré se despidió de sus padres y se adentró en el mar; izaron las velas, se encomendaron a Dios y empezaron a navegar hacia alta mar, tan rápidamente que en poco tiempo los perdieron de vista.

Aquí deja la historia de hablar de Jofré y de su gente y habla del califa de Bagdad y del sultán de Berbería, que era sobrino del sultán que murió en la batalla que tuvo lugar en el cabo de San Andrés, al pie de la Montaña Negra.

El califa de Bagdad, el sultán de Berbería, el rey Antenor de Antioquía y el emir de Curdes juraron que no cesarían hasta el día en que consiguieran destruir al rey de Chipre y a su hermano. Habían reunido entre todos unos ciento veinte mil sarracenos y tenían la flota preparada para ir a Armenia, destruir la isla de Rodas y acabar con los habitantes de Chipre. Del mismo modo, estaban decididos a que el rey Urién muriera crucificado y su mujer y sus hijos, quemados; pero tal como dice el sabio, «el loco piensa y Dios ordena».

Por aquel tiempo, había entre ellos numerosos espías, tanto de Armenia como de la isla de Rodas; uno, que estaba al servicio personal del gran Maestre de Rodas, parecía tan sarraceno que nadie sospecharía lo contrario, y conocía la lengua como si fuera del propio país. Éste se enteró de los planes y marchó a Beirut, donde encontró una embarcación que iba a zarpar hacia Turquía en busca de mercancías, y embarcó. Cuando tuvieron buen viento, levaron anclas y navegaron hasta la isla de Rodas, a la que se aproximaron para refrescarse. El espía les dijo que quería ir a la ciudad por poco tiempo; le contestaron que si no volvía pronto, que no le esperarían. Él los tranquilizó diciendo que regresaría en seguida.

Se dirigió a la ciudad, donde fue reconocido; se presentó rápidamente ante el gran Maestre y le contó las noticias.

—¿Es esto verdad? —preguntó al oírlas.

—Señor —le contestó—, por mi fe que sí. Lo he visto yo mismo. Entonces el Maestre escribió al rey de Armenia y al de Chipre; Urién, a su vez, escribió al Maestre y a su hermano Guyón para que embarcara con toda su fuerza y esperara junto al puerto de Jafa, donde se encontrarían, pues sabía que el califa de Bagdad y sus cómplices iban a embarcar por aquella parte.

Guyón reunió unos seis mil armenios bien armados y unos mil ballesteros, y se fue en busca del Maestre a Rodas. Éste estaba embarcando en el puerto unos cuatro mil combatientes, entre caballeros de la Orden, servidores y extranjeros que iban en busca de aventuras; había, además, seiscientos o setecientos arqueros y ballesteros.

Cuando la flota se reunió, resultaba muy hermosa: las banderas ondeaban sobre las naves; el oro y el azul, los yelmos y las lorigas brillaban al sol. Entraron en alta mar y se dirigieron al puerto de Jafa, en el que se encontraba la flota de los sarracenos y al que iba también el rey Urién con sus naves.

En efecto, el ejército de Urién había atravesado Chipre y embarcó en el puerto de Limasol, donde se encontraba la reina Herminia con sus damas y doncellas, con su hijo Hervy, que tenía cinco años, y con los que debían guardar el puerto y el país. El rey se despidió y embarcó con los otros catorce mil combatientes, ballesteros y gente de armas. Izaron las velas, salieron del puerto y navegaron con tal rapidez que en poco tiempo los perdió de vista la reina que estaba en la torre mayor.

Tres días después, llegó Jofré a Limasol, pero el alcaide no dejó que entrara a pesar de que se quedó sorprendido al ver en los barcos y en las banderas las armas de Lusignan. Fue al castillo y avisó a la reina.

—Id a ver quién es —le dijo ésta que era muy sensata—, pues si no es traición no nos puede reportar más que bien; hablad con ellos y enteraos de dónde vienen; preparad a vuestra gente en el puerto por si pretenden desembarcar por la fuerza, que sean rechazados.

El alcaide llevó a cabo la orden de la reina, fue a las defensas que hay entre las dos torres de la puerta y les preguntó en voz alta qué querían. Entonces, contestó el caballero que ya había estado en Chipre:

—Dejadnos entrar; es uno de los hermanos del rey Urién que viene a luchar contra los sarracenos.

Cuando el alcaide oyó al caballero lo reconoció y le dijo:

—Señor, hace tres días que el rey se ha marchado y se dirige al puerto de Jafa, pues quiere evitar que los sarracenos desembarquen en su país. Decid a Jofré que se presente a mi dama la reina, con vos y con veinte, treinta o cuarenta caballeros, que estará muy contenta con vuestra compañía y con vuestra llegada.

Nada más saberlo, Jofré embarcó en un esquife que no tardó en llegar a la cadena; se la abrieron para que pasaran y fueron recibidos en la ciudad con grandes honores. Todos los de Limasol se admiraban del extraordinario porte de aquellos hombres, especialmente de Jofré, y aseguraban que no regresarían sin haber conquistado alguna de aquellas tierras.

Mientras la gente hablaba de este modo, llegaron a donde estaba la reina, que les esperaba con Hervy al que tenía cogido por la mano; Herminia se inclinó ante Jofré hasta tocar el suelo, y éste hizo lo mismo; luego, la incorporó, la abrazó y la besó, diciéndole:

—Señora, hermana mía, que Dios os dé la alegría que vuestro corazón desee.

Ella le dio la bienvenida con grandes muestras de afecto. Entonces, Jofré tomó a su sobrino, que estaba de rodillas y lo cogió en brazos diciéndole:

—Buen sobrino, Dios os otorgue muchos dones.

—Muchas gracias, buen tío —respondió el niño.

¿Para qué os voy a alargar el relato? Abrieron el puerto y la flota entró para descansar.

—Señora —le dijo Jofré a la reina—, quiero ir en busca de mi hermano; facilitadme algún piloto que conozca el mar, para que pueda encontrarlo sin dificultades.

—Mi querido hermano —respondió la reina—, no os preocupéis, pues lo haría aunque me costase mil besantes, para evitar el peligro y para que vos y vuestra flota os podáis reunir con mi señor, pues sé que se pondrá muy contento con vuestra llegada, como es normal.

Entonces, llamó al alcaide y le dijo:

—Id y haced que armen un pequeño navío de dieciséis remos, buscad al mejor piloto y al patrón de galera más experto que haya quedado aquí, para que conduzca a mi hermano al lado de Urién.

—Señora —responde—, tengo una pequeña embarcación lista, armada y avituallada. No hace falta más que zarpar.

Entonces, Jofré se puso muy contento; se despidió de su hermana, de su sobrino y de la corte, se fue al puerto y embarcó. La nave pequeña iba delante; izaron las velas, llegaron a alta mar y se perdieron de vista en poco tiempo. Que Dios los guíe, pues lo van a necesitar.

No habían de pasar más de cuatro días para que el rey Urién y sus naves llegaran a avistar el puerto de Jafa, con la gran flota que había en él: allí estaban los navíos del califa, del sultán de Berbería, del rey Antenor y del emir de Curdes; y no faltaban más que los grandes señores. Decidieron que el rey Antenor de Antioquía y el emir de Curdes llevarían la vanguardia, irían a Rodas y destruirían la isla; el califa y el sultán les seguirían para socorrerlos en caso de que hubiera dificultades. Y así lo hicieron: zarpó la vanguardia con cuarenta mil paganos y se dirigió a Rodas, sin que el rey Urién los viera, pero no habían navegado más de media jornada cuando se encontraron con el rey Guyón y la flota del Maestre; entonces, se formó un gran alboroto, los cristianos se pusieron en orden de batalla y comenzó el ruido de cañones y los tiros de ballestas y arcos, los impactos de piedras y de bolas de cañón. Cuando llegó el momento del abordaje, se vieron lanzazos y golpes de venablo y azagayas: allí hubo una fiera matanza y una cruel batalla; se perdieron y hundieron seis naves de los sarracenos, pero aunque los cristianos actuaron con gran destreza y valentía, la fuerza de los enemigos era mucho mayor y los nuestros tuvieron que soportar y sufrir mucho; los sarracenos hubieran destruido a nuestra gente si Dios no hubiese llevado hasta allí a la flota de Jofré, que había navegado a toda vela y con viento favorable, de modo que en poco tiempo llegaron al lugar de la batalla. La pequeña embarcación que los guiaba se acercó tanto que los podía distinguir a simple vista; el patrón avisó a Jofré y a nuestra gente para que estuvieran preparados pues había visto tumulto y creía que los que combatían eran gente nuestra contra los sarracenos.

—Ahora, poneos en orden de batalla; iremos a ver quiénes son.

—Id ya —dijo Jofré—, pero, sean quienes sean, ayudaré a los más débiles, a ver si son mis hermanos.

Entonces, marcha el esquife y llega muy cerca de la batalla, y oyen gritar en voz alta: «¡Curdes y Antioquía!» y «¡Lusignan y San Juan de Rodas!».

—Señor —le contaron a Jofré—, por un lado están los sarracenos y por el otro los cristianos. Pero no es el rey Urién, sino que me parece que son el rey de Armenia y el gran Maestre de Rodas que han debido encontrar a los sarracenos en alta mar.

—Ataquemos de inmediato —dijo Jofré—, no es necesario disimular.

Despliegan las velas, las golpea el viento yendo tan rápidos como un dardo de ballesta, atacan el centro de la flota de los sarracenos, de forma que no quedan juntos más de cuatro navíos. Gritan «Lusignan», por lo que los armenios y los de Rodas pensaron que debía ser el rey Urién que venía de Chipre. Entonces, recobraron gran coraje y mucho ánimo. El emir y los suyos reunieron a su gente y atacaron a los cristianos con gran fuerza, pero Jofré y sus hombres, que estaban frescos y descansados, les cayeron de tal modo que parecía que estuvieran completamente locos. El barco en el que iba Jofré abordó al del rey Antenor de Antioquía, lo unieron con buenos garfios de acero. Jofré saltó dentro del barco enemigo y empezó la matanza de sarracenos. Su gente pasó a la nave por otro lado y combatieron con tanta valentía que pronto dejaron de defenderse los sarracenos: la mayoría de ellos saltaron al mar, pensando en llegar al navío del emir de Curdes, que estaba muy cerca y al que el rey Guyón asaltaba en ese momento. De todos modos, el rey de Antioquía se salvó así, aunque su barco fue tomado de inmediato, con todo lo que había de valor en él; luego, hundieron la nave. El esquife se aproximó a los barcos grandes, y agujereó cuatro sin que los de dentro se dieran cuenta hasta que se encontraron anegados; perecieron en el mar. ¿Para qué os voy a prolongar esto? La batalla fue dura y horrible y la matanza pavorosa; muchos sarracenos murieron y fueron pocos los que se defendieron.

Jofré sobrepasó a todos en valor; los cristianos estaban admirados porque no sabían quiénes eran ni por qué gritaban «Lusignan», pero aquel momento no era el apropiado para preguntarlo. Cuando el rey Antenor y el emir de Curdes comprobaron que la derrota se cernía sobre ellos, pues ya habían perdido a más de dos partes de la flota, aparentaron que iban al puerto de Jafa en busca de auxilio; entraron en un navío ligero y navegaron a toda vela, lejos de la batalla. Los demás sarracenos los siguen como pueden, pero los armenios y los de Rodas retienen a la mayoría, dándoles la muerte o arrojándolos por la borda.

Cuando Jofré vio que el rey Antenor y el emir huían, hizo desplegar las velas e izarlas, y salió tras ellos con toda su flota, alejándose en poco tiempo de los armenios y del Maestre de Rodas. Al ver el patrón del esquife que se distancian demasiado, grita a su gente:

—Tras ellos, señores, pues si Jofré pierde el rumbo y no puede reunirse con su hermano, yo no me atrevería a volver con mi dama.

Entonces, el rey Guyón reconoció al patrón y le preguntó que quiénes eran aquellos que les habían prestado tan gran auxilio.

—Señor —le contestó el patrón—, es Jofré el del Gran Diente, vuestro hermano.

Al oírlo, grita en voz alta:

—Desplegad las velas, y procurad alcanzar a mi hermano, pues si lo pierdo, no volveré a tener alegría en mi corazón.

Lo siguen con gran rapidez, pero la embarcación va delante tan deprisa que en poco tiempo alcanzó a Jofré, que ya estaba muy cerca de los sarracenos, junto al puerto de Jafa.

Aquí dejaré de hablar de ellos y os hablaré de Urién, que había llegado al puerto incendiando los navíos; aunque los paganos consiguieron apagar el fuego, no pudieron evitar que ardieran más de diez barcos, entre grandes y pequeños. El poder sarraceno quedó muy disminuido.

Jofré entró en Jafa persiguiendo al emir, aunque pronto preferiría no haber entrado, por la cantidad de sarracenos que había en el puerto: de inmediato se originó una fiera batalla.

El rey Antenor y el emir de Curdes llegaron a tierra en un pequeño navío y corrieron a la ciudad, donde encontraron al califa de Bagdad y el sultán de Berbería, que se extrañaron mucho de que hubiesen vuelto. Ellos les contaron lo ocurrido.

—Vedlo allí —añadieron—, cómo combate con vuestra gente; ha entrado en el puerto, en lo más peligroso, y destruye y aniquila a cuantos le atacan.

Cuando el sultán oyó esto, no tuvo ningunas ganas de reír y dijo:

—Por Mahoma, se me advirtió hace tiempo que yo mismo y otros de mi fe padeceríamos grandes sufrimientos causados por los herederos de Lusignan; pero ¿qué podríamos hacer para traerlos a tierra? Si nuestra gente estuviese fuera de las naves, sin duda alguna los vencerían con poco esfuerzo.

—Por mi cabeza —dijo el califa—, tenéis razón; y después de derrotarlos aquí, el resto sería fácil.

—Así es —dijo el sultán—, intentemos sacar a nuestra gente de los barcos, que vengan tranquilos.

Hablaban en vano, pues los sarracenos desembarcaron muy deprisa, sin atender a lo ordenado, porque Jofré atacaba con tal vigor que nadie esperaba a que llegara. Entonces, los cristianos los persiguen hasta la ciudad de Jafa; los que eran alcanzados, caían muertos por el suelo, y los que conseguían escapar, entraban en la ciudad gritando «¡Traición!», «¡Traición!». Cerraron las puertas y ocuparon sus puestos para defender Jafa. Jofré volvió a la nave y ordenó que sacaran los caballos, decidido a no marchar y a morir en la lucha, si era necesario, y dispuesto a realizar tales hazañas por las que se conocería en todo el país quién había estado allí.

La historia cuenta que mientras Jofré planeaba el ataque, el esquife divisó las banderas y los pendones del rey Urién, que estaba causando un gran daño a la flota de los sarracenos, y que no sabía que Jofré había desembarcado. Cuando el patrón se

dirigía hacia las naves de Urién, se encontró con el rey Guyón y con su gente, que le pidieron noticias de Jofré.

—Por mi cabeza —dijo el patrón—, vedlo allí, que ha desembarcado frente a los enemigos, obligándoles a entrar a la fuerza en Jafa. Id a ayudarle, pues tiene poca gente y los sarracenos están en tierra. Allí, en aquel otro lado, está el rey Urién, que devasta sus navíos; voy a anunciarle vuestra aventura y la llegada de Jofré.

Guyón le contestó que así había que hacerlo, y entró en el puerto, mientras que el patrón del esquife se dirigió a Urién, a quien saludó con mucho respeto, contándole los hechos tal como los habéis oído, por lo que el rey daba gracias a Nuestro Señor. Cuando terminó el relato, el rey gritó a su gente:

—¡Adelante, nobles señores! Luchad lo mejor que podáis, pues nuestros enemigos deben morir o ser apresados.

Entonces, atacan a la flota enemiga tan rápidamente que los sarracenos huyen aterrorizados de sus navíos, intentando refugiarse en Jafa. Cuando el califa y el sultán vieron que sus hombres eran arrojados a tierra, solicitaron inmediatamente treguas por tres días, al rey Urién para que se instalara y acampara, y para que sus hombres descansaran; y le dijeron también, a través de un truchimán, que al cuarto día librarían batalla. Cuando el rey de Chipre lo oyó, aceptó e hizo que firmaran Guyón y Jofré. El rey de Armenia ya había desembarcado y estaba con Jofré, mostrándose ambos gran alegría por el encuentro. El rey Urién hizo que toda su gente fuera a tierra y que plantaran las tiendas en la costa, ante los navíos. Mandó que sus hermanos y el maestre de Rodas se alojaran cerca de él y que amarraran los barcos junto a los suyos. Entonces, comenzó una gran alegría entre los hermanos. Habían reunido una hueste de unos veintidós mil hombres entre ballesteros, arqueros y gente de armas.

Los combatientes descansaron durante tres días, pero, llegado el término, el sultán de Damasco, que se había enterado de la presencia de los cristianos, mandó al califa y a su gente que no combatiesen sin él y que pidieran tres días más de tregua; así lo hicieron y el rey Urién aceptó. Cumplido el nuevo plazo, el sultán de Damasco mandó que salieran por la noche y que fueran a acampar a una pradera de cerca de la ciudad, para caer antes sobre los cristianos, pues tenía intención de que no escapara ninguno. El sultán había reunido unos sesenta mil hombres y los otros sarracenos tenían unos ochenta mil, mientras que los nuestros no eran más de veintidós mil; cuando se enteraron de que los sarracenos se habían ido, lo tomaron muy a mal, pues pensaban que habían escapado, pero se preocupaban en vano, pues en menos de tres días los volverían a tener a todos juntos otra vez.

En esto, un truchimán llegó a la tienda de los hermanos en un dromedario, y los saludó con cortesía. Los contempla durante largo tiempo antes de hablar, admirándose del fiero aspecto de los tres, y sobre todo del de Jofré, que era incomparablemente más grande y fornido que los otros; le ve el diente que le pasa más de una pulgada por encima del labio; al fin, comienza a hablar diciéndole a Urién:

—Señor rey de Chipre, el califa de Bagdad y el sultán de Damasco, el sultán de Berbería, el rey Antenor de Antioquía, el emir de Curdes y el rey de Damieta os informan de que están listos para librar combate, y os esperan en los campos de Damasco; podéis ir a acampar con toda tranquilidad delante de ellos, ocupando el lugar que más os plazca; os otorgan tres días de tregua después de que acampéis; luego, de común acuerdo decidiréis el lugar de la batalla; cuando veáis sus fuerzas, llegaréis a algún acuerdo amigable con mis señores, pues no podréis resistir a su ejército.

Cuando Jofré oyó decir tales palabras, se revolvió enfurecido y dijo:

—Vete con tus reyes, con tus sultanes y con tu califa, y diles que aunque estuviera yo sólo con mi gente, iría a combatirles; explícales que no nos interesan sus treguas; en cuanto estés con ellos, diles que los desafío: la prueba será que tan pronto como te vayas de aquí, atacaré Jafa y la devastaré con fuego y llamas; a los sarracenos que encuentre, los condenaré a muerte. Cuando pases por Jafa avísales para que se preparen, pues iré en seguida contra ellos.

Cuando el truchimán oyó esta respuesta, se asustó; fue al dromedario sin decir más y montó; temía tanto a Jofré que no cesaba de mirar hacia atrás, con miedo de que le siguiera, mientras se decía a sí mismo:

—Por Mahoma, si todos los demás fueran así, nuestra gente tendría muchas pérdidas antes de conseguir la victoria.

Cuando llegó a Jafa les dijo que Jofré el del Gran Diente iba a atacar, y que había jurado que pasaría por la espada a todo aquel que encontrara allí. Se asustaron mucho, y más de la mitad de los de la ciudad huyeron hacia Damasco, llevándose todos sus bienes. Jofré hizo tocar las trompetas y ordenó que se armara la gente; se dispuso a asaltar la ciudad, pues no quiso dejársela ni a Urién ni a Guyón.

El truchimán cabalgó hasta que llegó al campamento que los sarracenos tenían junto a Damasco; en la tienda del califa encontró a los dos sultanes, al rey de Antioquía, al emir de Curdes, al rey Galafrín de Damieta y a muchos otros que le pidieron noticias de los cristianos.

—Por mi cabeza —contestó el truchimán—, he llevado vuestro mensaje, pero al decirles que cuando vieran vuestro poderío os pedirían la paz y que no os podrían hacer frente, uno de ellos, que tiene un gran diente, no esperó a que el rey de Chipre contestara, sino que dijo:

—Ve y cuenta a tus reyes y a tus sultanes que no nos interesan nada sus treguas, y que aunque estuviera yo sólo con mi gente os combatiría.

Y añadió que os dijese que en cuanto yo llegara aquí, que las treguas quedaban rotas y que os guardaseis de él y que a despecho vuestro asaltaría Jafa, incendiándola y pasando a cuchillo a sus habitantes; me pidió también que yo mismo se lo advirtiera a los de la ciudad, y así lo hice; y sabed que más de la mitad de los habitantes han

venido detrás de mí, y he oído tocar las trompetas para comenzar el asalto. No os podéis imaginar cómo es de horrible el porte y la fiereza de Urién y de Guyón, sus hermanos: a juzgar por la cara, parece gran osadía esperarles, en especial al del diente grande que no muestra miedo por nada, y que sólo le preocupa que huyáis antes de que pueda alcanzaros.

Cuando el sultán de Damasco lo oyó, empezó a sonreír.

—Por Mahoma —dijo—, por lo que puedo entrever de vuestra valentía, no seréis el primero que se reunirá en la batalla con el del diente grande.

—Por mí —respondió el truchimán—, cuando llegue el día y el momento en que vea que se aproxima, sólo deseo que me separen de él un gran río, o las torres y los muros de Damasco o de cualquier otra fortaleza, o que Mahoma me confunda.

A estas palabras empezaron todos a reír, pero ríe quien luego llorará si puede.

Ahora os hablaré de Jofré, que hizo asaltar Jafa, tomándola por la fuerza y pasando por la espada a todos los sarracenos que encontró; sacó los bienes de la ciudad e hizo que sus hombres los llevaran a los barcos, y luego, ordenó incendiarlo todo. Después regresó al campamento y pidió a sus hermanos que le dejaran formar la vanguardia con el Maestre de Rodas. Ellos aceptaron y el Maestre se puso muy contento. Aquella noche reposaron hasta el amanecer.

Al día siguiente, por la mañana, según cuenta la historia, la vanguardia levantó el campo después de oír misa, seguida por el grueso del ejército y por la impedimenta; por último, iba la retaguardia. Cuando ya se habían puesto en marcha, un espía fue a Jofré y le dijo:

—Señor, a media legua de aquí hay unos mil sarracenos que se dirigen a Beirut para guardar el puerto y la ciudad.

—¿Sabrás conducirme hasta ellos? —pregunta Jofré.

—A fe mía que sí, señor.

Jofré le dijo al Maestre de Rodas que condujera la vanguardia, encendiendo fuego continuamente, para que él los pudiera encontrar por el humo; le respondió que así lo haría; luego, se marchó con el espía y vio a los sarracenos que bajaban de una colina. Hizo que los suyos se apresuraran y, cuando los tuvo rodeados, les gritó:

—¡Por Dios, glotones, no podréis escapar de mí! Entonces se lanza contra ellos y derriba al primero, que se queda en el suelo; luego, saca la espada y empieza a realizar extraordinarias hazañas; los sarracenos eran pocos, y, apenas rompieron el cerco, huyeron a Beirut perseguidos por nuestra gente.

Cuando los habitantes de esta ciudad vieron llegar a los fugitivos, les bajaron el puente y abrieron la barrera de la puerta, dejándoles el paso libre para que entraran; pero Jofré los seguía tan de cerca que entró entre la muchedumbre con unos quinientos hombres: en la misma puerta mandó que la guardaran hasta que todos sus hombres hubieran entrado; entonces empieza una cruel y dura batalla en la que los

sarracenos no pudieron resistir y huyeron hacia la salida de Trípoli. El que tenía buen caballo no lo olvidó, sino que picó espuelas y galopó hasta llegar a Trípoli; los que iban mejor montados no pararon hasta Damasco. Jofré y su gente pasan a todos por la espada, vacían la ciudad de sarracenos acabando con todos, y arrojando los muertos al mar, mientras que el del Gran Diente contempla la fortificación de la ciudad, el castillo que se asienta sobre el mar y la bella bahía guarnecida con grandes torres para proteger a los barcos. Entonces, dice que por su buen Dios le gustaría quedarse con este puerto; dejó en él ciento cuarenta ballesteros y doscientos hombres de armas. Al día siguiente, se despidió de su gente y se fue tras el ejército siguiendo la señal de humo. El Maestre de Rodas temía que Jofré hubiese tenido algún percance, y sus hermanos, a quienes se lo había hecho saber, tenían la misma preocupación, pero era en vano, pues en seguida lo volverían a ver.

Los que marcharon de la destrucción del puerto de Jafa llegaron a Damasco y se dirigieron a la tienda del sultán, en la que estaban el califa y los demás reyes y emires; les contaron la destrucción de su ciudad, la muerte de los habitantes que no habían huido y el incendio de la misma.

—Por Mahoma —dijo el sultán de Damasco—, estos cristianos son gente cruel y no temen a la muerte. Saben con certeza que contra nuestro gran pueblo no pueden conseguir victorias y por eso aparentan que no nos temen y hacen creer que somos tan pocos como ellos.

—Aunque estuvieran cocidos —dijo el sultán de Berbería—, y existiese la costumbre de comer tal carne, no nos bastaría para saciarnos. Por mi ley, aunque sólo fuéramos yo y mi gente, no podrían avanzar un pie desde la orilla del mar.

Cuando el truchimán lo oyó, no pudo contenerse y contestó en voz alta:

—Señor sultán, si hubieseis visto el fiero aspecto de Urién y Guyón y el porte de su gente, la gran fiereza del diente grande, no os preocuparía atacarles tal como decís. Antes de que haya concluido este asunto, no estaréis tan alegres como ahora; siempre he oído decir que amenaza el que tiene mucho miedo y luego resulta apaleado.

Cuando el sultán de Damasco oyó estas palabras, comenzó a reír diciéndole:

—Por Mahoma, buen señor, sois muy valiente; por lo que veo, os gustaría estar en primera línea en la batalla para encontrar al del diente grande.

—Por mi ley —le responde—, señor sultán, si no encontráis a otro que se enfrente con él, llegará aquí sin dificultad, pues yo le volveré la espalda a una o dos leguas.

Entonces, empezó una gran risa entre ellos, pero antes de que cayera la tarde, recibieron noticias de las que no tuvieron ningunas ganas de reír, pues llegaron a los pabellones los que habían huido de Beirut, y contaron la pérdida de la ciudad, que había caído en manos de Jofré el del Gran Diente, que les había obligado a salir, matando a quienes no lo hacían.

—Señor sultán —añadieron—, sabed que no tiene ninguna intención de marcharse, pues ha abastecido a la ciudad de víveres, gente y artillería, y viene hacia

aquí rápidamente; no se ve más que fuego y llamas por todo el país y todos los caminos están llenos de sarracenos o turcos muertos.

Cuando el sultán oyó esto se preocupó mucho.

—Creo que éste —dijo— del diente grande lleva el diablo en el cuerpo.

—Entonces —dijo el sultán de Berbería—, temo que me ocurra lo que me profetizaron.

—¿Qué es? —preguntó el sultán de Damasco.

—Me profetizaron —contestó el de Berbería— que sería destruido con otros muchos por los herederos de Lusignan, y que nuestra ley se vería muy debilitada por sus acciones.

Cuenta la historia que Jofré erró hasta encontrar la vanguardia, en la que estaba el gran Maestre de Rodas. Al encontrarla, le mostraron una gran alegría y le preguntaron como le había ido; él contó la captura de Beirut y dijo que había dejado gente protegiéndola: la nueva se extendió rápidamente por el ejército, y cuando se enteró el rey Urién, le dijo a Guyón:

—Jofré es hombre de gran valor; si Dios le da vida, conseguirá muchos bienes.

—Hermano, tenéis razón.

Y ambos hablaron durante mucho tiempo de Jofré, mientras que la hueste caminaba en busca de un sitio seguro para acampar, a unas cinco leguas de Damasco.

Entretanto, llegaron los espías que traían información de las fuerzas de los sarracenos; nuestra gente decidió instalarse al día siguiente a una legua del enemigo, junto a un riachuelo, dejando Damasco a mano derecha; y así lo hicieron. Al día siguiente, por la mañana, levantaron el campo y el ejército se puso en marcha, con orden de no encender fuego, para evitar ser descubiertos por los enemigos. Así llegaron al lugar fijado y acamparon todos juntos; aquella noche pusieron abundante guardia en el lado de los enemigos, cenaron y durmieron completamente armados. Un poco después de media noche, Jofré montó a caballo con mil combatientes, tomó un guía que conocía el país y marchó a escondidas hacia el ejército de los sarracenos. Había cerca de aquel lugar un bosquecillo de media legua de extensión: se escondió y mandó a los que le acompañaban que estuvieran preparados para recibir a los enemigos.

Jofré volvió a montar con doscientos combatientes al amanecer y ordenó a los que se habían emboscado que se mantuvieran en sus puestos, pasara lo que pasase, hasta que llegaran al bosque sus perseguidores, pues pensaban atacar al enemigo. Le dijeron que así lo harían. Entre el alba y el sol naciente, Jofré subió a una colina y vio a toda la hueste quieta, no se oía un ruido, como si no hubiera nadie; sintió mucho no haberlo pensado antes, pues si sus hermanos y su gente hubieran estado allí, habrían causado gran destrucción. Jura a Dios que ya que está tan cerca de ellos, les hará notar su llegada.

—Cabalgad sin hacer ruido hasta que yo os lo diga, les indica a los suyos.

Marchan todos juntos en silencio; entran en el campamento enemigo y comprueban que están durmiendo por todas partes. Jofré calcula la gente que había, y dice:

—Si fuesen valientes, habría que temerles mucho.

Llegaron al centro del campamento sin que los otros escucharan nada; el del Gran Diente divisó una tienda muy rica y pensó que debía ser la del califa o de uno de los sultanes; entonces, dijo a sus hombres:

—Ahora es el momento de despertar a esta jauría, ya han dormido bastante. Adelante, muchachos, pensad en clavar la espada en todo lo que encontréis.

Entonces van a la puerta de la tienda y entran en ella diez caballeros del Poitou, desenvainan y golpean en cabezas y brazos. Allí empieza el ruido. En aquella tienda estaba alojado el rey Galafrín de Damietta, que saltó de la cama, e intentó huir por detrás, pero Jofré se dio cuenta y le descargó un mandoble con la espada que era muy pesada, y estaba afilada como una navaja, hundiéndosela hasta el cerebro. En mala hora un solo turco escapó de la tienda. Los diez caballeros volvieron a salir y montaron de nuevo. Entonces, comenzaron a gritar «¡Lusignan!» en voz alta, volviéndose por donde habían llegado, matando y derribando a los que encontraban a su paso.

La hueste se sobresaltó; todos corrían a armarse. El sultán de Damasco oyó el ruido y preguntó qué ocurría; un sarraceno, que venía del tumulto con el lado derecho de la cabeza partido, de forma que la oreja le colgaba sobre el hombro, le dijo:

—Señor, son diablos que han entrado en vuestra hueste, que matan y abaten todo lo que encuentran a su paso. Han acabado con vuestro primo el rey Galafrín de Damietta, y gritan «¡Lusignan!».

Cuando el sultán lo oye, manda que toquen las trompetas y se arman todos en medio del campamento; entonces, emprende la persecución con diez mil sarracenos, tras Jofré, que se retira realizando una gran matanza entre los enemigos, que estaban desarmados y no podían hacerle frente. En esta ocasión, acabaron con más de ocho mil sarracenos. Cuando ya se habían alejado algo de los enemigos, empezaron a marchar al paso, y el sultán iba detrás con mucha precipitación.

El pagano juró por Mahoma y por Apolo vengarse despiadadamente de los cristianos. Salió del campamento con diez mil sarracenos, como ya he dicho, y detrás de él iban muchos más. Jofré ordenó, entonces, a los suyos que huyeran hacia el ejército cristiano, mientras que él entraba en el bosque para avisar a los que había dejado allí. El sultán los persigue sin ninguna precaución, forzando a los caballos, y pasan por delante del bosque donde habían urdido la emboscada. Los que iban delante avisan a la vanguardia cristiana; el Maestre de Rodas ya estaba preparado, con ocho mil combatientes cubiertos por los ballesteros, en perfecto orden de batalla, bajo su bandera; al ver que los nuestros llegaban y que los sarracenos iban en desorden, salieron a su encuentro, recibiendo a los cristianos bajo su bandera, y haciendo que se pusieran en orden; rápidamente atacan a la gente del sultán con las lanzas bajadas, y tardaron poco tiempo en derrotar a los paganos, pues cada cristiano derribó a uno de los contrarios en el choque con la lanza. Allí se oye gritar «¡Lusignan y Rodas!», y cuando el sultán ve segura la derrota, retrocede reagrupando a los suyos y esperando a los que llegaban; eran unos diez mil en total, pero de nada les sirvió porque Jofré salió de la emboscada y atacó a los perseguidores, dejando en poco tiempo tres mil muertos en el camino. Muchos huyeron hacia su campamento, donde encontraron al califa, al sultán de Berbería, al rey Antenor y al emir de Curdes, que les preguntaron de dónde venían. Contestaron que regresaban de la batalla en la que el sultán de Damasco había sido derrotado. Sin cesar, llegaban fugitivos con las

mismas noticias.

La batalla fue horrible; el sultán de Damasco se esforzó mucho después de haber reunido a su gente, pero fueron rodeados por todas partes, y se dispersaron cuando no podían resistir más. Al darse cuenta el sultán de su derrota, salió del grueso del ejército, se colocó el escudo a la espalda, espoleó el caballo y galopó hacia el campamento; a Jofré le pareció que por su rico arnés debía ser uno de los grandes señores sarracenos, y entonces se lanzó a la persecución, gritándole:

—Vuelve a mí o eres hombre muerto. A mí me daría vergüenza herirte por la espalda, y si no regresas tendré que hacerlo.

El sultán aguija con más fuerza que antes y su caballo parece un rayo que cae del cielo por la rapidez con que corre; sin embargo, el de Lusignan está cada vez más cerca, encolerizado porque el otro no lo espera:

—Sarraceno —le grita—, eres falso y cobarde, pues vas bien montado y bien armado y sólo te sigue un hombre. Vuelve o te mataré en la huida, aunque lo tenga que hacer a mi pesar.

Cuando el sultán oyó que Jofré decía que huía de un solo hombre, sintió mucha vergüenza. Se dirigió a un bosque que había cerca del campamento, en el mismo lugar donde había empezado la emboscada de la mañana; detuvo el caballo y, poniéndose el escudo delante del pecho y la lanza sobre el fieltro de la silla, se volvió hacia Jofré y le preguntó:

—Dime, cristiano, ¿quién eres tú, que vienes con tanta prisa detrás de mí?; por Mahoma, ahora vas a poder llevar a cabo efectivamente tu perdición.

—A mí me parece —le contesta Jofré— que he venido a perderte a ti. Pero ya que quieres saber mi nombre, te lo voy a decir, no deseo ocultártelo. Soy Jofré el del Gran Diente, hermano de Urién de Chipre y de Guyón de Armenia. Y tú, ¿quién eres?

—Por Mahoma —dijo el sultán—, ahora lo vas a saber. Soy el sultán de Damasco. No estaría más contento si me hubieran dado cien besantes de oro, ahora no podrás escapar. Te desafío por Mahoma, mi dios.

—Por mi cabeza —respondió Jofré—, ni tú ni tu dios valéis para mí más que una cabeza de ajos podridos, y si Dios quiere, me vas a ver de más cerca, para tu desgracia.

Cuenta ahora la historia que los dos, que eran de corazón noble y de gran valor, se alejaron, juntaron el escudo al pecho, bajaron la lanza, apretándola al costado, ensombrecieron sus cabezas con los yelmos, dejaron correr los caballos a galope tendido y se golpearon con el hierro de las lanzas en la bocla del escudo, de tal manera que no hubo nervio ni placa que no se partiera completamente; la punta de las lanzas llegó a las piezas de acero con tanta fuerza que no habría caballo que no se tambaleara o doblara la espalda; la lanza del sultán voló hecha astillas, pero no pasó lo mismo con la de Jofré que estaba hecha con una gruesa rama de encina: éste empleó toda su fuerza en el golpe y no pudo romper la pieza de acero, aunque alcanzó al sultán, haciéndole perder el gobierno del caballo, que cayó al suelo y el

sarraceno quedó aturdido, de modo que ni veía, ni oía, ni entendía nada. Jofré fue a descabalar para saber cómo estaba, pero vio venir a unos cuarenta paganos que le gritaban:

—Falso cristiano, ha llegado vuestro fin.

Cuando Jofré los oye, espolea el caballo y empuña la lanza. Al primero que alcanza lo hace caer muerto al suelo y antes de que la lanza se rompiera, derriba a ocho más; los paganos le atacaron por todas partes. Tomó la espada y defendió su vida con valor, derribando a tantos sarracenos que todo lo que había a su alrededor estaba teñido de sangre; los enemigos le arrojan lanzas y venablos, intentan acabar con él. En esto, se incorpora el sultán, completamente aturdido, como si se hubiera levantado de dormir; ve el caballo a su lado, vuelve a montar mientras contempla la batalla y ve la matanza que está realizando Jofré, a pesar de que había sido herido en muchos lugares.

—¡Adelante, francos sarracenos! —gritó el sultán—. Por Mahoma, si escapa no volveré a tener alegría en el corazón; pero si conseguimos vencer ahora, no habrá que temer a los demás.

Rodearon a Jofré, que se defendía valientemente, como un león, y ningún sarraceno se atrevía esperar sus golpes; antes bien, le arrojan de lejos lanzas y venablos, haciéndole sangrar por numerosas heridas, pero no parece que le importe mucho sino que corre contra ellos como lobo hambriento contra oveja.

—Por Mahoma —dice el sultán—, esto no es un hombre, o es un mal encantamiento o es el dios de los cristianos que ha venido a destruir nuestra ley.

En esta situación resistió Jofré más de dos horas, hasta que llegó el caballero novel que había estado en Irlanda con él, que lo había visto marchar de la batalla persiguiendo al sultán, le había seguido con doscientos hombres armados. Cerca del bosque, vio a su señor combatiendo en batalla desigual; entonces gritó a su gente:

—¡Adelante, señores!, Jofré está combatiendo solo contra la gente de Mahoma. El que no le ayude ahora que sea indigno hijo de Dios.

Espolean los caballos todos a la vez y entran en la batalla; cuando el sultán se da cuenta de la llegada de refuerzos, aguija y huye galopando al campamento; abandona a su gente en aquella aventura, que fue tal que nunca se volvió a ver a ninguno de ellos en pie ni con vida.

Cuando Jofré vio al caballero novel, que le había socorrido, se lo agradeció mucho diciéndole:

—Amigo mío, tales rosas hay que ponerlas en el sombrero: el señor que ha adornado su casa con tan gentil flor de caballería, amante y temeroso de la honra, puede y debe descansar con toda seguridad.

—Señor, no he hecho nada por lo que debáis recompensarme, pues todo noble debe velar por el honor y el provecho de su señor o de su maestro; y ya que es algo obligado, no merece ninguna recompensa; pero vayámonos de aquí, que ya es hora de reposar, pues vos ya habéis cumplido suficientemente con vuestra jornada; somos

pocos y estamos cerca de nuestros enemigos; además, es necesario que os vean esas heridas y me parece que es mejor que volvamos a la hueste por nuestra propia voluntad, a que tengamos que volver a la fuerza, pues siempre es peor huir de los enemigos, cosa que sólo merece insultos. Vale más marcharse que esperar en mala situación.

Jofré piensa que tiene razón y le responde:

—Buen señor, seguiremos vuestro consejo.

Entonces, marchan hacia su campamento, viendo todo el campo lleno de sarracenos muertos: habéis de saber que aquella mañana murieron más de veinticinco mil; por miedo de las hazañas que vieron, huyeron otros diez mil. Ni los dos sultanes, ni el califa, ni el rey Antenor, ni el emir de Curdes consiguieron reunir a más de ochenta mil por la tarde, de los ciento cuarenta mil que eran en principio, por lo que se asustaron mucho.

Jofré volvió a la hueste, donde fue muy festejado por sus hermanos y por la nobleza; le miraron las heridas y los médicos dijeron que no había nada que le impidiera armarse, por lo que alabaron a Dios.

La historia cuenta que, cuando el sultán marchó del combate, galopó hasta su campamento, donde encontró preocupada a su gente, pues pensaban que había muerto; cuando lo vieron, se pusieron muy contentos, y mostrándole gran alegría, le preguntaron qué le había pasado.

—Por Mahoma —dijo el sultán—, a mí me ha pasado bastante poco, pero toda mi gente ha muerto; yo volvía de la batalla ocultándome, pues venía en busca de refuerzos, cuando el diablo del diente grande se me apareció y tuve que luchar con él; nunca he sentido golpes tan fuertes como los suyos: me derribó del caballo con tanta violencia que estuve mucho tiempo en el suelo completamente aturdido, sin oír ni entender nada, pero Mahoma, que no quería perderme, envió cuarenta sarracenos en mi socorro, que le atacaron con gran ímpetu, pero él se defendió valientemente y realizó una enorme matanza de los nuestros; ha sido gravemente herido en muchos lugares. Creo que no necesitaba defenderse, pues los diablos le enviaron doscientos cristianos que acabaron con mis hombres. Cuando vi aquello desaparecí sigilosamente de la batalla.

—Por mi cabeza —dijo el califa—, habéis tenido suerte de poder escapar de un enemigo como éste.

Todos los demás le dieron la razón. El sultán se desarmó.

Los dos ejércitos descansaron aquel día por la mañana, se armaron los nuestros y se pusieron en orden de combate, dejando guardias en el campamento y custodiando a los pocos heridos que había. En la vanguardia estaban Jofré, el Maestre de Rodas y su gente, con buenos ballesteros en las alas; Urién mandaba el grueso del ejército y Guyón la retaguardia. Caminaron en perfecta formación hasta llegar a la hueste de los sarracenos.

Entonces empezó el gran ruido. Los sarracenos gritaban a las armas, pero antes de

que pudieran armarse y ponerse en orden, la vanguardia había realizado una gran matanza en el campamento. Los dos sultanes, el califa, el rey Antenor de Antioquía y el emir de Curdes retrocedieron fuera de los pabellones y formaron a su ejército; los nuestros pasaron por las tiendas sin detenerse a coger ni a apropiarse de nada, pues fue prohibido bajo pena de horca; fueron directamente contra los enemigos que estaban alineados en el campo: bien atacan los cristianos y bien se defienden los sarracenos. Uno grita «¡Damasco!», otro «¡Berbería!», otro «¡Bagdad!» y otro «¡Antioquía!», y algunos exclaman «¡Curdes!», mientras que nuestra gente grita «¡Lusignan!». Los abundantes muertos caían unos sobre otros. Los dos ejércitos se mezclaron en gran confusión. Los paganos obligaron a que los nuestros se retiraran el largo de una lanza muy a pesar suyo, con cuantiosas pérdidas. Entonces, los tres hermanos gritaron:

—¡Lusignan! Adelante nobles señores. Esta jauría no se puede mantener firme por más tiempo.

Los cristianos toman nuevo vigor y realizan una carga contra los sarracenos. Allí la matanza fue muy grande.

Jofré, en medio de la batalla, vio al emir de Curdes que perseguía a los cristianos; le golpea empuñando la espada con las dos manos, con tanta fuerza que la pesada espada entró hasta el cerebro sin que el yelmo pudiera detener el golpe, y lo derribó muerto bajo el caballo. Acudió al lugar una gran multitud de paganos, pues los dos sultanes llevaron a todos sus hombres, con la intención de ayudar al emir, pero se esforzaban en vano, pues ya habían muerto, entretanto, Urién vio al sultán de Berbería, que le odiaba porque había matado en Chipre a su tío, levanta la espada y le asesta un golpe con tanta fuerza que le corta el brazo dejándolo sujeto sólo por los tendones de la axila. Cuando sintió el golpe, el sultán abandonó el combate, y se hizo llevar por diez hombres a Damasco.

Los sarracenos combaten sin descanso, impulsados por el sultán de Damasco, el califa de Bagdad y el rey Antenor; los cristianos sufrieron muchas pérdidas, pero los sarracenos fueron privados de unos sesenta mil turcos; la batalla duró hasta la tarde, en que ambos ejércitos se retiraron a los respectivos campamentos. Al día siguiente, por la mañana, los sarracenos se retiraron al interior de Damasco, y los nuestros fueron a acampar delante de la ciudad: estaban muy debilitados y había muchos heridos, por eso descansaron tranquilamente durante ocho días, sin efectuar ninguna acción. Por la misma razón, los de dentro de la ciudad, tampoco hicieron salidas.

La historia cuenta que los jefes cristianos se preocuparon mucho por la gente que habían perdido y pensaban que si aumentaba el número de sarracenos lo pasarían mal, pues ellos ya habían perdido unos ocho mil hombres. Por otra parte, los paganos también estaban preocupados, pues desconocían las bajas que habían sufrido sus enemigos; reunieron el consejo y decidieron pedir un día al rey Urién para tratar la paz. Éste, al oír la noticia, la expuso a los suyos y aceptaron; se acordó que el encuentro fuera el tercer día, entre el campamento y la ciudad: se establecieron

treguas y se liberaron valiosos rehenes.

Después, fueron los de la ciudad al ejército para venderles sus propiedades, mientras que los de la hueste les vendían lo que habían conquistado; cumplido el plazo, se presentaron los sarracenos y se reunieron con los nobles cristianos, con los que parlamentaron hasta que se pusieron de acuerdo: los sarracenos les entregarían lo que habían gastado en el viaje, lo suficiente para volver al lugar de donde habían venido; cada uno de ellos, además, pagana al rey Urién treinta mil besantes de oro. Acordaron treguas que debían durar cien años y un día y se sellaron las cartas. Se acordó también que ninguno de los sarracenos que habían participado en aquellas luchas, ni ninguna de su gente, volvería a causar daño a los cristianos, y si otros reyes paganos querían infligirles daño, ellos se lo harían saber. Por su parte el rey Urién acordó con ellos que si por esta causa entraban en guerra con algún sarraceno, que él acudiría a ayudarles con todo su poder, y lo mismo decidieron el rey de Armenia y el Maestre de Rodas.

Los cristianos volvieron al puerto de Jafa acompañados por el califa, el sultán de Damasco, el rey Antenor y los más altos nobles sarracenos. El sultán le tenía mucho afecto a Jofré, y siempre estaba en su compañía, agasajándolo de continuo; lo llevó a Jerusalén, que por aquel entonces no se había recuperado, ni había sido reconstruida de la destrucción causada por Vespasiano y su hijo Tito cuando fueron a vengar la muerte de Jesucristo: Vespasiano, emperador de Roma, dio treinta judíos por un dinar, en recuerdo de que ellos habían comprado el precioso cuerpo de Jesucristo por treinta dinares. Jofré permaneció devotamente tres días ante el Santo Sepulcro y, mientras, llegaron Urién, Guyón, el Maestre de Rodas y gran cantidad de cristianos que, después de visitar Jerusalén, se volvieron a Jafa, donde encontraron que todo había sido embarcado. Se despidieron de los sarracenos, y el sultán les regaló muchas joyas riquísimas, especialmente a Jofré, y si no hubiera sido por sus diferentes leyes, se hubieran besado.

Los sarracenos se marcharon; los nuestros embarcaron y navegaron hasta Armenia, donde estuvieron con la reina Florida y su hijo Ramón, que tenía unos cuatro años. La reina recibió con gran fiesta a Urién y a Jofré, y hubo una gran alegría. Allí se quedó Guyón, y todos los demás embarcaron de nuevo; en Rodas el Maestre los festejó durante cuatro días y al quinto se despidieron; navegaron hasta llegar al puerto de Limasol en el que estaba la reina Herminia, que ya se levantaba después del reciente parto en el que tuvo un niño llamado Grifón y que aún no tenía seis semanas. Cuando la reina supo que llegaban, se alegró mucho, pues ya sabía cómo les había ido. Recibió a su marido con gran humildad, y le dio sinceramente la bienvenida a Jofré; acabada la fiesta el rey llevó a su hermano por toda su tierra, para que se distrajera; al llegar el momento, Jofré se despidió —aunque el rey Urién lo retuvo todo lo que pudo— y dijo que le había prometido a su padre que volvería al año, y si se demoraba más, faltaría a la promesa. Los reyes le pidieron que los encomendara a Remondín y a Melusina; prometió que lo haría así, se despidió y

embarcó.

Jofré y su gente navegaron hasta que una tarde llegaron a la Rochelle, donde los recibieron con grandes fiestas. Al día siguiente se pusieron en marcha y viajaron hasta que llegaron a Mervent algunos días más tarde; allí estaban Remondín y Melusina, que ya sabían todo lo que habían hecho Jofré y sus hermanos en Ultramar. Recibieron con gran afecto a todos y repartieron regalos entre los que habían participado en el viaje; la fiesta duró ocho días, y terminó al noveno, y todos quedaron muy contentos.

Por aquel tiempo había un gigante en Guerrandia; era muy orgulloso por la fuerza que tenía, y había atemorizado a todo el país, hasta La Rochelle. La gente estaba muy afligida, pero no se atrevía a decir nada; Remondín tuvo noticias del asunto y se preocupó aunque evitaba que se le notara la preocupación, pues temía que si Jofré se daba cuenta, se empeñara en ir a combatir contra él; pero la noticia no pudo permanecer tan escondida como para que éste no la supiera:

—¿Cómo diablos —exclamó— mis dos hermanos y yo hemos luchado hasta conseguir el tributo del sultán de Damasco y de sus cómplices, y este violento mastín, que está solo, tiene aterrorizada la tierra de mi padre? Por mi cabeza, mal piensa lo que hace; le costará muy caro pues lo pagará con la vida.

Entonces, fue ante su padre y le dijo:

—Señor, me admira que vos, que sois caballero de grandes hazañas hayáis sido tan tolerante con este mastín de Gardón el gigante, que ha atemorizado vuestras tierras de Guerrandia y sus alrededores, hasta La Rochelle; por Dios, esto es una gran vergüenza para vos.

—Jofré, buen hijo —le respondió Remondín—, no hace mucho que lo sabemos y lo hemos permitido porque no queríamos turbar la fiesta de vuestra llegada; no os preocupéis, pues Gardón será bien pagado por sus fechorías: mi padre, Hervy, ya mató a su tío en Pointievre, según me contaron en Inglaterra cuando fui a combatir contra Olivier del Puente del León por la traición que su padre había cometido contra el mío.

—No sé —respondió Jofré—, ni quiero saber de lo pasado anteriormente; si mis antepasados vencieron, manteniendo así la honra, a mí me satisface; pero ahora hay que vengar esta injuria. Señor, no es necesario que os preocupéis por tan poca cosa. Por los dientes de Dios, iré contra él con diez hombres, que me servirán de compañía, no de ayuda, por mi honor; os encomiendo a Dios, pues no cejaré hasta combatir con él, cuerpo a cuerpo; o me vencerá o lo derrotaré.

Cuando Remondín oyó estas palabras se entristeció mucho y le dijo:

—Ya que no puede ser de otro modo id con la gracia de Dios.

Entonces, Jofré se despidió de sus padres y se puso en camino con una decena de caballeros, yendo hacia Guerrandia, donde creía que podría encontrar al gigante.

Preguntó por él hasta que le dieron noticias, y no fueron pocos los que le preguntaban que por qué lo buscaba:

—Le traigo —dijo Jofré— la recompensa que se merece por el ultraje que causa a la gente de mi padre; se la entregaré con la punta del hierro de mi lanza; mientras yo viva no obtendrá otra recompensa y morirá entre sufrimientos.

Cuando lo oían hablar así, le decían:

—Jofré, os disponéis a llevar a cabo una gran locura, pues con el número de hombres que sois no podréis resistir mucho.

—No os preocupéis —dijo Jofré—, no temáis; dejad todo el miedo para mí.

Entonces, se callaban, no se atrevían a enfadarle, pues temían que se encolerizara.

Lo acompañaron a menos de una legua de la guarida del gigante y le dijeron que allí lo podría encontrar siempre.

—Lo veré de muy buen grado —respondió—, pues a eso he venido.

La historia cuenta ahora que un sábado que Melusina se había escondido de Remondín para que éste no la viera tal como le había prometido —y así lo había hecho hasta aquel día, pues nunca pensó que se ocultara sino para su bien—, un poco antes de comer le llegaron noticias de que su hermano, el conde de Forez, venía a verle, por lo que se puso muy contento, aunque luego se entristecería, tal como oiréis más adelante, en la historia que sigue. Remondín mandó que le prepararan un recibimiento grande y noble y estaba alegre con su llegada. Salió a su encuentro y le dio la bienvenida con gran gozo; fueron a misa y después del servicio divino entraron en la sala, se lavaron, se sentaron a la mesa y fueron bien servidos. ¡Pobre! Ahora empieza una parte de la dolorosa tristeza de Remondín, pues su hermano no pudo dejar de preguntarle:

—Hermano mío, ¿dónde está mi hermana? Haced que venga, pues tengo grandes deseos de verla.

—Buen hermano —contestó Remondín—, hoy tiene un asunto importante y no podéis verla, pero mañana la veréis y tendrá mucho gusto en veros.

Cuando el conde de Forez oyó esta respuesta no se calló y dijo:

—Vos sois mi hermano y no debo esconderos vuestra deshonra. Por todo el pueblo corre la voz de que vuestra mujer os afrenta y que los sábados fornicaba con otro, y que vos —que estáis deslumbrado por ella— no os atrevéis a buscar ni a indagar dónde va. Otros mantienen que se trata de un espíritu encantado y que el sábado cumple penitencia. Yo no sé a quién creer, pero, ya que sois mi hermano, no os debo ocultar vuestra deshonra, ni debo tolerarla, y por eso he venido a decíroslo.

Al oír estas palabras, Remondín tiró la mesa al suelo y entró en su habitación; lleno de ira y de celos, tomó la espada que colgaba de la cabecera de su cama y se la ciñó, yendo al lugar donde sabía que Melusina iba todos los sábados, y encontró una fuerte puerta de hierro, muy gruesa; nunca antes había estado allí; metió la punta de

la espada que era muy dura, y la movió y giró hasta que consiguió hacer un agujero. Miró y vio a Melusina, que estaba en una gran cuba de mármol con escalones hasta el fondo, de unos quince pies, con asas de cinco pies de ancho. Allí estaba Melusina bañándose de la manera que oiréis a continuación.

Por el agujero que hizo en la puerta Remondín pudo divisar todo lo que había dentro de la habitación y vio a Melusina que estaba peinándose en la cuba: hasta el ombligo tenía forma de mujer y del ombligo para abajo era como la cola de una serpiente, del grosor de un tonel donde se ponen arenques; la cola era muy larga y golpeaba con ella en el agua de tal modo que la hacía saltar hasta la bóveda de la habitación.

Cuando Remondín la vio se afligió mucho y dijo:

—Amor mío, os he traicionado por culpa de mi hermano y he cometido perjurio contra vos.

Entonces sintió tanta pena en su corazón y tal tristeza que no se podría soportar mayor. Corrió a su habitación, tomó la cera de una carta vieja que encontró y volvió a tapar el agujero; luego regresó a la sala donde estaba su hermano, que al verlo se dio cuenta de que estaba enfadado y pensó que había encontrado a su mujer en algo malo.

—Hermano mío —le dijo a Remondín—, estaba seguro. ¿Habéis dado con lo que yo os decía?

—Vete de aquí —le grita éste—, falso y traidor; vos, con vuestro mal consejo, me habéis hecho cometer perjurio contra la mejor y la más leal dama que nunca nació después de la Virgen. Vos me habéis traído todo el dolor y os habéis llevado toda mi alegría. Por Dios, si hiciera caso a mi corazón os mataría de mala muerte, pero la razón me lo prohíbe porque sois mi hermano. Marchaos, alejaos de mi vista; que todos los ministros del infierno os acompañen y os martiricen con todos los martirios infernales.

Cuando el conde vio a su hermano cerca de la locura salió de la sala con su gente, montó a caballo y se fue rápidamente al condado de Forez, afligido y arrepintiéndose de su alocada acción, pues sabía que Remondín no lo estimaría nunca más ni querría volver a verlo.

Remondín entró en su habitación y se acostó en la cama como muy afligido y haciéndose los reproches peores que se habían oído hasta entonces:

—¡Ay!, Melusina —decía Remondín—, dama de la que todo el mundo hablaba bien, ahora que yo os he perdido para siempre; me he quedado sin alegría, he perdido vuestra belleza, vuestra bondad, vuestra dulzura, vuestra amistad, vuestro juicio, vuestra cortesía, vuestra caridad, vuestra humildad, todo mi gozo, todo mi consuelo, toda mi esperanza, toda mi suerte, mí bien, mi mérito, mi valentía, pues el poco honor que Dios me había dado lo recibía a través de vos, dulce amor. He obrado como un miserable. Deslumbrante Fortuna, dura, agria y amarga, me has precipitado de lo alto de tu rueda a lo más bajo, al más cenagoso lugar, fuera de tu casa, donde Júpiter abreva a los míseros, a los cautivos, a los apenados y desgraciados; sed maldita de

Dios; por tu culpa falté gravemente a mi querido señor; ahora quieres que expíe aquella falta. Pobre de mí, tú me habías dado gran prestigio gracias al buen juicio y al valor de la mejor de las mejores, de la más bella entre las bellas, la más sensata entre las sensatas; ahora tengo que perderla por ti, falsa y miserable, traidora y envidiosa. Está loco quien se fía de ti: ahora odias, ahora amas, ahora penas, luego destruyes; no hay en ti ni seguridad ni estabilidad, como veleta al viento. Pobre de mí, dulce amiga mía, yo soy el falso y cruel áspid y vos el precioso unicornio. Os he traicionado con mi mal veneno. Vos me curasteis mi primer daño; ahora os lo agradezco de mala forma, faltando a vuestra confianza. Si os he perdido por esta razón me iré lejos de aquí y nadie volverá a tener noticias mías.

Tal como oís, se lamentaba Remondín, golpeándose y debatiéndose de tal modo que no habría en el mundo corazón tan duro que al verlo u oírlo no sintiera lástima de él, que además se arrepiente de no haberle quitado la vida a su hermano.

Remondín estuvo lamentándose así hasta que llegó el alba; entonces crecieron las lamentaciones; pero cuando amaneció entró Melusina en la habitación; al oírla llegar, se hizo el dormido; ella se desnudó y se acostó completamente desnuda a su lado. Remondín empezó a suspirar con gran dolor, y Melusina le preguntó abrazándolo:

—Mi señor, ¿qué os pasa? ¿Estáis enfermo?

Al oír que no le reprocha nada piensa que ella no sabe lo ocurrido, pero se equivoca, pues lo sabe todo aunque lo disimula, porque él no se lo ha descubierto a nadie.

—Señora —le responde con gran alegría—, he estado un poco enfermo y he tenido algo de fiebre.

—Señor, no temáis, pues os curaréis en seguida, si Dios quiere.

—Amiga y dama mía, me siento mejor con vuestra llegada.

Ella le responde que se alegra mucho. A la hora de levantarse, se levantaron y fueron a oír misa, y pasó todo el día sin que ocurriera nada digno de mención. Al día siguiente fue Melusina a Niort, donde quena construir una fortaleza: en aquella ocasión empezaron a edificar las dos torres gemelas que aún hoy están allí.

La historia deja aquí de hablar de Melusina y de Remondín y habla de Jofré que había ido a Guerrandia, donde dejó constancia de sus deseos de combatir al gigante, a pesar de que muchas veces le dijeron que era una loca empresa:

—El gigante ha sido atacado —le dijeron— muchos días por cien hombres, otros por doscientos, otra vez por quinientos y otra por mil, y nunca ha sido vencido. ¿Cómo pensáis vos solo resistir su fuerza?

—No me digáis nada; o venceré o seré vencido. Llevadme al lugar donde vive.

Y así lo acompañaron hasta que tuvieron a la vista una gran torre que había encima de una montaña y desde la que se dominaban unas cinco leguas a la redonda; la torre tenía buenos fosos, fuertes y altas murallas, resistentes muros; estaba bien almenada y tenía un par de resistentes puentes levadizos. Dentro, había también un patio, bien protegido y con puertas muy fuertes.

—Señor —le dijeron a Jofré—, ésa es la torre de Montjouet, en la que está Gardón el gigante. Creednos, con haber visto la torre tenéis suficiente, volveos con nosotros; no avanzaremos más ni por nuestro peso en oro.

—Os agradezco que me hayáis acompañado hasta aquí.

Jofré descabalgó para armarse, se ciñó la espada, en la que confiaba mucho, se ató un buen yelmo, montó a caballo y pidió el escudo, que se colgó al cuello; tomó una maza de acero y la sujetó al arzón, se puso al cuello un cuerno de marfil blanco y pidió la lanza.

—Buenos señores —dijo a sus diez caballeros—, esperadme al fondo de este valle y, si Dios me otorga la victoria contra el gigante, tocaré el cuerno; cuando lo oigáis venid a mí.

Lo encomiendan a la protección de Nuestro Señor, afligidos porque no pueden ir con él.

Jofré sube la montaña, llega a la puerta del patio y la encuentra abierta, se dirige a la torre contemplándola con atención; vio que los puentes estaban subidos, pues el gigante dormía y gritó en voz alta:

—Hijo de puta, ven, te traigo el tributo que te debe la gente de mi señor por sus sufrimientos.

Gritó tanto que el gigante se despertó, salió a la ventana y lo vio completamente armado, a caballo y con la lanza sobre el muslo; lo veía grande, corpulento y de fiero porte.

—Caballero —le grita—, ¿qué buscas aquí?

—Te busco a ti, y nada más, pues vengo a cancelar el tributo que has impuesto a la gente de Remondín de Lusignan.

Cuando el gigante lo oyó, no pudo dejar de encolerizarse de pura rabia, al ver que un solo caballero le hace la guerra y va a desafiarle a su propia casa, aunque, después de contemplarlo, le parece que es muy valeroso.

Entonces, se arma y se laza el yelmo, toma un látigo de plomo con tres cadenas y una gran hoz de acero; a continuación, va a los puentes, los baja y sale al patio, donde le pregunta a Jofré:

—¿Quién eres tú, caballero, que tan valientemente vienes a buscarme?

—Soy Jofré el del Gran Diente —le responde—, hijo de Remondín de Lusignan, que vengo a cancelar los padecimientos de la gente de mi padre.

Cuando Gardón lo oyó empezó a reír diciendo:

—Loco, por el gran atrevimiento y valentía que tienes en tu corazón, siento lástima por ti; voy a hacerte una gran cortesía. Ten en cuenta que, aunque estuviereis quinientos como tú, no podríais resistir mi fuerza, pero, como me da lástima matar a un caballero tan valiente, te doy permiso para que te vayas. Y, además, por ti, y por el valor que has tenido viniendo solo, dejo libre del tributo que me debe, durante un año, a la gente de tu padre.

Cuando Jofré oye la oferta del gigante, se enfada, pues le parece que lo aprecia

poco, y le dice:

—Despreciable criatura, me tienes miedo. Tu cortesía no me importa nada, pues la haces por temor; debes saber, con toda certeza, que no me iré de aquí hasta que no te haya arrancado la vida del cuerpo; entonces, sentirás lástima de ti mismo y no de mí, pues yo ya te doy por muerto. Ahora te desafío por Dios, mi Creador.

Cuando el gigante lo oye, no puede dejar de reír y dice:

—Loco, si llega la batalla, no resistirás uno de mis golpes sin caer al suelo.

Jofré, sin decir nada más, espolea el caballo, se pone la lanza bajo el brazo y se dirige contra el gigante tan deprisa como puede correr el animal, y lo alcanza con el punzante hierro en medio del pecho, con tanta fuerza que lo hizo caer al suelo boca abajo; pero Gardón era fuerte y se incorporó rápidamente, muy enfadado, y cuando Jofré pasaba por su lado, golpeó al caballo con la gran hoz de acero, cortándole los cuartos traseros.

Cuando Jofré sintió que el animal se hundía bajo sus pies por el golpe que le había asestado su contrincante, sacó los pies de los estribos y saltó al suelo; arroja la lanza y se dirige hacia el gigante desenvainando la espada. Ahora están frente a frente los dos y va a empezar una fiera batalla. El del Gran Diente tiene la espada en la mano; Gardón empuña la hoz.

Tal como oís Jofré estaba de pie ante el gigante, que empuñaba la hoz con ambas manos, e intentaba golpearle; una de las veces, esquivó el golpe saltando, y, al volver, le asestó un tajo con la espada en el mango de la hoz, de tal manera que se la partió en dos. El gigante tomó entonces el látigo de plomo y le dio tal golpe en el yelmo, que casi lo dejó completamente aturdido. Jofré envainó la espada y fue hacia el caballo, cogió la maza de acero y se dirigió contra el gigante que intentaba golpearle con el látigo; Jofré se adelanta y le alcanza el brazo, de forma que hace que le salte el látigo de la mano. Pero el gigante llevaba tres martillos de acero en la cintura, cogió uno y se lo arrojó a su adversario por el aire, dando en el mango de la maza, cerca de las manos, haciendo que le volara al suelo; el gigante salta y la recoge, pero en ese momento Jofré desenvaina la espada y le ataca cuando su enemigo intentaba golpearle con la maza de acero en la cabeza: el gigante falló, pues Jofré era ágil y consiguió esquivarlo; la maza cayó con tanta fuerza que se introdujo un pie en la tierra. Sin embargo, el joven de Lusignan no erró, sino que logró alcanzar al gigante en el brazo derecho con toda su fuerza: la espada era buena y estaba afilada, y le cortó el brazo por delante de la cota; a pesar del dolor y del miedo, el gigante intentó golpearle con el pie en medio del pecho, pero él, que lo había visto venir, le partió la pierna en dos con la espada, por debajo de la rodilla; el gigante cae al suelo y lanza un grito tan fuerte que resonó por todo el valle. Lo oyeron sin esfuerzo los que estaban esperando a Jofré, pero no sabían qué había sido, aunque se quedaron admirados del horrible ruido. Entretanto, Jofré le cortó los lazos del yelmo y, luego,

le separó la cabeza del cuerpo; a continuación, tomó el cuerno y lo hizo sonar con toda su fuerza.

Los que le esperaban en el valle lo oyeron claramente, y también lo escucharon algunos que estaban en los territorios de alrededor; entonces, no les quedó ninguna duda de que el gigante había muerto, y alabaron a Jesucristo. Subieron la montaña y llegaron a la fortificación donde encontraron a Jofré junto al gigante.

—Jamás este traidor —les gritó el de Lusignan— os volverá a atemorizar; ya no le quedan ganas para hacerlo.

Cuando vieron el cuerpo del gigante por un lado y la cabeza por otro, se admiraron de su gran tamaño, pues medía quince pies de largo, y le dijeron a Jofré que había realizado una gran hazaña y que se había enfrentado a una aventura extraordinaria y a un peligro enorme al haber luchado contra tal diablo.

—El peligro ya ha pasado —dijo Jofré—; buenos señores, sabed que quien no empieza algo, jamás lo acaba; hay que pasar por el principio y por la mitad del asunto antes de llegar al final.

Jofré envió la cabeza del gigante a Remondín, mediante dos de sus caballeros, y después recorrió el país, donde se le recibió con gran alegría, y le hicieron ricos presentes.

Aquí dejaré de hablar de él y os hablaré de Fromonte, su hermano, que tanto suplicó a sus padre, que al fin le dieron el consentimiento para que se hiciera monje de la abadía de Maillezais, y lo dotaron de común acuerdo Remondín y Melusina. El abad y todo el convento, en el que había más de cien monjes, se pusieron muy contentos; pero si entonces se alegraron con la entrada de Fromonte, luego tendrían gran dolor, tal como oiréis más adelante, pero sabed que no fue por su culpa, pues era muy devoto y santo, sino por una aventura extraordinaria que contaré más adelante.

Ahora voy a hablar de los dos caballeros a los que Jofré había enviado con la cabeza del gigante Gardón: caminaron hasta llegar a Mervent, donde encontraron a Remondín, al que se la presentaron de parte de Jofré. Remondín se puso muy contento, y se maravilló de que su hijo se hubiera atrevido a combatirle. Entonces, le escribió diciéndole que Fromonte se había hecho monje en Maillezais. ¡Ay! En mala hora lo hizo, pues fue la causa de un dolor muy amargo y de la pérdida de Melusina, por lo que Remondín no volvió a tener alegría. Al despedir a los dos caballeros, el padre de Jofré les dio ricos regalos, y les entregó la carta para su hijo, encargándoles que saludaran a Jofré, que llevaran la cabeza del gigante a Melusina —que estaba en Niort—, y que no se entretuvieran mucho. Entonces, los dos caballeros se pusieron en camino y fueron a Niort, donde hallaron a la dama, a la que saludaron de parte de su hijo Jofré, y le presentaron la cabeza del gigante; la dama se puso muy contenta, y la envió a La Rochelle, donde fue colocada en una lanza, en la Puerta de Guyena. Melusina dio a los caballeros muchos ricos dones; se despidieron y se dirigieron a la torre de Montjouet, donde Jofré se encontraba a gusto.

La nueva de que el del Gran Diente había matado en combate al gigante Gardón,

se extendió rápidamente; todos se quedaron admirados cuando lo oyeron. En aquel entonces reinaba en Northumberlandia un gigante que se llamaba Grimalte, cruel como ninguno, y que tenía diecisiete pies de altura. Aquel diablo habitaba cerca de una montaña que se llamaba Brumbloremlión, y había destruido todo el país y nadie se atrevía a vivir a ocho o diez leguas de él. Cuando los de aquellas tierras oyeron las noticias de la muerte del gigante Gardón a manos de Jofré, decidieron en consejo que enviarían a buscarlo y que le ofrecerían todos los años de su vida —si accedía a liberarlos de aquel monstruo— diez mil besantes de oro, y si tenía heredero masculino, la oferta se perpetuaría de generación en generación, hasta que el heredero fuera una mujer, en cuyo caso perdería el derecho. Escogieron ocho mensajeros de los más notables del país y los enviaron a Jofré; lo encontraron en Montjouet, y allí le expusieron su mensaje.

—Buenos señores —les contestó al oír la propuesta—, no rehúso la oferta que me habéis hecho; si lo hubiera sabido antes, hubiese ido a combatir contra él por misericordia hacia el pueblo que ha sido destruido, y también para adquirir honor. Iré con vosotros, y, con la ayuda de Dios, venceré al gigante.

En esto, volvieron los dos caballeros que habían llevado la cabeza de Gardón a Remondín; lo saludaron con mucho respeto de parte de su padre y de Melusina, le contaron lo bien que los habían acogido y los ricos regalos que les hicieron. Luego, le entregaron las cartas de su padre. Jofré rompió la cera y vio que el contenido hacía mención a que Fromonte había entrado como monje en Maillezais; Jofré se enfadó tanto con estas noticias y mostró tal rabia en la cara que no hubo nadie a su alrededor que se atreviera a quedarse con él: todos abandonaron el lugar, excepto los dos caballeros y los embajadores de Northumberlandia.

—¡Cómo! —exclamó en voz alta—. ¿Es que mi padre y mi madre no tenían haber suficiente para Fromonte, para enriquecerlo y darle tierras, y buenas fortalezas, y no podían casarlo ricamente, sin necesidad de hacerlo monje? Por los dientes de Dios, los malvados monjes de Maillezais lo han encantado y atraído para conseguir más riqueza; él no se separaba de ellos ni de noche, ni de día. Por Dios, esto no me gusta nada; pero por la fe que debo a Jesucristo y a todos aquellos a quien se la tengo que deber, se lo haré pagar de tal modo que nunca jamás desearán que yo tenga un hermano monje.

Dirigiéndose a los embajadores de Northumberlandia les dijo:

—Señores, es necesario que me esperéis aquí hasta que yo vuelva, pues tengo que resolver un asunto que me afecta particularmente.

No se atrevieron a contradecirle, y le contestaron:

—Señor, como os plazca.

Entonces, Jofré mandó a sus dos caballeros que montaran; él se armó, tomó el caballo y se marchó de Montjouet, lleno de resentimiento y de odio a la abadía y a los monjes de Maillezais. Cuando llegó al monasterio, entró con la espada en el cinto, y, al ver al abad y a los monjes les dijo en voz alta:

—Vagos monjes, holgazanes, ¿quién os ha dado la osadía de hechizar a mi hermano, a quien habéis obligado a ordenarse monje con vuestra falsa humildad? Por los dientes de Dios, en mala hora lo pensasteis; beberéis en un mal cáliz.

—Por Dios —replicó el abad—, por piedad, entrad en razón. Por mi Creador, ni yo, ni ningún otro monje de los de aquí dentro se lo aconsejamos nunca.

Fremonte se adelantó, pues quería apaciguar la ira de su hermano, y le dijo:

—Mi querido hermano, por el alma que tengo que entregar a Dios, no hay nadie aquí dentro que me lo haya aconsejado, pues lo he decidido y hecho por mi propia voluntad y por propia vocación, sin consejo de nadie.

—Por mi cabeza —dijo Jofré—, obtendréis el mismo pago que los otros; no me será reprobado que tenga un hermano monje.

Entonces sale, cierra las puertas y hace que toda la mesnada lleve paja y madera, y la echen dentro, donde estaban los monjes, jurando por Dios que los quemará a todos allí; avanzaron los diez caballeros, que le censuraron su conducta a la vez que decían que Fromonte tenía buena intención, y que con sus buenas obras y plegarias podría prestar gran ayuda a las almas de sus enemigos.

—Por los dientes de Dios —dijo Jofré—, ni los monjes, ni el abad que están ahí dentro volverán a cantar misa o maitines, pues los quemaré a todos.

Entonces se marchan de su lado diciéndole que no querían ser culpables de este pecado.

En esta parte cuenta la historia que Jofré, al marcharse sus diez caballeros, cogió fuego de una lámpara de la iglesia y encendió la paja. La madera prendió. Allí podían verse y oír cosas que movían a gran piedad, pues, tan pronto como los monjes sintieron el fuego, empezaron a dar gritos dignos de compasión y muy amargos, y dolorosos lamentos; pero no les sirvió de nada; se encomendaron a Jesucristo y le rogaron devotamente que tuviera piedad de sus almas, pues de sus cuerpos no haría falta de ahora en adelante. Y ¿para qué os voy a alargar el relato? Ardieron todos los monjes y casi la mitad de la abadía antes de que Jofré se marchara de allí.

Fue entonces hacia su caballo y montó; cuando llegó al campo se volvió hacia la abadía y vio la desgracia y el daño que había causado; entonces se lamenta y se duele y se considera falso y traidor, y se hace tantos reproches, que no hay nadie que se lo pueda imaginar si no lo ve ni lo oye. De pura desesperación se habría dado muerte, de no haber sido por los diez caballeros que acudieron a él cuando oyeron que se lamentaba y dolía:

—Señor, señor —le decían—, es demasiado tarde para arrepentirse cuando la locura ha sido cometida. Dolerse ya no sirve de nada. Pensad en dar satisfacción a Dios y al mundo.

Cuando Jofré oyó estas palabras, sintió mucha pena en su corazón, pero no se atrevió a responder; cabalgó tan deprisa hacia la torre de Montjouet que a duras penas

sus hombres podían seguirlo, y no se detuvo hasta que llegó. Allí mandó que prepararan el viaje para ir con los embajadores de Northumberlandia; se llevó a diez de sus caballeros, su arnés y los servidores. Y aquí la historia deja de hablar de Jofré y habla de su padre.

Remondín se había sentado a comer en Mervent; en esto, llegó un mensajero que venía de Maillezais, y preguntó dónde se encontraba Remondín; lo llevaron a su presencia, se arrodilló ante la mesa y le saludó con gran cortesía. Remondín le devolvió el saludo y le preguntó de dónde venía y qué noticias traía.

—Señor —dijo el mensajero—, mucho me pesa no poder traerlas mejores, pero las que traigo son pésimas.

—Decidlas ahora —dijo Remondín—, es necesario que las sepamos. Dios sea agradecido y alabado por todo cuanto nos envíe.

—Mi señor Jofré el del Gran Diente, ha sentido tal dolor y rabia de que Fremonte se hubiera hecho monje en la abadía de Maillezais, que ha ido allí, ha encontrado a todos los monjes reunidos con el abad, y ha prendido fuego a la abadía, quemándolos a todos, y la mitad de la construcción.

—¿Qué es lo que dices? —preguntó Remondín—. No puede ser; no sería capaz de creerlo.

—Señor —respondió el mensajero—, es así, apresadme si veis que miento, hacedme morir de la muerte que os plazca.

Entonces Remondín tira la mesa y corre al patio, pide su caballo y se lo dan; monta y se va sin esperar a ningún compañero, y cabalga hacia Maillezais tan deprisa como puede correr el caballo. Su gente va detrás lo más rápidamente posible. Remondín cabalgó hasta llegar a la abadía y vio la gran desgracia y el gran dolor: entonces sintió tanta pena en el corazón que por poco enloquece de tristeza.

—¡Ah! —dijo Remondín—, Jofré, tú que tenías el mejor principio, por tus proezas, y por el aprendizaje de armas que habías realizado, para llegar a más alto honor que ningún hijo de príncipe vivo, lo has perdido todo por tu crueldad. Por la fe que debo a Dios, creo que éste es el encantamiento de esta mujer, y no creo que el fruto que ella ha traído al mundo pueda llegar a la perfección del bien: no ha traído al mundo hijo que no tenga una extraña señal; mirad a Oruble, que aún no ha cumplido siete años y ya ha matado a dos de mis escuderos, y antes de cumplir los tres años había matado a dos de sus nodrizas por la fuerza con que mordía sus senos. Y ¿no vi yo a su madre, el sábado, en forma de serpiente del ombligo para abajo? Así fue, por Dios. Es algún espíritu, o es todo un encantamiento o una ilusión que me ha engañado; ¿no me contó, la primera vez que la vi, mi desgracia con toda exactitud?

Remondín cabalgó hasta llegar a Mervent; entró en una habitación y se acostó en la cama, y empezó a quejarse y a hacer tan graves lamentos, que no habría nadie en el mundo que no tuviese piedad de él. Maldijo cien veces la hora en que Jofré nació y

fue engendrado; los nobles estaban muy afligidos por su tristeza, pero no sabían cómo remediarlo por todo lo que oían decir. Y a medida que pasaba el tiempo, el dolor se hacía más grande.

En esta parte cuenta la historia que cuando los nobles vieron que no podían sacarle de su dolor, ni apaciguarle de ningún modo, se entristecieron mucho, y decidieron en consejo que le mandarían recado a Melusina, que entonces se encontraba en Niort, donde había mandado construir las dos torres gemelas, que son muy hermosas de ver; escribieron un mensaje y se lo mandaron, diciéndole todo lo que ocurría. ¡Pobres! En mala hora lo hicieron, pues los pusieron a los dos en grave tormento y en gran miseria. Ahora empieza su cruel separación. Ahora empieza el dolor que le durará a Remondín toda la vida. Ahora empieza la penitencia que hará Melusina hasta el fin del mundo.

El mensajero caminó hasta llegar a Niort, saludó a la dama y le entregó la carta que los nobles le enviaban. Toma la carta, rompe la cera y la lee; cuando se dio cuenta de la desgracia, se entristeció mucho; le apenaba más que nada Remondín, aunque se daba cuenta de la grave acción que Jofré había cometido, y de que a partir de ahora, todo podía ir de otro modo.

Entonces, mandó llamar a toda su comitiva, y a gran cantidad de damas del país para tener compañía; se marchó de Niort y fue a Lusignan, donde estuvo durante dos días, con muy mala cara, yendo y viniendo continuamente de arriba abajo por allí dentro, visitando todos los lugares, con grandes suspiros y graves lamentos a veces. Y cuenta la historia y la verdadera crónica, que yo tengo por verdadera, que conocía bien el dolor que se le acercaba, y en cuanto a mí yo lo creo firmemente; pero su gente no pensaba que fuera por esto, sino por el disgusto que tenía de que Jofré hubiera quemado a su hermano y a los monjes, y por la pena que ella sabía que Remondín había sufrido. Así estuvo Melusina dos días en Lusignan; al tercero, marchó y se fue a Mervent, bien acompañada, como ya he dicho anteriormente. Y entonces los nobles del país que estaban reunidos para reconfortar a Remondín, al que amaban de todo corazón, salieron a su encuentro y le dieron afectuosamente la bienvenida, y le contaron que no podían consolar a Remondín en su dolor.

—Tened paciencia —dijo Melusina—, pues, si Dios quiere, se reconfortará para siempre.

La buena dama, entró bien acompañada en la habitación donde estaba Remondín, desde la que se veían los agradables prados, y los campos alrededor de Lusignan. Cuando Melusina vio a su marido, lo saludó muy cortésmente, pero él estaba tan afligido y tan lleno de tristeza, que no le respondió nada; ella empezó a hablar y le dijo:

—Mi señor, es una gran locura por vuestra parte, a quien se considera como el más sabio de los príncipes vivos conocidos, que mostréis el dolor por algo que no tiene remedio y que no puede ser de otra manera; ¿queréis rebelaros contra la voluntad del Creador de las criaturas, que lo ha hecho todo y lo destruirá a su placer,

cuando a él le plazca? Sabed que no existe pecador tan grande en el mundo a quien Dios no pueda perdonar, y está más dispuesto a perdonarlo si el pecador se arrepiente y le implora merced de buen corazón y con buena voluntad. Si vuestro hijo Jofré ha cometido tal ultraje por su extraordinario y fuerte ímpetu, sabed en verdad que es por los pecados de los monjes que eran de mala y desordenada vida: Nuestro Señor ha dispuesto su castigo, aunque esto sea desconocido para las criaturas de la tierra, pues los juicios de Dios son tan secretos que ningún corazón humano los puede comprender en su entendimiento. Y por otra parte, mi señor, nosotros tenemos haber suficiente, gracias a Dios, para reconstruir la abadía y dejarla mejor que estuvo nunca, para darle grandes y ricas rentas, y para poner muchos más monjes de los que nunca tuvo. Jofré se arrepentirá, si place a Dios y al mundo, así que, mi querido señor, os ruego que abandonéis este dolor.

Cuando Remondín oyó hablar a Melusina, supo que le había dicho la verdad en cuanto había hablado, y que era lo más razonable, pero estaba tan atravesado y lleno de tristeza, que la razón natural había huido de él. Entonces habló de un modo muy duro diciendo:

—¡Ah!, falsa serpiente, por Dios, tú y tus obras no sois más que encantamientos, y ningún hijo de los que has traído al mundo llegará a buen fin; ¿cómo volverán las vidas de los que han ardidido en la gran desgracia, o la de tu hijo que se entregó al crucifijo? De ti, sólo había salido uno bueno, Fromonte; ahora ha sido destruido por las artes del demonio y de todos aquellos que están llenos de ira a las órdenes de los príncipes del infierno; y por esto cometió Jofré el gran, horrible y odioso pecado de quemar a su hermano y a los monjes, que no merecían en absoluto la muerte.

Cuando Melusina oyó estas palabras, sintió tanto dolor en su corazón que cayó desmayada, y pasó una media hora antes de que se incorporara y de que pudiera levantarse. Entonces Remondín se afligió mucho más que antes, y su tristeza se apaciguó, y se arrepintió tanto de las palabras que había dicho que por poco enloqueció, pero ya no servía de nada, era demasiado tarde. Los nobles y las damas se afligieron mucho; incorporaron a la dama en su asiento, y le mojaron el rostro con agua fría, hasta que volvió en sí. Entonces cuando pudo hablar, miró a Remondín con mucha pena y le dijo:

—¡Ay! Remondín, el primer día que te vi, fue para mí muy doloroso. ¡Pobre de mí! En mala hora vi tu gentil cuerpo, tus ademanes y tu bella figura; en mala hora deseé tu belleza, tú que tan falsamente me has traicionado. Tú fuiste perjuro al ir a verme, pero ya que no se lo habías descubierto a nadie, te lo perdoné de corazón, aunque no te había dicho nada, y Dios te lo hubiera perdonado, pues ibas a cumplir la penitencia en este mundo. ¡Pobre de mí! Amigo mío, todo nuestro amor se ha vuelto odio; nuestra dulzura, crueldad; nuestro solaz y nuestra alegría, lágrimas y llantos; nuestra buena suerte es una dura e infortunada calamidad. ¡Pobre de mí! Amigo mío, si tú no me hubieses fallado, yo estaría libre y exenta de pena y tormento, y hubiera vivido una vida normal, y hubiera muerto naturalmente, y hubiera recibido todos los

sacramentos, y hubiera sido amortajada y enterrada en la iglesia de Santa María de Lusignan; y como se debe, se hubiera cumplido mi aniversario. Ahora me has condenado al sufrimiento oscuro donde ya había estado durante mucho tiempo por mi desgracia; así tendré que penar y sufrir hasta el día del Juicio Final por tu falta. Le ruego a Dios que te perdone.

Y entonces se duele tanto que no hay nadie en el mundo con un corazón tan duro que no se afligiera si la viera. Al verla Remondín, que no podía ver ni sentir, ni oír nada, ni sabía contenerse.

La historia nos da testimonio de que Remondín se afligió mucho; nadie había sufrido hasta entonces tal dolor sin pasar por las puertas de la muerte; cuando volvió un poco en sí y recobró la memoria, y vio a Melusina delante de él, se arrodilló y juntó las manos diciendo:

—Mi querida amiga, mi bien, mi esperanza, mi honra, os suplico por el honor del glorioso sufrimiento de Jesucristo, y por el del santo perdón que el verdadero Hijo de Dios hizo a María Magdalena, que me perdonéis esta mala acción, y que os quedéis conmigo.

—Mi dulce amigo —respondió Melusina, que veía que las lágrimas que le caían a Remondín por las mejillas eran tan grandes que tenía todo el pecho mojado—, que vuestro pecado os lo perdone Aquel que es el verdadero y todopoderoso perdonador, el auténtico poseedor de piedad y misericordia, pues, por mi parte, os perdono de todo corazón. En cuanto a quedarme con vos, es imposible, pues no le place al alto Juez.

Y con estas palabras lo levanta, lo abraza y le rodea el cuello con sus brazos, y se besan; tuvieron tanto dolor ambos que cayeron desmayados al suelo de la habitación. Entonces podía verse a damas, doncellas, caballeros y escuderos llorar y hacer un duelo tal que decían todos:

—Fortuna traidora, qué falsa y perversa eres al llevar a cabo la separación de estos dos leales amantes.

Entonces gritan todos a la vez:

—Hoy perdemos a la dama más valerosa que gobernó en la tierra; la más juiciosa que se ha visto, la más amada, la más atenta a las necesidades de su gente.

Y entonces empiezan a llorar y a lamentarse y a hacer tal dolor que se olvidaron de los dos que yacían en el suelo.

Melusina volvió en sí, y oyó las lamentaciones que hacía la gente por su partida, y empezó a llorar de lástima; fue a Remondín, que aún yacía desmayado, lo levantó y lo incorporó a su sitio. Y cuando él volvió en sí, Melusina le dijo a él y a su gente:

—Escuchad lo que voy a deciros. Mi dulce amigo, sabed que no me puedo quedar más con vos, pues a Dios no le place por el pecado que habéis cometido, y por lo que os voy a decir ante vuestra gente. Sabed que, después de vos, ningún hombre volverá a tener reunido el país que vos ahora tenéis, y vuestros herederos tendrán mucho que hacer después de vos. Algunos, por su locura, arruinarán el honor y la heredad; pero

en cuanto a vos, no tengáis miedo, pues yo misma os ayudaré en lo que necesitéis mientras os dure la vida.

No persigáis a vuestro hijo Jofré, pues será un hombre muy valiente. Tenemos otros dos hijos, de los que el mayor, que se llama Ramón, aún no tiene tres años, y Thierry no tiene más de dos; haced que los eduquen bien, y yo también estaré atenta a ellos, aunque no quiero que tengáis ninguna esperanza de que me volveréis a ver en forma de mujer una vez que me haya ido, lo cual ocurrirá en seguida. Quiero que Thierry, nuestro hijo menor, sea señor de Partenay, de Vouvant, de Mervent y de todas las provincias de esta tierra, hasta el puerto de la Rochelle. Y Ramón será conde de Forez. Dejad que Jofré tome decisiones, pues lo hará bien.

Entonces llamó aparte a Remondín y a los más altos nobles del país y les dijo:

—Buenos señores, si queréis conservar vuestra hacienda y vuestro honor, procurad, tan pronto como me haya ido, que maten en secreto a Eudes, nuestro hijo que tiene tres ojos, uno de los cuales lo tiene en la frente, pues tened por seguro que haría tanto daño que la muerte de veinte mil hombres sería poco en comparación con la pérdida que resultaría por su culpa, pues, en verdad, podría destruir todo lo que yo he edificado, y no faltaría jamás la guerra en el Poitou o en la Guyena. Tenéis que hacerlo así; si no, nunca habréis cometido una locura mayor.

—Mi dulce amor —dijo Remondín—, así será, pero por Dios y por misericordia, no me deshonréis por completo, quedaos o jamás tendré alegría en mi corazón.

—Mi dulce amigo —le responde— si fuese algo que yo pudiera hacer, lo haría, pero no puede ser. Sabed que siento en el corazón cien mil veces más dolor por nuestra separación que el que podáis sentir vos, pero así tiene que ser, y lo quiere Aquel que lo puede hacer y destruir todo.

Entonces, con estas palabras, Melusina lo abraza y lo besa muy dulcemente diciendo:

—Adiós, mi dulce amigo, mi bien, mi corazón y toda mi alegría; mientras viváis, me gustaría veros; pero, después de mi partida, no me veréis nunca más en forma de mujer.

En esta parte cuenta la historia que entonces Melusina saltó a una de las ventanas de la habitación, que daba a los campos y a los jardines de la parte trasera de Lusignan, y lo hizo tan ligeramente como si volara y tuviese alas. Desde la ventana se despidió, llorando, de todos los nobles, damas y doncellas que allí estaban. Y luego dijo a Remondín:

—Mi dulce amigo, tomad dos anillos que van juntos, cuyas piedras tienen una misma virtud: mientras tú o tus herederos los llevéis puestos, nunca seréis derrotados en pleito ni batalla, si defendéis una buena causa; además, ni tú, ni el heredero que los tenga, moriréis de tiro de arma, de piedra, ni de otra cosa similar.

Ella se los tiende y él los coge.

Entonces la dama empezó a hacer lamentos dignos de compasión y a suspirar, y miraba a Remondín y a todos los que estaban allí muy entristecida, y lloraba con tanta ternura que a todos les daba mucha lástima. Entonces empieza a mirar la habitación diciendo:

—¡Ay, dulce hogar donde he tenido tanto solaz y distracción, donde hubiera tenido mi felicidad, si Dios hubiese consentido que yo no hubiera sido traicionada tan falsamente! ¡Pobre de mí! Me solían llamar dama, y solían hacer y cumplir todo cuanto mandaba. Ahora ni siquiera tendré una pobre camarera; los que mostraban gran alegría cuando me veían, huirán de mí, y tendrán mucho miedo y horror cuando me vean; las joyas que solía llevar ahora serán penas y tribulaciones y graves penitencias.

Y continuó diciendo:

—A Dios os encomiendo, a todos y a todas; rogad a Nuestro Señor que aligere mi penitencia. Y quiero que sepáis para siempre quién soy y quién fue mi padre, para que no penséis que mis hijos descienden de una mala madre, ni de una serpiente, ni de un hada, pues soy hija del rey Elinás de Albión, y de la reina Presina; y tuve otras dos hermanas, y las tres fuimos castigadas con severidad y con dureza. Y de esto ya no os puedo decir nada más, ni quiero.

Luego se dirigió a Remondín, diciendo:

—Adiós, amigo mío. No olvidéis hacer con vuestro hijo Eudes lo que os he dicho, y pensad en nuestros dos hijos Ramón y Thierry.

Suspiró profundamente y sollozó con dolor; saltó al aire, dejó la ventana y pasó al vergel. Y entonces se convirtió en una gruesa serpiente, de quince pies de largo.

La piedra del alféizar en la que apoyó el pie, aún está, y todavía conserva la huella.

Al desaparecer, toda la nobleza empezó a hacer un gran duelo, especialmente las damas y las doncellas que le habían servido, y más aún que todos los demás, Remondín.

Se asoman todos a las ventanas para ver qué camino va a tomar, y la dama en forma de serpiente, da tres vueltas a la fortaleza, y cada vez que pasa por delante de la ventana, lanza un grito tan extraordinario y tan doloroso que todos lloran de lástima; es evidente que marcha del lugar bien a su pesar y contra su voluntad. Entonces tomó la dirección de Lusignan, con tanto tumulto y tanto ruido que parecía que hubiera rayos y tormentas por donde ella pasaba.

Melusina, en forma de serpiente, fue hacia Lusignan volando por el aire, pero no tan alto como para que la gente del país no la pudiese ver bien, y podían oírla aún desde más lejos, pues iba haciendo tal dolor y tanto ruido que era horrible de ver y oír. Cuando llegó a Lusignan, dio vueltas alrededor de las tres torres, gritando muy lastimeramente, y lamentándose con voz femenina, por lo que los de la fortaleza y los

de la ciudad estaban atemorizados, sin saber qué pensar, pues veían la figura de una serpiente con la voz de una dama. Después de dar tres vueltas, entró con tanta violencia en la torre pictavina que produjo un alboroto y un ruido tan grandes, que a los de dentro les pareció que toda la fortaleza caía a un abismo y que se removían las piedras de los cimientos. Poco tiempo después la perdieron de vista.

En seguida llegaron gentes enviadas por Remondín para saber noticias de ella: contaron cómo se había ido, y los otros les dijeron que había entrado allí y que habían tenido mucho miedo.

Cuando la noticia se extendió por el país, el pueblo llano empezó a hacer gran dolor: recordaban a Melusina muy piadosamente, pues les había dado muchos bienes. Y entonces empezaron a decir salmos y vigiliass, y a celebrar aniversarios por ella en las abadías, prioratos e iglesias que había fundado. Todo el pueblo se lamentaba, los grandes y los pequeños, nobles y no nobles. Y Remondín ordenó que se hicieran devotas oraciones.

Entonces llegaron los nobles del país y le dijeron:

—Señor, es necesario que hagamos con vuestro hijo Eudes lo que ella nos encomendó.

—Hacedlo —contestó Remondín.

Apresaron a Eudes con buenas maneras y con buenas palabras, y lo llevaron a una bodega, pues, si se hubiera dado cuenta de lo que le querían hacer, no lo hubiesen conseguido sin penas ni peligros. Lo encerraron y lo ahogaron llenando la bodega con humo de heno mojado. Luego lo pusieron en unas parihuelas y lo llevaron a enterrar a Poitiers, a la abadía del Monasterio Nuevo, donde le hicieron ricas honras fúnebres, como le correspondía.

Remondín se fue de allí a Lusignan, con sus dos hijos Ramón y Thierry, y ordenó que nadie entrara jamás en el lugar donde él había perdido a su mujer. Melusina iba todos los días a visitar a sus hijos, y los mantenía junto al fuego, y les ayudaba con todo su poder; las nodrizas la veían, pero no se atrevían a decir nada. Ella los instruía y los dos niños crecían con tanto vigor que todos estaban maravillados. Cuando Remondín supo por las nodrizas que Melusina iba a visitar a sus hijos todas las tardes, se sintió muy aliviado en su dolor, por la esperanza que tenía de recuperarla y volverla a ver; pero era inútil pensarlo, pues jamás la volvería a tener ni la vena en forma femenina, aunque muchos la hayan visto luego. Remondín sentía un profundo dolor de corazón, tanto que, a partir de entonces, nadie lo vio reírse ni alegrarse. Odiaba mucho a Jofré el del Gran Diente, y si lo hubiera cogido cuando estaba encolerizado, habría hecho que lo destruyeran. Aquí la historia deja de hablar de Remondín y vuelve a hablar de Jofré y de cómo le fue su viaje.

Jofré emprendió el viaje a Northumberlandia con los embajadores y sus diez caballeros. Cuando los nobles del país supieron que llegaba, fueron a su encuentro y

lo recibieron con gran solemnidad, diciéndole:

—Señor, debemos loar al dulce Jesucristo por tu llegada, pues sin ti no nos podríamos librar del extraordinario monstruo Grimalte, el gigante, por el que todo este país ha sido destruido.

—¿Y cómo podéis saber —les pregunta Jofré— que por mí podréis libraros de él?

—Señor —le contestaron—, los sabios astrólogos nos han dicho que el gigante no puede morir si no es por vuestra mano. Y estamos seguros de que Grimalte lo sabe; vos debéis ir contra él y decirle vuestro nombre, y sólo os tendréis que preocupar de que no se os escape.

—Por mi cabeza —dijo Jofré—, si es verdad lo que vuestros astrólogos os han dicho, no se me puede escapar; ahora conducidme al lugar donde puedo encontrarlo, pues tengo grandes deseos de verlo.

—De muy buen grado —le respondieron.

Entonces le presentaron a dos de los caballeros del país que lo acompañaron hasta el lugar, pero se dijeron el uno al otro en voz baja que no lo acercarían demasiado, pues no creían que Jofré pudiera conseguir la victoria. Jofré se despidió de los nobles y marchó con sus diez caballeros y con los otros dos; cabalgaron hasta llegar a la montaña de Brumbloremlión, y entonces le dijeron los guías a Jofré:

—Señor, ¿veis la montaña y el blanco sendero que se dirige en línea recta a ese árbol grande?

—Sí.

—Señor, ése es el camino recto, no podéis perderlo; bajo aquel alto árbol va a menudo a espiar a los que pasan. Ahora, si queréis, podéis ir; nosotros no vamos a avanzar más.

Jofré respondió:

—Si hubiese venido confiando en vuestra ayuda, me habría equivocado.

—Por mi padre —dijo uno—, tenéis razón.

Llegaron al pie de la montaña y Jofré descabalgó, se armó bien, con todas las armas, y volvió a montar; se colgó el escudo del cuello y tomó la lanza con la mano. Luego, les ruega a los dos caballeros que se queden hasta que vean en qué queda este asunto. Le contestaron que así lo harían.

En esta parte cuenta la historia que Jofré se despidió, se puso en marcha y empezó a subir la montaña, dirigiéndose hacia el árbol; pronto se dio cuenta de que el gigante estaba al pie del mismo. Tan pronto como el gigante lo vio se admiró de que un caballero solo tuviera el atrevimiento de ir por allí, y pensaba que iba para tratar algunos asuntos de tributos o de treguas. Entonces jura por su ley que de poco le valdrá. Se levanta de muy mala gana, toma con las manos una clava tan grande que le hubiera costado mucho esfuerzo levantarla a un fuerte villano. Baja un poco la montaña y le grita en voz alta.

—¿Quién eres, caballero, que tienes el atrevimiento de venir a mí? El que te ha traído hasta aquí no estima demasiado tu vida.

—Defiéndete —le grita Jofré—, te desafío.

Espolea el caballo, baja la lanza y golpea al gigante en medio del pecho con tanta fuerza que lo hace volar con las piernas hacia arriba; pasa de largo, vuelve un poco hacia atrás y descabalga temiendo que el gigante le matara el caballo; ata al animal por las riendas a un arbusto, desenvaina la espada y deja el escudo en el suelo, pues se da cuenta de que sería una locura esperar el golpe de la clava. El gigante le sale al encuentro, pero no lo ve, pues era tan pequeño en comparación con él que no podía divisarlo; entonces baja la cabeza y, al verlo, le dice:

—Dime, hombre de pequeña estatura, ¿quién eres tú, que tan valientemente me has abatido? Por Mahoma, ya nunca tendré honor.

—Soy Jofré el del Gran Diente —le responde—, hijo de Remondín, el señor de Lusignan.

Cuando el gigante lo oyó, se atemorizó mucho, pues sabía que no podía morir si no a sus manos. No obstante le respondió:

—Te conozco bastante, tú mataste el otro día a mi primo Gardón de Guerrandia. Cien mil diablos te han traído a este país.

—Es verdad —le contesta—, no me iré de aquí hasta que te haya arrebatado la vida del cuerpo.

Cuando el gigante lo oye, alza la clava e intenta golpearle en la cabeza, pero falla. Y Jofré le hiere con la espada en el hombro, pues no llega a la cabeza: le corta las mallas de la cota, y le introduce la hoja en la carne más de un palmo; la sangre le cae abundante, tanto que tenía todo el costado teñido hasta el talón. Cuando el gigante siente el golpe, le grita:

—Maldito sea el brazo que sabe golpear con tanta fuerza; y que el artesano que forjó esta pequeña espada sea colgado por la garganta, pues mi sangre nunca brotó por culpa de una espada, por buena que fuera.

Entonces alza la clava e intenta golpear a Jofré en la cabeza con toda su fuerza, pero volvió a fallar. Y habéis de saber que Jofré tuvo suerte, pues con la fuerza del golpe, la clava se hundió más de un pie en el suelo. Antes de que el gigante pudiera volver a intentar su golpe, Jofré le hirió en el costado, de modo que hizo que la clava le saltara de las manos, y cayera a gran distancia.

Grimalte se enrabió mucho al ver su clava tirada en el suelo de aquella manera, pero no se atrevía a agacharse para cogerla; entonces saltó sobre Jofré y le dio un puñetazo tan grande en el yelmo que lo dejó completamente aturdido, y a él se le hinchó y se le abotargó la mano por el gran golpe; entonces Jofré le hunde el filo de la espada en el muslo, cortándole medio palmo de pierna.

Cuando el gigante se da cuenta de esto, retrocede un poco hacia la montaña, y luego vuelve la espalda y huye; Jofré lo persigue con la espada en la mano; al llegar a la montaña, Grimalte encontró una cueva, y rápidamente se metió dentro; Jofré se

quedó muy sorprendido de su repentina desaparición; se acercó a la cueva y metió la cabeza en ella, y le pareció que era la entrada de un camino; vuelve a su caballo, coge la lanza, monta y empieza a descender de la montaña, yendo hacia su gente y hacia los dos caballeros que se admiraron al verle volver sano y salvo. Y ya habían acudido muchos, que le preguntaban si había visto al gigante, y él les respondía que habían combatido y que el gigante había huido metiéndose en una cueva y desapareciendo, de modo que no supo qué le había pasado; le preguntaron si le había dicho su nombre, y Jofré respondió que así lo había hecho; le dijeron que era muy importante descubrirselo, pues sabía que debía morir a manos de Jofré.

—Pero no temáis —dijo Jofré—, porque sé bien la cueva en la que ha entrado. Mañana lo encontraré fácilmente.

Cuando lo oyeron, se alegraron mucho y dijeron que Jofré era el caballero más valiente del mundo.

Al día siguiente por la mañana, Jofré se armó, montó a caballo y cabalgó hasta llegar a la montaña; encontró la cueva y miró dentro, pero no vio nada más que un pozo.

—El gigante es más grande y más grueso que yo —pensó Jofré—, y si ha entrado por aquí, yo también podré hacerlo, ocurra lo que ocurra.

Entonces, deja correr la lanza hacia abajo, hasta que toca el suelo, la sujeta por el hierro, entra con los pies por delante en el agujero, y se deja deslizar por la lanza, y cuando llega al fondo, toma la lanza por la punta y se va por un estrecho sendero; a lo lejos ve una gran claridad, él se persigna y se dirige hacia allí.

Cuando llega al final, encuentra una rica cámara en la que había grandes candelabros de oro y muchas luces; y estaba todo tan claro que parecía que estuviera en pleno campo. En medio encontró una tumba muy rica, de oro y piedras preciosas, nunca había visto otra igual; sobre ella estaba la figura de un caballero, extraordinariamente grande, que llevaba una rica corona de oro y piedras preciosas; a los pies había una figura en alabastro que representaba una reina, estaba coronada ricamente y sujetaba una tablilla de oro en la que estaba escrito: «Aquí yace mi marido, el noble rey Elinás de Albión», y explicaba cómo y por qué había sido puesto allí; y cómo sus tres hijas, Melusina, Palestina y Melior, habían sido castigadas por haber encerrado a su padre, y cómo el gigante había sido el encargado de guardar el lugar hasta que fuera echado de allí por el heredero de una de sus tres hijas; y cómo no podría entrar nadie allí si no pertenecía a los de su linaje; y lo explicaba todo en detalle, tal como está escrito más arriba, en el capítulo del rey Elinás. Jofré vagó largo rato, atraído por el cartel y por la belleza del lugar, pero aún no sabía que él mismo pertenecía al linaje del rey Elinás y de Presina.

Mucho tiempo después se fue de allí, caminó por un lugar oscuro que daba en medio del campo; mira adelante y ve una gran torre cuadrada, bien fortificada y almenada. Se encamina hacia aquel lugar, y al llegar encuentra la puerta abierta y el puente bajado; entra en la sala, y allí ve una gran jaula de hierro, donde estaban

encerrados unos cien hombres del país a los que el gigante tenía prisioneros. Cuando lo vieron se maravillaron mucho y le dijeron:

—Señor, por Dios, huid de aquí o sois hombre muerto, pues el gigante vendrá en seguida y os destruirá, aunque haya quinientos con vos.

—Buenos señores —responde—, he venido buscándolo. Sería una gran locura haber llegado hasta aquí para volverme tan deprisa. A estas palabras llegó Grimalte, que venía de dormir, y cuando vio a Jofré y lo reconoció, se dio cuenta de que su muerte se aproximaba, y tuvo mucho miedo. Entonces salta hacia una habitación que estaba abierta y cierra la puerta detrás de sí.

Jofré se enfadó mucho cuando vio que el gigante había entrado en la habitación, y que había cerrado la puerta. Entonces, fue corriendo hacia ella con gran ímpetu y la golpeó con el pie con tanta fuerza que la hizo volar hasta el medio de la habitación. El gigante salta fuera, pues no podía salir por ningún otro sitio; llevaba una gran maza y le dio a Jofré tal golpe sobre el yelmo que hizo que se tambaleara, pero aún tuvo fuerza para clavarle la espada en medio del pecho, metiéndosela hasta la empuñadura; el gigante soltó un grito horrible y cayó muerto.

Cuando los que estaban encerrados en la jaula de hierro lo vieron, gritaron en voz alta, diciendo:

—Noble hombre, bendita sea la hora en que naciste. Por Dios, sácanos de aquí. Has librado a este país de la mayor miseria.

Buscó las llaves hasta que las encontró, fue a la jaula y la abrió; los que estaban dentro salieron, se arrodillaron ante él y le preguntaron por dónde había venido, y él les contó la verdad.

—Desde hace cuatrocientos años —dijeron—, no se recuerda que nadie haya pasado por la cueva más que vos y los gigantes, que de padre a hijo han ido destruyendo este país; nosotros volveremos por otro camino.

Jofré les repartió toda la riqueza de la torre, dejándola vacía; luego, colocaron el cuerpo de Grimalte sobre un carro, a lo largo, y lo ataron bien para que no pudiera caerse; seis bueyes tiraban de él. Después incendiaron la torre, y acompañaron a Jofré hasta su caballo; montó y descendieron por el valle con toda la riqueza cargada, cada cual con su parte. Caminaron hasta que encontraron a los caballeros de Jofré y a otros muchos, nobles y no nobles, que lo festejaban y honraban, y querían hacerle grandes presentes, pero él no acepta nada, sino que se despide y se separa de ellos, que llevan al gigante por todas las buenas ciudades del país, admirándose la gente de que un solo hombre se atreviera a luchar con tal Satanás, y consideran que ha sido de gran valentía.

Y aquí la historia deja de hablar de ellos y habla de Jofré, que volvió a Montjouet, en Guerrandia, donde los del país le festejaron mucho.

Por aquel entonces había llegado Ramón, su hermano, para informarle del enfado que

su padre tenía con él, y se lo contó todo, desde el principio hasta el final, cómo se había marchado su madre, y cómo ella había dicho al marchar que era hija del rey Elinás de Albión. Cuando Jofré oyó estas palabras se acordó del cartel que había encontrado en la tumba del rey Elinás, y entonces supo con toda claridad que él y sus hermanos eran de su linaje, y se puso muy contento; pero se entristeció con la pérdida de su madre y con el dolor de su padre, y supo que la primera razón de esta desgracia había sido movida por el conde de Forez, su tío, y juró por la Trinidad que se lo haría pagar. Entonces mandó a su hermano que montara con los diez caballeros, y se fueron cabalgando a Forez. Tuvo noticias de que el conde, su tío, estaba en una fortaleza situada sobre una alta roca, y se dirigió a aquella parte. Ese castillo se llamaba Jalensi, y ahora se llama Castillo de San Marcelino.

Al llegar, descabalgó y subió a la sala, y allí se encontró al conde acompañado por sus nobles, y entonces grita:

—¡A muerte, falso, traidor! Por vuestra culpa hemos perdido a nuestra madre.

Desenvaina la espada y va hacia el conde, y éste que conocía su fiereza, mira la puerta de la torre mayor y huye por allí. Jofré sale, persiguiéndolo de piso en piso hacia el último, cerca del tejado. El conde ve una ventana que salía al tejado, se sube a ella y Jofré lo sigue con la espada desenvainada e intenta herirle, pero el conde, que temía mucho la muerte, salta a una pequeña garita que había cerca, pero le falló el pie y se despeñó; murió, completamente destrozado, antes de llegar abajo. Jofré lo mira desde arriba y lo ve despedazado, pero sabed que no sintió lástima por él, sino que dijo:

—Falso y traidor, por tu charlatanería he perdido a mi madre. Ahora has pagado por ello.

Luego, bajó de la torre; entre todos los hombres del conde no hubo ninguno tan valiente que se atreviera a levantar la mirada; entonces les ordenó que enterraran a su tío, con las exequias que le correspondían. Después, Jofré contó a los nobles del país por qué lo había hecho morir, y se tranquilizaron un poco, pues vieron que el conde había cometido una falta muy grave. Jofré les mandó que rindieran homenaje a Ramón, su hermano, que se convirtió en conde de Forez. Y aquí la historia deja de hablar de él y habla de Remondín, su padre.

Todo esto se lo contaron a Remondín, que se puso muy triste, pero el dolor se le pasó muy pronto porque su hermano le había impulsado a la acción que le hizo perder a su mujer. Entonces se dijo a sí mismo:

—Lo que ya está hecho no puede ser de otra manera; tengo que apaciguar a Jofré antes de que cause más daño.

Entonces le mandó recado mediante Thierry, para que acudiera a Lusignan, y así lo hizo; cuando vio a su padre, se lanzó al suelo de rodillas implorando gracia y le dijo:

—Querido padre, perdonadme y contened vuestra ira; os juro que haré reconstruir la abadía más bella y más rica de lo que fue, y haré que den rentas para veinte monjes más de los que había.

—Todo esto —respondió Remondín— se puede hacer, pero a los muertos no podéis devolverles la vida; ahora ya no puede ser de otro modo. Jofré, me voy a ir a una peregrinación que prometí hace mucho tiempo. Os dejaré el gobierno de mi tierra, y si no vuelvo, porque Dios haga su voluntad conmigo, quedaos con el reino; quiero que mantengáis lo que ordenó vuestra madre; ella dio a Thierry, vuestro hermano, Partenay, Vouvent, Mervent y todas las provincias hasta La Rochelle, el castillo del Aguilucho, y todo lo demás: desde aquí le nombro heredero.

—Mi señor —le contesta—, como queráis.

Entonces Remondín preparó todo lo necesario; reunió numerosos caballeros, escuderos y capellanes, clérigos y gentes de todos los oficios, y se llevó gran cantidad de oro y plata, y luego se puso en camino. Jofré y Thierry le acompañaron largo trecho, y mientras cabalgaban, contó cómo había encontrado en la montaña de Brumblorémlión la tumba del rey Elinás, asentada sobre seis columnas de oro puro; describió la riqueza del lugar y la estatua de la reina Presina, que era de alabastro y que estaba colocada sobre una columna a los pies del rey; explicó el cartel que ésta sujetaba y lo que decía: cómo sus tres hijas —una de las cuales era Melusina— estaban predestinadas, y toda la historia, tal como sucedió y que ya he mencionado al principio de esta historia. Y sabed que Remondín la escuchó con gusto, y le entretuvo mucho, pues Jofré le afirmaba que su madre fue hija del rey Elinás y de Presina. Entonces Remondín despidió a sus hijos, que se fueron muy afligidos, y volvieron a Lusignan. Remondín tomó el camino de Roma, pero antes le entregó a Thierry el anillo que Melusina le había dado al marchar.

Cabalgó con su mesnada hasta que llegó a las montañas de Montjouet, y las atravesó, pasó por Lombardía y un día por la tarde llegó a Roma, al Prado de Nerón. Al día siguiente por la mañana, fue a San Pedro y se encontró con el Papa Benedicto, que era el que reinaba por aquel entonces; y se dirigió a él; éste lo recibió con humildad cuando oyó quién era. Remondín se confesó, lo mejor que pudo; por el perjurio cometido contra su mujer, el Papa le impuso tal penitencia que se quedó tranquilo; comieron juntos aquel día. Al día siguiente, fue a visitar los santos lugares de Roma, y estuvo una semana antes de haberlo visto todo suficientemente; entonces se despidió del Santo Padre, diciéndole:

—No puedo por menos que pensar en mí, que jamás he de tener alegría en el corazón si me voy a mi país a pasar el resto de la vida; así pues, tengo la intención de hacerme ermitaño.

—Remondín —le pregunta—, ¿dónde tenéis intención de ir? —Padre, he oído decir que hay un lugar muy santo y devoto en Montserrat, en Aragón.

—Buen hijo, así lo llaman.

—Padre, tengo intención y deseo de ir allí a hacerme ermitaño, si a Dios place, y

le pediré a Dios que alivie la penitencia a mi mujer.

—Id ahora con el Espíritu Santo —dijo el Papa—, y os pongo por penitencia que todo cuanto hagáis sea con buena intención.

Remondín se inclina y le besa el pie, y el Papa le da su bendición. Después, Remondín se marcha a su alojamiento y manda en seguida cargar los animales, y todo el equipaje. No quiero hacer mención a sus descansos ni a sus paradas, ni a su camino, pero cuando llegaron a Tolosa, se despidió de todos menos de su capellán y de un clérigo, y les pagó el salario con generosidad; escribió cartas y las selló, enviándoselas a Jofré y a los nobles del país, ordenando que hicieran homenaje a su hijo, y también que los nobles debían aceptarlo como señor. Se despidieron haciendo gran duelo, pues no les quiso decir qué camino iba a tomar. Marchó con mucho haber, y caminó hasta llegar a Narbona.

Cuando Remondín llegó a esta ciudad, mandó que hicieran ropas de ermitaño, abundantes y sencillas, para él, para su capellán y también para su clérigo. Luego marchó de allí y fue por Salces, al pie del castillo, y llegó a Perpiñán, donde pasó la noche; al día siguiente atravesó Le Boulou, pasó a Le Perthus y llegó a comer a Figueras, y a dormir a Gerona. Luego, llegó a Barcelona, y se albergó en una buena hostelería; allí estuvo tres días visitando la ciudad que le pareció muy hermosa. Al cuarto día, marchó a la villa de Montserrat, visitó la iglesia y el lugar, que le pareció muy santo, oyó el servicio divino con devoción, aunque aún vestía sus ropas mundanas.

Entonces los encargados de alojar a los peregrinos le preguntaron si quena quedarse aquel día, y les respondió que sí; guardaron los caballos, y a él y a su gente les dieron una bella y buena estancia. Remondín fue a visitar las ermitas, pero sólo llegó hasta la quinta, pues la roca era tan alta que no continuó el viaje; en la tercera no había ermitaño, pues había muerto recientemente: era costumbre que, si en un término fijado, no venía nadie que quisiera ser ermitaño y ocupaba el lugar, el más cercano por abajo tenía que ocuparlo, y el de debajo pasaba a su ermita, y así quedaba libre el lugar que estaba más cercano de la tierra, hasta que alguien con devoción iba a ocuparlo. La razón de estos cambios es que el primero sube los víveres para los otros siete y toma su provisión para el día, y luego los recoge el siguiente por arriba, los sube del mismo modo, y así sucesivamente.

Tanto preguntó Remondín por su forma de vida, que la devoción iba en aumento. Entonces, se despidió del ermitaño, y bajó, y preguntó por el prior de la abadía. Le dijeron que estaba en la villa de abajo, que se llama Collbató. Les rogó que le llevaran allí, y le respondieron que lo harían con gusto. Dejó a su gente y marchó con un criado, descendieron por las escaleras de la roca, que era escarpada y abrupta, y llegaron a donde estaba el prior, que los recibió con muy buena cara. Remondín le dijo cuáles eran sus deseos y que quena hacerse ermitaño, ya que le agradaba el lugar,

que la iglesia no se vería perjudicada con ello. El prior, que lo veía como hombre de buena intención y que parecía ser de alta posición, estuvo de acuerdo, y consintió en que ocupara el lugar del cuarto ermitaño, con gran alegría para Remondín, que alabó a Jesucristo. Así pasó la noche con el prior; por la mañana volvieron a subir las escaleras, y llegaron a la abadía; Remondín dejó las ropas mundanas y tomó las del ermitaño, de las que tenía cinco o seis pares. Entonces oficiaron el servicio divino, y Remondín ofreció al empezar muchas ricas joyas de oro con valiosa pedrería. Después del servicio, fueron a comer; el nuevo ermitaño ordenó que subieran la comida a sus hermanos, y les hizo saber su llegada, por lo que alabaron a Dios, y le rogaron devotamente que Él le mantuviera la vocación. Así se quedó Remondín en la abadía, y al día siguiente, después de misa, fue acompañado al pie de la roca en la que estaban las moradas. Se despidió y subió a su ermita, a la que iba su capellán todos los días a decir misa, y el clérigo le ayudaba a decir las horas; Remondín llevó así una vida muy santa. Por todo el reino de Aragón, por Cataluña y por el Languedoc se extendió la noticia de que había llegado un noble extranjero a Montserrat para hacerse ermitaño, pero no se sabía de qué país ni de qué lugar era, y él no lo quería decir; y fueron a visitarle muchos nobles. El rey de Aragón, los condes y los nobles preguntaban sobre su existencia, pero nunca pudieron saber nada de él.

Ahora la historia deja de hablar de Remondín y habla de su gente, de lo que hicieron al marchar de Tolosa.

Cabalgaron por la Guyena hasta que llegaron a Poitou y a Lusignan, donde encontraron a Jofré y a muchos nobles; los saludaron a todos de parte de su padre y luego les entregaron las cartas; después de leerlas y enterarse del contenido, le dijeron a Jofré:

—Señor, ya que vuestro padre no quiere gobernarnos y nos ordena que os rindamos homenaje, estamos dispuestos a hacerlo.

—Buenos señores —dijo Jofré—, muchas gracias. Estoy listo para recibirlo.

Y así le rindieron homenaje. La noticia de que Remondín se había ido de su tierra por el gran dolor que había tenido con la pérdida de su mujer, se extendió rápidamente, y daba mucha lástima ver y oír el gran dolor que mostraban al recordar a su señor y a su dama. Los súbditos temían mucho a Jofré por su fiereza, pero temían en vano, pues les había de gobernar justa y dulcemente.

Aquí dejaré de hablar de ellos y hablaré de Jofré, que estaba muy angustiado de pensar que por su pecado había perdido a su madre y a su padre, pues los que habían vuelto no le supieron decir dónde había ido, ni a qué región, y por eso le remordía la conciencia, y recordaba a menudo cómo había quemado a los monjes de Maillezais, al abad y a su hermano Fromonte, sin razón alguna, y que por este pecado había perdido a su madre. Luego, se acordaba del conde de Forez, su tío, al que hizo saltar desde la gran torre del Castillo de San Marcelino, haciéndole perecer. Y entonces empezó a pensar mucho en sus pecados, y se decía que, si Dios no tenía piedad de él, su alma se vería en gran peligro y en vías de condenarse; entró en una habitación y

empezó a hacer gran dolor por sus pecados, y le entraron deseos de ir a Roma a confesarse con el Santo Padre.

Entonces envió a buscar a Thierry a Partenay, para que fuera a hablar con él, pues le amaba mucho. Cuando su hermano escuchó la orden, montó a caballo, y fue a Lusignan, donde Jofré lo recibió con gran alegría, y le dijo que iba a dejar el país bajo su guardia y gobierno, pues quería ir a Roma a confesar sus pecados al Santo Padre, y que no cejaría hasta encontrar a Remondín, si lo podía hacer buenamente. Entonces Thierry le ruega que le deje ir con él, y Jofré le responde que no sería bueno que los dos abandonaran el país, y que convenía que él se quedara. Y así se hizo. Jofré marchó con buen acompañamiento, y con abundantes bienes y muchas riquezas, y se llevó consigo un criado que había estado en Roña y había vuelto hasta Tolosa con su padre, y le pidió que lo llevara por todo el recorrido que Remondín había hecho y que lo alojara en las mismas hospederías en que su padre se había alojado.

Jofré marchó de Lusignan, caminó durante días hasta que llegó a Roma, y fue a ver al Santo Padre, que lo acogió con muy buen semblante cuando supo quién era. Entonces, se confesó muy devotamente de todo lo que se pudo acordar, y el Papa le impuso reconstruir la abadía de Maillezais, dar rentas para ciento veinte monjes, y muchas otras penitencias de las que por ahora me callaré. Después, le dijo al Papa que quería ir a buscar a su padre, y éste le respondió que lo encontraría en Montserrat, en Aragón, pues le había dicho al marchar que iba allí para hacerse ermitaño. Jofré se despidió del Santo Padre, le besó el pie y el Papa le dio su bendición.

Jofré se marchó de Roma con su mesnada y caminaron hasta Tolosa; se alojó en el lugar en el que había estado su padre; su criado preguntó en la hostería si sabían dónde había ido Remondín al marcharse de allí; le respondieron que había tomado el camino de Narbona, pero que no sabían por dónde siguió después.

—Ése es el camino más corto para ir a Aragón, y ya que mi padre fue por allí, iremos nosotros también.

Al día siguiente, por la mañana, fueron a Narbona, y se alojaron en el mismo lugar en el que se alojó Remondín. El criado preguntó hasta que supo que Remondín se había alojado allí y que había mandado que le hicieran ropas de ermitaño. Entonces se lo dijo a Jofré, que al día siguiente se puso en marcha y llegó primero a Perpiñán, y luego a Barcelona, desde donde fue al Montserrat. Cuando llegó a la abadía, envió sus caballos a Collbató y entró en la iglesia.

Entonces, el criado vio por la luz de las lámparas al capellán de Remondín, y se lo dijo a Jofré, que se alegró mucho, y fue a buscarlo y lo saludó. Cuando el capellán vio a Jofré, se arrodilló delante de él y le dijo:

—Querido señor, sed bienvenido.

Y le contó la buena vida que llevaba Remondín, y que todos los días se confesaba

y recibía a su Creador, y no comía nada que hubiese sido muerto. Jofré le pregunta dónde está su padre, y él le responde:

—Allí arriba, en aquella ermita; en la cuarta de las siete que hay; pero, mi señor, hoy ya no podéis hablar con él, hablad mañana.

—Esto me disgusta —dijo Jofré—, pero ya que es necesario que así sea, hay que hacerlo.

—Señor —dijo el capellán— oíd misa en el altar mayor, que ya está preparado; en seguida ordenaré a vuestra gente que os preparen la habitación, y luego mandaré hacer la comida.

—Estoy de acuerdo —dijo Jofré.

Mientras, el capellán lo deja para que vaya a oír misa, con diez de sus caballeros y con treinta escuderos que llevaba consigo. Los monjes se acercaron al capellán y le preguntaron:

—¿Quién es ese diablo del Gran Diente? Parece muy cruel, ¿de qué lo conocéis? ¿Es de vuestro país?

—Sí —les contesta—, es Jofré de Lusignan, uno de los mejores y más nobles caballeros del mundo. Sabed que tiene una tierra muy bella y muy rica.

—Hemos oído hablar de él —dijeron—. ¿No es él el que mató al gigante de Guerrandia y al otro gigante de Northumberlandia, el que quemó la abadía, a los monjes y al abad de Maillezais, porque su hermano había entrado en la orden sin su permiso?

—Sí —respondió— es él mismo.

—No me creáis nunca más —dijo uno de los monjes— si no ha venido aquí para hacernos alguna mala pasada. Me esconderé en un lugar en el que no pueda encontrarme.

—No —les contestó—, sabed que no os hará ningún mal, y todos vais a estar muy contentos con su llegada, pues tiene aquí a alguien a quien ama sobre todas las personas del mundo.

Y así se tranquilizaron un poco los monjes, y cuando lo supieron en el convento, iban y venían limpiándolo todo y disponiéndolo todo tan ricamente como podían, como si Dios hubiese bajado. Enviaron a buscar al prior, que estaba en Collbató, para que subiera, y le dijeron que Jofré el del Gran Diente había llegado como peregrino con muy gran compañía.

Entonces, subió el prior por las escaleras rápidamente, fue a la iglesia, y encontró a Jofré en el coro, que acababa de oír misa. El prior le hizo la reverencia muy cortésmente y le dijo que la iglesia y todos los monjes estaban a su disposición.

—Señor prior —contestó Jofré—, muchas gracias. Sabed que me gusta mucho este lugar, y no sufrirá ningún daño ni por mí, ni por los míos, si Dios quiere.

—Señor —dijo el prior—, Dios os lo agradezca.

Entonces llegó el capellán y le dijo a Jofré:

—Señor, ya está todo dispuesto, vayamos a comer cuando os plazca.

Jofré tomó al prior por la mano y subieron a comer con él, se lavaron, se sentaron a comer y luego dieron las gracias; conversaron mucho rato y así pasaron el tiempo hasta el día siguiente.

Por la mañana, cuando Jofré se levantó, encontró al capellán de su padre que lo esperaba con el prior, y lo llevaron a oír misa; después, lo acompañaron hasta la roca; el capellán iba delante y empezó a subir. Jofré se despidió del prior, que no pensaba que fuera por otra cosa sino para ver las ermitas, pues no sabía que su padre estuviera allí. Jofré subió detrás del capellán: cuando llevaban subidos unos veinte pasos, tuvieron que subir por otro lado, cambiando de dirección cada veinte pasos. De este modo subieron hasta que llegaron a la tercera ermita, que estaba a más de ochenta pasos de alto.

El clérigo estaba delante de la ermita de Remondín, esperando al capellán; vio venir a Jofré detrás del cura y lo reconoció, pues lo había visto otras veces. Entonces entró en la habitación y le dijo a Remondín:

—Señor, ved a vuestro hijo Jofré que viene con el capellán.

—Dios ha tomado parte en esto —dijo contento—, que sea muy bienvenido.

Llega el capellán y le saluda; Remondín ordena que le diga a Jofré que no puede hablar con él hasta después de oír misa, y éste accede.

El ermitaño se confiesa, oye misa y recibe el Cuerpo de Cristo. Y, mientras, Jofré miraba hacia arriba, los grandes riscos, altos y escarpados, y ve las otras tres ermitas que hay por encima de él, y la capilla de San Miguel, que es la quinta. Luego, mira hacia abajo, y se admira de que alguien se atreviera por primera vez a habitar allí: parecía que tanto la iglesia como la abadía no eran más que pequeños sellos. Entonces, el capellán lo llamó y Jofré entró. Al ver a su padre, se arrodilla y lo saluda muy dulcemente. Remondín corre a abrazarle y le besa levantándolo. Se sentaron en un escaño bajo ante el altar. Allí Jofré le contó cómo había ido a Roma, cómo se confesó con el Papa, y cómo éste le dijo que encontraría a Remondín en Montserrat. Y se dijeron muchas cosas uno a otro; y Jofré le rogó que dejara la ermita y que volviera a su tierra.

—Buen hijo —dijo Remondín—, no lo puedo hacer, pues quiero expiar aquí mi vida, y rogar a Dios por tu madre y por mí; y también quiero hacer penitencia para que Dios te perdone.

Así pasó Jofré todo aquel día; al día siguiente, por la mañana, Remondín oyó misa e hizo todo lo que tenía por costumbre; luego, le dijo a Jofré:

—Buen hijo, tienes que volver a tu país; saluda de mi parte a mis nobles y a mis hijos.

Jofré se despidió de su padre llorando y bajó de la montaña a su pesar; fue a la abadía, donde el prior le dio la bienvenida, maravillado de que hubiese estado tanto tiempo allí arriba.

La historia nos cuenta que Jofré dio gran cantidad de ricos dones y bellas joyas a la iglesia; luego se despidió del prior y de los monjes, aunque el prior le acompañó

hasta Collbató y comió con Jofré, que le dijo en confesión que Remondín era su padre, que cuidara de él, pues la Iglesia saldría beneficiada, y que una vez al año iría a verlo mientras viviese. Entonces el prior le respondió que no tenía que preocuparse, pues cumpliría con su deber.

Se despidió y pasó la noche en Barcelona, y volvió a hacer el camino que antes había recorrido hasta que llegó a Lusignan, donde Thierry y los nobles lo recibieron con gran alegría y estuvieron muy contentos con su llegada. Jofré le contó a su hermano toda la verdad acerca de su padre, y Thierry, que lo amaba mucho, lloró muy tiernamente. Entonces le dijo Jofré:

—Bien, mi muy dulce hermano, aún tenéis que quedaros aquí un poco más, pues sabed que quiero ir a ver a nuestros dos hermanos a Alemania, al rey Reinaldo de Bohemia y al duque Antonio de Luxemburgo, pero iré con soldados, pues hay malas gentes en esas tierras, que roban a los viajeros.

—Buen hermano, actuaréis prudentemente, pero os ruego que dejemos el país bajo el gobierno de los nobles; llevaremos quinientos hombres armados con yelmo, pues he oído noticias de que hay guerra entre los de Alsacia y los de Austria.

—Tenéis razón —dijo Jofré—, por ventura bien podría ser que Antonio estuviera mezclado en ello.

Y mientras preparaban todo esto, Eudes, el conde de la Marche, llegó con sesenta hombres, pues en aquellos días había guerreado con el conde de Vendôme; y Ramón, conde de Forez, su hermano, llegó aquel mismo día. La fiesta fue muy grande cuando los hermanos se encontraron y todos estaban muy contentos de oír noticias de su padre, y dijeron que irían a verlo todos juntos.

Jofré ordenó reconstruir la abadía de Maillezais, indicando de dónde debían tomar el dinero para pagar a los obreros; luego, dejó un buen gobernante en el país, y Thierry otro en el suyo. Y cuando Eudes y Ramón vieron que sus hermanos se ponían en camino para ir a Alemania a ver a sus otros hermanos, dijeron que ellos también irían y mandaron a buscar gente con sus respectivas tierras para que fueran por delante a Bonneval. Los hermanos juntaron dos mil hombres armados y mil ballesteros. Cuando el conde de Vendôme lo supo, pensó que iban a quitarle la tierra, y que Eudes, se había quejado a ellos; temía tanto a Jofré que fue a Bonneval a rendirse a la gracia del conde Eudes, que le perdonó su falta, y él le rindió homenaje de la tierra por la que había empezado el litigio.

Aquí la historia nos cuenta que los hermanos marcharon de Bonneval y fueron a Champaña; aquella noche acamparon a orillas del río Mosa, al pie de una fortaleza que era llamada Castillo de Dun, que estaba asentada sobre una escarpada montaña.

Ahora os dejaré de hablar de ellos un poco y os hablaré del rey de Alsacia, que estaba

en guerra con el conde de Friburgo y con el duque de Austria, que le habían causado muchas pérdidas, y le habían asediado en una fortaleza suya llamada Porrentruy, situada a cuatro leguas de Basilea. El rey de Alsacia había mandado buscar a su sobrino Reinaldo de Bohemia, y le había pedido ayuda al duque Antonio de Luxemburgo, para que le auxiliaran contra los enemigos.

Por aquel entonces, el rey de Bohemia llegó a Luxemburgo con tres mil hombres, y con la reina Aiglantina, su mujer, y su hijo Olifarte. La alegría fue muy grande cuando los hermanos se vieron: Antonio les hizo una gran acogida. La duquesa Cristina salió a su encuentro con sus dos hijos, Beltrán y Lohier, el menor. Entraron en la ciudad y fueron al castillo; los de Bohemia se alojaron en la pradera, en tiendas y pabellones.

Entonces llegaron dos caballeros pictavinos que habían estado con el rey Reinaldo y con Antonio en la conquista de sus países; cuando vieron la hueste de los de Bohemia por un lado, y por otra parte la gente del duque Antonio, quedaron estupefactos, preguntándose qué podía ser aquello; preguntaron si estaban asediando la villa, y les contestaron que no. Entonces, los dos caballeros avanzaron más, fueron al castillo, descabalgaron y subieron a la sala; allí fueron reconocidos por todos y se les recibió con gran alegría; saludaron a los dos hermanos de parte de Jofré, y de los otros tres hijos de Melusina.

Cuando Reinaldo y Antonio oyeron las noticias, tuvieron gran alegría y les preguntaron si estaban cerca, y ellos les respondieron:

—Sí, están a una legua de aquí con dos mil hombres armados y mil ballesteros, y vienen a veros.

—Antonio, buen hermano —dijo el rey Reinaldo—, ved aquí a tan graciosa y bella compañía venir con sus amigos; al menos no vienen desguarnecidos.

—¡A caballo, a caballo! —grita Antonio—, haced preparar en seguida toda la ciudad.

Los dos hermanos montaron a caballo con muy buena compañía de caballeros y escuderos, y con los dos pictavinos, y salieron al encuentro de sus hermanos; las damas se van a sus habitaciones para engalanarse.

En esta parte cuenta la historia que Antonio y el rey Reinaldo cabalgaron hasta que vieron a los primeros; y preguntaron dónde estaban los cuatro hermanos, y les respondieron:

—Allí, bajo aquel estandarte azur y oro.

Jofré iba montado en un alto corcel gris, y sus tres hermanos detrás de él, cada uno en un gran caballo, con el bastón en la mano, completamente armados a excepción del yelmo; cuando supieron que llegaban sus dos hermanos hicieron dejar sitio para ellos, y no permitieron que nadie se les aproximara más de cuatro lanzas; había gente delante y detrás que mantenían a los demás en orden. La alegría fue muy

grande cuando los dos hermanos se encontraron; se pusieron en camino todos juntos, de dos en dos, los mayores delante, seguidos por Reinaldo y Jofré, y Ramón y Thierry; detrás, toda la hueste con la bandera desplegada. Se dirigieron a Luxemburgo, que ya estaba toda engalanada, con los barrios bien adornados, los burgueses muy bien ataviados estaban en las ventanas, y las damas del castillo muy noblemente vestidas. Todos tenían muchas ganas de ver a los hermanos, especialmente a Jofré, por las proezas que se contaban de él.

Muy grande fue el ruido ante Luxemburgo al plantar las tiendas y pabellones. La gente, nobles o no, se maravillaban de la fiereza y del gran porte de Jofré y de Antonio, y decían todos que estos dos hombres eran capaces de desbaratar un ejército. Llegaron al castillo y allí descabalaron. La reina y la duquesa iban cogidas de la mano, y sus hijos detrás de ellas, y fueron a hacer la reverencia a los hermanos. Allí hubo gran alegría; pusieron las mesas para comer, se lavaron y se sentaron a la mesa, y fueron servidos muy noblemente. Después de comer, Jofré les contó la aventura del rey Elinás, del que todos descendían, de lo cual estaban muy contentos, y luego les habló de la marcha de su padre, y del lugar en el que estaba, pues los demás ya lo conocían. Entonces el rey Reinaldo le contó a Jofré y a sus otros hermanos cómo él y Antonio iban a socorrer al rey de Alsacia, que estaba asediado por el duque de Austria, el conde de Friburgo, el conde de Savernia y diez condes más de Alemania, del otro lado del Rin.

—Señores y hermanos míos —dijo Jofré—, no hemos venido sólo para veros y reposar, ahora que tenéis tanto trabajo entre manos; y si lo hubiéramos sabido antes de salir de Lusignan, entre los cuatro, hubiéramos traído bastante gente, ya que ahora no somos muchos; pero, buenos señores, no estemos aquí demasiado tiempo, vayamos ahora contra nuestros enemigos.

Entonces se pone en pie, y se despide de sus dos hermanas y de sus sobrinos diciendo:

—Buenos señores, no debe dejarse para mañana lo que puede hacerse esta tarde.

Entonces Jofré, Eudes, Ramón y Thierry salen de la sala, acompañados por sus hermanos, los nobles y las damas. Se despiden y montan, pero no permitieron que les acompañaran el rey Reinaldo ni el duque Antonio, sino que Jofré les dijo:

—Antes, despedíos de vuestras esposas y de vuestra gente, y preparad lo que haga falta. Yo me voy a mi alojamiento con mis tres hermanos, para disponer a nuestra gente y para conseguir guías que conozcan el país, pues nosotros formaremos la vanguardia.

Ellos se vuelven, y se dicen uno a otro:

—Este hombre no puede durar mucho, pues no teme nada; aconsejarle no sirve para nada, pues hace ya tiempo que me habían advertido —añade Antonio— que sólo quiere hacer su propia voluntad. Urién y Guyón me dijeron cómo se comportaba en

tierras de Siria y en el mar: si veía doscientos mil hombres, atacaba, aunque él no tuviera más que diez mil.

—Hermano mío —le contesta Reinaldo— será necesario que estemos atentos, vigilándolo de cerca; no hay que tomárselo a mal, pues se siente fuerte, es valiente, y ataca sin cobardía; eso es bueno, y lo que se emprende con valor y rápidamente, ya está medio ganado.

Entonces dejan de hablar. Por la noche se despidieron de sus mujeres, y dejaron buenos gobernantes. Jofré se preparó por su parte y se proveyó de lo que le hacía falta, consiguió buenos guías, y se informó acerca de sus enemigos, y de los vados por donde podían pasar el río; y ya que no podían pasar ni por Friburgo, ni por Basilea, pensaba que si encontraban en un lugar para vadear, derrotarían fácilmente a sus enemigos.

Al día siguiente por la mañana, Jofré ordenó que tocaran las trompetas, hizo cantar misa, mandó que se armara toda su gente y se puso en camino en buen orden de batalla. Sus dos hermanos salieron de la ciudad y mandaron que la hueste levantara el campo. Allí podíais ver seis banderas de Lusignan al viento. Bien se debe resaltar este encuentro, que les sería favorable. Caminaron tanto con su ejército que atravesaron Lorena y entraron en los llanos de Alsacia. Por la tarde, acamparon a orillas de un río, a seis leguas de la hueste enemiga y a cinco de Friburgo. Jofré llamó a sus hermanos y les dijo:

—No debemos atacar a esta gente sin desafiarles. Es necesario que les enviemos aviso de que se protejan de nosotros.

Responden que tiene razón, y mandan hacer unas cartas que decían: «A vos, duque de Austria, y a vos, conde de Friburgo, y a todos vuestros aliados, nosotros Reinaldo de Lusignan, rey de Bohemia, Antonio de Lusignan, duque de Luxemburgo, Eudes de Lusignan, conde de La Marche, Jofré de Lusignan, Ramón de Lusignan, conde de Forez, y Thierry de Lusignan, señor de Partenay, os mandamos aviso para que, tan pronto como lleguen estas cartas, os guardéis de nosotros, pues os llevaremos la desgracia, en cuanto podamos, por la falta que habéis cometido contra nuestro querido y bien estimado tío, el rey de Alsacia».

En esta carta de batalla pusieron sus seis sellos; y se la entregaron a un heraldo, que cabalgó hasta llegar al lugar del asedio, se la presentó al duque, y el desafío fue leído en la audiencia.

—¿Cómo —decían los alemanes—, es que el diablo ha traído a tantos desde Lusignan a este país? No se habla más que de ellos entre los sarracenos y los cristianos.

El heraldo volvió con nuestra gente y les contó cómo los de la hueste enemiga se quedaron sorprendidos de que tantos de Lusignan hubieran ido a aquellas tierras, y Jofré responde:

—Han oído hablar de nosotros, pero nos verán más cerca tan pronto como podamos, y ello le gustará a Dios.

Por la noche descansó la hueste, pero Jofré dijo a sus tres hermanos que prepararan la vanguardia, pues él tenía un poco que hacer.

—Por Dios —le advirtieron—, guardaos bien de lo que vais a hacer y de dónde vais.

—No temáis —les contestó—, me guardaré bien, si Dios quiere.

Jofré se marchó con quinientos hombres armados y cien ballesteros, y tomó dos buenos guías que conocían bien el territorio, y que lo condujeron a Friburgo, donde se ocultó entre las hayas al empezar el día, y allí esperó los acontecimientos.

Poco antes de salir el sol, Jofré subió a una colina, armado con cofia pero sin yelmo, y con la compañía de diez caballeros en los que confiaba mucho; llevaban diez sacos llenos de heno, con botas altas y espuelas, como si fueran criados gordos. Tenía también un escudero del ducado de Luxemburgo que hablaba bien el alemán; les había ordenado a unos que estuviesen preparados por si iba a buscarlos y a los otros que estuvieran atentos y si veían que se dirigía a la puerta, que lo siguieran a galope tendido. Y ellos le dijeron que así lo harían.

Un poco después de salir el sol, se abrieron la barrera, el puente y la puerta, y salió gran cantidad de animales. Cuando Jofré lo vio, volvió e hizo que montaran sus diez caballos; cada uno llevaba un saco —Jofré también— sobre el arzón de la silla y abundantes trapos viejos. El escudero que conocía la lengua se puso al frente, y Jofré lo seguía inclinado sobre su fardo. Entonces llegan a la barrera, y el escudero grita:

—Abrid, abrid, tenemos tanto sueño que no podemos resistir mucho, pues no hemos parado de cabalgar en toda la noche.

Los de dentro les abrieron y les preguntaron qué llevaban.

—Es ropa que hemos ganado y venimos a venderla, dijo el escudero.

Los dejaron pasar: se suben al puente y entran por la puerta. Entonces, tiraron los sacos y desenvainaron las espadas, matando a los guardias y a los porteros.

Cuando los de la emboscada vieron que ya estaban dentro, espolearon los caballos y entraron sin dificultades en la ciudad. Allí empezaron a gritar unos: «¡Traición, traición!», y otros: «La ciudad ha sido ganada».

En fin, a todos cuantos encontraron Jofré y sus hombres, los mataron, aunque muchos huyeron. Jofré hizo que guardaran el puente del río cuatrocientos caballeros y cien ballesteros; luego, se puso en camino hacia el ejército, y se encontró que habían levantado el campo, pues sus hermanos temían por él. Cuando lo vieron, se pusieron muy contentos, él les contó su aventura y cómo había conquistado el paso necesario para ir a Austria. Ellos se pusieron muy contentos y aquella noche acamparon todos juntos, y durmieron completamente armados, pues estaban a una legua de la hueste enemiga. La misma noche llegaron noticias a los enemigos de que Friburgo había sido tomada, por lo que el conde y todos los demás empezaron a preocuparse, y el mensajero les contó cómo había sido.

—Esta gente es astuta y sabe combatir; hay que temerlos. Y si no ponemos remedio nos pueden dar jaque.

—Tenéis razón —dijo otro. Y así lo dejaron hasta el día siguiente.

En esta parte cuenta la historia que al amanecer los hermanos oyeron misa; luego ordenaron sus batallones. Jofré con los tres hermanos que le habían acompañado y con su gente, llevaban el primer cuerpo del ejército, Antonio el segundo y Reinaldo el tercero: marchaban con las banderas al viento y era hermoso verlos. Justo cuando salía el sol, llegaron a una colina, y distinguieron la fortaleza de Porrentruy, con los sitiadores alrededor; al verlo, bajaron al valle, pero entonces un caballero que se había alejado a la hueste enemiga, dio la alarma: corrieron todos a armarse y formaron fuera del campamento.

Los cuerpos del ejército se aproximan; al bajar las lanzas hubo un gran grito y un gran ruido: el encuentro fue muy fiero y duro, y tanto por una parte como por otra hubo muchos muertos. Los ejércitos se reunieron en medio del estruendo. Jofré empuña la espada, hiere y golpea de tal manera que a todo el que encuentra lo derriba al suelo. Las seis banderas de Lusignan en muchos lugares de la batalla; los hermanos desbaratan todos los batallones y ponen a todos en fuga: el duque de Austria fue abatido de un revés que le dio Jofré y fue apresado rápidamente; Antonio apresó al conde de Friburgo, lo entregó a cuatro caballeros. ¿Para qué os voy a alargar el cuento? El ejército enemigo fue derrotado y los que pudieron huyeron, unos hacia Basilea y otros a Friburgo. Fue una cruel matanza, pues hubo de veinticinco a treinta mil muertos entre los austríacos y sus aliados. Los de la fortificación se quedaron sorprendidos al ver el combate, pero en seguida hubo quien fue a decirles que eran los hermanos de Lusignan. Entonces, el rey de Alsacia salió y fue a ver a los hermanos, que estaban en las tiendas recién conquistadas; los saludó con mucho afecto, y les agradeció con humildad su noble socorro; ellos hacen que le entreguen al duque de Austria, al conde de Friburgo, y a seis condes más, mientras dicen:

—Señor rey, aquí están vuestros enemigos, haced vuestra voluntad. Él se lo agradeció mucho, y llegaron a un trato juntos, gracias a la intervención de los hermanos: los prisioneros prometieron restablecer al rey de Alsacia lo que había perdido y que le devolverían la tierra por la que había empezado la guerra; después, juraron y prometieron que jamás volverían a combatir. Jofré hizo que entregaran al conde de Friburgo su ciudad, que se lo agradeció mucho, y le ofreció sus servicios. Allí mismo se acordó la boda de Beltrán, hijo del duque Antonio, con Melida, hija del rey de Alsacia, que era muy bella. Y Beltrán fue luego rey de Alsacia.

El duque de Austria y su gente se despidieron de los hermanos y marcharon. Los de Lusignan, el rey de Alsacia y Melida, fueron a Luxemburgo; allí se celebraron las bodas con una gran fiesta. Acabada ésta, el rey Reinaldo y su mujer se despidieron de sus hermanos y marcharon a Bohemia. Jofré y sus hermanos se despidieron del duque, de la duquesa y de sus sobrinos, del rey de Alsacia y de su hija, y volvieron a su país. Y el rey de Alsacia regresó a su tierra, llevando consigo a su hija y a Beltrán.

Nos cuenta la historia que más tarde se encontraron los ocho hermanos en Montserrat e hicieron una gran fiesta; insistieron hasta que bajó Remondín, su padre, pues estaba muy contento de ver a todos sus hijos juntos; luego, se despidió y volvió a la ermita. Los hijos dieron muchas riquezas a la Iglesia, y se despidieron unos de otros, se marcharon y cada uno volvió a su país, unos por mar y otros por tierra.

Aquí nos da testimonio la verdadera historia de que mientras Remondín vivió, Jofré y su hermano Thierry lo visitaron una vez al año. Un día, estaba tan cerca de la fecha en que se tenían que poner en camino, que Thierry ya se había ido a Lusignan para emprender el viaje tres días más tarde, pero ocurrió algo por lo que los hermanos se asustaron mucho, pues la serpiente apareció encima de los muros, de modo que todos pudieron verla, y dio tres vueltas alrededor; luego, se posó en la torre Pictavina, donde hizo tan graves lamentos y suspiros, que a los que allí estaban les parecía que era la voz de una dama, y esto sucedió tal como lo cuenta la historia. Jofré y Thierry se afligieron mucho, pues sabían que era su madre, y empezaron a llorar muy tiernamente. Cuando ella los vio llorar, lanzó un grito tan horrible y tan doloroso que parecía como si la fortaleza se hundiera en un abismo.

Entonces, les pareció a todos que lloraba muy tiernamente. Luego tomó su camino por el aire y se fue directamente a Aragón. El mismo día apareció en Montserrat, donde la vieron el prior y los monjes. Por aquel tiempo Remondín estaba muy enfermo, dejando a la Iglesia, a su capellán y a su clérigo, muchas riquezas. Eligió el lugar donde quería ser enterrado, como oiréis más adelante y se confesó.

Ahora volveré a Thierry, a Jofré y a todos los demás que quedaron preguntándose por el significado de la serpiente que había aparecido. Un noble, que estuvo presente el día que Melusina se separó de Remondín, les explicó:

—Yo estuve cuando vuestra madre se marchó y se despidió de mi señor; la partida fue muy triste, pues no hubo nadie que no llorara. Vuestra madre dijo que mientras existiera el mundo se aparecería siempre tres días antes de que esta fortaleza cambiara de señor, o de que uno de los herederos fuera a morir: en este caso aseguró que la verían aquí y en el lugar donde se produjera la muerte. Por el camino que he visto que tomaba, tened por cierto que cuando lleguéis a Montserrat, os encontraréis muerto a vuestro padre.

Cuando Jofré lo oyó, se entristeció mucho, y lo mismo le sucedió a Thierry. Entonces, aumentaron las provisiones de oro, de plata y de dinero en general, reunieron más gente para hacer las exequias por su padre, por si lo encontraban muerto, evitándose cualquier reproche. Dejaron a Eudes al frente del país y se llevaron a un hijo de éste que se llamaba Bernardo, que era muy bello y cortés, y tenía alrededor de quince años.

Se pusieron en marcha, vestidos con ropas de color negro. El séquito se quedó en Collbató y los hermanos siguieron hasta Montserrat. Al llegar les dijeron que su padre había muerto y que la serpiente había aparecido unos días antes: comprobaron

que esto había ocurrido a la vez que en Lusignan, y que su padre había muerto tres días después.

Vieron que el prior había cumplido con su deber, pues le habían abierto el cuerpo a Remondín para embalsamarlo y para preparar el corazón; habían enterrado las entrañas en la capilla de las lámparas, delante del altar mayor. La fosa aún estaba abierta y se veía bien cimentada; la cruzaban unos anillos de hierro resistentes para sostener el ataúd, pues el mismo Remondín había ordenado que lo enterraran en aquel lugar. El cuerpo estaba envuelto en una buena tela encerada y yacía en su caja sobre dos caballetes ante el altar mayor; había mucha luz, y ocho monjes decían continuamente salmos y vigilias de difuntos, día y noche. El prior había ordenado que celebraran un aniversario y había rogado la asistencia al rey de Aragón y a los condes de Ampurias, Urgel, Cardona y Prades y a numerosos obispos, condes y vizcondes, que asistieron a la jornada. El prior se puso muy contento cuando vio a los dos hermanos, que le agradecieron mucho el honor que le había hecho a su padre, pues el capellán de Remondín se lo había contado todo.

Al día siguiente, llegaron los reyes de Aragón y toda la nobleza y el alto clero citado anteriormente y muchos más, gran número de damas y doncellas, numerosos burgueses de ciudades vecinas y otros habitantes de la región. Jofré y Thierry se vistieron con elegancia para el duelo; el prior estaba en medio de los dos y les iba presentando a los asistentes, nombrándolos por sus nombres, y los dos hermanos les agradecían con una respetuosa reverencia el honor que les habían hecho asistiendo.

Después, entraron en el monasterio y empezó el servicio divino y se enlutaron los caballos, como se debía hacer por un príncipe. Enterraron el cuerpo y sellaron la sepultura que era muy rica, según la usanza de aquel tiempo; luego, la comida fue extraordinaria.

Los reyes de Aragón no cesaban de mirar a Bernardo, pues les gustaba mucho por lo bien que servía; por fin, después de haber dado gracias, la reina le pidió al rey que le preguntara a Jofré que de quién era el niño, y que se lo pidiera.

—Por mi cabeza —dijo el rey—, señora, tenía el propósito de hacerlo, pues me agrada mucho; si a vos también os place es mejor aún.

Entonces, llamó a Jofré y a Thierry y les preguntó de qué linaje era aquel niño que estaba tan bien educado.

—Señor —le respondieron—, es hijo de Eudes, conde de La Marche, hermano nuestro.

—Jofré —dijo el rey—, es de noble familia y bien lo demuestra. Sabed que nos agrada mucho a la reina y a mí. Si quisierais dejarlo con nosotros, nos ocuparíamos tanto de él que vos nos lo agradeceríais.

—Señor —dijo Jofré—, el padre tiene otros dos hijos y dos hijas más; si a vos os place, a nosotros también.

Los reyes se lo agradecieron. Sabed que aquel Bernardo se casó más tarde con la hija del señor de Cabrera de Aragón, que no tenía más descendientes: de ellos vienen

los Cabrera que ahora existen.

Los reyes de Aragón y todos los nobles se despidieron de los hermanos que los acompañaron algún tiempo. Luego, volvieron a la iglesia y dejaron a su sobrino bien dotado, pues le dieron gran cantidad de dinero y un escudero inteligente para que le aconsejara y un buen acompañamiento. Los reyes los recibieron muy contentos y lo quisieron mucho.

Llegado el momento, los dos hermanos se despidieron del prior haciendo grandes donativos para la Iglesia; quisieron llevarse al capellán de su padre y al clérigo, pero éstos no consintieron: el capellán se hizo ermitaño ocupando el lugar que se había quedado libre con la muerte de su señor y el clérigo siguió sirviéndole, como antes. Jofré y Thierry se marcharon con su gente y se llevaron el corazón de su padre. En todas las ciudades donde dormían encendían gran cantidad de lámparas que daban claridad alrededor de la reliquia, y durante toda la noche había religiosos diciendo salmos y vigilias. El prior de Montserrat los acompañó hasta Perpiñán y después de despedirse volvió a su abadía. Los dos hermanos y su acompañamiento regresaron a Lusignan, llamaron a los condes de Forez y de La Marche y mandaron hacer un funeral por su padre en Nuestra Señora de Lusignan, al que asistieron los nobles del país; el corazón fue enterrado con gran solemnidad, y luego se celebró el banquete, en el que contaron a Eudes cómo los reyes de Aragón se habían quedado con su hijo Bernardo.

—Que Dios lo tenga a su lado —respondió—, a mí me parece bien.

Entonces, los hermanos y los nobles se despidieron de Jofré, a quien consideraron a partir de aquel momento como señor legítimo de Lusignan, y volvió cada uno a su tierra. Jofré se quedó en Lusignan, donde hizo después mucho bien: mandó reconstruir la abadía de Maillezais, que fue más grande y más poderosa que antes; instaló en ella a ciento cuarenta monjes dándoles rentas suficientes, con la obligación de que rogaran siempre por el alma de su padre, de Melusina, de todos los descendientes y de los descendientes de los descendientes. Hizo, además, que esculpieran en la puerta de la abadía, su retrato en tamaño natural.

Cuenta la historia que todos ellos y sus herederos gobernaron en las respectivas tierras con gran poder: el rey Urién en Chipre; Guyón en Armenia; Reinaldo, en Bohemia; Antonio en Luxemburgo; Eudes en La Marche; Ramón en Forez; Jofré en Lusignan y Thierry en Partenay. Y aquí termina la historia del noble linaje de Lusignan en Poitou; habéis oído quiénes fueron sus descendientes, pero también proceden de ellos los Pembroke de Inglaterra, los Cabrera de Aragón, como he dicho antes, los Sassenage del Delfinado, los Rochefoucauld y los Cadillac tal como se encuentra en las antiguas crónicas.

Aunque os he dicho que la historia había terminado, os quiero hablar aún de Jofré. Hasta diez años después de la muerte de Remondín, gobernó su tierra sin que nadie le

rindiera cuentas, y no le importaba. Cuando preguntaban si llevaba las cuentas para saber cómo vivía, él contestaba:

—¿Cómo? ¿Qué cuentas queréis que lleve, si tanto vosotros como yo vivimos a gusto, mis fortalezas están bien mantenidas y todas mis necesidades cubiertas, me dais dinero cuando os lo pido o lo entregáis a quien deseo, y me prestáis para lo que yo quiera tener? ¿Qué cuentas queréis que lleve? No quiero oír nada de eso. ¿Pensáis que tengo intención de hacerme una casa de oro? Con las de piedra que me han dejado mis padres me basta.

—Señor —le contestaron—, todo señor debe oír al menos una vez al año sus cuentas, aunque sólo sea para tranquilidad de sus recaudadores y gobernantes, que las justifican y así no se les debe exigir nada después, ni a ellos ni a sus herederos.

Tanto insistieron que accedió a oír las cuentas un día determinado. Entonces, llegaron los recaudadores de todas sus tierras y entraron en una habitación. Allí se presentaron Jofré y los que le habían aconsejado, aunque a él no le importaba mucho.

Tanto contaron y volvieron a contar que todo acabó cuadrando. Pero siempre en las cuentas del recaudador de Lusignan había una coletilla:

—Ítem, diez sueldos para la bola de la torre. Jofré vio que esta anotación se repetía los diez años. Y entonces, preguntó qué torre era aquélla cuya bola costaba todos los años diez sueldos.

—¿No podéis hacer —preguntó— que dure diez o veinte años, y que no se cuente tan a menudo?

—No, señor —respondieron—, esto es un tributo. —¿Cómo, no son la tierra y la fortaleza de Lusignan sólo tributarias de Dios, mi Creador? Me gustaría que Él me perdonara mis pecados por diez sueldos al año. ¿A quién se los pagáis?

—Señor, no lo sabemos.

—¿Cómo queréis que acepte vuestras cuentas? Tenéis que justificarme a quién le dais esos diez sueldos de renta que decís que pagáis por la bola de una torre. Por los dientes de Dios, no me vais a engañar. Si consigo saber quién es, tendrá que explicar por qué le debo tributo y si no me devuelve el dinero que se le ha pagado, me lo devolveréis vosotros.

—Señor, desde hace cinco o seis años —contestaron los recaudadores—, desde que se fue vuestra madre, el último día de agosto, venía una gran mano y se llevaba la bola de la Torre Pictavina, y la arrancaba con tanta fuerza que tiraba gran parte del tejado de la torre. Todos los años costaba veinte o treinta libras reconstruirlo. Un día vino un hombre al que vuestro padre no había visto nunca y le aconsejó que el último día de agosto pusiera treinta piezas de plata de cuatro dinares en una bolsa, y que las llevaran entre la hora de nona y vísperas, al último piso de la torre; estos diez sueldos debían meterlos en una bolsa de cuero de ciervo, que colocarían encima de la pieza de madera que sostiene el eje de la bola; el anciano dijo que se hiciera así todos los años, y desde entonces la bola está intacta. Cuando Jofré oyó estas palabras, empezó a pensar y estuvo mucho tiempo sin responder. Al fin, dijo en voz alta:

—¿Cómo pensáis que mi padre iba a pagar un tributo e iba a desear que yo lo pagara, siendo la tierra franca? Habéis visto las cartas con las que el conde Aimeric de Poitiers se la dio a mi padre libre de tributos, que no le debía nada a nadie excepto a Dios. Por mi cabeza, no pagaré ni una moneda.

Entonces, salió de la habitación muy enfadado; su gente iba detrás sin atreverse a decir una palabra.

—No os atreváis —advirtió Jofré— a pagar nada, pues os costaría caro. Veré quién es el que pretende obtener tributos a mi costa: el día que yo lo permita, que me muera de mala muerte de repente. Traedme la bolsa y el dinero y venid el día señalado.

Cuando se acercó la fecha, Jofré llamó a Thierry, a Ramón y a Eudes, que estaban en sus respectivas tierras, les contó la aventura, ante el asombro de todos. Entonces, le preguntaron a Jofré qué pensaba hacer y él respondió que ya lo verían. El último día de agosto oyó misa y comulgó con devoción. Salió de la iglesia y fue a la torre acompañado por sus nobles y sus hermanos; después de comer, Jofré se armó por completo, pidió la estola que llevaba el capellán que había celebrado la misa y se la puso alrededor del cuello, cruzándosela por delante del pecho. Luego, cogió la bolsa con las treinta piezas de plata y se la cogió al cuello; se ciñó la espada, se colocó el escudo y le pidió al capellán que le echara agua bendita por encima.

—A Dios os encomiendo —dijo a sus hermanos—; quiero ver si puedo encontrar al que pretende tener rentas de mi fortaleza de Lusignan; si no es más fuerte que yo y lo apreso, me quedará con el dinero.

Entonces, sube a la torre y llega al piso más alto. Sus hermanos y los nobles se quedan abajo, con miedo de que muera. Jofré, que era valiente, espera durante mucho tiempo la llegada de lo que sea.

Así estuvo de nonas a vísperas, sin ver ni oír nada. Un poco después de vísperas oyó un gran estrépito y vio que temblaba el techo de la torre; de pronto apareció delante de él un gran caballero completamente armado, que le dijo en voz alta:

—¿Cómo, Jofré, quieres arrebatarme el tributo que me corresponde por la bola de esta torre y que no se me ha pagado? Cuando vivía tu padre se me pagaba puntualmente.

—No obras con razón; ¿traes documentos? Demuéstrame que mi padre se comprometió a ello y si veo que tienes razón te daré el dinero que aquí está preparado.

—No tengo documentos, pero se me ha pagado hasta hoy.

—Si fuera una deuda verdadera te costaría trabajo cobrarla. Pero, además, me tienes por estúpido, pues piensas que la vas a poder mantener sin demostrarme que tienes razón. Dime, ¿quién eres, que me has estado robando durante catorce o quince años? Te desafío por el poder de Dios y pongo como gaje mi justa heredad.

—No temas. Vengo de parte de Dios y mi nombre lo sabrás a su debido tiempo.

Entonces, sin decirse nada más, se enzarzaron intercambiándose grandes y crueles

golpes; abajo se oía el ruido que hacían al ir y venir y el de las espadas al chocar con los yelmos; nadie dudaba del trabajo que tenía Jofré, y hubiesen subido sus dos hermanos a no ser por que se lo había prohibido expresamente.

El caballero de la torre cuando vio que Jofré se mantenía firme frente a la espada, la envainó y tiró el escudo al suelo. Jofré arrojó el suyo y alzó la espada con las dos manos, golpeando al caballero en el yelmo con tanta fuerza que hizo que se tambaleara; lo acorraló y le dio varios golpes con el pomo; el otro se defendía con los brazos, y Jofré, al verlo, soltó la espada e hizo lo mismo. Entonces empieza la lucha cuerpo a cuerpo, se golpean con tanta fuerza que ambos sudan. El caballero vio la bolsa, la cogió y se la quitó del cuello a Jofré, pero éste la recuperó con todo el dinero. El otro, tira de ella con toda su fuerza y la rompe, quedándose la bolsa y su contenido en la mano de Jofré. Llevaban tanto tiempo peleando que el sol ya se había puesto.

Entonces, Jofré empuñó la espada con la mano derecha y gritó:

—Aún no tienes la bolsa ni el dinero, y te va a costar sangre. Me admira que puedas resistir tanto.

—Más maravillado aún estoy yo —dijo el caballero— de que puedas resistirte a mi poder. Te reto para mañana, pues hoy ya es demasiado tarde. Me encontrarás en la pradera, junto al río, montado y armado, dispuesto a combatir; prométeme que sólo tú pasarás el río.

—Te lo prometo —contestó Jofré.

Y con estas palabras desaparece el caballero, sin que Jofré pudiera decir por dónde se había ido.

—He aquí —exclamó— un curioso mensajero. Estoy perplejo.

Entonces, baja las escaleras, llevándose el escudo que había ganado en la lucha.

La historia afirma que cuando Jofré llegó abajo con su escudo al cuello y el otro en la mano derecha y con la bolsa del dinero en la otra, fue recibido con admiración por sus hermanos y por los nobles, que le preguntaron que a quién había encontrado allí arriba, pues habían oído el ruido y el choque de las espadas. Les contestó que había encontrado a un caballero muy valiente, que le había causado más fatigas que ningún otro; a continuación, les contó la lucha y las palabras que se habían cruzado, y cómo había aparecido repentinamente y se había marchado del mismo modo. Todos empezaron a reír diciendo que nunca habían oído cosa igual, pero cuando vieron que Jofré tenía el yelmo abollado por los golpes y las armas destrozadas, se les fueron las ganas de reír, pues se dieron cuenta de que no era broma.

Al día siguiente por la mañana, Jofré se levantó a la vez que sus hermanos oyeron misa; luego, tomó una sopa de vino, se armó por completo, montó a caballo con agilidad, se colgó el escudo del cuello y empuñó la lanza. Sus hermanos y los nobles le acompañaron hasta un riachuelo que corre por la pradera, por la parte de Poitiers. Se despidió de ellos y pasó al otro lado, donde vio inmediatamente a un caballero armado, con el escudo al cuello y la lanza sobre el fieltro, montado sobre un gran

corcel gris, con aspecto de hombre fuerte y valeroso y sin miedo a que la batalla le fuera adversa, al parecer.

Cuando Jofré vio al caballero en el prado, le gritó:

—Señor caballero, ¿sois vos el que queréis obtener tributo de mi fortaleza?

—Sí, soy yo.

—Por mi cabeza, vengo a disputároslo. Defendeos ahora, pues os hará buena falta.

Cuando aquél lo oye, baja la lanza, igual que Jofré, y galopan uno contra otro, encontrándose con tanto ímpetu que las lanzas se rompieron en muchas astillas, y ellos chocan con el cuerpo, con el pecho, con los hombros y con la cabeza, y con los caballos: ambos vieron las estrellas. Desenvainan y se dan tales golpes que los que están viéndolos al otro lado del río se preguntan admirados cómo pueden resistir este martirio. Combatieron hasta que el escudo estuvo deshecho y la loriga desmallada en cien lugares diferentes. Era la hora de vísperas y aún no sabían quién era el mejor.

Entonces, el caballero tomó la palabra y dijo:

—Jofré, escúchame. Te he estado probando. Te perdono tus diez sueldos. Lo que yo he hecho ha sido en beneficio de tu padre y de su alma, pues el Papa le había puesto una penitencia por el perjurio cometido contra tu madre y él no la había cumplido. Ahora, si mandas fundar un hospital y dar rentas para una capellanía por el alma de tu padre, tu torre quedará libre de tributo y no volverán a suceder más cosas maravillosas, ni a ningún otro lugar del castillo.

Jofré le responde que pensaba que era un enviado de Dios y que por eso lo haría con gusto, a lo que el caballero le jura que así era.

—Ahora, estad seguro —añade Jofré— de que lo haré como quiere Nuestro Señor, pero dime quién eres.

—Jofré —contesta— pregúntalo más adelante, pues por ahora no puedes saber nada más, sino que vengo de parte de Dios.

Y entonces desaparece, de modo que ni Jofré ni los que estaban al otro lado del río, supieron qué había pasado, y todos se quedaron admirados. Jofré volvió junto a sus hermanos y a los nobles, que le preguntaron cómo había acabado con su hombre y qué había ocurrido; les contestó que habían quedado en paz, pero que no sabía que había sido de él. Marcharon a Lusignan, desarmaron a Jofré en la sala y colgaron en una de las pilastras el escudo que había conquistado al caballero el día anterior. Jofré mandó construir y dar buenas rentas al hospital y a la capellanía; cuando los edificios ya estaban contruidos, desapareció el escudo sin que supieran cómo.

Acabada esta aventura, se despidieron los hermanos y marcharon a sus respectivas tierras. Y aquí termina nuestra historia de los de Lusignan, pero ya que los reyes de Armenia han sido un poco dejados de lado, os quiero contar lo que le ocurrió a uno de ellos.

Se cuenta y así lo he oído decir a muchos, y es muy comentado en la corte, que hubo mucho tiempo después de la muerte del rey Guyón, un rey en Armenia que era bello y joven, tenía fuerza y vigor, era intrépido y de gran inteligencia, valiente y fiero como un león. Este rey oyó noticias por algún viajero, de que en la Gran Armenia, había un rico castillo, en el que estaba la dama más bella que se había conocido. Aquella dama tenía un gavilán; a todo caballero de noble linaje que lo velaba durante tres días y tres noches sin dormir, se le aparecía la dama, que le daba al caballero el don que pidiera, si eran bienes temporales y no deseaba pecar con su cuerpo o tocarla carnalmente. El rey, que estaba en la flor de la belleza y del vigor, decidió ir a pedirle su cuerpo. Sólo se podía velar una vez al año, empezando el día antes de la vigilia de San Juan, para terminar en la fiesta del Santo.

El rey preparó su cortejo, embarcó con bella compañía y viajó, llegando la noche antes de la antevíspera de San Juan al Castillo del Gavilán, delante del cual hizo plantar una bella tienda; cenó cómodamente y luego se fue a acostar, y durmió hasta el día siguiente. Cuando amanecía, se levantó, oyó misa y tomó una sopa de vino, se armó y se despidió de su gente, que quedó triste, pues pensaba que jamás le volvería a ver.

Cuando el rey llegó a la entrada del castillo, les salió al encuentro un anciano completamente vestido de blanco, que le preguntó qué buscaba.

—Busco —contestó— la aventura y la costumbre de este castillo.

—Sed muy bien venido —dijo el anciano—, seguidme; os llevaré a donde encontraréis la aventura.

—Muchas gracias, ya estoy preparado.

Pasan el puente y la puerta; el rey se admira de la riqueza y la nobleza que veía en el patio. Suben unos escalones para llegar a la sala en la que ve una percha, que estaba hecha con el cuerno de un unicornio; encima, extendida, tenía una pieza de terciopelo que tapaba al gavilán; el guante estaba a un lado.

—Amigo —le dijo el anciano—, aquí podéis ver la aventura del castillo. Ya que os habéis decidido a llevarla a cabo, sabed que debéis vigilar al gavilán, sin dormir, durante tres días y tres noches consecutivas; si la fortuna os es favorable, la señora de este lugar se os aparecerá el cuarto día. Pedidle el don que queráis, siempre que sean cosas materiales; no podéis reclamar su cuerpo, pues no lo podréis obtener: si se lo pedís, caeréis en desgracia; os prevengo. Si os dormís dentro del plazo, tened por seguro que os quedaréis aquí para toda la vida. Pensad ahora que vais a hacer.

El anciano se separó del rey tras decirle estas palabras que habéis oído. Se quedó solo en la sala y allí contemplaba las grandes riquezas que veía por todas partes. Mira a un lado y ve la mesa puesta, con mantel blanco, bien abastecida; se dirige a ella y toma lo que más le apetece, bebe un poco y come frugalmente, pues sabe que la comida y la bebida en exceso acrecientan el sueño.

Se distrae en la sala. Ve hermosas historias pintadas, con inscripciones debajo que daban la explicación de lo que era. Entre otras, estaba representada la historia del rey Elinás de Albión, de Presina y de sus tres hijas, desde el principio al fin, de cómo sus hijas lo encerraron en la alta montaña de Brumblorremlión, en Northumberlandia, y cómo Presina, su madre, las castigó en cuanto supo lo que habían hecho con él. Al rey le agradaron ésta y otras muchas historias que allí había, con las que se entretuvo hasta el tercer día. Entonces, vio una habitación muy bella, cuya puerta estaba completamente abierta; entró y la contempló viendo pintados a muchos caballeros con sus cotas y con todas sus armas; debajo de cada uno de ellos estaba escrito su nombre con el linaje y la región de donde eran; y encima tenían escrito: «En tal año veló este caballero a nuestro gavilán, pero se durmió y, por tanto, tiene que acompañar a la dama del castillo mientras viva; no le falta nada de lo que desea, a excepción de la libertad». Entre estos caballeros había tres lugares vacíos, en los que estaban pintados tres escudos con las armas de sendos caballeros, cuyos nombres estaban escritos debajo, con la especificación de su tierra y linaje; encima de estos escudos decía: «En tal año este noble caballero veló a nuestro gavilán, haciéndolo como debía, y se llevó su regalo».

El rey estaba tan a gusto en la habitación, que por poco se durmió pero se dio cuenta y salió de ella; entonces, vio que el sol ya estaba bajo, y pasó sin dificultades la noche hasta que fue de día.

Apareció el alba y llegó la luz, cuando el sol se levantó la señora del castillo se presentó ante el rey, con tan noble y rico vestido, que éste se quedó estupefacto de su belleza. La dama lo saludó diciéndole:

—Señor, sed muy bienvenido; habéis cumplido muy noblemente vuestro deber. Ahora pedid el don que os plazca, de cosas materiales y lo tendréis sin tardanza.

Entonces, el rey, que estaba enamorado de ella, le respondió:

—Señora, no quiero ni oro ni plata, ni tierra ni heredad, ni buena ciudad, castillo o villa, pues gracias a Dios soy bastante rico y me sobra con lo que tengo. Pero quiero teneros por mujer.

Cuando la dama le oyó hablar, se enfadó mucho y le respondió encolerizada:

—Señor, rey loco y necio, os equivocáis al pedir ese don; solicitud otra cosa, pues éste no lo conseguiréis.

—Mantened lo prometido; yo he cumplido con mi deber.

—No voy a discutir más. Pedid ahora algo razonable, y lo tendréis; a mí no me podréis tener.

—No quiero otro don, ni os pediré ninguna cosa más.

—Por Dios, si no me pides otro regalo, padecerás grandes desgracias, y las padecerán también tus herederos, que no tienen ninguna culpa.

—No quiero otra cosa que vuestro cuerpo, pues no he venido aquí para nada más.

Cuando la dama ve que no cambiará ni un ápice su propósito, le dice enfadada:

—Loco rey, ahora has faltado contra mí y contra tu premio, y te has arriesgado a

quedarte aquí dentro para siempre. Pobre loco, tú descienes del rey Guyón, hijo de Melusina, que era hermana mía, y por tanto yo soy tu tía y tú eres de mi linaje: aunque yo quisiera acceder a lo que me pides, la Iglesia no lo consentiría.

Le cuenta entonces de principio a fin toda la historia, tal como la habéis oído antes en el capítulo del rey Elinás y le habla también de los herederos de Lusignan. Después le dice:

—Loco rey, sufrirás por tu atrevimiento. Tú y tus herederos perderéis poco a poco la tierra, el haber, el honor y la heredad, hasta que llegue el noveno sucesor legítimo, que por tu culpa perderá el reino que tú tienes. Este rey tendrá nombre de animal salvaje. Vete, pues aquí ya no te puedes quedar.

Las palabras de la dama no hicieron que el rey mudara su loco propósito sino que intentó tomarla por la fuerza. Melior desapareció y empezaron a caer sobre él continuos y abundantes golpes, que caían con tanta rapidez como la lluvia del cielo y que lo dejaron con todo el cuerpo dolorido; luego lo expulsaron de mala forma de la fortaleza, siendo arrastrado fuera de la barrera y abandonado. No vio a ninguno de los que así le habían servido. Se incorporó como pudo, maldiciendo al que le había dado noticias de esta aventura y el día que recibió tales noticias. Llegó junto a su gente, que vio que no volvía tan fresco como se había ido.

—Señor —le preguntaron—, ¿estáis herido? ¿Habéis tenido batalla? ¿Dónde habéis estado?

—Estoy un poco herido —les respondió—, pero no he tenido pelea, aunque he sido apaleado y no sé por quién, pues no he visto a nadie, pero me he dado cuenta de los golpes. No me he podido vengar y por eso no he combatido, pues no se empieza a luchar hasta que se ha dado el primer golpe.

—Señor —le contestan—, decís verdad.

El rey mandó recoger rápidamente su pabellón, se embarcó y regresó a su país, pensando con corazón triste en las palabras que Melior le había dicho.

Entonces empezó a asustarse con la idea de que había perdido su buena suerte, pero se guardó mucho de comentarlo, aunque más tarde se lo descubrió a un hermano suyo, cuando estaba a las puertas de la muerte: era el heredero del reino; le dijo que gobernara sabiamente, pues sería necesario.

El rey del que os he hablado no volvió a tener alegría en su corazón; reinó aún mucho tiempo, pero iba hundiéndose y decayendo hasta que al final murió. Sus herederos pasaron muchas penalidades y tuvieron numerosos problemas.

Aquí dejaré de hablar de los reyes de Armenia, que son descendientes del noble linaje de Elinás de Albión y de Lusignan, como es manifiesto aún hoy, día de la terminación de esta historia, siete de agosto del año de gracia de Nuestro Señor de 1393, pues los reyes de Chipre y de Armenia llevan las armas, el sobrenombre y el grito de los Lusignan.

Y así os he contado, de acuerdo con las crónicas verdaderas y la auténtica historia, cómo fue fundada en Poitou la noble fortaleza de Lusignan y el origen del noble y poderoso linaje del que han salido después grandes señores. Dios acoja sus almas en el Paraíso por los siglos de los siglos. Amén.

La noble fortaleza de Lusignan en Poitou ha ido de mano en mano hasta llegar, por derecho y por conquista con la espada, al alto, noble y muy poderoso príncipe Juan, hijo del rey de Francia, duque de Berry, conde de Poitou y de Auvernia, señor muy temido, que me pidió que escribiera este pequeño y pobre tratado, de acuerdo con las crónicas que he conseguido, tanto de su biblioteca como de otros. Yo, que siempre he tenido muchos deseos de complacerle según mis posibilidades, me puse diligentemente a escribir esta historia lo mejor que supe. Ruego a mi Creador que le plazca que mi muy noble y respetado señor la acepte gustoso, y también su muy noble hermana María, hija del rey de Francia, duquesa de Bar y marquesa de Pont, mi muy honrada dama, y el marqués de Moravia, primo hermano de mi señor, que ha pedido que se le envíe esta historia. Del mismo modo, ruego a Dios que les agrade a todos los que la lean u oigan leerla.

Por lo que a mí se refiere, creo que la historia es verdadera y se da por cierto que desde que se fundó la fortaleza no ha estado treinta años seguidos en manos de alguien que no estuviera emparentado con dicha familia. Tal como os he dicho en esta historia, tres días antes de que cambie de señor la fortaleza, aparece la serpiente.

Le he oído decir a mi señor que, cuando Creswell tenía a Lusignan en nombre de los ingleses, que mi señor la estaba asediando, Creswell le dijo que algún tiempo antes de que la fortaleza le fuera entregada, estaba él en la cama en el castillo de Lusignan con una mujer de Sancerre, llamada Alejandra, que era concubina suya. El inglés vio aparecer —al menos eso decía— delante de su cama una serpiente, extraordinariamente grande y gruesa, cuya cola medía de siete a ocho pies, adornada de azur y plata. No supo por dónde había entrado, pues todas las puertas estaban cerradas y atrancadas, y en la chimenea ardía un gran fuego. La serpiente pasaba la cola por encima de la cama sin hacerles daño, aunque él aseguraba que no había tenido tanto miedo en toda su vida; se incorporó y tomó la espada que estaba en la cabecera, pero Alejandra le dijo, tal como recordaba mi señor aún:

—Creswell, ¿vos que habéis estado en tan buenos lugares, tenéis miedo de una serpiente? Sin duda es la dama de esta fortaleza, la que la fundó. No os hará ningún daño, pues viene a avisarnos de que nos vayamos.

Creswell decía que la tal Alejandra no le tenía miedo, pero él no estaba tranquilo. Un poco después se transformó en mujer alta, y llevaba un manto ceñido bajo el pecho, y tocas blancas según la costumbre de antaño. Creswell le juró a mi señor que la vio así, y luego contó que esta dama fue a sentarse en un escaño junto al fuego; un rato miraba hacia la cama, de espaldas a la lumbre, de modo que podían verle la cara

y les parecía que había sido muy hermosa; otro rato se volvía hacia el fuego y no estaba quieta mucho tiempo. Según Creswell, estuvo hasta una hora antes de amanecer; entonces se transfiguró en serpiente y se fue moviendo la cola alrededor de la cama y sus pies, sin hacerles ningún daño; salió tan de repente que no sabían por dónde se había marchado. He oído decir a mi señor y a muchos otros que Creswell lo juró por todos los sacramentos. Al poco tiempo, la fortaleza se rindió a mi señor.

En un lugar de Lusignan, en el que criaban aves, cerca de las montañas, la serpiente se apareció muchas veces a un hombre llamado Godart, que aún vive en la fortaleza, y nunca recibió daño; así lo ha jurado por Dios y por su alma.

Del mismo modo, Yvain de Gales juró a mi muy temido señor, el duque, que la había visto dos veces sobre las murallas de Lusignan, tres días antes de que la fortaleza se rindiera.

En otra ocasión, un caballero pictavino llamado Perceval de Colonia, que fue chambelán del rey de Chipre, dijo y repitió muchas veces, bajo juramento, que cuando estaba en aquella isla se apareció la serpiente al rey y éste le comentó:

—Perceval, tengo mucho miedo.

—¿Por qué?

—Porque he visto a la serpiente de Lusignan. Se me ha aparecido y temo que me suceda algún mal en pocos días, o que le sobrevenga alguna desgracia a mi hijo Pedro, pues se aparece cuando uno de los herederos de Lusignan va a morir.

Perceval le juró a mi señor, el duque, que al tercer día se produjo la desgracia que ambos temían, pues el rey murió a traición según se dice.

Estas pruebas y otras muchas se han sabido, sin que las verdaderas crónicas ni los libros de historia las cuenten. Si yo he escrito algo que pueda parecer increíble, pido perdón, pero —según lo que he encontrado y oído en autores antiguos, en Gervasio, en otros escritores y filósofos— reafirmo que esta historia y que la crónica son verdaderas, y que hubo cosas encantadas. A quien diga lo contrario, le respondo que los designios de Dios y sus castigos son inescrutables para el conocimiento humano, pues la justicia espiritual es demasiado grande para poderla entender y comprender. El poderío de Dios puede disponer lo que le plazca, tal como se cuenta en numerosas historias de hadas, que estuvieron casadas y tuvieron hijos. ¿Cómo? No lo puede saber la criatura humana, pues estos puntos y otros los mantiene Dios bien secretos y se limita a mostrar los testimonios en los lugares y a la gente que a Él le place. Y cuanto más ignorante sea la persona, más difícilmente lo creerá, mientras que la más delicada de ingenio estará dispuesta más deprisa a aceptar que puede ser posible, aunque de las cosas de Dios nadie puede saber nada con certeza.

Aunque dice San Pablo, en su Epístola a los Romanos, que todas las cosas son

conocidas por la naturaleza humana, hay que excluir los secretos de Dios. Las cosas se aprenden escuchando a los que han viajado por las tierras más variadas: no uno solo, sino muchos dan testimonio de lo ocurrido en uno o más lugares; y lo mismo sucede con nuestra historia.

En efecto, la aceptan como verdadera los hombres de sutil ingenio, pero la reputan como falsa los poco cultivados. Además, la persona que no ha salido nunca de su región ni de su país, no podrá creer muchas cosas que ocurren a menos de cien leguas; le parecerá muy extraño, dirá que no puede ser y se molestará porque no conoce los lugares; pero al frecuentar las diferentes tierras, países y naciones, y al leer los libros antiguos y oírlos, se conoce lo vivo y lo verdadero de las cosas que parecen increíbles.

Os suplico a todos que, si he dicho algo en esta historia que os sea enojoso o desagradable, me excuséis, especialmente mi muy temido señor y mi muy respetada dama, su noble hermana; pues, en verdad, sé que tengo poco juicio para hacer tan alta historia como lo es ésta, ya que hay que decir que por la obra se conoce al obrero; y de pobre comerciante, escaso beneficio. Señor, aceptad este libro, pues lo que se hace lo mejor que se puede, se debe recibir con gusto: en algunos casos la buena voluntad debe ser considerada también como trabajo.

Jean d'Arras deja aquí de contar la noble historia de Lusignan. Dios tenga a los fallecidos en su gloria y les dé poder y victoria a los vivos para que puedan conseguir el Paraíso. Aquí termina la historia.

Deo gratias.

* * *

MELVSINE NOVVELLEMENT IMPRIMEE



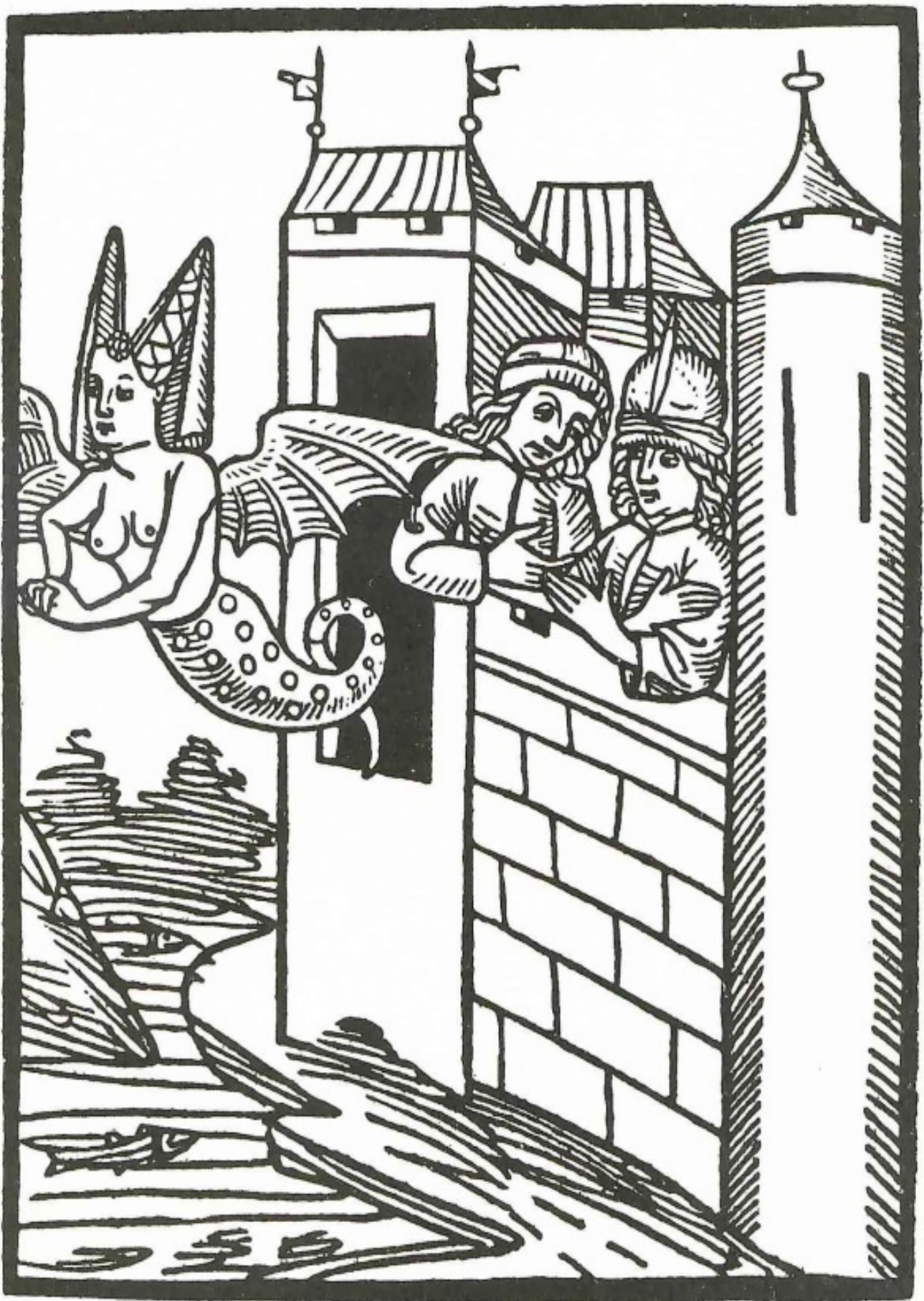
A TROYES,

Chez NICOLAS OVDOT, demeurant en la rue nostre Dame au
Chappon d'Or Couronné. 1677.

CATÁLOGO DE FIGURAS

J'ai revé dans la Grotte où nage la Sirène...

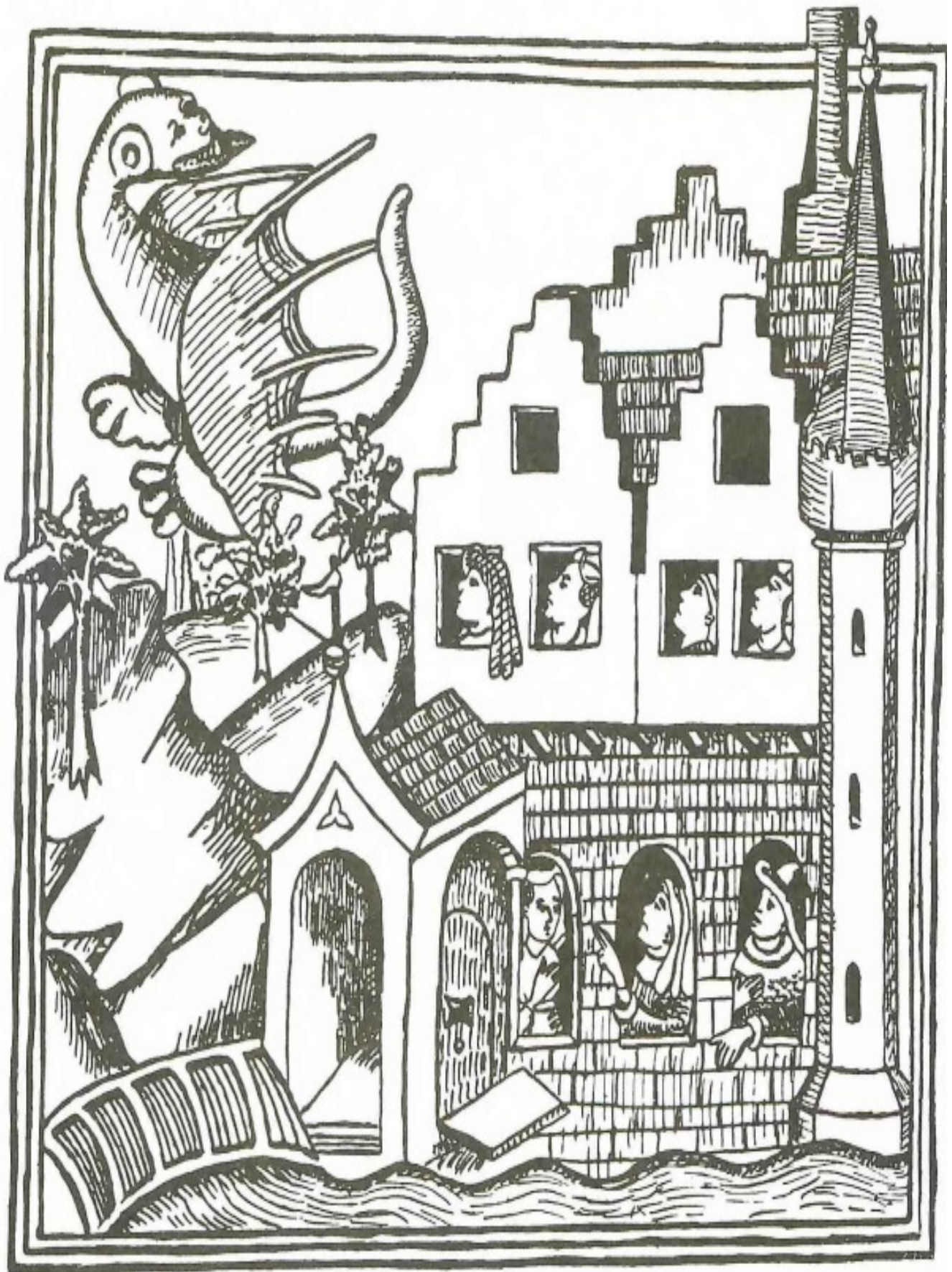
Gérard de Nerval



Jean d'Arras, *Mélusine*, Lyon, Ortwin, fin del siglo xv. Grabado en madera.



Cómo la serpiente partió de la torre poitevina. París, Bibl. del Arsenal, Ms. 3353, f° 155.



Melusina, en forma de dragón abandonando Lusignan. Bibl. Nacional de París, Ms. Fr. 12575, f° 86.



Xilografía del libro de Jean d'Arras, edición de 1525.



Cómo Raymondín vio bañarse a Melusina. París, Bibl. del Arsenal, Ms. 3353 fº 130 rº.



La ruptura del tabú y la desaparición de Melusina.

Ed. de Estrasburgo, 1478.



Melior en el castillo del Gavilán, Estrasburgo, 1478.



Melusina representada como sirena sin alas. Biblioteca Nacional de París, Ms. Fr. 12575, f° 89.



Melusina, tronco de un linaje (J. Bamler, Augsburgo, 1480).



Presina maldice sus tres hijas. París, Bibl. del Arsenal, Ms. Fr. 3353, f° 4 v°.



Lilith, Augsburg, 1470.



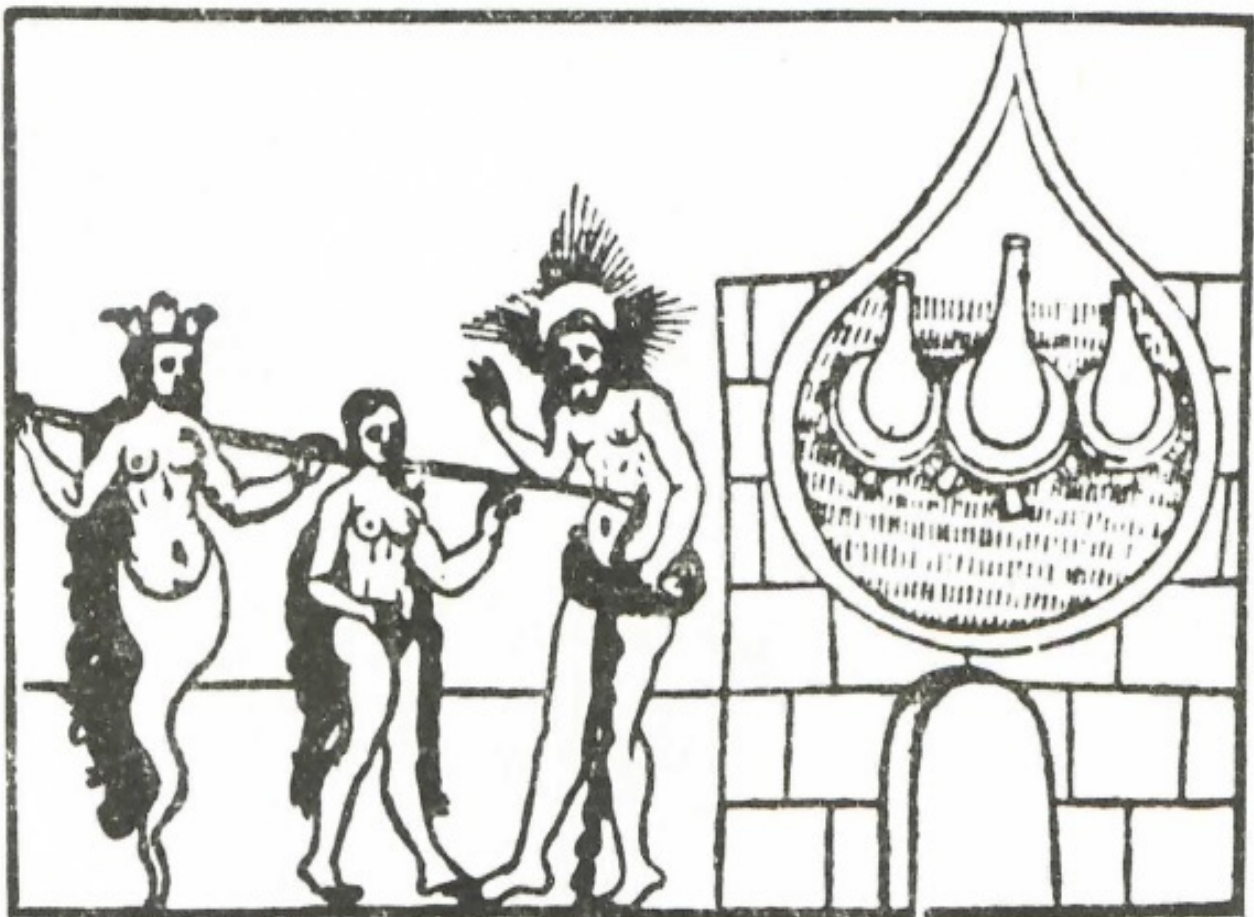
Pareja de Nagas. Gondwana, India.



Representación alquímica del *anima*, como mujer-serpiente que abraza al *corpus*, el hombre que asciende del agua por la columna. British Library: Ms. Sloane, 5025 Scroll, 1588.

Die Gab Gottes: 249

Wird/ auß dem ein Tract daß entspringet/ der sein eignen Schwanz verschlinget in der neuen Sternschein/ vnd mit dem vier Reihlin / die anderen dingen sind thorheit : Aber dis Elixir ist ein wahrheit.



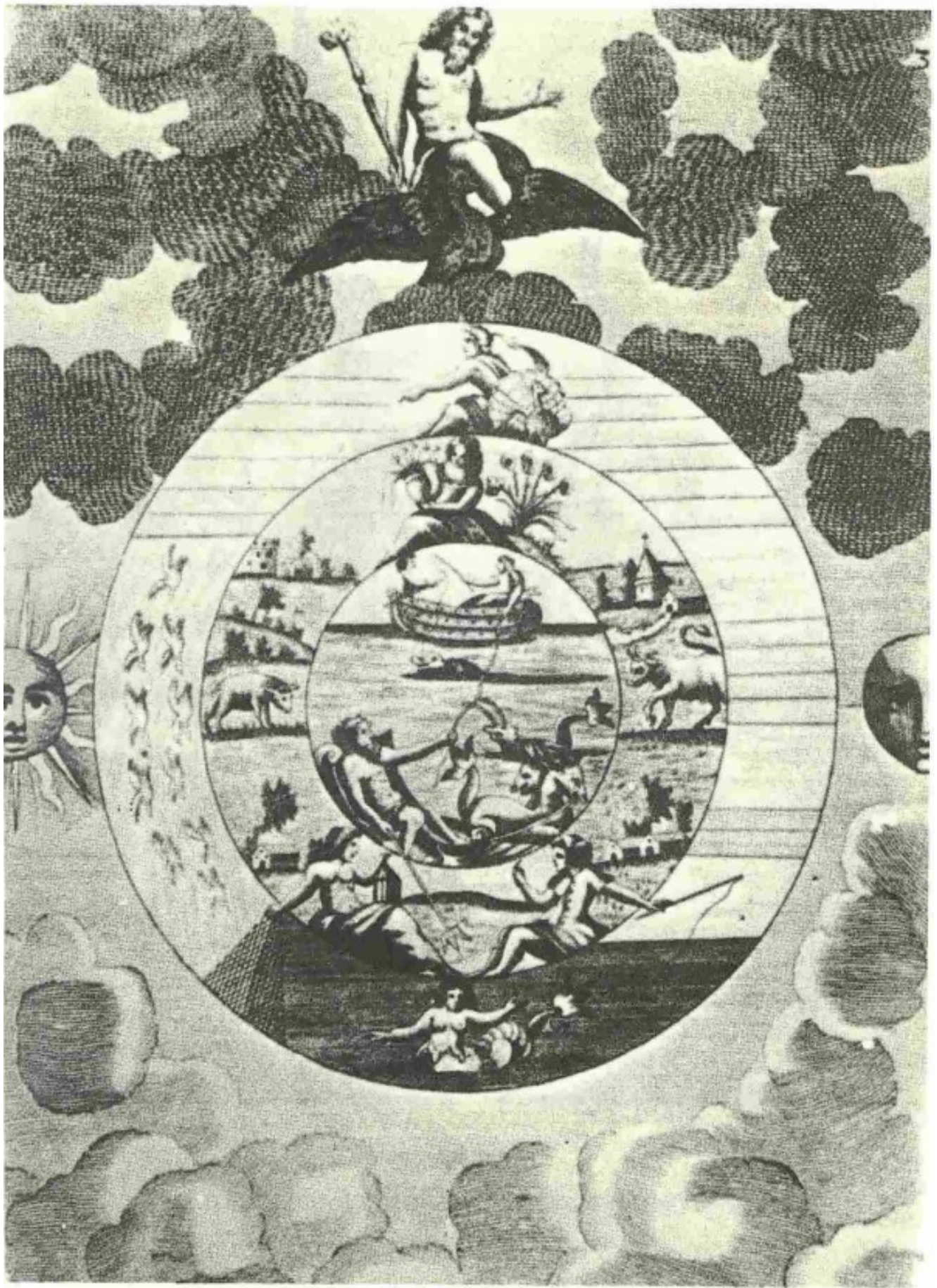
Q ♡ Effalle

Representación alquímica de Melusina como *aqua permanens*, la cual abre con la lanza de Longino el costado de Cristo. La figura de en medio es Eva. *Pandora*, Basilea, 1588.

Figura II.



El Mercurio de los alquimistas como una Melusina. Del *Solidonius*, siglo XVIII.



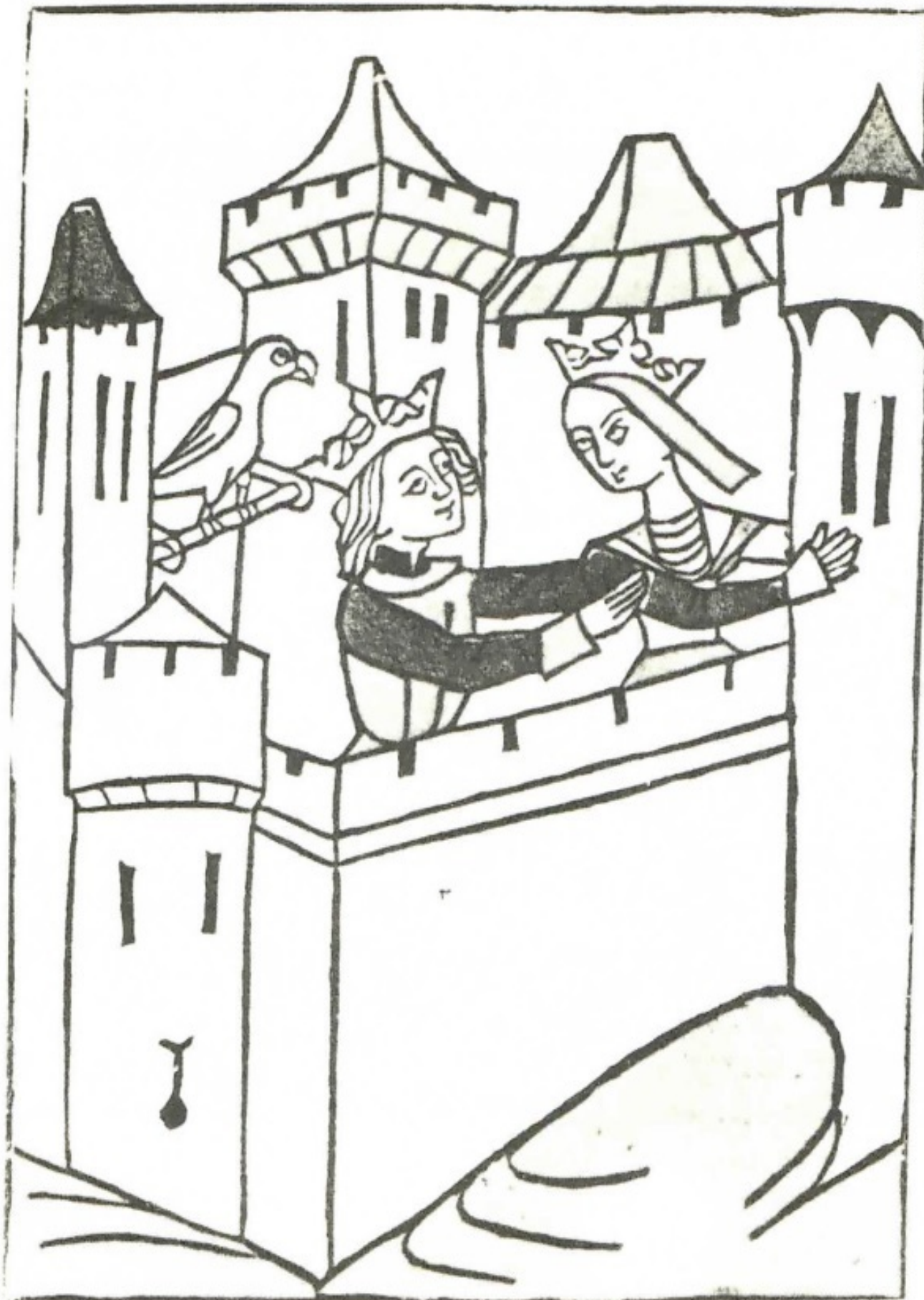
Melusina como sirena. Los contenidos secretos de la obra, *Mutus Liber*, 1677.



Abraham Eleazar, *Uraltes Chymisches Werk*. 1760.



Jerónimo Bosco, panel central del Jardín de las Delicias.



Grabado sobre madera del incunable impreso en Ginebra en 1478.

Jean d'Arras (segunda mitad del s. XIV). Prosista francés. Es autor del *Roman de Mélusine* (1393), novela de tema mágico que conoció una gran difusión en toda Europa. Una versión alemana sirvió a Goethe de fuente para *La nueva Melusina*.